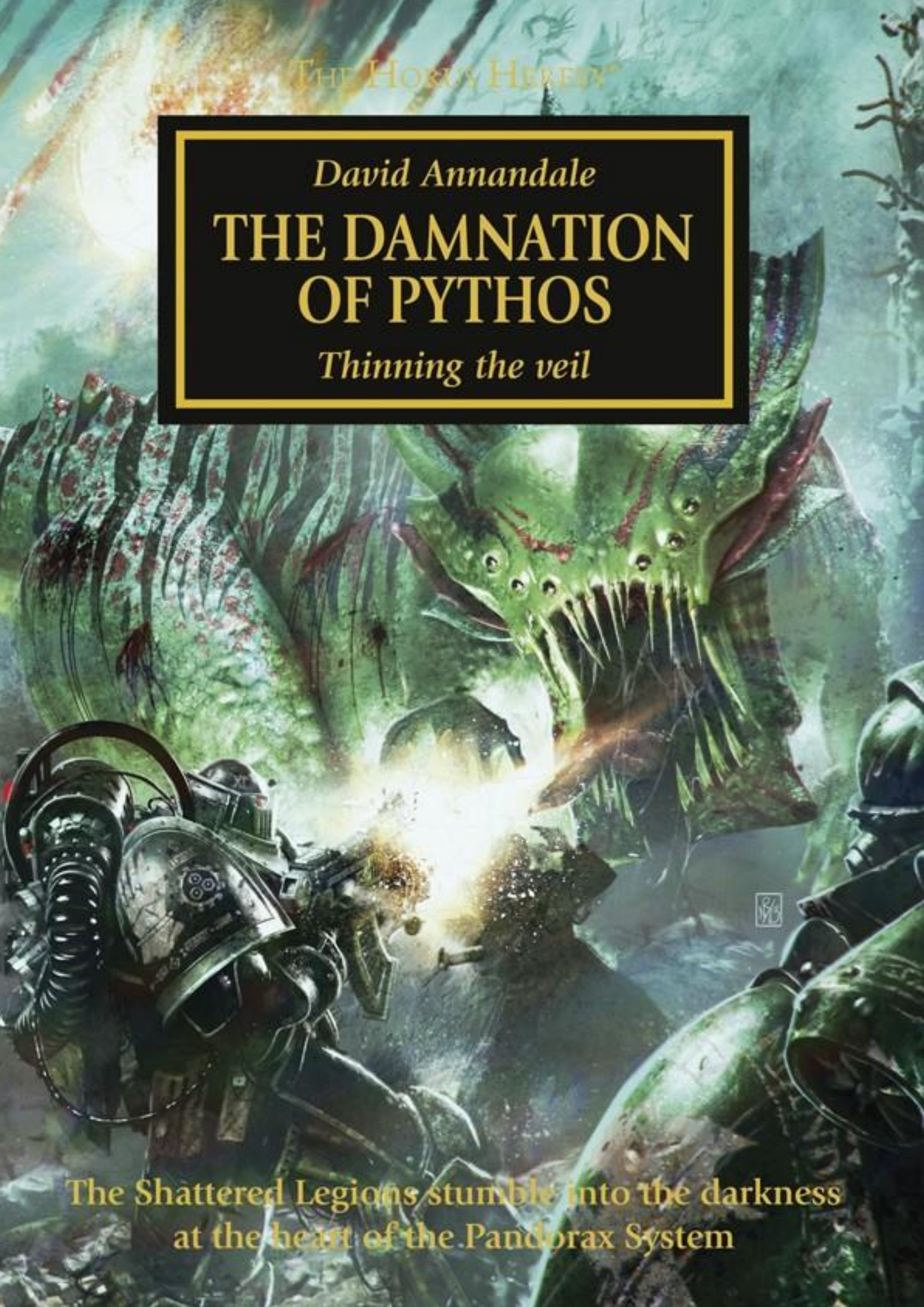

The Horus Heresy
David Annandale
THE DAMNATION OF PYTHOS
Thinning the veil
The Shattered Legions stumble into the darkness
at the heart of the Pandorax System



LA HEREJÍA DE HORUS

LA CONDENACIÓN DE PYTHOS

DAVID ANNANDALE



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Manos de Hierro

DURUN ATTICUS	Capitán de la 111ª compañía de los Manos de Hierro y comandante de la *Veritus Ferrum*
ANTON GALVA	Sargento de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
AULUS	Sargento de la 111ª compañía de los Manos de Hierro y Maestro de Auspex en funciones de la *Veritas Ferrum*
CREVTHER	Sargento de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
DARRAS	Sargento de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
LACERTU	Sargento de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
CAMNUS	Tecnomarine de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
VEKTUS	Apotecario de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
ACHAICUS	Hermano de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
CATIGERNUS	Hermano de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
ECDURUS	Hermano de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
ENNIUS	Hermano de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
EUTROPIUS	Hermano de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
VENERABLE ATRAX	Dreadnought Contemptor de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
KHALYBUS	Capitán de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
SABINUS	Capitán de la 111ª compañía de los Manos de Hierro
PLIENUS	Capitán de la 111ª compañía de los Manos de Hierro

Personajes Imperiales de los Manos de Hierro

RHYDIA EREPHREN	Señora de los Astrópatas de la *Veritas Ferrum*
BHALIF STRASSNY	Navegante de la *Veritas Ferrum*
JERUNE KANSHELL	Servidor de la legión de los Manos de Hierro
AGNES TANAURA	Servidor de la legión de los Manos de Hierro
GEORG PAERT	Servidor de la legión de los Manos de Hierro

La Legión de los Salamandras

KHI'DEM	Sargento de la 139ª compañía de los Salamandras

La Legión de la Guardia del Cuervo

INACHUS PTERO	Hermano veterano de la Guardia del Cuervo
JUDEX	Hermano de la Guardia del Cuervo

La Legión de los Hijos del Emperador

KLEOS	Capitán de la *Señor de la Callidora,* de los Hijos del Emperador
CURVAL	Dreadnought Venerable de los Hijos del Emperador

Colonos de Pythos

TSI REKH	Alto Sacerdote
SKE VRIS	Novicia

El Adeptus Terra

EMIL JEDDAH	Astrópata
MEHYA VOGT	Escriba
HELMAR GALEEN	Administrador

PRÓLOGO

La carne de la misericordia. La sangre de la esperanza. Los huesos astillados de alegría. Tendría esta fiesta. Tendría el sabor en su boca. Sus mandíbulas masticarían a través de cartílagos. Sus garras sentirían el sensual desgarro desesperanzador de abrir heridas. Se deleitaría con todas estas glorias oscuras, y pronto. Lo sabía.

Tenía fe.

Y ¿Qué significaba, para una entidad como la suya, tener Fe? ¿Qué significaba para una entidad intemporal estar al servicio de patronos? Había demasiadas oportunidades de reflexionar sobre estas cuestiones en el flujo batido de la fusión del tiempo y espacio que era el reino de los dioses. Demasiadas oportunidades de explorar sus formas, enredarse en sus contradicciones, saborear en sus perversidades.

Demasiadas oportunidades.

Porque siempre estaba la impaciencia, la necesidad, el hambre. Nunca eran contestadas, nunca satisfechas. ¿Cómo podrían serlo? Ellos eran la materia misma de esta vorágine, el nervio de la existencia del monstruo. Pero aunque las pasiones eran todo lo que le consumían, dejaban espacio para las preguntas y especulaciones, porque éstas eran el combustible para las necesidades de la bestia. Eran las piedras de afilar de la cuchilla de su intención.

Pero, ¿Qué significa que tuviera Fe? ¿Cómo podría tener sentido el concepto sentido aquí, donde el significado en sí era torturado hasta la muerte, y donde la existencia asesina de los dioses no era una cuestión de creencia? La respuesta era simple en su expresión, una agonía compleja y exquisita en su plena manifestación.

Tener Fe era confiar en la promesa de la diversión. Creer que el momento de alimentarse se acercaba.

La fiesta comenzaría en este planeta. Las barreras con el universo de la materia y la carne eran finas aquí, y cada vez más desigual. La entidad empujaba contra ellas, con la impaciencia y frustración hermanándose y entrelazándose, convirtiéndose en un gruñido. Y este gruñido enrollado a través de la disformidad se hundió en las

mentes de aquellos lo suficientemente dispuestos a escucharlo, trayéndoles pesadillas, trayéndoles locura. Las barreras aguantaban, pero por muy poco.

La conciencia de la cosa se filtraba. Se movía sobre la faz de las aguas, donde leviatanes impensables cazaban, y vio que este mundo era bueno. Llegó a la tierra, donde se le dio la naturaleza un carnaval de la depredación, y esto, también, vio que era bueno. Vio un mundo solo de colmillos, un mundo donde la vida misma sólo existía para construir el gran reino de la muerte. Experimentó algo muy parecido a la alegría. Se echó a reír, y esa risa se deslizó a través de la galaxia, a través de los sueños de los sensibles, y los que comenzaron a gritar nunca pararon.

Su mente sondeó el mundo serpentino. Viajó por selvas de noche interminable. Se elevó sobre cadenas de montaña tan estériles de esperanza como la luz de las estrellas muertas. Aprendió las amenazas que vivían aquí. Aprendió las promesas que mataban aquí. Se dio cuenta de que no había ninguna diferencia entre las dos. Dio testimonio de un planeta que era, en su monstruosidad, la imagen digna de la propia disformidad.

La cosa se divirtió durante un día y una noche con el concepto de hogar.

Entonces se puso inquieto. Mirar no era suficiente. Tener el mundo material, la lona por el artista de dolor, tan cerca, pero todavía fuera del alcance de las garras, era enloquecedor. ¿Dónde estaba la fiesta prometida? El planeta se retorcía en las garras de su propio horror. Había existencia como carnívoro, como depredador. Pero la entidad no fue invitada a la mesa. No podía hacer otra cosa salvo mirar. Lo que era más, el planeta era un paraíso perdido. ¿Dónde estaba la vida inteligente? Sin inteligencia, no puede haber verdadera inocencia, no hay víctimas verdaderas. Sin víctimas, no había verdadero horror. El mundo era un enorme potencial, sin realizarse. Aunque la entidad tenía Fe, y aunque era un sirviente leal, también estaba impaciente. Hizo retirar su mente del planeta.

Pero no pudo.

Se resistió brevemente, pero los poderes a que servía le dijeron que no. Le mantuvieron en su lugar, y la comprensión amaneció. Le habían traído aquí por algo más que una promesa. Se apretó una vez más contra el velo deshilachado. Leyó las corrientes de la disformidad, y de nuevo se echó a reír, y de nuevo, gruñó. Encontró la paciencia necesaria. El planeta no era más que un escenario. No había

actores desfilando sobre él todavía, pero no tardarían en llegar. La bestia esperaba detrás de la cortina, y su momento llegaría. Susurró su alabanza.

A su alrededor respondieron susurros, sus compañeros aquí para hacer su voluntad, para orar alabanzas, para unirse a la juerga. El momento se acercaba para todos ellos. El momento en el que tendrían al fin la libertad de difundir su verdad esclavizadora sobre toda una galaxia chillando. Ellos siguieron adelante, tratando de probar la carne de lo real. Los susurros se amontonaron uno sobre otro, deseo de alimentar tras deseo hasta que el Immaterium hizo eco con rabiosa hambre.

La bestia clamó silencio. Sintió que algo trascendental estaba ocurriendo. Parecía lejos del planeta. Era como mirar desde las profundidades de un pozo, pues este mundo se había convertido en una prisión, la fuerza gravitacional del destino atando a la bestia aquí para que pudiera cumplir una función. Tensó los límites de sus percepciones del mundo material. En el mismo borde de su conocimiento y conciencia, había movimiento, como una mosca tocando los hilos más exteriores de una red.

La promesa se había mantenido. Las estrellas estaban en lo cierto.

Alguien se acercaba.

LIBRO PRIMERO

LA TIERRA PROMETIDA

UNO

Cicatrizado

Modelos de conducta

Células

“Las cicatrices son una cosa de la carne”, dijo Durun Atticus una vez. “Son la marca de un material débil que desgarra con facilidad y se repara de manera imperfecta. Si la carne es desgarradas, esta debe ser extirpada, y reemplazada con una sustancia más perfecto”.

¿Aún lo cree así? se preguntó Anton Galba.

El capitán había hecho este discurso, recodó Galba, en las postrimerías de la campaña Diasporex, durante esos últimos días de ilusión, cuando la sombra de la traición ya estaba cayendo sobre el Imperio, pero los Manos de Hierro todavía creían que cuando luchaban del lado de los Hijos del Emperador, se encontraban entre hermanos. Recibieron muchas heridas en esa batalla. El *Puño de Hierro* sufrió los peores daños, pero el crucero de ataque *Veritas Ferrum* quedó lejos de permanecer indemne. Una salva de armas de energía golpeó el puente. Los sistemas críticos habían continuado funcionando, pero Atticus, inquebrantable en el trono de mando, quedó gravemente quemado.

La nave fue reparada. Atticus también. Regresó, o así lo pareció, no desde el Apothecarion, sino de una forja. No había cicatrices en él. Y muy poca carne. Fue entonces cuando hizo el discurso. Galba, que llevaba un montón de cicatrices en una cara seguía siendo sobre todo carne, entendió que Atticus estaba hablando en términos metafóricos, disculpando la hipérbole que era uno de los frutos de la victoria. El *Puño de Hierro* también llevaba sus marcas de la batalla, pero serían borradas en su momento. Así lo mantuvo Atticus.

Así lo pensaron todos.

Y entonces llegó la Campaña Callinedes. Y la traición. La paralización de la flota. El momento más oscuro de la X Legión.

Así lo pensaron todos.

Pero Callinedes no fue más que un prólogo. Su nombre ha sido suplantado en el panteón de la infamia. ¿Quién podría cavilar sobre Callinedes IV cuando estaba Isstvan V?

Isstvan. La palabra era un silbido y una cuchilla directa a la columna vertebral. Era una sibilancia tóxica que nunca moriría. Era una herida que se extendería hasta que las últimas estrellas de la galaxia se apagaran.

Era una cicatriz. No una de superficie que marcaba lo que había sido sanado. Era uno profundo, origen de un dolor que nunca será calmado, de rabia que nunca será apagado. *¿Es esto debilidad?* Preguntó Galba al recuerdo de Atticus. *¿Cómo podemos extirpar esta carne desgarrada? La herida llega a nuestras almas.* Miró hacia atrás y hacia su capitán.

Atticus estaba delante del trono de mando, en la parte frontal del atril, con los brazos cruzados. Estaba inmóvil, con los ojos fijos en el oculus. Su rostro no mostraba expresión alguna. No desde el Sistema Carollis y la batalla con la Diasporex. La reconstrucción augmética de Atticus había sustituido a la mayor parte de su cráneo. De todos los guerreros de la 111ª Compañía, era el que había llegado más cerca de una conversión completa a la máquina. Dentro de la máscara de metal del capitán Galba existía, la sangre aún fluía y los corazones aún latían. Pero el exterior era del mismo color gris oscuro como las servoarmaduras de la Legión. El perfil era humano, pero casi sin rasgos. Atticus era más una escultura de hierro que ser vivo: incansable, sin piedad, sin calidez.

Pero no sin pasión. Como el capitán era, Galba podía sentir su ira, y no sólo porque sentía la misma furia ardiendo en sus venas. El ojo izquierdo de Atticus era orgánico. Galba no sabía por qué lo había mantenido. Después de haber perdido o reemplazado gran parte de la carne débil, ¿Por qué mantener rastro de él? No se lo preguntó. Pero ese último vestigio de lo humano era tanto más expresivo por estar aislado. Miraba al vacío, parpadeando raramente, sin apenas moverse. Era la rabia en sí misma. Galba había visto a Atticus en toda su ira fundida. Pero en este momento la rabia estaba congelada, más fría que el vacío que reflejaba. Era una rabia que tan profunda como la herida, y respondió a la pregunta de Galba. Sólo había una manera de curar a la X Legión: exterminando a los traidores. Todos y cada uno de ellos.

Galba se volvió de nuevo hacia adelante. Su mano izquierda, biónica, estaba inmóvil, impasible, pero los dedos de la derecha se acurrucaron por la frustración. Lo que curaría a los Manos de Hierro estaba más allá de su alcance. Ninguna cantidad de disciplina o habilidad guerrera podía cambiar ese hecho. Isstvan se había encargado de ello. Horus les había roto, como lo había hecho con los Salamandras y la Guardia del Cuervo. Eran sombras ahora, todos ellos. *Somos fantasmas*, pensó Galba. *Tenemos sed de venganza, pero no tenemos ninguna sustancia.*

No estaba siendo derrotista. No estaba siendo desleal. Estaba diciendo la verdad. Sólo quedaban fragmentos de las tres Legiones leales que habían estado en Isstvan. Fueron dispersados. Sus fuerzas eran pequeñas. La huida de la *Veritas Ferrum* del Sistema Isstvan fue milagroso. Tener todavía un crucero de ataque operativo no era poca cosa. Pero por otra parte, era muy insignificante. La *Veritas* era una nave. ¿Qué podría hacer contra flotas?

Algo, había prometido Atticus. Haremos algo.

-Capitán –clamó el Maestro de Auspex Aulo. –El navegante Strassny informa que hemos llegado a nuestro destino. La señorita Erephren pide que no se proceda más.

-Muy bien –respondió Atticus contestó. –Nos quedamos.

Una masa rocosa del tamaño de una montaña pasó ante el oculus. La posición de la *Veritas* estaba justo fuera del Sistema Pandorax. El borde exterior del sistema se caracterizaba por un cinturón de asteroides de inusual densidad. A medida que el planetoide se alejaba en la noche, Galba podría ver otros muchos anclados, un parche en movimiento de color gris bajo la luz reflejada de Pandorax. Los sensores de la *Veritas* estaban recogiendo decenas de amenazas en las inmediaciones, todas ellas lo bastante masivas para destruir el crucero en el caso de una colisión.

Estos no eran los restos de un disco de acreción. No eran trozos de hielo y polvo. Eran rock y metal. Una vez hubo algo más aquí, dedujo Galba. Algo enorme.

¿Algo magnífico?

El pensamiento fue involuntario, un producto de su estado de ánimo. Se dio cuenta de que era importante aferrarse con fuerza a su ira. Le estaba salvando de la desesperación. Apartó meditaciones oscuras sobre magnificencia destruida. Pero todavía quedaba la cuestión del cinturón de asteroides. Estaba mirando escombros. Algo estuvo aquí y fue destruido.

¿Por qué?

A estribor estaba el orbe marrón sucio del planeta Gea. Su órbita era profundamente excéntrica, en un ángulo pronunciado respecto a la eclíptica. Cruzaba la órbita de Kylix, el siguiente planeta y, en el transcurso de su año, pasaba brevemente más allá del cinturón de asteroides. En este momento todavía

estaba dentro del cinturón. Su superficie estaba acribillada por cráteres superpuestos, su delgada atmósfera llena de polvo de los impactos más recientes. La posibilidad de una colisión planetaria cruzó la mente de Galba. Pero no, Gea podría pasar por una luna grande. Tal vez incluso había sido una, escindida hasta su extraña trayectoria después de la destrucción de su padre.

Hubo un cataclismo aquí, pero su naturaleza era desconocida. Así que era lo que se había perdido. A su pesar, Galba sintió la tentación de ver augurios en los restos esparcidos a las puertas de Pandorax. Reprimió ese pensamiento. El impulso estaba peligrosamente cerca de la superstición, y una indulgencia tal era una traición a lo que él representaba. Había tenido traiciones más que suficientes por ahora. *¿Quieres ver una lección aquí?* se preguntó. *Entonces aprende esto: lo que estuvo aquí fue destrozado, pero sigue siendo peligroso.*

-¿Alguna palabra de nuestros hermanos? -preguntó Atticus.

-Los del coro astropática no informan de nada –respondió Aulo.

La puerta del puente se abrió. Dos guerreros entraron, ninguno de ellos Manos de Hierro. La servoarmadura de uno tenía el verde oscuro de los Salamandras. Khi'dem, un sargento. El otro llevaba el solemne blanco/negro de la Guardia del Cuervo. Era el veterano, Inachus Ptero. A su llegada, el ambiente en el puente cambiado. A la rabia se añadió la frustración y la tristeza con un hilo de resentimiento.

Atticus volvió la cabeza. El movimiento fue tan frío que era como si él hubiera apuntado con un bólter a los dos Marines Espaciales. -¿Qué es esto? -espetó.

Las características de ónix de Khi'dem parecieron oscurecerse aún más. -La misma pregunta que os vamos a hacer, capitán -dijo. -Nos gustaría saber cuál es vuestro propósito aquí.

Atticus esperó unos segundos antes de responder, y en ese lapso concentró su ira. -Su rango no le otorga venir a interrogarme, *sargento*.

-Hablo en nombre de la Decimoctava Legión, tal como existe en esta nave –respondió Khi'dem tranquilo pero firme, -como lo hace el veterano Ptero por la Decimonovena Legión. Por lo tanto, se nos debe la cortesía de ser informados acerca de la prosecución de la guerra-

-*¿Legiones?* –escupió Atticus. El sonido de la emoción que expresó por su laringe biónica era algo extraño. La laringe era capaz de variaciones de entonación y modulación, y sonaba parecida a la que Atticus tenía cuando su voz había sido enteramente suya. Ahora, sin embargo, hubo un atisbo siniestro, como si Atticus se imitara a sí mismo y no con bastante éxito. -Legiones -repitió. -En conjunto, vuestros números no superan una docena. Son…

-Capitán -dijo Galba, prefiriendo el riesgo de interrumpir a Atticus a que las palabras que su comandante dijera nunca podrían ser retiradas, -con su permiso.

-¿Sí, sargento? -no hubo pausa antes la respuesta de Atticus, pero había un poco menos de veneno, como si estuviera medio-dispuesto a ser detenido.

-Tal vez yo pueda dirigirme a nuestros hermanos.

Atticus le dedicó una larga mirada. -En otra parte -dijo, su voz suave con ira apenas contenida y provisionalmente.

Galba asintió. A Khi'dem y Ptero les dijo: -¿Caminarían conmigo? -para su alivio, lo hicieron sin decir nada más.

Galba abrió el camino desde el puente, a través de corredores de hierro y granito, de vuelta hacia el cuartel, donde había mucho espacio. Demasiado espacio.

Ptero dijo, -¿Estás tratando de almacenarnos lejos?

Él negó con la cabeza. -Estoy tratando de mantener la paz.

-Ya me di cuenta -dijo Khi'dem. –Interrumpiste a tu capitán. ¿Qué iba a decir?

-No estoy al tanto de sus pensamientos.

-Puedo adivinarlas -Ptero puso en. -Eso no son legiones. Eso son sus ruinas.

Galba se estremeció ante la verdad. -Como somos -dijo. Y lo era. Los Manos de Hierro en la *Veritas* se contaban por cientos en lugar de los miles. Eran una sombra de su antigua fuerza.

-Su honestidad le honra -dijo Ptero. -Pero todavía nos gustaría tener nuestras respuestas.

Galba se tragó su propia exasperación. -Las tendrá una vez que haya respuestas que dar.

-¿No hay plan de campaña?

-Estamos aquí para conocerlo.

Ptero suspiró. -¿Habría infligido a su capitán una lesión insuperable decirnos eso?

Galba pensó en lo que tenía que decir a continuación. No había manera fácil de hacerlo. Tampoco de ninguna manera diplomática, aunque si era honesto consigo mismo, no estaba tan interesado en la búsqueda de una. Bastaba con que haber trasladado la discusión lejos del puente. Había mucho menos probabilidad de violencia irrevocable lejos del trono de mando. –El Capitán Atticus -dijo, -no se inclina a compartir información operativa.

-¿Con cualquiera? ¿O simplemente con nosotros?

No había escapatoria. -Con vosotros.

-¿Por qué? -preguntó el Salamandra.

-Debido a Isstvan V -¿Querían saberlo? Bueno. Se lo diría. Les diría de su propia ira. Se detuvo y se enfrentó a ellos.

-¿Y qué? -preguntó Khi'dem. 'Todos nosotros sufrimos nuestras tragedias allí.

-Porque disteis la espalda a nuestro primarca.

-Ferrus Manus dirigió una carga suicida –respondió Khi'dem respondió. -Bien podríamos decir que él nos abandonó.

-Tenía a Horus en plena retirada. Él podría haber terminado la guerra en el acto.

Khi'dem sacudió la cabeza lentamente. -Corrió a una trampa. Todos nos quedamos atrapados en ella. Él simplemente se hundió aún más en sus fauces e hizo que la masacre fuese mucho peor.

-Juntas, las tres Legiones habrían sido lo suficientemente fuertes –insistió Galba.

-Si Manus se hubiera detenido .dijo Ptero, su voz no enojada pero triste y sorprendentemente suave, -¿Qué crees que podríamos haber recuperado la zona de desembarco de cuatro ejércitos frescos en el campo de batalla?

Galba quería responder afirmativamente. Quería insistir en que la victoria hubiera sido posible.

-Tres legiones, contra *ocho* –dijo Khi'dem antes de que Galba pudiera contestar. -Con las tres atrapados entre el martillo y el yunque. Nunca hubo otro resultado posible. La única deshonra recae en el acto de traición.

La lógica de Khi'dem era rigurosa. Pero no suficiente. La ira que volvía ácida la sangre de Galba, la ira que él compartía con todos los guerreros de los Manos de Hierro, era tan grande como la tragedia que envolvía al Imperio. Era demasiado profunda, demasiado compleja para ser aliviado por un relato sencillo de la realidad. Los hechos que Khi'dem presentaba sólo empeoraron las cosas. La rabia corrió contra la impotencia desesperante, creciendo y apuntando más objetivos. Galba sabía que Khi'dem tenía razón. La Guardia del Cuervo y los Salamandras habían sufrido no pocas bajas por las primeras fases de la lucha. Sus tácticas habían sido correctas en la búsqueda de los refuerzos en la zona de desembarco. Pero Ferrus Manus había penetrado con fuerza en las fuerzas de Horus. La tortura vino de la idea de que con la fuerza adicional de otras dos legiones tal vez el golpe hubiera sido lo bastante masivo para abrir una grieta en el plan del Señor de la Guerra. Y más allá de las tácticas, más allá de la estrategia, estaba el origen: los Manos de Hierro habían llamado a sus hermanos y estos se negaron. A raíz de la derrota y la pérdida de su primarca, ¿Cómo no ver el abandono como otra forma de traición?

Sólo había una cosa que mantuvo a Galba de arremeter contra los guerreros ante él. Fue el reconocimiento de la otra faceta de la ira: auto-odio. Los Manos de Hierro habían fracasado, y por esto nunca podría perdonarse a sí mismos. Se habían enfrentado a la prueba más crucial en la historia de su Legión, y que habían sido hallados faltos. ¿Exorcizar la debilidad? Galba quiso consignar su carne al olvido, sustituirla por el infalible artificial, y aplastar el cráneo de todos los traidores en sus puños. Él era consciente de este deseo y sin embargo de su inutilidad, y de su origen. Sabía que él estaba viendo el mundo a través del filtro de su ira autodirigida. Así que no se fiaba de sus impulsos. Se obligó a esperar un golpe antes de cualquier respuesta. Se obligó a *pensar*.

¿Pero qué pasaba con Atticus? ¿Con el guerrero que no tenía nada que condenar a la carne? Sintió la ira en todas sus formas. De eso, Galba estaba en lo cierto. Pero ¿Era Atticus consciente de su toxicidad? ¿Era consciente de su naturaleza? El sargento no lo sabía.

Él sabía esto: pese a ser tan masacrados como lo fueron los Manos de Hierro en Isstvan V, aún menos Salamandras y la Guardia del Cuervo habían sobrevivido. Y sabía que si la esperanza de la victoria era sobrevivir, no sería a través de llegar a las gargantas de otros leales. Era posible que los errores fatales se hubieran hecho mucho antes del combate. Su sangre se helaba cuando pensaba en cómo se había dividido la flota de la X Legión, dejando las naves más rápidas a la *Veritas Ferrum* y otras atrás en la carrera por el Sistema Isstvan. Y puede que incluso esa decisión no hubiera marcado la diferencia. Tal vez no había habido demasiadas fuerzas desplegadas contra los fieles al Emperador. Se hablaba entre los astrópatas sobre organismos distintos a los traidores tras el escenario. Tantas posibilidades, tantos errores y coincidencias y traiciones convirtiéndose en el goteo, lento y medido del sangriento destino.

Todo eso era el pasado. Para el futuro sabía una cosa más: los leales, por pocos que fueran, debían trabajar juntos.

Si pudiera garantizar incluso ese pequeño rescoldo de esperanza él lo alentaría.

Suspiró, intercambiando una mirada con Ptero y Khi'dem. Se las arregló para convocar una mueca irónica. Fue lo más cerca que pudo llegar a una sonrisa.

-¿Qué estamos haciendo? –preguntó Ptero en voz baja. El veterano no estaba hablando de estrategia.

Galba negó con la cabeza en un asentimiento doloroso. -Os mantendré informados -dijo. -A cambio, ¿Me haríais un favor? Acercaos a mí en lugar de a mi capitán.

Si las posiciones fueran invertidas, pensó que bien podría considerar la solicitud un insulto gigantesco. Pero Khi'dem asintió comprendiendo. -Puedo ver que eso sería lo mejor.

-Muchas Gracias –empezó a regresar al puente.

Ptero le cogió del brazo. -Los Manos de Hierro no están solos -dijo. -No cometáis el error de luchar como si lo estuvierais.

Jerune Kanshell acababa de terminar la limpieza de la cámara de armado de Galba cuando oyó los pesados pasos del sargento aproximándose. Agarró su cubo y paños, se apresuró a salir, y se hizo a un lado de la entrada, con los ojos fijos en el suelo.

Galba se detuvo en el umbral. -Un trabajo fino como siempre, Jerune -dijo. -Gracias.

-Gracias, Señor -respondió el siervo. El reconocimiento de Galba no era inusual. Era lo que decía cada vez que regresaba y Kanshell se alegró de que aún estuviera presente. Aun así, Kanshell sintió una oleada de orgullo, menos por su propia obra que por haber sido hablado por su amo. Sus deberes aquí eran simples. Él no debía tocar nada de verdadera importancia: armaduras, armas, trofeos, juramentos de momento. Le correspondía limpiar las rejillas de la servoarmadura, limpiar los derrames de aceite de las sesiones de limpieza propias de Galba. Eran tareas que un sirviente podría realizar. Sin embargo, un sirviente no podía entender el honor que viene con este deber. Él si.

Galba tamborileó con ritmo pensativo la puerta con sus dedos. –Jerune -dijo.

Sorprendido por esta desviación de la norma, Kanshell levantó la cabeza. Galba estaba mirándole. El sargento tenía una mandíbula inferior de metal. Era calvo, y la guerra había quemado y reducido su rostro hasta que quedó una masa de tejido endurecido y arrasado. Era el rostro prohibido de un ser que lentamente se movía más y más lejos de lo humano y sin embargo no dejaba de ser amable.

-¿Mi señor? -preguntó Kanshell.

-Sé que los cuartos de siervos sufrieron graves daños durante la batalla. ¿Cómo son las condiciones?

-Estamos haciendo buenos progresos con las reparaciones, señor.

-Eso no es lo que pregunté.

Kanshell tragó saliva mientras su garganta se cerraba por la vergüenza. Él debía saber disimular ante un guerrero de las Legiones Astartes. Había hablado por un exceso de orgullo. Quería que el dios ante él supiera que incluso los habitantes más humildes de la *Veritas* estaban peleando la buena batalla. Quería decir, *estamos haciendo nuestra parte*, pero no se atrevía a pronunciar palabras tan presuntuosas. Pero dijo la verdad. -Las condiciones son difíciles -admitió. -Pero seguimos luchando.

Galba asintió. -Ya veo -dijo. -Gracias por decírmelo -su labio superior se aplanó y Kanshell dio cuenta de que era como el sargento sonreía ahora. -Y gracias seguir luchando.

Kanshell se inclinó, su orgullo ahora tan abrumador como su vergüenza lo había sido un momento antes. Debía estar brillando, pensó. Seguramente su piel brillaba con la luz del renovado propósito y la determinación que le otorgaron esas simples palabras de Galba. Y, en efecto, cuando hizo su camino de regreso por las cubiertas, le parecía que su camino estaba más iluminada de lo que había sido antes. Él sabía que la impresión era una ilusión, pero era una ilusión útil. Le dio fuerzas.

La necesitaba cuando llegó a los cuartos de siervos.

Los seres humanos que limpiaba la nave, preparan la comida y realizaban todas las tareas demasiado complejas, demasiado impredecibles o demasiado variadas para los servidores vivían en una de las cubiertas más bajas de la *Veritas Ferrum*. Había miles de ellos, y sus casas era algo más que barracas, pero menos que una comunidad. Antes de la pesadilla de Isstvan V, esto había sido un espacio de orden regimental. Una inmensa sala abovedada corría a lo largo de la espina dorsal de la nave. A partir de ella, el acceso a todas las otras cubiertas era una cuestión directa, simple, aunque lejos de ser rápida, dados los miles de metros de viajes requeridos. La sala era lo suficientemente amplia como para soportar cualquier grado de tráfico de siervos. A lo largo de la Gran Cruzada, porque era el único espacio donde todos podían estar presentes, tomó poco a poco las cualidades de mercado, sala de festejos y lugar de encuentro. Sin embargo, esos aspectos siempre dieron paso antes de la disciplina y el movimiento eficiente de personal, por lo que siempre había un flujo constante y sin trabas de los siervos a través de todas las reuniones, comidas o bazares de comercio. Corriendo fuera de la gran sala, por uno y otro lado, estaban los habitáculos: principalmente dormitorios, cada uno con capacidad para cien, pero también había modestos cuartos privados para los sirvientes más valiosos.

La cultura de la Medusa era una sola en su obsesión por la fuerza y la condena de la debilidad. Los Manos de Hierro habían tomado el espíritu animador de su planeta de origen hasta su conclusión más extrema, menospreciando la debilidad de la carne hasta el punto de que ser humano en todo parecía un error lamentable. Cualquier cosa que no contribuyera a forjar la fuerza perfecta era una distracción inútil. Ferrus Manus se había resentido por la imposición de rememoradores en su 52ª Flota Expedicionaria, y aquellos civiles innecesarios e irritantes quedaron atrás en el Sistema Callinedes mientras los Manos de Hierro se apresuraron a enfrentarse a Horus. Kanshell se había alegrado de darles la espalda. Tan humilde como era su trabajo, tenía un propósito en el gran esquema que era la maquinaria de guerra de los Manos de Hierro. Pero esos otros ciudadanos del Imperio que creían que los Manos de Hierro carecían de arte, o un sentido de la estética, se equivocaban. El arte debía tener un propósito claro, contundente, eso era todo. Kanshell había oído rumores de las armas maravillosas que Manus había poseído a bordo del *Puño de Hierro*. Él creía las historias. La idea de los los instrumentos más fuertes y mortíferos fueran también las más bellamente labradas era absolutamente *correcto*. Era en línea de todo lo que la vida en la medusa le había enseñado acerca de las formas brutales del universo. La fuerza de voluntad podría modelar una forma física, una que podría ser utilizado para domar un universo salvaje.

La idea de las armas de Manus también estaba en consonancia con el arte en las paredes de la *Veritas Ferrum*. Y, a diferencia de su buque gemelo, la *Ferrum*, aquí había arte. Kanshell había estado rodeado de majestad cada momento de su existencia en el crucero de ataque. Desplazarse por el gran hall de acceso era pasar entre esculturas en relieve de gigantes. Las figuras heroicas eran presentadas en líneas simples y audaces. No había ni un solo detalle superfluo, pero tampoco nada crudo en las representaciones. Eran directas. Eran colosales. Ellos eran inspiradoras. Ellos luchaban y derrotaban a bestias míticas que simbolizaban los volcanes implacables y el hielo de Medusa. Ellos mostraban el camino a la fuerza. La debilidad era extraña para ellos, y eran el espíritu que incluso el siervo más bajo estaba obligado a emular.

Pero todo eso eran recuerdos ahora. Todo esto fue el mundo de Kanshell antes de Isstvan V. Esto fue antes de la masacre. El Veritas Ferrum había sido gravemente dañado en la guerra espacial. Los escudos cayeron en el (port flank), hacia la popa. El fuego arrasó ese extremo de los cuartos de siervos hasta que todo un sector de la nave fue sellado y ventilado. Hubo más ataques de torpedos y golpes catastróficos

() justo antes del salto a la disformidad. La mayor herida la recibió los pisos superiores, matando a más de un centenar de legionarios. Aun así, hubo una mayor destrucción en este nivel. Más mamparos colapsados, más fuego, y luego, cuando el desgarro en el flanco de la nave se había vuelto lo suficientemente profundo, más del terrible y frío vacío que apagó el fuego, puso fin a las luchas y purgó los pasillos de vida.

Al menos el campo Geller aguantó. Al menos el viaje a través de la disformidad no había desangrado la nave aún más.

El casco había sido reparado, pero en el interior de la *Veritas* cubiertas enteras seguían sembradas de restos. Algunas regiones se habían vuelto totalmente inaccesibles. Kanshell se alegró de que no hubiera heridos en esas áreas, desesperados supervivientes a la espera de rescates que nunca llegarían. Él no tenía ninguna razón para aventurarse por los caminos bloqueados, por lo que no tenía que pensar en ellos. Pero había un montón de cicatrices en los cuartos de siervos. Un montón de recuerdos del fracaso y la derrota.

El extremo de popa de la gran sala aún estaba sellado. Los siervos cuyos deberes los llevaban a ese extremo de la nave tenían que recorrer un laberinto de caminos para llegar a sus puestos. En otra parte de la sala, el fuego había quemado las paredes, desfigurando el arte. Algunas de las cámaras dormitorio habían sido destruidas y las líneas de la sala fueron arruinadas por el metal abrochado y desgarrado. El suelo estaba ondulado, desigual. Kanshell tuvo que saltar por encima de media docena de fisuras mientras se dirigía a la región en mitad de la nave de la sala.

El espacio era todavía una vía pública, pues los agentes de los Manos de Hierro seguían caminando a todas horas desde un extremo de la nave al otro, pero su carácter había cambiado. La transformación fue más que simplemente física. El espíritu de sus habitantes había sido alterado. Los habitantes de Medusa no eran ajenos a las dificultades y la muerte. Esos eran hechos perpetuos de la existencia en ese planeta. Pero la venida de Ferrus Manus había sido el amanecer de algo nuevo para los clanes de Medusa: la esperanza. No la esperanza de un hombre débil en un futuro mejor y más fácil que yacía en el horizonte. Era la esperanza que tomó la forma de creencia en la fuerza para forjar ese futuro. Los Manos de Hierro eran la realización de esa esperanza. Sus victorias eran triunfos no sólo en nombre del Emperador, sino en el del mismo Medusa.

Ahora Manus se había ido. La X Legión había sido destripada. La *Veritas Ferrum* viajaba, pero nadie sabía a dónde. Aunque no era lugar de los siervos conocer su destino, Kanshell había oído algunos rumores de que los legionarios ni siquiera conocían su meta. Los susurros eran pocos y los murmuradores estaban aterrorizados, no enojados, y más que un poco avergonzados de entretenerse en tales pensamientos. Ninguna cantidad de culpa cambiaba el hecho de que los pensamientos se habían hablado y ahora tenían vida propia. Kanshell no creería los susurros. Pero habiéndolos escuchado, no pudo escapar a la pregunta.

Kanshell desaceleró mientras se acercaba al centro de la sala. Hacia adelante había una reunión de una docena de personas. Permanecían muy juntos, formando un círculo cerrado con sus rostros hacia su centro y la cabeza gacha. Los siervos con deberes fluyeron a cada lado del grupo, como una corriente alrededor de una piedra. Cada pocos momentos, un transeúnte u otro se detenía un momento para unirse a la comunión. Otros miraron el círculo con desprecio no disimulado. Georg Paert, un hombre enorme que trabajaba en el enginarium, resopló mientras caminaba de paso. Sonrió a Kanshell cuando se acercaba. -No dejes que te quiten el apetito -dijo.

-Haré lo que pueda –murmuró Kanshell, pero Paert ya estaba lejos.

El grupo estaba entre Kanshell y el lío de mesas. Pensó en retirarse hasta que terminara la reunión, pero estaba muerto de hambre y tenía una tarea de reparación en pocos minutos. Empezó a moverse a lo ancho de la sala, cortando a través del tráfico para hacer un amplio arco alrededor del grupo. Sólo había dado unos pasos cuando oyó que le llamaban. Hizo una mueca y se volvió. Agnes Tanaura se había alejado de la agrupación y le estaba haciendo un gesto. Kanshell suspiró. La fuerza también consigue esto. Mejor reunirse con ella ahora, cuando tenía una buena razón para hacerla corta, que luego ser arrinconado más tarde, cuando saliera de su turno.

Se reunió con ella en el line-up para el servicio. Raciones calefactables eran distribuidas por un dispensario en el centro de la sala. Estaba rodeado de mesas de hierro largas y altas. No había bancos. La gente comía rápidamente de pie y luego se trasladó.

-Te vi mirándonos, Jerune -dijo Tanaura.

-Me viste *verte*. Hay una diferencia.

-Al igual que hay una diferencia entre mirar algo desde el exterior y ser parte de ello.

Kanshell reprimió un gemido. Tanaura apenas estaba siendo sutil. Ella lo miraba fijamente, como siempre lo hacía. Incluso la conversación más informal con Tanaura la sentía como un interrogatorio. Sus ojos eran de un gris translúcido, del mismo color que su pelo corto. Brillaban con un cuidado depredador. Ella era uno de los siervos de más edad en la *Veritas Ferrum*. Kanshell no estaba seguro de su edad exacta. La vida era dura, y consumía el cuerpo rápidamente. Kanshell tenía amigos con los que había crecido, pero habían recibido deberes de tal rigor que parecían más sus padres que sus compañeros. Tanaura llevaba su piel curtida con honestidad. Por lo que Kanshell y cualquiera de sus conocidos sabía, ella siempre había estado allí. Ella había asumido el papel de madre colectiva, aun si sus incontables hijos adoptivos daban la bienvenida o no a sus atenciones.

-Agnes -dijo Kanshell, -ya hemos tenido esta conversación.

Ella agarró su brazo. -Y vamos a seguir teniéndola. La necesitas, incluso si tu no lo crees así.

Se quitó su mano suavemente. -Lo que necesito ahora es un poco de comida, y luego tengo que seguir con mis deberes.

-Sí, hay mucho trabajo por hacer. Hay mucho que reconstruir. No todo cosas que se pueden manipular con herramientas y manos. Nuestra fuerza necesita ser reconstruida, también.

Kanshell gruñó. Su temperamento se le escapaba. Después de su encuentro con Galba tenía poca paciencia para Tanaura y se sintió lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a ella. Tomó su bandeja de comida: una losa de proteína procesada y un cuadrado de materia vegetal comprimida. Las necesidades básicas para mantener el mecanismo humano viable y contribuir a su vez a la maquinaria de guerra de la X Legión. Kanshell se trasladó a una mesa y puso la bandeja con estrépito. Comenzó a rasgar las raciones en tiras. -¿Ves lo que estoy haciendo? -dijo. Masticó y tragó. -Estoy reconstruyendo mi fuerza –cruzó su mirada con Tanaura y, complacido con su fortaleza, se negó a parpadear primero. -Mi verdadera y valiosa fuerza. Reemplazarla por superstición es una debilidad.

-Estas muy equivocado. Al darnos cuenta de que tenemos límites y que tenemos debilidades obtenemos coraje. Necesitamos fuerza. Tenemos que aceptar que tenemos que volver al Padre de la Humanidad buscando su ayuda. El Lectitio Divinitatus nos enseña…

-Ir en contra de las mismas enseñanzas del Emperador, aun cuando pretende que le adoren. La lógica es ridícula, y está prohibida.

-No lo entiendes. La negativa del Emperador de su divinidad es una prueba. Nos recuerda que debemos rechazar todos los dioses falsos. Pero cuando lo hemos hecho, derribando todos los ídolos que dicen ser divinos, el único dios verdadero permanece. Tenemos que ver a través de la paradoja que nos ha dado. Al llegar al otro lado, hay tanta comodidad.

-Yo no estoy buscando la comodidad –espetó Kanshell. -Ninguno de nosotros debería. Eso es indigno de lo que somos.

-De verdad que no lo entiendes. Si yo pudiera mostrarte la fuerza necesaria para comprometerte con la fe, verías lo equivocado que estás.

Kanshell terminó de comer. -Eso no está a punto de suceder, ¿Verdad?

-Es posible -de un bolsillo de su túnica desgastada, Tanaura extrajo un libro gastado. Ella lo puso en el pecho de Kanshell. -Por favor, lee esto.

Kanshell apartó el libro de sus manos como si le quemara. -¿De dónde sacaste eso?

-Lo he tenido durante años. Me lo dio un siervo de los Portadores de la Palabra.

-¡Quiénes nos traicionaron en Isstvan! ¿En qué estás *pensando*?

-Creo que es una tragedia que los primeros que supieron la verdad se alejaran de ella. Y creo que sería una tragedia si nosotros seguimos sus pasos.

Kanshell negó con la cabeza. -No. No voy a tener nada que ver con este culto, y quiero que me dejes en paz -volvió la vista hacia el círculo de adoradores. Todavía estaban en profunda oración. -¿No te das cuenta el riesgo que estáis tomando, continuando de esta manera al descubierto?

-La verdad no debe mantenerse en las sombras.

-¿Y si alguno de los legionarios ve esto? ¿Y si el capitán Atticus se entera? -Tanaura estaba a cargo del mantenimiento de los aposentos de Atticus. Kanshell no podía entender por qué pondría en peligro tal honor. La única razón que se le ocurría de por qué no se hacía nada sobre el creciente culto era que los Manos de Hierro tenían asuntos mucho más urgentes de los que preocuparse que de las actividades fuera de servicio de los siervos.

-Nosotros no estamos interfiriendo con el trabajo necesario. No hablamos con cualquier persona que no quiere escuchar.

Kanshell soltó una breve carcajada. -¿Cómo llamarías a esto entonces?

Esa mirada intensa, una mezcla de revelación extática y una determinación de acero. -Porque puedo ver tu necesidad, Jerune. Quieres escuchar.

Se apartó de ella, sacudiendo la cabeza. -No podrías estar más equivocada. Ahora, por favor, déjame en paz.

-Piensa en lo que he dicho.

-No lo haré -le disparó por encima del hombro mientras marchaba lejos.

Se dirigió hacia la popa. Un mamparo masivo sellaba el daño más allá del resto de la nave. Allí, Kanshell recibió su misión y se abrió camino por pasillos fracturados y retorcidos para unirse a otros siervos y sirvientes de reparación en el lento proceso de restauración de la racionalidad, orden y precisión mecánicos al interior de la *Veritas*. Su grupo trabajaba para despejar un corredor enredado de metales. El pasadizo antes corría en línea recta, pero ahora parecía un hueso fracturado. Había una fuerte segmentación en el suelo, con la sección corriendo a su destino medio metro por encima del resto. No había manera de alinear las mitades del corredor, pero la desfiguración podría aliviarse con una rampa.

El trabajo era agobiante y asfixiante. Kanshell tuvo nuevos cortes y quemaduras en cuestión de minutos. Dio la bienvenida a la tensión. Celebró el dolor. Se llevó lejos las fantasías supersticiosas de Tanaura. Más importante aún, quemó las insinuaciones acerca de él en la antorcha. Ella estaba equivocado acerca de él. No negó que tenía que sacar fuerzas de algún lugar fuera de sí mismo. Sabía que tenía límites, y sabía en estos días oscuros lo habían empujado a ello. Pero iba a sacar su fuerza de las lecciones objetivas de los legionarios de los Manos de Hierro.

Juró lealtad inquebrantable al Emperador *y* a sus enseñanzas. Uno implicaba lo otra. Era así de sencillo. Todo lo que necesitaba saber sobre la fuerza podía verlo por sí mismo en los gigantes revestidos de ceramita a los que servía. No tenía necesidad de un octavo sucio que tratara de socavar todo lo que había traído el Imperio y la Gran Cruzada.

Y por unos momentos, arropado en una oscuridad pegajosa, iluminado sólo por el resplandor doloroso de las herramientas de soldadura, fue capaz de ocultarse al conocimiento de lo que le había pasado a la Gran Cruzada y lo que le estaba sucediendo al Imperio.

Entonces el suelo se derrumbó. Su fuerza restante había sido una mentira. Con broches de presión y gritos de metal torturado, varios metros de terrazas cayeron en los bajos fondos de la nave. La mayor parte de la cuadrilla de trabajo cayó con él. Kanshell sintió la terrible sacudida terrible bajo sus pies y se echó hacia atrás. Atrapó una esquina dentada de la pared rota con la mano izquierda. Sus pies escarbaban buscando asidero y se vio de repente manteniendo casi todo su peso con una mano. El metal cortó una profunda herida en su palma. La sangre manó de sus dedos. Su apretón comenzó a deslizarse. Agitó su mano derecha, agarrando aire. Su carne se estremeció cuando el abismo ante él se acercaba.

Entonces su talón atrapó una cresta en la terraza. Él se estabilizó y se encontró una tubería colgando a su derecha. Dio un paso cuidadoso de nuevo en suelo nivelado. No hubo cesión, ningún chirrido traicionero de metales. Se derrumbó en cuatro patas, sin aliento, y se arrastró lejos del agujero. A la luz de canalones en llamas y cables chispeantes él se quedó mirando la oscuridad voraz, mareado por el acto de la posibilidad que lo había salvado. Sus oídos se llenaron con los ecos de restos asentándose, pero no hubo gritos de los heridos.

El silencio de los muertos era ensordecedor.

Los fantasmas hololíticos de sus tres hermanos eran frágiles. Se mantuvieron disolviéndose en destellos irregulares, sus palabras desapareciendo en estática. Varias veces, Atticus tuvo que pedir a los otros tres capitanes repetir sus palabras. Y teniendo en cuenta la frecuencia con la que tenía que hacer lo mismo por ellos, su transmisión no era mejor que su recepción. Había poco de la ilusión de la presencia

en la cámara lithocast. A medida que las frases se fragmentaban y las caras perdían definición, lo que Atticus sintió en cambio fue el recordatorio de la ausencia. La fragilidad de los hololitos era la salud de su Legión, lo que quedaba de su fuerza.

El sistema lithocast del *Veritas Ferrum* era humilde en comparación con los de las naves insignia de las Legiones. También era más privado. En lugar de ser integrado en el puente ocupaba una habitación contigua a las habitaciones de Atticus. La placa lithocast estaba en el centro del espacio, rodeado de paneles de tres metros de alto que actuaban como deflectores de sonido. Las estaciones de operadores lithocast ocupaban la periferia de la cámara. El aislamiento de Atticus durante los lithocasts no era una cuestión de secreto, sino de eficiencia. Los paneles estaban allí para evitar que el sonido entrara, permitiendo al capitán tener toda su atención en sus visitantes distantes.

El funcionamiento del sistema era goloso en energía. No era utilizado a la ligera. Las conferencias que tuvieron lugar estaban siempre sujetas a asuntos de gran importancia. En el pasado, casi siempre se habían iniciado por el propio Ferrus Manus.

En el pasado. Atticus suprimió ese pensamiento, porque detrás de él se escondía uno peor que se negó a aprobar: *Nunca más.*

-¿Qué muestran los escaneos de Auspex? -preguntó Khalybus.

-No *muestran* nada anormal. Estamos experimentando el comportamiento errático esperando tan cerca del Maelstrom, y ha ido creciendo a medida que nos adentramos en el Sistema Pandorax. Pero no pueden identificar la fuente de la interferencia por sí mismos.

-Pero hay algo que si –dedujo Sabino.

Atticus asintió. -La señora de nuestro coro astropático cree que puede encontrarla.

Sabino gruñó. *-¿No su navegante?*

-Admito que es extraño. Pero no. Aunque la señora Erephren está trabajando con el navegante Strassny para traducir lo que está leyendo desde el empíreo en coordenadas reales.

-¿Qué está experimentando? -preguntó Plienus. Le tomó tres intentos antes de que Atticus pudiera entender lo que estaba diciendo.

-Ella dice que su percepción está alcanzando una claridad y variedad que nunca ha conocido antes.

-Estoy sorprendido –respondió Plienus. *-Mis coros están encontrando sus mensajes cada vez más difíciles de transcribir.*

Los otros dos capitanes asentían en acuerdo.

-Esa parece ser la otra faceta del fenómeno -dijo Atticus. -Cuanto más claramente reciben los coros, más difícil es que envíen.

Khalybus dijo algo que se perdió en un gemido raspado de interferencia. Cuando el sonido se aclaró por un momento, dijo, *-¿A dónde nos lleva esto, hermano? ¿A una conciencia total y el silencio absoluto?*

-¿Cómo puedo saber? Tal vez.

-¿Estás seguro de la sabiduría de tu curso?

-¿Estoy seguro del resultado final de esta aventura? Por supuesto que no. ¿Estoy seguro de su necesidad? Sin lugar a dudas -Atticus hizo una pausa por un momento. -Hermanos, nuestra realidad es dura, y hay que enfrentar verdades muy implacables. No podemos enjuiciar esta guerra con nuestra manera tradicional, y no podemos llegar a Terra -lo que no añadió, pero todos ellos entendieron, era que no irían a Terra incluso si pudieran. Volverían como una Legión destrozada, lista para ser absorbidos, su cultura olvidada en las demás. Ya había habido demasiadas humillaciones. No había ninguna razón para someterse voluntariamente a esta última. -Nos hemos puesto de acuerdo -continuó, -para luchar contra el enemigo utilizando lo que tenemos al máximo. No tenemos ninguna flota. Pero todavía tenemos naves, y esta región favorece al depredador individual. Queda la cuestión del seguimiento de la presa.

-¿Piensas que has encontrado una forma de hacerlo? -preguntó Plienus.

-Veo la posibilidad de una gran cantidad de información útil.

Sabino no estaba convencido. *-Esa es una suposición.*

-Una sobre la que creo vale la pena actuar.

Los tres fantasmas se disolvieron en un parpadeo fantasmagórico. El sonido se convirtió en un viento que traía lamentos electrónicos. En medio de la tormenta, Atticus tuvo una impresión momentánea de algo distinto emergiendo de la estática. Era como si una nueva voz susurrara junto a su oreja, susurrando sílabas tan concretas como incomprensibles. Mientras trataba de escuchar con más atención, la tormenta pasó, y sus hermanos se posaron frente a él de nuevo.

-...Te das cuenta? –iba diciendo Sabino. Cuando Atticus le pidió que repitiera, dijo: *-Estaba preguntando si eres plenamente consciente de lo que la pérdida de una sola nave significa ahora para la Legión.*

-Por supuesto que sí. Así como sé la necesidad vital de cualquier ventaja táctica.

-No tiene mucho sentido discutir –intercedió Khalybus. *-El capitán Atticus tiene razón acerca de las realidades que enfrentamos. Sea lo que sea lo que consideremos acerca de la sabiduría de su estrategia, es su decisión. Por rango y por necesidad, cada uno lucharemos nuestra propia guerra.*

Hubo una pausa. Fue un silencio sin estática. Atticus sintió un nuevo peso presionando sobre él, ya que él sabía que era en sus hermanos. No era la responsabilidad de mando. Era algo así como aislamiento, sólo que mucho más potente, mucho más profundo. Era pérdida. Los Manos de Hierro luchaban, pero la X Legión ya no existía. El cuerpo colectivo del que Atticus había formado parte durante siglos había sido desmembrado. Atticus se negó a creer en la muerte de Ferrus Manus. Tal imposibilidad monstruosa no podía ser, no en cualquier universo, no importa cuán loco. ¿Acaso el hierro se dobla ante la brisa? ¿No? Entonces Manus no estaba muerto. Algunas verdades eran así de simples. Tenían que serlo, si debía existir una cosa como la verdad en absoluto.

Pero Manus no estaba aquí. Estaba perdido para sus hijos, y la gran máquina de guerra que había forjado había sido destrozada a unos pocos componentes dispersos.

Como si expresara los pensamientos de Atticus, Sabino dijo: *-El cuerpo de nuestra Legión es historia* -de los cuatro, Sabino era el menos transformada. La suya era una voz que todavía podía expresar las profundidades del dolor y la ira por todos ellos. *-Y nuestra sangre está adulterada* -la *Veritas Ferrum* no estaba solo en su

acogida de supervivientes de los Salamandras y la Guardia del Cuervo. Los otros capitanes también tenían que mirar a los aliados que habían fallado su Legión.

Atticus levantó una mano. Lo hizo en un puño. Sin armadura, pero todavía podría atravesar el acero. Sabino tenía razón; el bienestar colectivo de la Legión estaba destrozado, pero podía confiar en su propia fuerza y la de los legionarios bajo su mando para aplastar los cráneos de los traidores y convertirlos en polvo.

-No -dijo, y se deleitó en lo inhumano, descarnado de su propia voz. -Somos su cuerpo todavía. Si ya no podemos golpear como un martillo, devoraremos nuestros enemigos como un cáncer. Estamos en su dominio. Ellos se creen a salvo aquí, pero están equivocados. Somos demasiado pequeños para encontrarnos, pero estamos aquí. Nosotros les atacamos y ellos sangran, y si tienen la suerte de destruir uno de nosotros, ¿Entonces qué? ¿Afectará eso a las operaciones del resto? No. Un golpe destruyó la mayor parte de nuestras fuerzas. Tomará más golpes que el enemigo puede contar matar al resto. Tenemos una fuerza, hermanos. Tenemos que reconocerlo.

Hablaron durante unos minutos más después de eso. Atticus se enteró de las operaciones que los otros capitanes planificaban y la forma en esperaban realizar un seguimiento de sus objetivos. Escuchó. Memorizó la información. Pero sabía lo poco importaba que el conocimiento. La *Veritas Ferrum* estaba sola.

El lithocast terminó. Los fantasmas se desvanecieron. Sin embargo, por un momento, el aislamiento desapareció también. Atticus fue capturado por la certeza de que si él se daba la vuelta iba a ver algo más que estaba con él en la placa lithocast. Él reprimió el impulso de darse la vuelta y caminó hacia delante. La sensación de una presencia se evaporó, como sabía que lo haría. No importaba cuan cantidad de débil carne sacrificó al cuchillo del apotecario, pues su mente seguía siendo humana y sujeta a sus perversidades y compulsiones para engañarse a sí misma. La clave era reconocer esta vulnerabilidad y contrarrestarla con la racionalidad empírica enseñada por su primarca y su Emperador.

Pero cuando regresó al puente, se paró en el atril de mando y dio órdenes de que la *Veritas Ferrum* cruzara la frontera del cinturón de asteroides y se aventurase en el Sistema Pandorax, una cosa más sucedió. Fue breve, tan breve que debería haber sido despedida de inmediato. Y él lo descartó. Era débil, tan débil que debería haber sido capaz de ignorarlo. Y lo ignoró.

Lo que él rechazó, lo que él no hizo caso, era un fantasma irracional. Era tan trivial como un pelo en frente de un ojo.

Era tan preciso como una garra acariciando la corteza cerebral.

Era una bienvenida.

DOS

Amante de la canción

Edad de maravillas

Una tierra verdeante

El miedo era la condición normal al tocar la corriente de la disformidad. Eran también la necesaria. Rhydia Erephren la sostuvo cerca de su ser. Ella lo hizo su compañero constante. Era el amigo con quien podía contar. Incluso ella misma se había entrenado para responder por el terror y así el miedo nunca disminuiría, porque esa sería la señal de que estaba bajando la guardia y exponiéndose al mayor peligro.

Erephren creía en el universo secular promulgado por el Emperador. Ella celebró el derrocamiento de todos los dioses. La extirpación de lo irracional de la raza humana era una misión gloriosa, y ella creyó en su necesidad con toda su fuerza y todo su anhelo. A pesar de su lealtad asentada en el lecho de roca a los preceptos del Imperio, o quizá debido a ella, también experimentó temor, y lo sabía que en la forma de terror sagrado. Ese era el poder de la disformidad. Era todo a lo que se oponía el Imperio, y sin embargo era la condición previa para la propagación de la luz del Emperador. Era lo imposible dado en una realidad inexistente. Era la negación de lugar que era también el medio supremo de viajes. Seducía con el fin de destruir.

Hoy, la disformidad era tan seductora como ella nunca había experimentado antes y se volvía más persuasiva por segundos. Le hizo señas con claridad, dejando caer un velo tras otro, llenando su cabeza con el conocimiento de los sistemas cercanos

y prometiendo más. Le dio a entender que la omnisciencia estaba justo detrás del horizonte. Sería la de ella, si ella y la *Veritas* se acercaban un poco más a un lugar determinado en el Sistema Pandorax. *Ven a Pythos*, murmuró. Prometió tantas atracciones que desfilarían tras sus ojos ciegos, tantos secretos por susurrar. Mientras ella estaba en su púlpito en el presbiterio, liderando al coro astropático, la claridad creciente se convirtió en una especie de éxtasis. Un brillante amanecer inundó la noche de la disformidad. Volverse a encontrar el sol no era difícil. Hubiera sido imposible para ella hacer lo contrario. El desafío llegaba en no perderse a sí misma. Habría sido fácil dejar que su conciencia se ahogara en la luz del conocimiento.

La disciplina la detuvo. Disciplina, lealtad y voluntad. Ella era una astrópata de los Manos de Hierro, y tenía una guerra que librar.

-Este es un espectáculo poco común –dijo Darras en voz baja mientras se abrieron las puertas del puente.

Galba miró al otro sargento de pelotón táctico, tratando de leer su tono. Eso nunca era fácil con Darras. El legionario era siempre inexpresivo. No tenía una caja de voz biónica como Atticus. Él sólo hablaba sin expresión, como una máquina en su alma. Su rostro, pensó Galba desde hace mucho tiempo, era el de un cadáver, como si fuera una máscara de carne colgando de un cráneo de metal. Era, como todos los demás legionarios a bordo de la *Veritas Ferrum*, del clan Ungavarr del norte de Medusa. Pero Darras era un producto de los glaciares mucho más visible que sus hermanos. Iba más allá de lo pálido. Su piel era cetrina, el pelo ralo. Si fuera un ser humano no mejorado genéticamente le habría parecido enfermizo. Pero su grueso cuello cableado y los músculos agrupados de la coronilla decían lo contrario. Era la muerte de sus enemigos, y miró la pieza.

También era la muerte de la mentira cortés y la vuelta sin sentido de la frase. Para los emisarios desafortunados de la Administratum de Terra que se cruzaron en su camino, él era la muerte de la diplomacia. En el pasado, Galba se había reído de su desconcierto cuando Darras perforaba con su golpeteo untuoso. Hoy, sin embargo, dado el acto de equilibrio en el que estaba participando, estaba nervioso por el estado de ánimo de su amigo.

-¿Qué quieres decir? -preguntó.

Para alivio de Galba, Darras asintió en la puerta. Rhydia Erephren y Bhalif Strassny llegaron al puente juntos. Era raro ver a alguno de los dos lejos del presbiterio o fuera del depósito de nutrientes la *Veritas Ferrum* estaba en servicio activo. Que los dos se presentaran al mismo tiempo era algo inaudito.

Atticus estaba de pie ante el oculus primario. -Señora Erephren, Navegante Strassny -dijo. -Por favor, únanse a mí.

Los dos humanos cruzaron el puente. Galba se sorprendió al ver Erephren caminar por delante de Strassny, sin guía, con paso seguro. En su mano izquierda llevaba el bastón de dos metros de altura de su oficio. El mango era de una madera tan oscura que parecía negro. Estaba rematado con un astrolabio de bronce de adorno. Su mano derecha empuñaba un bastón de acero plateado, con el aquila Imperial en la cabeza. Su agarre era lo suficientemente fuerte como para haber usado el bastón como una espada. El ritmo con que ella tocó el entablado ante él era tan sutil, que parecía imposible para Galba determinar qué estaba usando para encontrar su camino. Strassny, dos pasos detrás de ella, se desplomó, y parecía que necesitaba un bastón más que ella.

Ambos eran nacidos en Terra. Strassny nació allí, miembro de una de las Casas de segundo nivel de la Navis Nobilite. Su pelo largo, recogido y trenzado a la manera hélice de su familia era a la vez lacio y tan fino que quedaban hilos sueltos flotando alrededor de su cabeza como humo. Sus rasgos eran tan frágiles como la porcelana fina. Era el resultado de siglos de matrimonios mixtos de Casa Strassny. La sangre que le hacía un magnífico Navegante también lo hacía un espécimen físico tan débil, lo que tomó un esfuerzo consciente por parte de Galba para no mirarlo con abierta repulsión.

Erephren era un caso diferente. Ella había sido traída a Terra en una Nave Negra mientras era un bebé. Nadie, incluida ella misma, sabía el planeta de su nacimiento. Sus ropas no llevaban marcas de familia, pero era rica en condecoraciones por su servicio. Una placa chapada en bronce, grabada con el emblema de la Astra Telepática, fue incrustada en la parte superior de su cráneo calvo. El ritual de la unión del alma la había despojado de su rostro y alterado sus ojos de una manera que Galba nunca encontró en ningún otro astrópata. Había visto muchos cuyos ojos se habían nublado, algunos tan lechosos que era como si se hubieran convertido en perlas. Pero los suyos eran totalmente transparentes. Eran orbes cristalinos e inmaculados sin nada dentro. Vistos de cara eran invisibles; Los

párpados de Erephren eran las puertas abiertas a huecos hundidos de tejidos y oscuridad. Devastada por la exposición constante a la disformidad, parecía estar en sus últimos años de los setenta, casi el doble de su edad real. Aunque era siglos mayor que ella, a Galba le resultó imposible no verla como una figura venerable. Había pagado por cada mensaje recibido y transmitido con un pedazo de su vida. La debilidad de Strassny era una tara de nacimiento. La enfermedad de Erephren fue adquirida en el cumplimiento del deber. Había honor en eso.

Sin embargo, Erephren se comportaba como si no hubiera enfermedad. Su postura era despiadadamente recta, su paso seguro y su túnica del esquema negro y gris de la Legión a la que servía. Ella era real. Se merecía el respeto de Galba, pero también lo comandaba.

-Un día inusual -dijo Galba a Darras, coincidiendo con su primera evaluación.

-Especialmente para ti -dijo Darras.

Galba mantuvo el rostro neutro. –Sí -dijo. Así que Darras había estado indagando en él después de todo. Llegó al puente sólo unos momentos antes que Erephren y Strassny, y no había venido solo. Khi'dem y Ptero lo acompañaban. Ahora se situaban en la parte trasera del puente, cerca de la entrada. Estaban fuera del camino, pero se quedaron con los brazos cruzados, haciendo valer con su lenguaje corporal su derecho a estar allí.

-¿No deberías estar manteniendo la compañía de tus nuevos amigos? -preguntó Darras.

-He venido a relevarte -Darras había estado manejando su estación, siguiendo los hololitos que mostraban mediante barridos la salud de la nave.

-No hay necesidad. Creo que tus servicios diplomáticos aún son necesarios.

-No me jodas -Galba logró mantener la voz firme, esforzándose para rechazar cebo de Darras. *Diplomático* era un término de inmensa burla entre los Manos de Hierro.

-¿Yo? Entonces ilumíname, hermano. ¿Qué es, exactamente, lo que estás haciendo?

Galba casi dijo *tratando de mantener la paz*. Se contuvo. -La falta de unidad no ayudará a nuestro esfuerzo de guerra -dijo.

Darras resopló. -No voy a luchar junto a ellos.

-Entonces eres idiota –espetó Galba. -Hablas como si hubiera una elección.

-Siempre hay una elección.

-No, no la hay, a menos que vea el fracaso como una opción. Yo no. Nuestra situación es la que es, hermano, y si crees que podemos prescindir de aliados, entonces te niegas a ver con claridad.

Darras hizo una pausa y luego asintió con la cabeza, una vez, en amarga aceptación. -Estos son días malditos -murmuró, goteando veneno de cada sílaba recortada.

-Lo son.

-El capitán no parece oponerse a la presencia de nuestros invitados.

-Él sabía que yo iba a traerlos.

Darras abrió la boca ligeramente. Era lo que pasaba por una risa en él. -¿Cómo lo lograste?

-Dije muchas de las cosas que te he dicho. Le dije que no hay que apartarse de la realidad.

-No lo hiciste.

Era el turno de Galba de reír. Se alegró por la familiaridad de las bromas. -No con esas palabras, tal vez. Dije "realidad" en un punto. Lo recuerdo porque parecía un eco.

Darras levantó una ceja. -¿Detectas las expresiones faciales del capitán?

-No. Pero después de utilizar la palabra accedió a mi petición.

-Entonces estamos en un día de maravillas.

Galba se volvió con él a ver Atticus hablar con Erephren y Strassny. El Navegante decía poco, contentándose con breves afirmaciones en apoyo de la astrópata. Llenando la vista del oculus estaba Pythos, el planeta más interno del Sistema Pandorax.

-¿Este mundo es la fuente de la anomalía? -preguntó Atticus.

-La fuente se encuentra en él –corrigió Erephren.

Atticus contempló el planeta. -¿Podría ser eso natural?

-No puedo concebir cómo. ¿Por qué lo preguntas, capitán?

-No hay civilización alguna aquí -la *Veritas Ferrum* estaba en órbita sobre el ecuador. El lado nocturno del planeta estaba completamente oscuro. No había luces de ciudades abajo. El lado diurno revelaba océanos azules y tierras verdosas.

Galba estaba mirando a un mundo vergel. Pensó en todos los planetas en los que había luchado durante los siglos de la Gran Cruzada. Todos habían soportado las desfiguraciones traídas por la vida inteligente. Lo que contempló a continuación estaba inmaculado. Desconocía la máquina, su orden y fuerza. Él sabía lo que significaba todo ese verde: la vida orgánica descontrolada, indisciplinada y caótica. Su labio se curvó con disgusto.

-No puedo explicar lo que está viendo, capitán -dijo Erephren. -Pero lo que buscamos está ahí. Lo sé tan cierto como que respiro.

Atticus no se movió. Él había dado tan completamente su yo físico al reino del metal que su silencio era absoluto. Se puso de pie como una estatua, una *cosa* inanimada que cobraría una vida aterradora si se le enfrentaba. Se enfrentó a la vista en el oculus como si se tratara de un oponente. El hierro desafió al jardín. -¿Puedes determinar una ubicación más precisa?

-Creo que puedo. Cuanto más nos acercamos, más intensamente experimento sus efectos. Si pasamos por ella, estoy convencida de que sabré si lo hemos hecho.

-Entonces, con su orientación, es lo que vamos a hacer.

La *Veritas Ferrum* comenzó una lenta órbita sobre Pythos, a la altura del ecuador, moviéndose con la rotación. Strassny abandonó el puente, volviendo a su tanque.

Erephren se mantuvo, de pie junto a Atticus, frente al oculus como si pudiera ver el objeto de su escrutinio. Clamó direcciones con la certeza de alguien que pudiera ver algo, y veía más claramente con cada segundo que pasaba.

Cuanto más cerca llegó el crucero de ataque a la fuente del fenómeno que estaba experimentando, más le parecía a Galba que estaba perdiendo su identidad. La reserva que siempre había sido su armadura se desmoronó. Su voz se hizo más fuerte, más feroz. Cuando comenzó la búsqueda hablaba en voz baja simplemente a Atticus para decirle en qué direcciones debía ir la nave. Pero ahora ella hacía gestos con los bastones como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible del tamaño del planeta. Un ritmo entró en sus movimientos. Hipnótico. Galba tuvo problemas para apartar su vista. Su voz cambió. El poder furioso todavía estaba allí, pero ella no gritaba más. Ella cantaba. Galba fue capturado por la impresión de que ella tenía toda la nave bajo mando, moviendo sus millones de toneladas mientras movía su bastón. Trató de sacudir la ilusión, pero era persistente. Se aferró con la tenacidad de algo que estaba peligrosamente cerca de la verdad.

Y luego, -*Ahí* -se quedó sin aliento. *–Ahí, ahí, ahí.*

-¡Parada total! –ordenó Atticus.

-*Ahí* -Erephren señaló con su bastón con tal ferocidad y precisión que seguramente era imposible que siguiera ciega. Estuvo inmóvil durante varios segundos, tan quieta como el legionario a su lado.

Algo inmenso pasa a través del puente. La más delgada de las barreras bloquearon un susurro. Hubo palabras horribles que querían hacerse oír.

El momento pasó. Galba parpadeó, perturbado por haberse permitido tal exceso de imaginación. Erephren bajó el bastón y se dejó caer, usándolo para mantenerse. Respiraba pesadamente, y había un traqueteo en su pecho. Luego se enderezó, una vez más, revistiéndose a sí misma en la armadura de su reserva. Se estremeció una vez, y entonces estuvo en calma.

-¿Estás bien, señora Erephren? -preguntó Atticus.

-Lo estoy ahora, capitán. Gracias -pero había un nuevo tono en su voz. -Debo decirle, sin embargo, que este es un lugar de tentación increíble para la gente como yo.

-¿Qué clase de tentación?

-Cualquier.

Atticus no hizo ningún comentario y se volvió hacia el oculus. Galba frunció el ceño. La elección de palabras de Erephren era inquietante. Había algo de supersticiosas en ellas.

Atticus dijo: -¿Es posible determinar una ubicación más precisa?

-Llévame a la superficie.

Atticus hizo un gesto de sorpresa. -¿Un astrópata en el campo?

-Serviré de cualquier manera que sea necesaria. Esto es necesario.

El capitán asintió. -Maestro de Auspex -llamó. -Quiero una exploración profunda de la región por debajo de nosotros. Lo que está afectando a la disformidad tiene una ubicación, por lo que debe tener una manifestación física. Podemos estar lo suficientemente cerca para encontrar algo ahora -a Erephren dijo, -Podemos usar otros medios.

La astrópata frunció los labios, con la duda en su rostro.

-Comenzando exploración -confirmó Aulo.

Transcurrieron varios minutos. La compañía en el puente estaba presente: el único sonido el murmullo de cogitadores. El espectáculo de los Manos de Hierro esperando era un panorama de quietud. Los hombres que habían sido convertidos en máquinas de guerra se detuvieron, inerte, hasta que la señal para la acción los desencadenara.

-Retornos negativos -informó Aulo. –Los barridos de Auspex no encuentran nada -se detuvo. -Un momento. Hay una irregularidad en este área -a su orden, un hololito a gran escala de Pythos se proyectó en el centro del puente. Un punto en el hemisferio norte, en la costa este del continente visible desde el oculus, empezó a parpadear.

-Sigue siendo un área demasiado amplia -dijo Atticus. -Reducidla.

-Capitán -el tono de Erephren fue una advertencia.

Aulo se inclinó más cerca de sus pantallas. -Hay algo -dijo. -Déjeme enfocar el haz de esto…

Las luces del puente cayeron. El hololito de Pythos desapareció. Darras gruñó. Galba miró hacia abajo y vio que sus lecturas habían muerto.

El banco de auspex explotó. El marco lanzó a Aulo en un éxtasis de metal rasgado. Una bola de fuego lo envolvió, y era del color de la carne incandescente. Un relámpago caleidoscópico crujió por las paredes. Su infección recorrió la espina dorsal de la bóveda, abriendo la puerta con una sacudida y salir disparó por el pasillo, extendiendo un aullido eléctrico por el resto de la nave. La *Veritas Ferrum* se sacudió. El temblor llegó desde el núcleo, un repiqueteo profundo y poderoso que casi derribó a Galba. Era el tirón de una nave ya herido siendo apuñalada con la hoja de un asesino.

Galba y Darras corrieron al puesto de Aulo. Atticus llegó allí primero, alcanzando al legionario herido al tiempo que la bola de fuego se disipó. Las llamas se estremecieron a lo largo del perímetro de la explosión. No crepitaron. En lugar de ello, hicieron un ruido que a Galba parecieron suspiros. Un coro de miles presionados contra una pared debilitándose con el deseo y el odio y la risa. Y luego las llamas murieron, llevándose con ellos los suspiros y la creencia de Galba en lo que había oído.

La cubierta se estabilizó. Las tiras de lúmenes del puente se iluminaron de nuevo. El humo se enroscó por el espacio, llenando las fosas nasales de Galba con el olor de las tumbas quemadas. Aulo yacía inmóvil. Los ángulos salvajes del marco auspex habían atravesado su servoarmadura por media docena de lugares. Parecía como si una garra metálica se hubiera apoderado de él. Una garra había que atravesó su garganta, empalándolo a la cubierta. Otra había perforado el puente de la nariz por la parte trasera de su cráneo.

Atticus arrancó el marco trenzado lejos del cuerpo. Darras comenzó a decir: -El Apotecario…

Atticus lo interrumpió. -No hay nada que recuperar.

Tenía razón, como vio Galba. Las heridas habían destruido las glándulas progenoides de Aulus. No habría forma de preservar su legado genético para el futuro de los Manos de Hierro. La forma del auspex arruinado molestó a Galba. La garra declaraba que Aulo no había sido víctima de un accidente. Había sido atacado.

La idea era ridícula. Galba sabía que no debía entretenerse en ello. Le estaría haciendo una injusticia a su hermano participando en fantasías irracionales sobre su fallecimiento. Una vez más, empujó lo imposible lejos.

Se negó a pensar en la frecuencia con la que estaba teniendo que mantener estas ideas a raya.

-¿Cuál es el estado de la nave? -preguntó Atticus.

Galba volvió corriendo a su puesto. Con un parpadeo la pantalla hololítica volvió a la vida. Inspeccionó las lecturas. –No hay más daños -informó. Sus palabras sonaron falsas en sus oídos. No había incendios ardiendo en cualquier lugar más allá del puente. La integridad del casco no había sido comprometida. Todos los sistemas de soporte vital estaban funcionando. Los estaban arriba. El auspex estaba destruido y un hermano de batalla muerto. Aparte de eso, la nave resultó ilesa. Sólo Galba sabía que esto no era cierto. Esto no era una cuestión de intuición irracional. Había sido testigo de una energía destructiva llegar y pasar a través de la nave. No podría haber pasado sin efecto. No creía que pudiera. Podía sentir una diferencia en la *Veritas*, incluso en la cubierta bajo sus pies. La nave había perdido algo esencial y adquirido una nueva cualidad angustiante: fragilidad.

Galba legó sus impresiones a la falsedad. Pero cuando levantó la vista y vio la expresión en el rostro de Erephren supo, con una presión en el estómago, que eran ciertas.

La *Veritas Ferrum* se trasladó a una órbita geoestacionaria a baja altura sobre Pythos. La nave había sido golpeada. Un enemigo en Pythos se había cobrado la primera sangre. Y por ello el crucero de ataque desató la guerra sobre los cielos del planeta. Las represalias descendieron a la superficie en las alas de Thunderhawks. Con la *Veritas* estratégicamente ciega hasta que sus adeptos del Mechanicum pudieran reparar el sistema auspex, Atticus tenía que depender de pictocapturas de la superficie. Estas no presentaron ningún signo claro de la anomalía, pero sí

ofrecían algunas zonas de aterrizaje en el área que Aulo había designado antes de su muerte.

Tres cañoneras de combate participaron en el desembarco planetario. Dos de ellas, *Inflexible* y *Amante de Hierro*, llevaron a Erephren y sesenta Manos de Hierro para un reconocimiento en profundidad. La tercera era *Martillazo*, y era una nave de los Salamandras. Era uno de las dos recuperadas a un precio terrible desde la órbita baja de Isstvan V antes de que la vapuleada *Veritas* realizara su escape de la desesperada guerra espacial. *Martillazo* y *Cindara* habían sido una de las pocas naves de cualquier tipo que sobrevivieron a la masacre en la superficie del planeta. Los Salamandras de Khi'dem había logrado reunir algunos Guardia del Cuervo durante su retirada de la lucha de las cañoneras, junto con algunos Manos de Hierro que quedaron muy mal heridos durante la fase inicial de la batalla para avanzar con su primarca directos las fauces de la trampa de Horus.

Sentado en la *Inflexible*, Darras miró por el bloque de visualización a *Martillazo* mientras volaba a nivel con ellos. –Bueno -le dijo a Galba, -pelearán con nosotros hasta el fin, ¿Qué te parece?

Galba se encogió de hombros. -Si crees que encuentro esta conversación estimulante, estás equivocado.

Atticus salió de la cabina y abrió la escotilla lateral de la Thunderhawk. El viento azotó el compartimiento de tropa. Galba se liberó de su arnés gravítico y se unió al capitán. Después bajó la mirada hacia el paisaje que pasa corriendo. Estaban volando sobre un dosel sólido de selva. El viento era espeso, caliente, una explosión de vapor. La Neuroglottis de Galba analizó una cornucopia de aromas y sabores. La inundación sensorial fue vertiginosa. El polen de un millar de especies diferentes luchaba con el hedor de un suelo franco que tendría metros de profundidad con materia orgánica en descomposición. Y había sangre. Oculto bajo el verde estaba el carmesí, ríos de color carmesí, un océano de color carmesí. El sabor de la sangre era un amasec corrupto.

Había demasiados sabores, demasiados seres. Nada de eso era humano. *Inflexible* estaba volando por encima de un campo de combate primordial. Galba pensó acerca de la diferencia entre su mundo de origen y al que se precipitaban aquí. La vida era violenta en ambos planetas. Pero en Medusa, la vida tenía que luchar simplemente para existir. Medusa era un mundo que rechazaba lo orgánico. Era

una prueba, y sólo las formas más fuertes encontraban una recompensa en su superficie. Pythos, sin embargo, era monstruoso en su abrumadora bienvenida. La vida había explotado aquí. Vida sobre vida. La única carencia era el espacio, y eso fue suficiente para encender una guerra de todos contra todos.

Medusa forjaba la unidad y la firmeza. A Galba no le sorprendió que ninguna civilización esperara a los Manos de Hierro en Pythos. No había, estaba seguro, un orden posible en este lugar de crecimiento orgiástico.

Por delante, no muy lejos de la orilla occidental de la zona de destino, la tierra se levantaba y un promontorio rocoso se liberaba de la copa. Atticus señaló -Aterrizamos allí.

El pico del promontorio estaba desnudo y nivelado, midiendo medio kilómetro de lado. Hacia el norte, oeste y sur terminaba en acantilados escarpados. Al este, la pendiente era un descenso gradual hacia el suelo de la selva. La línea de árboles estaba unos diez metros por debajo del pico. Los Thunderhawks rodearon la zona una vez y luego aterrizaron. Las rampas de asalto se estrellaron contra el suelo, y los legionarios marcharon sobre la superficie de Pythos. Se extendieron hacia el exterior de las cañoneras, formando una barrera de ceramita al este.

A Galba le encargaron garantizar la seguridad de Rhydia Erephren. Los miembros de su equipo de la rodearon y siguieron su ritmo. Estaba sorprendido por la rapidez con que se movía en un territorio completamente desconocido. Ella se quedó inmóvil por un momento después de alejarse de la *Inflexible*. Frunció el ceño como si estuviera escuchando. Galba vio una vena en su frente pulsar rápidamente, señal de la tensión que estaba experimentando. Luego se volvió y se dirigió a la línea oriental. Su paso era casi tan seguro como en la *Veritas*.

Atticus estaba esperando. -Bueno, ¿Señora Erephren? -preguntó.

-La anomalía es potente aquí, capitán, pero esto no es la fuente. Sin embargo, puedo sentir la corriente de su presencia mucho más definida. Se encuentra en esa dirección. -ella señaló hacia el este.

-Muy bien -dijo Atticus. -Incineraremos nuestro camino a través de la selva si es necesario. Iré en cabeza. Señora, permanecerá en la retaguardia bajo la protección del sargento Galba. En caso de que nos desviemos del camino correcto infórmenos inmediatamente.

-Como ordene, capitán.

Los Manos de Hierro se sumergieron en la selva. Los Salamandras y la Guardia del Cuervo les seguían, la verdadera retaguardia aunque Atticus apenas reconoció su presencia. Al cabo de un centenar de metros los legionarios entraron profundamente en una noche verde. El cielo se desvaneció tras el escudo ininterrumpido de ramas entrelazadas. Los occuglobos de los Marines Espaciales compensaba la tenue luz, y los legionarios marcharon como en pleno día. El aire se hizo más grueso aún, y Galba se preguntó cuánto tiempo aguantaría Erephren. Ya podía oír un ruido de líquidos en su respiración, pero no frenó.

Los árboles eran gigantescos, creciendo hasta los treinta metros o más. Galba vio unas pocas variedades de hojas, pero la mayoría eran coníferas con agujas como garras curvas. Casi tan común como estos había crecimientos que resultaron no ser árboles en absoluto, sino inmensos helechos. Vides retorcidas desde un tronco a tronco, sus tallos gruesos como cables, aspas de sus hojas tan agudamente angulares que Galba se encontró pensando en alambre de espino diseñado para Dreadnoughts. Las bases de los troncos y selva baja estaban cubiertos por alfombras de musgo. Era tan profunda y arrugada que camuflaba raíces y en varias ocasiones Galba estuvo a punto de advertir a Erephren de un peligro a sus pies, pero ella pasó por encima del obstáculo cada vez.

-Tiene un andar seguro -le dijo.

-Gracias.

-¿Cómo siente su entorno?

-Entiende mal mis habilidades, sargento. No tengo una imagen de lo que está delante de mí, excepto lo que mi imaginación reconstruye después de los hechos. Estoy haciendo uso del conocimiento que fluye a mí desde el Immaterium. Recibo los mensajes enviados por mis hermanos y hermanas del Astra Telepática y me he acostumbrado a recuperar otra información, así como los movimientos que debo hacer. No sé por qué tengo que ir a la derecha -y lo hizo, evitando el tronco que se interponía en su camino. -Tal vez estoy sintiendo los remolinos en la disformidad causados por el reino físico y esta es mi nueva vista. Sé que escuchar a estos impulsos no me falla.

-Claramente -dijo Galba. Pensó por un momento. -¿Qué pasó en el puente... -comenzó.

Erephren dio una sacudida solemne a su cabeza. -No sé nada más que tú.

-Pero trató de advertir al Capitán Atticus.

-La barrera con el empíreo es muy fina aquí. Las fuerzas en juego son muy poderosas. Sentí una oleada pero ¿Por qué fue causado por la exploración del sargento Aulo? ¿Y por qué tomó la forma en que lo hizo? No tengo respuestas.

-No sólo estoy preocupado con qué tomara esa forma -dijo Galba. -Quiero entender qué *era* esa forma. Nunca he sido testigo de algo por el estilo.

-La disformidad desafía la comprensión, sargento. Esa es su naturaleza. No creo que necesitamos adentrarnos más en ello.

Ella hizo su última frase de forma muy enfática. Estaba en la punta de la lengua de Galba para preguntar si la verdad era que no quería creer en la necesidad de mirar más de cerca. Se detuvo. Podía ver la tensión en su rostro. La astrópata siempre estaba vinculada a la disformidad. Su conciencia siempre estaba dividida, su propia forma convertida en dos concepciones contrarias de la existencia. No podía empezar a comprender los riesgos que corría cada eterno segundo a segundo. Si había caminos que ella preferiría no pisar respetaría sus deseos.

Entonces Erephren habló de nuevo, sorprendiendo a Galba con su tono confiado. -Tengo una gran admiración por los principios de esta legión, sargento -dijo ella. -No soy un nativo de su mundo. Sirvo a los Manos de Hierro pero no me jacto de ser de su gente. Pero debe saber lo importante que es lo que representan para mí -golpeó su pierna una vez con su bastón. -Este cuerpo es débil. Es un vehículo apenas adecuado. Ese es el costo de mi regalo y mi servicio. Lo pago con mucho gusto y busco mi fuerza en otros lugares, donde más lo necesito, en mi voluntad y mi sentido de identidad -hizo una pausa mientras rodeaba una raíz casi tan alta como su rodilla. -Los Manos de Hierro no tienen compromiso. No toleran la debilidad. La borran de ustedes mismos y de los demás. Este rigor significa que deben tomar decisiones difíciles y participar en acciones crueles.

-¿Crueles? -él se sorprendió. ¿Estaba en duda el honor de su Legión? Los Manos de Hierro nunca habían actuado con nada menos que la justicia de su lado. Cualquier castigo impuesto era merecido.

-No me has entendido. La palabra es un término de alabanza. La galaxia es un lugar cruel y se debe responder en especie. Vosotros sois la respuesta. Ha habido varias ocasiones, sargento, durante nuestra Gran Cruzada, cuando el deber ha requerido eliminar a la totalidad de las poblaciones humanas de mundos que no se sometieron.

-Así es. A veces la mancha xenos es demasiado grande, la resistencia a la razón demasiado arraigada.

-¿Sabes lo que escuché durante esas purgas? ¿Te das cuenta de que esas muertes están marcadas tanto en la disformidad como en el Materium?

-No -él no lo sabía.

-No se puede imaginar el horror -dijo ella. -Pero puedo soportarlo, porque sé que hace cumplir la voluntad del Emperador, y si vosotros tenéis la fuerza para hacer lo difícil entonces es mi deber encontrar la fuerza para dar testimonio de ello. Despreciáis la carne y la convertís en hierro. Me digo que tengo que hacer lo mismo. Sois modelos, sargento, para los mortales que os sirven y siguen. No somos tan poderosos, ni tan resistentes. Pero podemos aspirar a ser mejores que nosotros, porque tú eres mejor que nosotros.

Se detuvo de nuevo, y se quedó en silencio durante tanto tiempo que Galba empezó a pensar que había dicho su pieza. Pero entonces ella habló y pudo oír cada palabra elegida con cuidado. -Este es un momento difícil. Los Manos de Hierro son...

-Hemos sufrido una derrota, señora -dijo Galba. -No disfrace la verdad.

-Pero no estáis *derrotados*. Y no debe ser.

-Me parece que desea alejarse de algo que teme podría tener lo mejor de nosotros. Cerrar los ojos ante el enemigo no es una defensa, y no habla bien de su fe en nosotros.

-No creo que eso sea lo que estoy haciendo. Creo que estoy actuando por el bien de la razón y de la luz. Lo que sucedió en el puente fue una erupción de lo irracional. Investigar sus profundidades invita al sueño de la razón. Uno no se involucra en un diálogo con la locura, al igual que uno no acepta a las personas contaminadas bajo el abrazo del Imperio. Lo que se requiere es una cuarentena. Y luego la escisión. ¿Lo entiendes?

-Creo que sí -dijo. -Pero, ¿Estás segura de que este buen razonamiento no se ve determinado por su miedo?

-No -respondió ella en voz muy baja. -No estoy seguro.

La selva se hizo más y más denso cuanto más descendieron por la pendiente los legionarios. Cortaron a través de la vegetación asfixiante con espadas sierra. A veces, todo rastro de camino era tragado y un nuevo sendero era creado con los lanzallamas. Vides y musgo ardieron donde fueron tocado directamente por el promethium, pero la humedad era tan alta que los fuegos se extinguían en cuestión de segundos. Galba se irritó por el lento progreso. Le molestaba cualquier marcha cuyo impulso perdía fuerza, pero una en la que el único enemigo era el paisaje era mortificante. El resto de la fuerza de reconocimiento serpenteaba lejos de él y el gris/negro metalizado desapareció en la oscuridad esmeralda. Era imposible ver a más de una docena de metros más adelante. El musgo se hizo aún más grueso. Era tan absorbente y se hundía tanto que era como andar por encima de nieve profunda. Galba se sobresaltó cuando una pierna se hundió casi hasta la rodilla. Su bota descansó en una raíz gruesa. Se sentía desconcertantemente como estar parado sobre un músculo. Se arrastró fuera de la depresión y encontró un terreno más firme.

Su perla vox crujió. *-Despejado adelante* -informó Atticus. *–El Auspex indica múltiples grandes múltiples.*

Galba y su escuadrón avanzaron junto con Erephren. Atticus les estaba esperando en el camino abierto hasta el claro. Los otros legionarios se extendieron a ambos lados, formando una vez más la muralla defensiva que establecieron en el lugar de aterrizaje. -¿Cuál es nuestra dirección? -preguntó Erephren.

-Todo derecho.

-Lo que pensaba.

El claro era un tosco círculo alrededor de un kilómetro de diámetro. Un pequeño arroyo corría por el centro, cruzando el avance. Reunidos no lejos de el había un gran grupo de saurios cuadrúpedos. Galba adivinó que eran unos cien. Tenían unos tres metros de alto hasta el hombro y aproximadamente el doble de longitud. Sus colas se posaban en tierra y terminaban en ganchos óseos gemelos. Filas de púas curvadas hacia adelante cubrían sus espaldas. Sus piernas eran gruesas y sus troncos enormes, evolucionados para soportar el peso, no correr. Sus cabezas estaban gachas, vueltas de los Marines Espaciales.

-Una especie de Grox, ¿Qué te parece? -preguntó Galba.

-Parecen estar pastando -Khi'dem y sus parias habían llegado.

-¿Pastando qué? –señaló Ptero. La planta había sido pisoteada hasta convertirla en arcilla desnuda.

Bajo el hedor de los animales enormes, Galba atrapó otro hedor. -Hay sangre allí -dijo. -Mucha.

-Apartadlos de mi vista –ordenó Atticus.

Mientras hablaba, los animales captaron el aroma de los intrusos. Se volvieron de los cadáveres que habían estado devorando. Sus cabezas eran masivas, cuadradas, con enormes mandíbulas como garras relámpago. Rugían, revelando los dientes que por lo irregular y estrecho parecían ser las armas de un torturador en lugar de las herramientas de un depredador.

-Deberían ser herbívoros –dijo Ptero, y Galba creyó oír temor en la voz del Guardia del Cuervo.

Galba levantó su bólter y apuntó. -¿Qué quieres decir?

-La forma de sus cuerpos, sus cabezas. ¿Cómo pueden ser depredadores eficaces? Deben ser demasiado lentos.

La manada cargó. La tierra tembló. -Parece que lo controlan -dijo Galba, y abrió fuego.

La línea de Manos de Hierro lanzó una descarga continua de fuego bólter en los saurios. Las proyectiles reactivos de masa perforaron la piel de los animales y

volaron pedazos de carne y hueso. Los rugidos se convirtieron en gritos de rabia agonizante. Los monstruos más adelantados se colapsaron con el trueno del granito. Galba acertó media docena de disparos en las patas delanteras de su objetivo. Las articulaciones del saurio explotaron, cortando las extremidades en dos. El animal se estrelló en el suelo, rodando y aullando. Otros dos personas perdieron interés en los Marines Espaciales y atacaron a sus parientes caídos. Desgarraron su vientre expuesto con garras y dientes. En unos momentos estuvieron cubiertos de sangre fratricida. Su víctima fue destripada, dejando colgajos de piel como velas caídas a ambos lados de su torso. Todavía estaba vivo, pues sus muñones se crispaban, agitando las patas traseras. Era una masa de carne descuartizada retorciéndose y lamentándose.

Una docena de saurios cayeron. Otros seis mientras muchos combatían sobre sus cadáveres. Y con todo la avalancha de dientes se precipitó con su impulso desenfrenado.

Sin parpadear, los Marines Espaciales siguieron disparando. Más depredadores cayeron, haciendo que el corto alcance provocara heridas aún más catastróficas. El claro se convirtió en un matadero gigante. El hedor de la sangre llenó las fosas nasales de Galba. Estaba caliente y húmeda y sofocante; un puñetazo bañado en sudor. También era el olor de la caída de los enemigos, las primeras muertes que los legionarios de la *Veritas Ferrum* reclamaron desde Isstvan V. Un estruendo vibratorio más bajo llegó a los oídos de Galba por encima del rugido destrucción del asalto saurio, y fue un momento antes de darse cuenta de que estaba escuchando sus propios gruñidos. Eran la expresión de su ira por la traición y eran la satisfacción primitiva que venía con el desencadenamiento de la masacre. Cada retroceso de su bólter era otro golpe asestado a la humillación que había recibido la X Legión.

Los saurios cayeron y cayeron y cayeron. Sus números se redujeron a la mitad en el tiempo que les llevó conectar con los Manos de Hierro. Todavía eran una avalancha. Y ahora era su turno.

-¡Flanquear y aplastar! –ordenó Atticus en los últimos segundos anteriores al impacto. Los legionarios blindados se abrieron a la izquierda y la derecha, corriendo por los flancos de la manada y volviéndose para atrapar a los animales en un fuego cruzado. Se movían con rapidez y precisión. Eran los engranajes

individuales de un mecanismo terrible, mandíbulas de ceramita y acero que destrozaban toda la carne que pasaba entre ellos.

Pero los saurios también eran rápidos. La bestia en cabeza agachó su cráneo y arrebató a uno de los hombres de Darras con sus fauces. Mordió, y la ceramita restalló como huesos. Galba oyó el grito del legionario por el canal vox de la compañía. Fue un grito de indignación como los de las bestias, arrancado de un asesino perfecto. La presa del saurio se cerró aún más. Esta vez fue el chasquido de los huesos. La mitad inferior del Marine Espacial cayó al suelo. El reptil levantó la cabeza y tragó la cabeza del legionario y la parte superior del torso hasta su garganta.

Atticus no estuvo lo suficientemente cerca para ayudar al hombre caído, pero fue el primero en llegar a su asesino. Aún vertiendo fuego en las bestias desbocadas, Galba observó, por el rabillo del ojo, como el capitán de los Manos de Hierro asaltó al saurio. Había anclado magnéticamente su bólter e iba blandiendo su espada-sierra con ambas manos. Atticus no dijo nada mientras atacaba. Hizo girar el hacha a la garganta del animal. Sus movimientos tenían una perfección y gracia mecánicas. El arma era masiva, pero en sus manos parecía tener el peso y la velocidad de un estoque. Su cabeza gruñendo masticó la piel del monstruo. Máquina y animal chillaron, una por la protesta de los engranajes, el otro agarrotado por el dolor de la muerte. Una cascada de vitae estalló desde el cuello del saurio, salpicando a Atticus de pies a cabeza. La cabeza del animal colgó medio cortada. El cuerpo permaneció en pie durante cinco segundos después de haber muerto. Luego cayó.

Los Manos de Hierro presionaron, comprimiendo la manada entre paredes de fuego. La mortificación que labraban en la carne tuvo por fin su peaje. El paisaje se convirtió en un panorama de carne sangrando y hueso astillado. Rota su carga, los saurios entraron en un círculo de confusión y dolor, arremetiendo unos contra otros, así como contra los Marines Espaciales.

Uno se abalanzó fuera de la manada, impulsándolo a granel y a través de los proyectiles de Galba. Galba empujó Erephren más atrás. Brotando sangre de cráteres en su cuerpo, el saurio se estrelló contra él, derribándolo de espaldas. Una garra masiva se apretó contra su pecho y lo aplastó en la arcilla. Su bólter aterrizó a un palmo de distancia. Bien podría haber sido en otro continente. Erephren podría

haberla alcanzado, pero ella no sabía que estaba allí y retrocedió más pasos de los rugidos babeantes.

El aliento fétido y raspado se apoderó de Galba. Las mandíbulas se abrieron, una cueva que amenazaba con tragarse la cabeza. Galba arremetió con su puño, golpeando la mandíbula inferior de la bestia, rompiéndola, enviando fragmentos de dientes a su paladar. El saurio gritó y se tambaleó hacia un lado. Galba se apartó, recuperó su bólter y se acercó disparando. La cabeza del reptil explotó.

Después de eso el combate terminó, sustituido por simples tareas de exterminio cuando el último de los saurios fue abatido. Entonces se produjo, el *krump* final de los bólters amortiguados por la selva circundante. El suelo estaba resbaladizo por la sangre. La arcilla se había convertido en oscura suciedad coagulada. Esto ya no era un claro. Era un pantano. Galba se reincorporó a Erephren y el suelo hizo ruidos de succión mientras se abrían camino hacia donde los legionarios se reunían.

Ptero estaba de pie sobre uno de los cuerpos más intactos, su casco en ángulo hacia abajo mientras miraba fijamente a la criatura. -Está muerto -dijo Galba. -No debería perturbaros más.

-Pero hay que admitir que todo esto es malo -el Guardia del Cuervo insistió. -Estos animales están diseñados como herbívoros. Se puede ver, ¿No?

-Sí, pero no son herbívoros, y hay fin a la cuestión.

-No estoy de acuerdo, hermano. Sería un error descartar esta aberración como insignificante, cuando esto es lo que hay que luchar.

-¿Y cómo llamarías esta aberración, entonces? –clamó Darras. Él estaba de pie a unos metros más cerca de la parte ascendente del claro. También él estaba mirando hacia abajo, pero no a un cadáver.

-¿Qué pasa? -preguntó Galba.

-Mira la sangre.

Galba hizo. Había corrientes en los charcos. La sangre se estaba desvaneciendo.

Fluía *cuesta arriba*.

-Capitán –transmitió Galba, -hay algo absorbiendo la..

Un temblor de tierra lo interrumpió. Era poco profundo pero muy extenso. Era como el movimiento de los músculos bajo la piel. Galba enfocó lo que había pisado el profundo musgo. Agarró a Erephren por el brazo. -Rápido -dijo entre dientes y echó a correr. Él ya sabía que lo que venía no podía ser combatido. Delante de ellos, los otros escuadrones ya se estaban retirando a marchas forzadas del claro.

El claro entró en erupción. Por un momento, Galba pensó que tentáculos estallaban de la arcilla. Entonces vio que eran las raíces. Gruesas como su brazo y de decenas de metros de largo se enredaron como una red y se extendieron como garras. Los terrones llovieron mientras el sistema de raíces se torcía y flexionaba como serpientes ciegas buscando presas. Un zarcillo golpeó a uno de salamandras de Khi'dem. Se enroscó alrededor de su brazo. Las raíces anclaron al legionario. En unos segundos lo envolvió cuan capullo y lo inmovilizó. Cayó. Khi'dem y otro de las Salamandras desgarraron las raíces pero más se acercaban.

Galba vaciló. El resto de las salamandras se apresuraron a ayudar, pero él estaba más cerca. Maldijo para sí y luego dejó a Erephren con el resto de su escuadrón. -Mantenla a salvo -dijo a Vektus, su apotecario, y corrió de vuelta.

Otro de la escuadra de Khi'dem fue capturado ahora. Una raíz hizo un lazo alrededor del guante de Khi'dem, pero él tiró y rompió el zarcillo, para luego esquivar los otros que venían a cazarle.

Galba aceleró su espada sierra y volvió sus dientes contra las raíces que envolvían a la primera víctima. Mientras lo hacía, la voz de Atticus crepitó sobre el canal vox. -*Déjalos.*

-¿Hermano-Capitán?

-Ahora.

Vaciló mientras la primera de las raíces monstruosas apenas comenzaba a separarse bajo su espada. Y entonces todo la espiral alrededor del Salamandra contrajo con una sacudida. El movimiento fue tan violento que Galba se tambaleó hacia atrás un paso. La sangre, bajo una inmensa presión, brotó de entre las bobinas de raíces. Era como si un puño hubiera aplastado un huevo. Un segundo después, mientras los otros salamandras alcanzaron su posición, el otro capullo sufrió la misma

constricción traumática. Más sangre, un spray agresivo y nada más que un breve gruñido de dolor terminal del legionario cuando una fuerza de presión inimaginable redujo la ceramita a pedazos y un cuerpo de pulpa. El sistema de raíces se crispó y vibró. Se estaba alimentando, y Galba tuvo la impresión espantosa de satisfacción que irradiaba de la vegetación.

Y entonces lo que se alimentaba de las raíces invadió la posición. Se precipitó desde la línea de árboles ladera arriba. Primero hubo carreras de pulpa verde a lo largo de las raíces, pero esto fue sólo un presagio. Detrás de él llegó una ola verde, una marea de tres metros de altura retorciéndose. Era el musgo, observó Galba, hinchado con sangre y frenético por la sed de más. Estaba creciendo, extendiéndose como una plaga, pero con la velocidad y el avance implacable de una marea de tormenta. También se movía, arrastrado hacia delante por las raíces hinchadas y enredadas.

Era el hambre hecho ser. Quería el mundo.

TRES

Seis segundos

Selección Antinatural

La llamada en la naturaleza

Habían transcurrido menos de cinco segundos desde la orden de Atticus. El retraso de Galba ya era imperdonable. Aún podría ser fatal. No había nada que disparar aquí, nada que apuñalar, nada por qué luchar. Quizás el musgo podría carbonizarse, y dos de loss salamandras emplearon a fondo sus lanzallamas. Pero el musgo rapaz era un muro tan ancho como el claro. Se necesitaría un lanzallamas pesado montado en un Land Raider para detenerlo.

-¡Dejadlo! -gritó Galba.

Otro segundo pasó. Vio la rabia frustrada en la postura de Khi'dem. La idea de retroceder de un enemigo ten sin sentido y la muerte de hermanos de batalla sin venganza era obscena. Pero cualquier otra acción era una locura.

-Retirada hermanos –transmitió Khi'dem, y cada sílaba tóxica fue emitida con amargura.

Corrieron, y Galba compartió la furia de los salamandras. Eran las Legiones Astartes, y la retirada era impensable, pero corrían, y detrás de ellos una tormenta esmeralda hacía estragos. La ola creció más alto todavía. Una sombra llenó el claro. Se extendió sobre la selva por delante. El sonido era más terrible que todos los rugidos de los depredadores que le precedieron. Era una exhalación sibilante, monstruosa, un *hhhhsssssssiiiiihhhhhhhhh* de un bosque sacudido por un huracán sin viento. Sin embargo, el aire se movía. Allí estaba el aliento de un monstruo, un desplazamiento causado por la marcha del propio suelo de la selva. Inmensamente *exhalado*, y había afán: un deseo ciego, sin sentido, pero que todo lo consume, y avanzó para aplastar toda carne y asfixiar toda esperanza. Fue llamado por la sangre y llegó, inextinguible, en respuesta.

El terreno onduló bajo los pies de Galba mientras salía del claro. Golpeó por la pendiente, esperando que los árboles pudieran frenar la ola de musgo, pero preguntándose cuán grande era el crecimiento verdaderamente y si todos estaban simplemente yendo a su abrazo envolvente. La charla vox procedente del resto de las fuerzas fue un coro de urgencias superpuestas, pero no hubo llamadas de víctimas o lucha.

-¿Su posición, sargento Galba? –dijo Atticus de nuevo, su voz biónica tan fría y preciso como siempre, pero su raspado codificaba de alguna manera un borde afilado de rabia.

-Acercándome rápidamente, capitán. ¿Puedes ver lo que está detrás de nosotros?

-Basta ya de ello. Seguiremos moviéndonos a gran velocidad. Alcanzar.

Siguieron corriendo. El camino a seguir se hizo más fácil por el paso de los demás. El follaje fue pisoteado, las enredaderas y ramas bajas picadas. Había musgo aquí, pero era inactivo. El millón de pequeñas muertes que eran la constante realidad de una selva no eran suficientes para despertar el frenesí. Y ahora Galba oyó el choque de la onda verde contra los árboles. Era el sonido de una ola enorme o una roca

pesada, suave por los cuerpos, fuerte por las serpientes. Se imaginó el musgo fluyendo entre los troncos gigantescos, una marea convertida en una corriente sedienta. Los silbidos, crujidos y chasquidos les persiguieron. Pero los temblores en el suelo disminuyen. Estaban poniendo distancia entre ellos y el hambre. Su carrera alimentada por la sangre se estaba deteniendo.

Luego vino la caída una vez más en la quietud. No podía haber un verdadero silencio en la selva. Ahí estaba el zumbido perpetuo de los insectos. Galba no había visto ningún pájaro, pero podía oír los gruñidos y gritos lejanos de cazadores y presas. Era el susurro de lo invisible. Pero cuando la persecución cesó, la calma que descendió fue tan opresiva como el plomo.

El hambre se hundió de nuevo en la tierra, insatisfecho. El conocimiento de su existencia se extendió sobre la tierra. En todas partes Galba miró ahora, viendo el potencial de su reaparición. Pensó con pesar de la letalidad de Medusa. Ansiaba la pureza de su fría indiferencia. Pythos era inmundo. Era todo menos indiferente. Era el deseo en su más desnuda y rudimentaria definición. Tal obscenidad de lo orgánico solo merecía una cosa: fuego.

Se reincorporó a los demás escuadrones en la parte inferior de la ladera. La maleza y el musgo fueron carbonizados. No había nada más que cenizas entre los árboles aquí, un espacio en la selva tallado en los términos de los Manos de Hierro. Ahora aparecía una oportunidad para reagruparse.

Atticus estaba esperando al final de la ruta. Galba se preguntó de nuevo cómo su absoluta quietud podría ser tan expresiva. Cuando se acercaron, el capitán giró sobre un pie, como si fuera la puerta de acero de una fortaleza abriéndose. Era, pensó Galba, lo suficientemente formidable para ser una. Era un coloso de la guerra, un ser que se movería por pensamientos de misericordia tanto como un tanque Fellblade. Los que le desafiaron lo hicieron sólo en su sufrimiento. Sabiendo lo que se avecinaba, Galba se ralentizó, dejando que los salamandras fueran primero. Khi'dem asintió brevemente al comandante de los Manos de Hierro. Atticus no respondió. Galba le saludó y se detuvo. Abrió un canal vox privado. –Capitán -dijo.

-*Sargento* –no *hermano*. Y luego el silencio. Al menos, pensó Galba, había respondido en el mismo canal. Lo que estaba a punto de ocurrir sería entre ellos solos.

El silencio continuó. Galba se encontró contando los segundos. Empezó a ver un significado doloroso en su número.

-Seis segundos -dijo Atticus. -Ese es un período apreciable de tiempo, ¿No?

-Sí lo es.

-Cuando emito una orden, no espero simplemente su cumplimiento inmediato. Lo demando.

-Sí, mi señor.

-¿Hay algo que he dicho que no fuera tan claro? ¿Menos preciso? ¿Abierto a *interpretaciones*?

La última palabra fue especialmente contundente. La interpretación y todos los otros lujos de la contemplación artística fueron el dominio de los Hijos del Emperador. Lo que había sido objeto de bromas juguetonas y bromas fraternales se convirtió, desde la traición en Callinedes, en un síntoma de corrupción. La interpretación y las mentiras eran la misma cosa. Lo que tenía más de un significado indiscutible se había creado claramente con el engaño en su corazón.

-No, hermano-capitán –respondió Galba. -Estás siendo muy claro.

Atticus se volvió para irse. -No tengo el tiempo ni los recursos para gastarlos en una acción disciplinaria -dijo. -Pero no me vuelva a fallar -el tono de su voz mecánica era claro. A Galba no se le estaba dando una segunda oportunidad. Se le estaba dando un ultimátum.

-No lo haré.

Atticus le devolvió la mirada. -No tengo la costumbre de explicar mis órdenes.

Galba se sorprendió. -Tampoco debe, mi señor.

-Debo, sin embargo, buscar *su* claridad en un punto. Cree, no es cierto, que os he ordenado abandonar a los Salamandras a su suerte. Cree que yo estaba motivado por el rencor, en lugar de la estrategia.

-No, hermano-capitán -él negó con la cabeza, horrorizado. –No creo nada por el estilo.

-¿Entonces por qué vacilaste?

Debería haber tenido una respuesta. Debería haber tenido una razón. No tendría que haber respondido la cuestión con un silencio espantoso. Galba sintió un vacío en su pecho, un abismo en el que podía estar al acecho la duda más perniciosa y en el que se negaba a mirar. Sin embargo, Atticus le estaba obligando bordearlo. Dos segundos terribles pasaron con su tic-tac, y Galba no tenía respuesta que dar. En cambio, las preguntas tóxicas de su capitán criaron otras tan venenosas.

Galba miró al legionario que estaba delante de él, en el ser que había exterminado su carne hasta el punto de que había muy poco para distinguir la servoarmadura de la forma debajo de ella. Pensó que el ojo humano que todavía le miraba desde el cráneo del metal, y le pareció que, en este momento, esas concesiones de Atticus a la humanidad no eran más que expresiones de desprecio. Escarbar a su manera la salida de la oscuridad fue una pregunta profunda, nunca articulada antes, pero expresada tal vez en la moderación de sus propias mejoras biónicas. Si el rechazo completo de la carne era el objetivo, ¿Por qué Ferrus Manus nunca había completado ese viaje? Los brazos plateados del Primarca habían sido el límite de su metamorfosis. ¿Qué significaba que Atticus hubiera ido mucho más lejos?

Seis segundos. Galba parpadeó. Rechazó el absurdo de esta línea de pensamiento. Si la continuaba sería llevado a dudar de los principios más fundamentales de los Manos de Hierro. Y no dudaba de ellos. En todo caso, la asquerosa explosión caótica de lo orgánico que acababa de presenciar sólo reforzó las virtudes cuerdas y ordenadas de la máquina. Cuando la racionalidad volvió a él, sintió que su respuesta llegaba a su vez. Era una sencilla admisión de vergüenza.

Pero antes de que pudiera expresarla, Atticus habló de nuevo. -¿Logró algo en su retraso? ¿Salvó un solo guerrero, de cualquier Legión?

-No, mi señor.

-¿Qué propósito siguió cualquier persona que quedaba en ese campo durante otros seis segundos?

-Ninguno.

-¿Y cuál habría sido el resultado si la señora Erephren hubiera recibido daño como consecuencia de sus decisiones?

Desastroso -él no trató de exculparse con la pobre excusa de que había confiado su seguridad a un subordinado. No buscó el perdón por sus acciones pasadas. Él buscaría la redención en sus futuras.

Atticus asintió con un movimiento hacia arriba y hacia abajo que pasaría por el de una torreta. –Ninguno -repetía. -No siento gran calidez para con nuestros hermanos de las otras legiones, Galba. Pero actúo por el Emperador. Siempre. Y lo que yo os mando es lo que creo que nos traerá la victoria. Siempre. ¿Soy claro?

-Sí, hermano-capitán.

-Bien. Entonces veamos lo que la Señora Erephren nos puede decir acerca de nuestra próxima aventura a través de esta obscenidad.

La astrópata estaba de pie con Vektus. -Nuestro agradecimiento, hermano -dijo Atticus.

-Mi deber, hermano-capitán –dijo Vektus, complacido, y se retiró.

Galba agradeció la implicación de Atticus de que Vektus había estado actuando bajo órdenes que bajaban de una cadena de mando unificada. El gesto humano en la elección de palabras del capitán lo sorprendió, y su sorpresa le avergonzó. Arrojó sus dudas de nuevo al pozo y lo declaró cerrado.

La postura de Erephren era tan rígida como siempre, pero la tensión había grabado surcos profundos en la frente. Un hilo estrecho de sangre cayó de su ojo izquierdo. -Estamos cerca -dijo ella. Su voz era plana. No débil pero si disminuida, como si su presencia fuera una ilusión y los estuviera llamando desde una gran distancia.

-La disformidad te está alejando de nosotros -dijo Atticus.

-Lo está intentando -estuvo de acuerdo. -Pero no va a tener éxito. No tengas miedo, capitán -sonrió, mirándole como un antiguo icono de la muerte. –Así pues, no lo hace, ¿Verdad?

-Tengo plena confianza en su fuerza, señora –contestó Atticus, la encarnación de metal abordando el triunfo de la determinación sobre la carne. -Muéstranos el camino.

Ella lo señaló, y Atticus abrió el camino. Aún al este, más en lo profundo de la selva. El terreno era llano. No había características distinguibles en esta dirección ni en cualquier otra. Los árboles, aún más densos que en la ladera, rodeaban a los Manos de Hierro en una prisión verde.

-Hermano Galba –transmitió Khi'dem. *-Sé que la ayuda que intentó darnos no vino sin costo.*

Galba no respondió. No estaba interesado en hacerlo. El campo de sangre y verde estaba detrás de él.

-Debería haber sabido -continuó Khi'dem, *-que a pesar de que sus órdenes eran correctas sus acciones lo fueron, también.* -luego se apagó, ahorrándoles al legionario de los Manos de Hierro la necesidad de responder.

Galba quería negar la afirmación de Khi'dem. Quería mirar lo que había hecho como una debilidad persistente de la carne que debía, con el tiempo, deshacerse como todas las demás.

Pero no lo hizo.

-Siento que no estuviéramos lo suficientemente cerca para ayudar -dijo Ptero.

Ptero y Khi'dem marchaban juntos. Sus dos escuadrones les seguían de cerca. Ptero no tenía ningún rango oficial sobre sus compañeros pero era un veterano de guerra, y en el caos de Isstvan su experiencia marcó la diferencia para salvar incluso a tan pocos hermanos de batalla. Una unidad cohesionada exigía liderazgo, y los supervivientes apelaron a él. Khi'dem se preguntó si el peso de la nueva responsabilidad de Ptero caía en sus hombros de la misma forma que su propio rango. Ser un sargento de un pelotón tan reducido era un recordatorio constante de fracaso.

Él negó con la cabeza. -No existía ayuda posible -dijo a Ptero. -Deberíamos haber retrocedido más rápidamente, pero... -él movió su mano en un gesto de cansada frustración.

-Nadie lo vio venir, hermano.

-Eso musgo tal vez no, pero sentía que algo iba mal. Esas bestias te perturbaron.

-Lo hicieron –accedió el Guardia del Cuervo. -Esos animales no tenían sentido. Todo en ellos, desde su instinto de pastoreo hasta su constitución, los identificaba como herbívoros.

-Aparte del hecho de que no lo eran.

-Exactamente. Nuestra experiencia de la vida de este planeta es aún limitada, pero ¿Has notado el patrón?

Khi'dem vio a dónde se dirigía. -Todo es carnívoro.

-Incluso las plantas.

-Eso no debería ser sostenible -pensó en los ciclos geológicos que castigaban Nocturne, y de cuán tenue era el agarre de la vida en su mundo natal. Nocturne se jactaba de poseer muchas especies peligrosas, pero también había un equilibrio entre depredadores y presas. Sin este, Nocturne no tendría ningún ecosistema en absoluto.

-Es peor que eso -dijo Ptero. Su casco se volvió hacia Khi'dem. -¿Cómo se llegó a esto?

La implicación era obvia. -No a través de procesos naturales.

-No.

-¿Crees que podríamos tener un enemigo sensitivo en Pythos?

Ptero había vuelto su mirada hacia la selva. Khi'dem casi podía ver las ruedas de su mente de estratega girando mientras la examinaba en busca de amenazas. -No sé -dijo Ptero. -Nuestra información es lo suficientemente sugerente como para preocuparnos, pero demasiado incompleta para ser de utilidad. Los Manos de Hierro no encontraron ninguna señal de una civilización o de sus ruinas, lo cual es alentador. Pero no es concluyente.

La tierra comenzó a elevarse de nuevo. La pendiente era mucho más suave que el descenso desde el promontorio. Sin embargo era coherente. La elevación aumentó paso a paso. La línea de Marines Espaciales se desvió alrededor de un helecho masiva, su tronco tan grueso como el cañón de una nave insignia. Sus enormes hojas colgaban sobre sus cabezas. Se movieron hacia atrás y adelante, sus hojas cayendo unas sobre otras, creando patrones entrelazados y cambiantes. Eran las manos de un hipnotizador, convocando a la mirada, atrayendo a la mente. Ptero las recortó con sus cuchillas relámpago.

-¿Peligroso? –preguntó Khi'dem, mirando los jirones verdes revolotear hacia el suelo.

-Quizá –respondió Ptero. Dio al tronco un zarpazo de despedida al pasar.

-Estás frustrado, hermano.

-Lo estoy.

-¿Dudas de la sabiduría de esta misión?

El suspiro de Ptero fue un crepitar de estática sobre el vox. -Espero que se cumplan. El potencial de inteligencia valiosa es grande, y dadas la pérdidas que hemos sufrido tenemos muy pocos medios creíbles de devolver el golpe.

-¿Pero?

-Me preocupa contra lo que estamos luchando aquí. La hostilidad de este planeta es algo más que salvaje. Hay un enemigo aquí, pero no sé cómo luchar contra el.

-Yo tampoco -las filosofías de combate de los Salamandras y la Guardia del Cuervo eran polos opuestos. Sin embargo, ni la línea irrompible ni los ataques relámpago servirían aquí. Cuando la tierra misma era hostil, no había territorio que mantener, y no había terreno que explotar.

A medida que la tierra continuó su lento ascenso, la selva dio a conocer variaciones en su carácter. Los legionarios pasaron a través de zonas donde los árboles habían sido derribados. Algunos habían sido arrancados. Los troncos de muchos otros fueron partidos en dos o tenían sus mitades superiores esquilmadas. Khi'dem vio un grupo de coníferas que parecían como si hubieran sido convertidos en astillas, y

al menos un árbol suspendido por las ramas de los demás unos diez metros del suelo, como si hubiera volado hasta allí. Las nubes estaban enojadas, contusiones oscuras visibles a través de la herida abierta en el dosel.

La pendiente se niveló. El terreno era plano durante varios cientos de metros y luego comenzó un descenso, tan gradual como fue el ascenso. Ellos se habían estado moviendo, descubrió Khi'dem, sobre una meseta baja, cuyas características fueron redondeadas por la erosión y la vegetación acumulada. Descendieron, juzgó, alrededor de dos tercios del camino de vuelta hacia el suelo de la selva cuando Atticus habló por un canal vox abierto. *–La señora Erephren dice que estamos muy cerca* -dijo.

Y Ptero se detuvo, con la cabeza ladeada, y dijo: -Estamos siendo cazados.

Galba podía ver el cielo de nuevo. También podía oír el romper del oleaje. Estaban a menos de un kilómetro de la costa. Los árboles ante ellos estaban muertos. Sus ramas enredadas entre sí, creando una red de garras. La luz se filtraba desde arriba, rota en fragmentos bastos, como vidrieras de una catedral de la depredación. Los troncos estaban más dispersos aquí, y no había maleza. El suelo estaba cubierto de materia vegetal desecada, tan frágil que se convertía en polvo bajo las botas de los legionarios. Pero entonces, a unos cincuenta metros más adelante, había un grupo de árboles que habían crecido juntos tan estrechamente que formaban una pared. También estaban muertos. Eran los esqueletos de gigantes, presionando unos contra otros para ocultar el secreto que los había matado.

Erephren estuvo caminando más rápido durante los últimos minutos. Su rostro estaba dibujado por cañones de agotamiento. Su piel, ya de un pálido malsano, se había convertido en el gris de los huesos desmoronándose. Pero ella se movía como si arrastrada por una fuerza gravitacional terrible. Cuando Galba le hablaba sus respuestas eran breves, distraídas. Le parecía que su conciencia ya había llegado a su destino y ahora su cuerpo corría a su encuentro.

Había una franja de terreno abierto justo ante del grupo de árboles. Atticus ordenó detenerse en su frontera. Galba tuvo que contener a Erephren de atravesarlo.

-Está ahí -jadeó, señalando y tratando de alcanzarlo. Los orbes vacíos de sus ojos estaban fijos en los árboles. -Tengo que estar allí.

-Lo estará -dijo Atticus. -Una vez sepa lo que ocultan esos árboles -se volvió hacia Camnus, el tecnomarine. -¿Auspex?

-Nada orgánico, hermano-capitán. Tampoco nada sensible.

Entonces Galba oyó de Ptero. *-Señor* -dijo el sargento. *-Tenemos un ataque acercándose desde la retaguardia. Múltiples y amplios contactos, concentrándose.*

-¡Confirmado! -dijo Camnus. -Convergiendo desde ladera abajo también.

Atticus maldijo. -Darras, derriba esos árboles abajo. El resto de nosotros, formación de tortuga -señaló a Erephren. -Estarás en el centro, y encontrarás la fuerza para resistir la llamada o no serás de ninguna utilidad para esta legión. -se puso delante de ella mientras hablaba, entre ella y su meta. Galba sabía que Erephren no podía ver ni a Atticus ni a los árboles, pero ella reaccionó como si pudiera. Su casi locura disminuyó, su carrera detenida como las olas contra la inapelable guerra ante que ella.

-Como ordene -respondió ella.

Darras avanzó con un equipo de demoliciones. Mientras colocaban las cargas explosivas las otras escuadras se unieron en una caja hermética. Estaban hombro con hombro, apuntando sus armas hacia afuera en todos los lados. No había espacio entre ellos. Eran una masa de ceramita, una fortaleza en movimiento, cada bólter una torreta para reducir a cualquier enemigo que se atreviera a acercarse. Hubo un momento de tensión, breve pero real, sobre el papel de los salamandras. Khi'dem no hizo ninguna petición a Atticus. Aun así, con una breve inclinación de cabeza, el capitán de los Manos de Hierro indicó que deberían unirse a la formación. Los Guardia del Cuervo preferían la velocidad y la flexibilidad, y se mantuvieron en un grupo aparte, moviéndose en paralelo con la fuerza principal.

En los pocos segundos que pasaron desde que se dio la advertencia, el enemigo que se acercaba acercó lo suficiente como para ser escuchado. Sus gruñidos resonaron en la oscuridad verdosa. Las ramas quebraron antes de permitir la aparición de sus cuerpos pesados. La formación comenzó su avance a campo abierto hacia el muro.

-Darras -dijo Atticus. -¿Situación?

-A su orden.

-Hazlo.

Una serie de explosiones destrozaron las bases de los troncos. Los árboles vacilaron, y a continuación, con grietas ensordecedoras, se separaron del abrazo del otro y cayeron. Cayeron como las escotillas de una inmensa cápsula de desembarco. Desde su posición en el flanco derecho, Galba observó su descenso, sin preocuparse de que cayeran sobre la formación. Darras era un maestro de la física de las demoliciones. El suelo se estremeció con el impacto de los enormes troncos a cada lado de los legionarios.

Los árboles ocultaron hasta ese momento una columna de piedra negro. Su color era profundo como la obsidiana, pero no tenía brillo, carecía de reflexión. Parecía absorber la luz, difuminándola en un halo de sombras. Se retorcía, curvándose a medida que se alzaba como una serpiente llamativa. Su pico se dividió en tres formas de gancho, como una garra abierta. Su superficie estaba agrietada y forrada, y a Galba le pareció que había un patrón visible. Pero su mirada se deslizó. No podía concentrarse en un solo punto en la columna. A primera vista había asumido la estructura era artificial, pero también había una sugerencia de *flujo* en la roca, como si hubiera entrado en erupción desde la tierra y enfriado con esta forma. Su instinto le decía que de alguna manera las dos posibilidades eran equivocadas y correctas.

Los Manos de Hierro estaban a sólo unos pocos metros de la columna cuando los cazadores llegaron. Salieron de la selva por todas direcciones. Dudaron por un momento, olfateando el aire y mirando a sus presas, escogiendo el ángulo de su ataque.

-Hermano Ptero –transmitió Galba, -Espero que no cuestione la biología de estos animales.

-No -respondió Ptero. *-Esos son carnívoros. Sin lugar a dudas.*



Los Manos de Hierro combaten a los monstruos de Pythos.

Eran saurios bípedos, tal vez de ocho metros de altura. Para criaturas de ese tamaño, su constitución era sorprendentemente ágil. Sus antebrazos eran largos y terminaban en manos de cinco dedos cuyos pulgares eran garras en forma de hojas del tamaño de espadas sierra. Sus cuellos eran largos y sinuosos, representando casi un tercio de su altura. Sus mandíbulas, llenas de dientes del tamaño de gladius, estaban abiertas y jadeaban. Parecían sonreír.

Galba contó veinte visibles. Podía oír más en la selva detrás de las líneas del frente. Los individuos se fusionaron en un solo gruñido colectivo que resonó en el pecho de Galba. Era una canción carnívora, un coro de odio y avidez animal. Los saurios comenzaron a avanzar.

-Fuego -dijo Atticus. Su roce sobre el vox igual de depredador.

Durante los primeros segundos, los cazadores transhumanos controlaron el campo. Sus armas masacraron a los saurios a la cabeza, volando sus cráneos, cercenando sus extremidades y cuellos, convirtiendo torsos en pedazos. Luego, con una agilidad letal, los reptiles tomaron represalias. Podían saltar. La segunda línea explotó desde la cubierta de árboles, saltando por encima de los cadáveres en los últimos espasmos de sus caídos. Los disparos de Galba fueron repentinamente demasiado lentos cuando la criatura se elevó dos metros por encima del suelo, viniendo directamente hacia él. Aterrizó justo frente a él, estrellándose contra el suelo con tal fuerza que el temblor casi lo derribó.

La bestia lo atacó con sus pulgares-cuchillas. Los paró con su bólter. El saurio arqueó su cuello sobre sus defensas y mordió con sus mandíbulas sobre su cabeza. Oyó los dientes penetrar la ceramita, pero también sentía que otros se clavaron en su gorguera, apuñalando su garganta. Disparó a ciegas. El impacto de los proyectiles lanzó en pedazos al monstruo, derribándolo a un lado. Rugiendo de dolor y rabia, con sus costillas visibles por los agujeros en su torso, se abalanzó sobre él de frente. Galba se agachó, disparando a las fauces del saurio y volando la parte superior de su cráneo.

Mientras se enderezaba, un golpe de refilón a su izquierda le hizo tropezar. Otro reptil había aterrizado de lleno en el hermano a su lado. La bestia estaba aplastando al legionario, toneladas de carne y hueso rompiendo su servoarmadura como una cáscara de huevo. Galba cosió a fuego el flanco y cuello de la bestia. Su frenesí se

negó a dejarlo morir. Antes de caer, pasó sus garras a través del cuerpo de su víctima, desgarrándolo.

Otros Manos de Hierro fueron masacrados por los saurios, y la formación constreñida a un puño cada vez más cerrado. Los guerreros ajustaron su fuego. Ya no tomados por sorpresa por los ágiles saltos de los monstruos, mataron a más de ellos a distancia. Sin embargo, los saurios siguieron llegando. La sangre en el aire era una llamada a la caza imposible de ignorar, y sus números crecieron.

La formación alcanzó la columna. -Señora Erephren -dijo Atticus. -Haz lo que debas. Hermanos, conservad su munición. Nuestro viaje sólo está a medias.

Galba cambió a su espada sierra. La batalla se convirtió en un cuerpo a cuerpo. Los saurios se agolpaban, luchando y arañándose los unos a los otros por una oportunidad de presa. Los Manos de Hierro estaban rodeados por un muro de piel, colmillos y garras. La espada sierra de Galba se quejó, sus hojas mordiendo músculos y huesos con cada movimiento. Era imposible fallar, pero los ataques eran casi tan difíciles de evitar. Los golpes llovían con colosal furia animal.

Ahora la columna estaba a su espalda. No era un psíquico, pero sintió algo emanando de la piedra y filtrándose en su conciencia. Era vibración, era calor, era insinuación. Por un momento, le pareció oír una risa, pero luego una boca babeando estuvo llenando sus ojos y sólo rugidos en sus oídos, y él respondió con sus propios rugidos de guerra y con su espada.

Por encima del vox llegó el jadeo de Erephren. Con ambas manos en su espada sierra y una cascada de sangre de reptil sobre él, Galba mantuvo su mirada hacia adelante, sobreviviendo segundo a segundo. Pero sabía que la astrópata había tocado la columna. Sintió su choque como un corte irregular en la presencia misteriosa de la piedra. Escuchó gruñidos de sorpresa por el vox y supo que el momento había resonado en toda la formación.

-¿Señora Erephren? -dijo Atticus, mostrando el estrés del combate pese a su tono mecánico.

-Sí, capitán –el tono de Erephren fue diferente en tipo y grado. Galba se asombró de que ella pudiera hablar en absoluto. Su voz era frágil como el papel antiguo, débil como una sombra de esperanza, su mera existencia un acto de extraordinaria voluntad. -*Podemos irnos* -dijo con voz ronca. -*Tenemos* que *irnos*.

-Bólters –ordenó Atticus. -Fuego a discreción.

Galba dibujó hacia abajo la espada sierra en un arco letal, destripando al saurio ante él. Luego ancló magnéticamente a su lado y elevó su bólter en un solo movimiento fluido. Apretó el gatillo en el mismo momento que sus hermanos de batalla. La explosión de proyectiles reactivos de masa a quemarropa golpeó a los saurios como una descarga de artillería. Los animales gritaron, un sonido alto y gorgoteante, y cayeron. Sus cuerpos volaron por los aires, propulsados sus parientes aproximándose.

-*Atravesadlos* -dijo Atticus.

La formación se convirtió en una cuña. Con el capitán en punta, los Manos de Hierro y salamandras rompieron la línea de depredadores; una incontenible punta de flecha atravesando una barrera de rabiosa carne. Los Guardia del Cuervo habían estado acosando la retaguardia de los grupos de saurios, minando su asedio a la formación más grande. Ahora concentraron sus ataques contra los reptiles atacando desde la pendiente ascendente. Los saurios quedaron atrapados entre los dos grupos de legionarios y el ataque vaciló. La cuña aceleró. El fuego de sus armas era continuo y por fin el número de saurios comenzó a caer. No más grupos de caza se unieron, y los supervivientes comenzaron a quedarse atrás.

Para cuando los legionarios llegaron a la cima de la meseta los reptiles renunciaron a la persecución. Se contentaron con los cadáveres que rodeaban la columna. Galba los oía gruñir y pelearse por el botín. Sabía que había muchos de su propia especie para festín de los reptiles. Trató de no pensar en los demás cuerpos que dejaron atrás. Pero entonces oyó la constante y baja maldición de Vektus. El apotecario estaba a dos hombres a partir de la posición de Galba.

-Ni una –estaba diciendo Vektus. -Ni una sola recuperada -estaba furioso.

Galba hizo una mueca. Más pérdidas que los Manos de Hierro no podía permitirse. Más semilla genética perdida para siempre, y por tanto el futuro de la Legión empobrecido tanto más. Más hermanos a los que se les negaba la dignidad más básica en su muerte.

Y ahora no podía dejar de pensar en lo que estaba siendo devorado a la sombra de la columna.

CUATRO

Cabeza de Puente

Nada que temer

Sinestesia

La base fue establecida en la zona de aterrizaje. Sólo podría ser asaltada por tierra desde el este, pero aún así Atticus ordenó construir muros a lo largo de todo el perímetro del pico nivelado del promontorio. Las fortificaciones modulares y viviendas fueron desembarcadas por los transportes de la *Veritas Ferrum*, junto con los equipos de siervos de construcción de la Legión. También llegaron refuerzos. Al caer la noche, una fortaleza se erigía en Pythos. Era una réplica de hierro al salvajismo del planeta. Si la selva había tratado de echar a los Manos de Hierro de la superficie de Pythos, fracasaron. Estarían aquí durante el tiempo que quisieran.

Erephren estaba al tanto de la fortaleza que se formaba a su alrededor. Aunque no podía verla, sentía su peso. Era responsable de la venida de las paredes, el puesto de mando, los Dormitorium, los depósitos de suministros y más. La base era, en no poca medida, su creación. Era su misión la que había llevado a los legionarios a través de la selva, y eso se cobró un alto precio. Fue su decisión construir la base aquí, en lugar de en el yacimiento de la columna, y estaba agradecida de haber sido capaz de hacer esa elección.

-¿Estás segura? –le preguntó Atticus cuando regresaron al lugar de aterrizaje. -Tomaremos la tierra alrededor de la columna si necesitas ese nivel de proximidad.

-Capitán, -le respondió ella: -ese terreno es indefendible -seguía horrorizada por la idea de las vidas necesarias para tomar y controlar esa sección de baja altitud de la selva. Estaba aterrorizada por la perspectiva de permanecer tan cerca de la columna.

-No hay terreno que no pueda ser tomado, -dijo Atticus. -Si eso es lo que se requiere, eso es lo que haremos.

-No; el contacto inicial fue suficiente, capitán. Este grado de proximidad será suficiente. Puedo hacer lo que debe hacerse desde aquí.

Dentro del puesto de mando había una pequeña habitación sin ventanas, apenas lo suficientemente grande para el trono de su astrópata. Aquí se sentó, y a medida que la construcción le aislaba del exterior físico abrió los ojos de su mente a la columna, a unos pocos miles de metros de distancia.

No le contó a Atticus lo que había experimentado cuando tocó la columna. En ese instante, la disformidad se desplegó ante ella como una flor súbita. Revelación tras revelación se vertieron en su conciencia, visiones de locura e inmensidades de lo imposible caer en cascada. Justo antes de que ella se alejara vislumbró cosas en el horizonte de su conocimiento. *Un palacio, una fortaleza, un laberinto y un jardín.* Las impresiones eran ridícula, lo sabía. Eran simplemente su interpretación de lo informe, la necesidad de su mente de patrones que se impongan donde no existían, como ver formas en las nubes. Eso era todo lo que eran. Podrían ser otra cosa. Sin embargo, su terror ante la perspectiva de su revelación sacudió su mano de la columna.

No le gustaba pensar en lo que había presenciado, pero no tenía otra opción. Era la singularidad enclavada en el centro de su mente, y todos sus pensamientos la rodeaban ahora. No podía escapar de su atracción, pero temía la aniquilación de sí misma si cedía a su espiral de fascinación. Ese miedo, esperaba, junto con la distancia física, le daría la fuerza que necesitaba para leer el despliegue de la disformidad sin desaparecer en él. Y debía escudriñarlo, porque vislumbró algo más en esos momentos de contacto.

Había visto una flota.

La noche cayó sobre Pythos, y esta tenía sus propias especies de depredador. La capa de nubes era gruesa, no perforada por las estrellas o la luna, por lo que la oscuridad era completa. Era una oscuridad asfixiante. A Jerune Kanshell le resultaba difícil respirar. Los muy ricos aromas de la selva, transportados en una humedad casi podía tocar, se envolvieron alrededor de su cabeza y presionaron. Le tomó un verdadero esfuerzo no jadear. Si comenzaba esa lucha inútil por un aire más limpio, no sería capaz de parar. Ya había visto a varios de los otros siervos que llegaron con él sucumbir a bocanadas desesperadas y adictivas. No encontraron alivio, y pudo ver el pánico creciendo en sus ojos. Así que él mantuvo su respiración constante.

La oscuridad también tenía otras armas. Los sonidos de la selva parecían crecer en intensidad. Kanshell no había sido capaz de ver más que unos pocos metros entre los árboles cuando se llegó en las horas diurnas. Las murallas fueron terminadas antes del crepúsculo. Sus deberes no lo llevaron a las murallas, por lo que ya no vio nada de la selva, y no lo harían por varias horas. Pero cuando el último haz de luz en el cielo se desvaneció las llamadas y los gritos de la tierra crecieron en intensidad y frecuencia. Estaba seguro de ello. Escuchó con temor cómo los gruñidos de guerra perpetua superpuestos habían adquirido un parentesco horrible a un coro. Pythos estaba cantando, y su canción era asesina.

El Dormitorium de los siervos era una estructura rectangular y grande cerca de la pared norte. Tras terminar su turno de construcción caminó a través del complejo, dibujando una sombra algo irregular y angular por los arcos ásperos de iluminación. Redujo la velocidad al acercarse a la puerta. Agnes Tanaura estaba sentada en el suelo junto a él. Ella estaba mirando hacia el vacío del cielo. No había nada beatífico en su cara esta noche. Parecía preocupada.

Miró hacia abajo y lo vio. Ella debió haber notado su ritmo renuente, porque ella dijo: -No voy a predicarte esta noche, Jerune. No aquí.

-¿e preocupa que te atrapen? -él no estaba de humor para bromas. Pero el peso de la noche era opresivo, los gritos de la selva un chasquido de mandíbulas contra su psique. Burlarse de Tanaura no era nada más que una bravata.

-No -respondió ella, sin picar su cebo. Tanto si lo vio como si no, a ella no le importaba. -Necesito toda mi fe para mí esta noche -dijo. -Lo siento -estaba realmente avergonzada.

-No lo estés -dijo, sintiendo el rubor de su propia vergüenza. -Sé fuerte -dijo, sin saber por qué lo hacía, pero respondiendo a una necesidad de solidaridad. Confundido, nervioso, evitó mirarla cuando entró en el barracón. El interior era un espacio abierto lleno de filas de literas apiladas de cinco en alto. Kanshell se abrió paso entre ellos, siguiendo las tenues tiras de lúmenes por el piso hasta su catre en la parte trasera. La mayoría de los demás estaban ocupados. El Dormitorium estaba tranquilo, y el silencio le puso la piel de gallina. No había ronquidos. Cada siervo a su paso yacía inmóvil, completamente despierto. La respiración que oyó era superficial, vacilante. Estaba rodeado de gente que estaba vigilante, esperando,

tratando de oír. El esfuerzo era contagioso. Cuando subió por una escalera a su litera más arriba y se acostó, él también comenzó a escuchar.

Estaba escuchando algo que no quería oír. No sabía qué sería. Era algo más allá de los gruñidos de las bestias. Era algo que se enroscaba detrás de la noche. La realidad era una membrana. Una demasiado delgada, y adelgazaba aún más a medida que luchaba por contener lo que apretaba contra ella.

Presionó sus palmas contra sus ojos. ¿Dónde estaba encontrando estas ideas? Eran tonterías. Eran reliquias de una era oscura y supersticiosa. No tenían un lugar en el Imperio iluminado. Tanaura y sus compinches podían predicar lo que quisieran acerca de la divinidad, pero él conocía la Verdad Imperial, y así también sabía lo que tenía que decir acerca de estos terrores irracionales.

-Es suficiente -susurró, apenas lo suficientemente alto para escuchar sus propias palabras. -Basta, basta, suficiente -las palabras eran frágiles. Se desmoronaron como papel carbonizado, descamándose en cenizas. Cuando se fueron, el falso silencio en la oscuridad se deslizó aún más cerca. Se mantuvo rígido, haciendo aparecer los tendones por el esfuerzo de la negación. Trató de susurrar de nuevo. Trató de decir: "No hay nada allí." Las palabras murieron antes de poder darles voz. ¿Y si le impedían oír lo que temía escuchar? ¿Y si él no sabía lo que yacía sobre él?

Por todas partes había filas y filas de hombres y mujeres que se mantenían tan quietos y aterrados como él. La anticipación se estaba convirtiendo en locura. Pocos minutos después de acostarse, Kanshell ya no estaba tratando de hablar consigo mismo de su miedo. Fue consumido por ello. Y aún no oyó nada ni vio nada.

Nada que escuchar. Nada que ver. Nada que temer. Nada, nada, nada. Pero la nada era frágil. Haría falta poco para romperla. Y cuando eso sucediera, ¿Qué vendría? Su imaginación se desbocó al pensarlo. No podía evocar una respuesta, por lo que se sometió a una avalancha de terrores sin forma, muertes deformadas e intangibles terribles y asesinos. Estaba hiperventilando. Sus manos se cerraron en garras. Quería rasgar el aire para poder respirar de nuevo. Su pecho comenzó a estremecerse con jadeos silenciosos. Su boca se abrió tanto como pudo. El grito quedó en silencio. El sonido estaba prohibido, pues podría atraer a lo oculto. Y aún no había nada.

Hasta que, como insectos en el borde de su visión, hubo algo.

Darras vio a Khi'dem en dirección a la muralla. Avanzó para interceptarle. -¿Estás buscando algo, hijo de Vulkan? -preguntó. Se felicitó por mantener su tono cortés pero firme. No se había dejado llevar por su instinto de abrir hostilidades. Caminó unos pasos por delante del otro Marine Espacial y luego se detuvo, frente a él.

Khi'dem no forzó la cuestión. Se detuvo también. -Iba a caminar a lo largo de la pared -dijo.

-¿Crees que podríamos haber cometido negligencias en nuestras defensas?

-De ningún modo.

-Entonces no veo por qué sería necesario ese tour.

-¿Me estás prohibiendo el acceso? -preguntó Khi'dem.

Darras quedó impresionado a su pesar. El Salamandra tenía todo el derecho a sentir una rabia ciega, pero estaba en calma. La pregunta sonó más como una investigación honesta que un desafío. –No -dijo. -Pero te estoy sugiriendo que vayas a otra parte.

-¿Por qué?

-Nuestro capitán está allá arriba. Así como el hermano-sargento Galba.

-Ya veo.

-¿Lo ves? ¿Entiendes el daño que haces a Galba a los ojos de nuestro capitán cuando te ven en presencia del sargento?

-Ah -dijo Khi'dem. -Creo que lo se ahora. Gracias por hablar conmigo, sargento Darras. Haré lo que sugieres.

Darras esperó mientras Khi'dem se alejó. *Vamos*, pensó. Haz algo útil y *permanece fuera de nuestro camino.* Podía ver la lógica detrás de los esfuerzos de pacificación de Galba, pero no vio nada que ganar por ellos. No cabía confiar en los Salamandras y la Guardia del Cuervo. Galba estaba cediendo a una indulgencia si pensaba lo contrario, una que podría perjudicar a su propia fiabilidad en el campo.

Darras esperaba que pudiera hacerle entrar en razón.

La noche sabía mal.

Galba permanecía en la muralla oriental de la base, viendo la selva. Había permanecido allí durante media hora, tratando de identificar lo que le estaba molestando. Era más que la oscuridad que envolvía a los carnívoros de Pythos. Se dio cuenta de lo que era igual que se dio cuenta de una presencia amenazante a su derecha. Se volvió a ver a su capitán acercándose a su manera. Atticus era lo racional encarnado. Lo que no era mejorado genéticamente era biónico. Su existencia era el triunfo de la ciencia. Su pensamiento ilógico se desintegró mientras caminaba. Atticus exigía una razón disciplinada tanto como la estrategia, y tendría ambas.

Aun así, la noche sabía mal.

-Hermano-sargento, -le saludó Atticus.

-Capitán.

-Está observando algo. ¿Qué es?

Galba eligió cuidadosamente sus palabras, y al hacerlo fue deber, no evasión. No se encubriría ante el capitán. Pero tampoco sería impreciso, y estaba luchando contra una vaguedad frustrante. -No estoy seguro -dijo. -Hay un sabor en el aire que no puedo identificar.

-Estamos en una selva, sargento Galba. Dada la gran abundancia de vida, una cierta confusión de olores y sabores difícilmente sería sorprendente, incluso con nuestros sentidos.

No había mencionado olores. -¿Está experimentando algo similar, capitán?

-Nada que no esperaría -Atticus habló sin vacilar, como si esto fuera algo que ya había debatido por su cuenta.

Galba vaciló, para luego decidir que no podía aceptar esta explicación a la ligera. -Hay sangre en el aire -dijo.

-Por supuesto que la hay. Hemos visto la naturaleza salvaje de este planeta.

-Pero hay algo debajo de ese sabor –insistió Galba, -y nunca he encontrado nada parecido.

Atticus se quedó en silencio por un momento. Luego dijo: -descríbelo.

-Ojalá pudiera -cerró los ojos y respiró hondo una bocanada de noche fétida. Se concentró en el trabajo de su neuroglotis a medida que analizó los olores a un nivel casi molecular. -El sabor no tiene sentido -dijo. -No sabe a nada -se detuvo. Se equivocaba. Lo qué había debajo, *más allá* de la sangre, pero ligado a él, *tenía* un gusto. Sabía a...

Se tambaleó. Traspasó el camuflaje sensorial y se hundió en un abismo de imposibilidad. -Sabe a sombras -jadeó, y las sombras llenaron su garganta. Él tosió, tratando de expulsarlas. Pero ahora eran reales y no podía compartir el conocimiento.

-¿Hermano sargento? -preguntó Atticus.

Galba apenas podía oírlo. -Huelo susurros -dijo. No sabía si había hablado en voz alta. Las sombras y susurros eran todo su mundo. Eran un infierno sinestésico. Sintiendo náuseas por el humo pegajoso y opresivo de las sombras, no podía ver qué lo originaba o discernir su forma. Porque él no escuchaba los susurros, no podía entenderlos. Sintió los contornos de las palabras y el hedor malévolo de un lenguaje que nunca debía ser entendido por cualquier cosa sana. Su significado se cernía a las afueras de su conciencia. Tenía una forma, una forma que sonaba como la risa de tener una presa y el grito de una estrella.

Atticus le cogió por el brazo cuando sus rodillas comenzaron a ceder. Un extraño ruido sonó y resonó a su alrededor. Parecía venir del propio capitán. Se repetía. Después de una eternidad, Galba se dio cuenta de que era su nombre lo que estaba oyendo. Se agarró a ese asidero de racionalidad y lo utilizó para ascender de nuevo a un terreno lógico y constante. La realidad se volvió sólida una vez más. Sus sentidos se enderezaron por sí mismos. Se enderezó.

-No entiendo lo que ha sucedido -dijo. -No soy un psíquico -no le gustaba su tono defensivo.

El ojo orgánico restante de Atticus le clavó una mirada decidida. -Recuerde dónde estamos -dijo. -La barrera entre la realidad y la disformidad es delgada aquí. No

podemos ser sorprendidos por los efectos causados por las intrusiones del empíreo. Sería extraño si no experimentamos algún tipo de alucinación.

-Esto fue algo más que una alucinación. Fueron susurros.

Atticus lo interrumpió. -No eran susurros. Así es como interpretó lo que experimentó. No oí nada.

Porque eligió no escuchar, pensó Galba. Luego empujó lejos el pensamiento. Atticus estaba en lo cierto. Estaba reaccionando como si nunca hubiera oído hablar de la Verdad Imperial. No hubo susurros. No hubo sombras bajo la lengua. Y lo más importante, no hubo ningún roce con una inteligencia maligna. -Yo tampoco -dijo, de acuerdo con el capitán y encontrando que lo que decía era cierto. Él no *oyó* nada.

Entonces alguien empezó a gritar.

Por un momento, Kanshell pensó que los gritos eran los suyos. Su boca estaba aún muy abierta. Tenía las manos apretadas contra sus oídos, los ojos cerrados contra la oscuridad en movimiento. Pero todavía podía sentir el flujo susurrante de un millón de insectos. Podía sentir el aliento de una boca sin labios dando forma a palabras obscenas. Y por supuesto estaban los gritos.

Pero no eran suyos. Su garganta estaba cerrada por el terror de discernir lo casi-visible. Sintió la presencia pasar sobre él. No era más sustancial que un pensamiento. Tal vez eso era todo lo que era. Pero una idea podría ser peligroso. Fueron pensamientos y nada más que esos los que lo habían reducido a la parálisis. El pensamiento pasó una garra por su carne. Raspó su corazón de hielo. Y no era su pensamiento. No era el pensamiento de cualquier ser humano, y sin embargo provenía de algo que conocía los temores de los hombres y mujeres, conocía todas sus formas, matices y sabores, los conocía como si hubiera forjado esos mismos temores.

El aliento de Kanshell jadeó de su tensa garganta con un diminuto gemido agudo. La idea se cernió sobre él por un momento y luego siguió su camino. No supo a dónde fue, sólo que ya no estaba tratando de tentarlo a abrir los ojos y dejar que la locura lo tomase.

Pero alguien estaba mirando, porque alguien estaba gritando. Alguien había mirado la cosa que no existe excepto como un concepto, y eso fue suficiente. La voz era masculina. Estaba emitiendo registros más animales que humanos. El hombre gritaba sin parar para recuperar el aliento. Entonces Kanshell oyó pies corriendo.

El pensamiento se desvaneció. Con él se fue el miedo. En su lugar llegó una pena que era casi bienvenida. Bajó las manos y abrió los ojos. No había nada acechando desde el techo. El Dormitorium era como lo fue antes, sólo que ahora había excitación en las literas. Los gritos rebotaron en las paredes, desgarrando a Kanshell con su dolor y horror. Su vergüenza le obligó a actuar. Saltó de su litera, aterrizó mal, y se tambaleó por el pasillo. Los gritos venían del comedor adjunto al Dormitorium. Corrió hacia la puerta, azuzado por la vergüenza. Su terror de la nada le había impuesto una mentira a su fe en la Verdad Imperial, y él se redimiría trayendo la comodidad y la razón al hombre atormentado.

Al llegar a la entrada del comedor, la calidad de los gritos cambió. Se volvieron desiguales. Unas arcadas terribles y húmedas las ahogaron por un momento y luego se reanudaron en un tono más alto. A Kanshell le sonaba como si hubiera dos voces ahora, cuyos gritos se entrelazaban en una hélice coral de desesperación.

Irrumpió por la puerta de plastiacero. Georg Paert estaba en el centro de la sala, de espaldas a Kanshell. Estaba solo. Sus hombros temblaban. Tenía los brazos arriba, los codos hacia fuera, como si sus manos estuvieran en su rostro. Ambos gritos venían de él.

Kanshell se abrió paso entre las mesas de metal hacia el siervo enginarium. -¿Georg? -dijo, tratando de mantener su propia voz firme y serena, pero lo suficientemente alta para escucharse sobre los chillidos de Paert. Al acercarse, vio que Paert estaba de pie en un charco de sangre. -¿Georg? -repitió. La calma y la determinación le abandonaban. El terror regresó.

Paert se dio la vuelta. Kanshell retrocedió. El otro siervo se había desgarrado la garganta. La carne y músculo colgaban como cortinas hechas jirones. La sangre empapaba la túnica y las manos de Paert. Tenía la boca abierta, pero ningún sonido salió de ella.

Sin embargo, todavía había gritos, proviniendo las dos voces que provenían de un solo hombre, y ahora los gritos formaban sílabas contrapuntísticas:

MAAAAAAAA, DAAAAAAIIIL. Crearon una sola palabra, y esa palabra era sangre y era locura y era desesperación. Y era una oración.

Paert cayó de rodillas, su vida brotando de su cuerpo. Se llevó las manos a los ojos y hundió sus dedos en ellos. Él cavó y cavó profundamente, como desgarrara carne de un cadáver. Con sus manos llenas de ruina gelatinosa, se desplomó.

Kanshell dio un paso hacia atrás, su visión aún llena con el peor horror, que no había sido el suicidio de Paert. El peor terror se aferró a su razón como un cáncer.

Oyó las pisadas de botas de ceramita detrás de él, y se volvió para ver a Galba y Atticus. Los dioses de la razón llegaban demasiado tarde. No habría ningún consuelo para él ahora. La admiración que siempre había sentido por su presencia fue ahogada por el peor horror. Miró fijamente a los Manos de Hierro, y dio palabras al peor horror.

-Sus ojos -graznó. -Sus ojos estaban gritando.

CINCO

El premio

Harmartia

Perfección

-Sabíamos que habría alucinaciones –dijo Atticus a sus oficiales reunidos. Estaban de pie en el módulo de mando de la base. La cámara era un espacio escaso, reducido a la desnuda táctica. Un sistema vox ocupaba una de las paredes y en el centro de la habitación había una mesa hololítica circular. Eso era todo. Atticus se paró frente a la mesa. Tenía a Rhydia Erephren a su lado. El proyector hololítico se encendió, pero Atticus no la había activado todavía. Se estaba encargando antes de una distracción.

-Sabíamos lo que vendría –continuó Atticus, -y vino. Este sistema y este planeta son peligrosos para los de mente débil.

-Eso te señala –susurró Darras a Galba. Ellos estaban colocados cerca de la pared exterior del módulo.

Galba no respondió. Pensó en el cadáver en ruinas, y de la mirada de terror supremo en el rostro de Kanshell. Era un milagro que su siervo siguiera cuerdo.

-Estos son los riesgos y costes de esta misión -dijo Atticus. -Pythos es hostil a la carne y a la razón. Estos son los simples hechos de este terreno. Su fauna es peligroso, y la disformidad está cerca de la superficie.

-¿Perdimos muchos siervos? --preguntó Vektus.

-Un muerto –dijo Atticus al apotecario. -Otras cuatro personas están dementes, con pronóstico incierto. El que murió estaba acompañado cuando el brote suicida cayó sobre él. Uno de sus compañeros llegó demasiado tarde. Por lo tanto, he emitido una orden permanente prohibiendo que cualquier siervo esté solo sin importar lo breve del período. La soledad es un terreno fértil para la locura.

Galba frunció el ceño. La respuesta de Atticus olía a conveniencia y no a convicción. Era cierto que el siervo muerto estuvo un tiempo a solas. Pero el relato de Kanshell, en la medida que era coherente, sugería que la víctima estaba en el Dormitorium, lejos de estar sola, cuando la razón lo abandonó. Los sentidos de Galba aún portaban las huellas de su propia experiencia. Él sabía que la explicación de Atticus para lo que le golpeó era correcta. No había lugar, en la galaxia de la visión singular del Emperador, para cualquier otra posibilidad. Lo sabía. Pero *sintió* lo contrario, y ese instinto irracional le atormentaba. No tenía lugar en un legionario de los Manos de Hierro. Pero era lo suficientemente potente como para atacarle con preguntas que no podía responder.

-Ha habido sacrificios -dijo Atticus. -Habrá más. No serán en vano -se volvió hacia la astrópata. -Ilumínanos, Señora Erephren.

-He estado siguiendo una flota -dijo. –Las naves pertenecen a los Hijos del Emperador.

El oír el odio podría ser un silencio de muerte. Galba lo descubrió ahora. Sus dudas se evaporaron. Compartió la rabia. Su pureza quemó la debilidad. Forjó metal implacable.

-Adelante -dijo Atticus. Había más que odio en esas dos sílabas. Había entusiasmo. El capitán de la *Veritas Ferrum* tenía un presa en sus aplastantes manos.

-Un escuadrón menor se ha separado del grupo principal. Hay tres naves. Su destino está aquí, en el Sector de Deméter. El Sistema de Harmartia.

-Diles los nombres de las naves -dijo Atticus.

-Los dos escoltas son el *Sublime Infinito* y el *Áureo*. También hay una barcaza de batalla, la *Callidora*.

Los ojos de Galba se agrandaron. Junto a él, Darras era un estudio del asombro. Era imposible que Erephren pudiera conocer dicha información tan detallada. Sin embargo, ella habló con firme autoridad. Y la Callidora... Ahora él entendía realmente el fuego en el ojo orgánico de Atticus. La *Veritas Ferrum* siguió a la barcaza de batalla en misiones conjuntas entre la III y X Legión. Era una nave que todos los presentes conocían bien. Una vez encendió el vacío con el brillo de piedras preciosas de la hermandad.

Disparó sobre ellos en la guerra espacial por Isstvan V.

-¿Sabes cuándo van a llegar a su destino? -preguntó Darras.

-Lo sé.

-Estaremos allí en primer lugar -dijo Atticus.

-Capitán –sido Galba. -Mi fe en la *Veritas Ferrum* es inquebrantable. Pero está herida. Sería superada en número...

-¿Y Qué locura nos poseería para asaltar una barcaza de batalla? –terminó Atticus por él.

-No habría dicho una locura -a pesar de que podría haberlo pensado, y esperó estar equivocado. Observó de cerca el capitán. Galba habría jurado que el rostro inexpresivo estaba sonriendo.

-El hermano sargento Galba está en su derecho de expresar sus dudas –anunció Atticus a los legionarios reunidos. -Sin el conocimiento que la Señora Erephren ha adquirido, lo que propongo sería peor que una locura. Sería criminal. Pero

conocemos al enemigo. Sabemos su disposición. Sabemos dónde estará y cuándo. No saben nada de nosotros. Y permanecerán ignorantes hasta que se sientan nuestra hoja en sus corazones.

El Sistema Harmartia estaba hecho para las emboscadas. Su único planeta habitado, y su más íntimo, era Tydeus. El mundo forja era un pequeño y denso horno. Las cúpulas manufactoria y habitacionales cubrían su superficie como hongos. Más allá de Tideo no había nada más que una serie de gigantes de gas. El más grande, Polynices, era también el más alejado de la estrella, y su fuerza gravitacional tenía un largo alcance. Los cuerpos exteriores del disco de acreción sufrían bajo su tiranía. Las órbitas eran muy excéntricas. Los planetoides y trozos de bólidos congelados estaban en constante choque. La zona era una red caótica de trayectorias cambiantes. Para timoneles y navegantes, era un lugar peligroso.

También era la ubicación del punto Mandeville de Harmartia.

Este era el lugar donde las naves que viajaban por la disformidad hacían su traslación al sistema. El punto fue difícil de manejar. Muchos pilotos sin experiencia, y más de un veterano, salieron de la disformidad sólo para conducir sus naves a un pedazo de hielo del tamaño de una ciudad. Un accidente no podría ocurrirle a una nave de las Legiones Astartes, pero incluso sus tripulaciones tenían que proceder con cautela. Su enfoque estaría sobre los peligros naturales conocidos del sistema. Ellos no, dijo Atticus, estarían esperando o podrían estar listos para un ataque. No aquí, a tanta profundidad de sus propias líneas.

En el puente de la *Veritas Ferrum*, Atticus estaba de pie en el púlpito de mando y reveló a sus legionarios la mecánica de la guerra que se avecinaba. Un blindaje opaco cubrió el oculus ante ellos, dejando fuera la visión tóxica del empíreo mientras el crucero de ataque viajaba por sus corrientes hacia Harmartia. La disformidad estaba en tormenta. Las turbulencias y las anomalías de navegación eran de esperar cerca del Maelstrom, pero el grado de violencia no tenía precedentes. También estaban las noticias inquietantes sobre el Astronomicón. Su localización era difícil. Navegando si ella era imposible. Pero Bhalif Strassny encontró una alternativa y estaba guiando a la *Veritas Ferrum* con seguridad. La anomalía en Pythos era tan fuerte que era un faro poderoso para el Sector de Deméter como el Astronomicón lo era para la galaxia.

Las implicaciones eran oscuras. Atticus no les hizo caso. Su contemplación no le ayudaría con la misión.

Atticus tocó el panel de control ante él y el oculus actuó como una pantalla gigante, proyectando los esquemas de la *Callidora*, la *Sublime Infinito* y la *Áureo*. Camnus había recuperado la información de las masivas bases de datos de los cogitadores de la *Veritas*. Las presas de los Manos de Hierro aparecieron ante ellos con todos sus secretos expuestos. Camnus y sus compañeros tecnomarines habían analizado los esquemas y su trabajo mostraba algo más vital que secretos: debilidades.

-Ahí es donde les golpearemos -dijo Atticus. -Los escoltas deben ser eliminados en los primeros momentos de la operación. Cuando los quitamos del campo de batalla, la *Callidora* será nuestra -habló con certeza. No tenía dudas sobre esta batalla. No pretendía decirse a sí mismo que se acercaba a ella con desapasionamiento. Aunque midió su tono, había un calor abrasador en el pecho, y tenía un nombre: *venganza*. Quería encontrarse a sí mismo cubierto hasta las rodillas con la sangre de los Hijos del Emperador. Bajo sus botas, oiría el crujido de los cráneos de los estetas. No habría nada más que furia en la guerra que traería a los traidores. Pero pasó el plan de ataque con un ojo frío e implacable en busca de defectos. Exigía la misma disciplina de sí mismo como lo hacía de los hombres bajo su mando.

Sabía que ningún plan era perfecto.

Sabía que su primarca fue derrotado cuando fue consumido por la necesidad de venganza por encima de todas las cosas.

También sabía que tendría éxito. Los datos que Erephren le había dado era tan detallados, tan precisos, que sólo el peor tonto podría fallar con ella en la mano. Y esto también lo sabía Atticus: él no era ningún tonto.

Cambió la pantalla a un mapa de la región en torno al punto de Mandeville de Harmartia. -Y esto -dijo, -es *cómo* caeremos sobre ellos.

Ya podía saborear la sangre.

El escuadrón de los Hijos del Emperador hizo la traslación de la disformidad veinticuatro horas después de que la *Veritas Ferrum* llegara al mismo punto de Mandeville. No hubo tregua entre la llegada de las fuerzas traidoras y el ataque de

los Manos de Hierro. Con un grito de colores cancerosos, una hemorragia del Immaterium surgió donde antes sólo hubo vacío, aparecieron tres naves. La presencia repentina de sus enormes masas activó el campo minado que les había estado esperando. La trampa era primitiva en su simplicidad. La configuración habitual de un campo de minas estaba diseñado para interceptar una amplia área con el riesgo de una colisión letal, dejando a las minas como una posibilidad al acecho. Pero Atticus sabía dónde estaría su enemigo. Sus minas no eran una barrera. Eran sus puños cerrados. El auspex pasivo de cada mina reaccionó a las naves y los explosivos volaron hacia los monumentos de hierro y acero que habían llegado en medio de ellos. Descendieron sobre las naves como enjambres de insectos terribles. Sus picaduras iluminaron el vacío con decenas de flashes. Bolas de fuego ondularos a lo largo de sus cascos.

La *Sublime Infinito* fue golpeada por un grupo de minas en la sección central. Las explosiones se acumularon como ladrillos en un muro. Los escudos de vacío se derrumbaron, desatando su energía sobre la nave como una aurora irregular. Los golpes continuaron, perforando el blindaje de estribor, alcanzando el núcleo de la nave, rompiendo su columna vertebral. Los Depósitos de municiones del *Sublime Infinito* sintieron el beso de las llamas y estallaron. La nave se partió por la mitad. Quedó allí por un momento, con su forma atravesada pero indistinta, el orgullo de sus agujas y el desafío de su proa inmaculado, como si el recuerdo de siglos de victorias fuera capaz de reconstruir la nave. Luego fue ingerida por su muerte, un furioso y berreante sol recién nacido que estalló en el corazón de sus motores. El plasma ardiente iluminó la noche eterna de la fría frontera de Harmartia. Bañó al resto del escuadrón.

Las llamas siguieron a la onda de presión, abrumando las frágiles defensas de la *Áureo*. La otra nave de escolta comenzó a escorar tan pronto como las minas golpearon. Había sido golpeada por casi tantas como la *Sublime Infinito*, pero menos concentradas, dispersando sus heridas como una plaga de furúnculos por todo el casco de la nave. Cuando el grito de muerte de la *Sublime Infinito* le golpeó, la *Áureo* se estremeció y las llamaradas de sus motores se apagaron. Su escorado continuó, torpe y lento, como el paso de un animal herido.

El escorado la colocó de perfil ante una *Veritas Ferrum* expectante. El crucero de ataque anunció su presencia. Sus torretas de lanzas y baterías abrieron fuego. Rayos de energía fueron disparados a través del vacío. Aniquilaron los debilitados escudos

de vacío del Áureo. Cortaron la nave como mantequilla, atravesando su blindaje. Luego llegaron las ojivas, entregando golpes devastadores de explosivos de alta potencia. El bombardeo fue continuo. Era un juicio que tardó en llegar, una respuesta a la humillación de Isstvan.

El infierno llegó a los pasillos del escolta. Una pared de llamas purificadoras corrió por sus pasillos, consumiendo legionarios, servidores y sirvientes. Todos fueron reducidos a cenizas. La Áureo nunca devolvió el fuego. Un puño de hierro se estrelló hasta la sumisión, el silencio, el olvido. Su muerte no fue una exaltación de fuego. Fue una caída a la ruina. En cuestión de minutos, la única luz en la nave fue la de las llamas moribundas. Un armatoste maltratado se hundió en la noche eterna. Derramó restos a medida que derivaba en una lento y decadente órbita; otro pedazo muerto de restos flotantes entrando en su órbita errabunda sobre la distante Harmartia.

Eso dejaba a la *Callidora*. La barcaza de batalla era un leviatán. Estaba tan cubierta de armamento que se parecía a una criatura espinosa de los océanos. Pero también era una ciudad brillante y cristalina. Era una joya violeta, malévola, iluminando el vacío con una luz arrogante. Era una celebración del exceso. Su superabundancia de armas era acompañada por una profusión de ornamentación barroca. La línea entre armas y arte fue borrada. Las estatuas abrazaban las estrellas con los brazos que eran cañones. Las lanzas se incorporaron a esculturas no figurativas que se parecían a explosiones congeladas, o encarnaban los conceptos de éxtasis, de exceso, de sensación.

Las minas golpearon a la *Callidora* también. La barcaza de batalla bregó con el ataque. Su silueta titánica restó importancia a los daños. Cuatro veces más grandes que sus escoltas y dos veces el tamaño de la *Veritas Ferrum*, no sería humillada por medios tan escasos. La nave de los Manos de Hierro le bombardeaba, pero eso tampoco sería suficiente. La *Callidora* podría estar herida, pero no podía ser asesinada por el armamento disponible en la *Veritas*. No antes de que su propio fuego de represalia redujera al crucero de ataque a chatarra.

Atticus no esperaba que las minas o el fuego de lanzas matara a su presa. No esperaba que la barcaza de batalla estuviera lisiada. Ni siquiera tenía la esperanza de un duro golpe. Él planeó un momento de ceguera, de distracción. Había una manera por la cual las fuerzas de la más débil, más pequeña y maltratada *Veritas Ferrum* podría matar a la *Callidora*.

Decapitación.

En el momento de la traslación del escuadrón, la *Veritas* lanzó otra andanada. Ésta viajó más lentamente. Todavía estaba a cierta distancia de su objetivo cuando la muerte de la *Sublime Infinito* se estrelló sobre la Callidora. Se acercó por el lado de estribor de la proa, al abrigo de la barcaza de batalla mientras la gran nave se vio sacudido por la ola incineradora. Por el lado de babor, las espinas erizadas fueron esquilmadas por la explosión. La energía discurrió por el casco. La joya tuvo un instante de mayor brillantez y luego parpadeó, amenazada por eclipse. Sus escudos vacíos no murieron, pero fallaron, creando la apertura para el ataque de Atticus.

El enjambre de proyectiles se aproximó a la *Callidora*. Eran torpedos de abordaje. Docenas. Cruzaron el vacío como tiburones de metal. Eran violencia directa, contundente, oscura, contra la gloria exuberante y resplandeciente de los Hijos del Emperador. Eran el mensaje de Atticus a los traidores que una vez fueron los hermanos más cercanos de los Manos de Hierro. Eran justicia y eran venganza, pero también eran una lección. Estaba a punto de devolver humillación por humillación, y lo haría con intereses. Los traidores triunfaron en Isstvan V por medio de una serie de sorpresas y la superioridad numérica. Atticus les mostraría la verdad fatal que era el arte de la guerra de los Manos de Hierro. Carecía de la ostentación practicada por los Hijos del Emperador. No era una pantalla, pero no era un arte menos preciso, no menos finamente trabajado.

Las andanadas de larga distancia de la *Callidora* rugieron en respuesta a la *Veritas Ferrum*. El crucero de ataque comenzó a recibir daño pero ya estaba en retirada. Mantuvo su ataque, aprovechando el furor de la *Callidora*. La barcaza de batalla le persiguió, acercándola a la lluvia de torpedos de abordaje.

Llevándolo dentro del rango de otro movimiento en la lección de Atticus.

Las órbitas de los objetos del disco de acreción eran un estudio del azar letal y cruces impredecibles. El viaje desde el punto Mandeville era peligroso para cualquier nave hasta llegar a la frontera despejada de escombros por la inmensa gravedad de Polynices. Había demasiados cuerpos, demasiadas trayectorias que podían cambiar merced a colisiones aleatorias. Siempre había el riesgo de catástrofe.

A veces, el riesgo podría ser convertido en una certeza.

Vagando por el campo de batalla había un pedazo de hielo del tamaño de una montaña. De forma irregular y varios miles de metros de ancho, era lo suficientemente grande como para ser una amenaza para las naves, pero también era muy visible, incluso en esta parcela oscura, brillando con un azul blanquecino apagado bajo la fría luz del sol. Su viaje también le estaba llevando lejos de la guerra sin efecto. La *Callidora* lo sobrepasó por el lado de estribor en su persecución de la *Veritas Ferrum*.

A bordo de uno de los torpedos en vanguardia, Atticus miró a través del bloque de visión delante de él. Vio la amatista cegadora de la *Callidora* avergonzar a la tenue perla de escombros. Pensó: *Ahora*.

Como obedeciendo a su orden, las cargas de fusión plantadas en el trozo de hielo detonaron. Una nueva luz devastadora brilló. La explosión rompió el asteroide por la mitad. Una pieza fue girando hacia el vacío profundo. El otro fue impulsado hacia la *Callidora*. El puño congelado era un tercio del tamaño de la nave. Los motores de la barcaza de batalla se encendieron por la urgencia de su maniobra. La proa se levantó mientras la nave trató de salir del camino de la amenaza. Las armas de estribor fueron apuntadas y vomitaron hacia ella, machacando a la montaña en su dirección con lanzas y cañones y torpedos. La ferocidad del bombardeo horadó cráteres en el hielo e hizo hervir la superficie. Escombros y vapor fluyeron fuera de él en una cola. Una nave normal habría sido destruida y su tripulación incinerada. Pero no había tripulación, y esto era una masa sólida. Su curso era inalterable. La *Callidora* no hizo nada excepto convertirlo en un cometa.

El cometa golpeó la proa. El golpe no fue directo, y la nave era fuerte. Aun así, el hielo arrugó el blindaje delantero como pergamino. Trituró la proa, borrando el emblema dorado con alas. Los sistemas de armas vomitaron auroras de plasma arqueado mientras morían. Las explosiones engulleron mil metros de eslora de la nave. Un centenar de agujas se desintegraron. Durante unos momentos, la barcaza de batalla pareció una antorcha, consumiéndose en su propia llama. La *Callidora* entró en una deirva forzada. El impulso de los motores sólo la empujó aún más fuera de control. Las luces parpadearon. Durante una vuelta completa, la arrogancia brillante de los Hijos del Emperador quedó a oscuras.

Los torpedos de abordaje estaban en la aproximación final. Atticus observó la lenta caída de la Callidora. La nave era tan grande que su impotencia parecía imposible. Era como ver un continente ir a la deriva. Bebió la vista de su enemigo convertido

brevemente en metal muerto enmarcado por el resplandor de su dolor. Una vuelta completa, despojado de todo poder y control. Entonces la energía regresó. El vacío se encendió una vez más con el orgullo de la *Callidora*. La nave detuvo su giro. Retomó su partida y persecución. Estaba herida. Todavía temblaba por explosiones secundarias. También estaba enojada, y buscaba el blanco de su furia.

Los torpedos pasaron sobre la proa destrozada. Volaron sobre la longitud de la barcaza de batalla. Debajo de ellos había una ciudad enjoyada de torres, herramientas de un artista de la destrucción. Ante ellos estaba la isla de mando, una estructura coronaria masiva, construido a lo largo de la popa. Y ahora, sólo ahora, el velo fue levantado de los ojos de los Hijos del Emperador, y se dieron cuenta de la verdadera amenaza. Las torretas cambiaron de objetivo. Los cañones desataron su fuego contra los torpedos de abordaje. Algunos fueron alcanzados. Atticus vio bolas de fuego que sabía eran las piras de legionarios. Pero no vio muchas. El ataque destrozó una red defensiva insignificante.

En los últimos segundos antes del impacto, Atticus habló por el vox a todos los torpedos. -Los Hijos del Emperador adoran la perfección. Démosles aquí nuestro regalo para ellos, hermanos. Traigamos a estos traidores la perfección de la guerra.

SEIS

Filosofía en el Matadero

Decapitación

Creon

Los torpedos de abordaje golpearon la isla de mando y se abrieron su camino en ella a mordiscos. Eran múltiples heridas de arma blanca, jabs de gladius en la garganta de la *Callidora*. La estrategia de decapitación de Atticus exigía que los torpedos atacaran el cuadrante superior de la estructura en lo que equivalía a un clúster. Abrumarían a las defensas golpeando a los Hijos del Emperador desde demasiados vectores de ataque. Y estarían lo suficientemente cerca entre sí como para que los escuadrones pudieran unirse rápidamente. Atticus no estaba interesado en la conquista del enginarium o los hangares. Quería que el puente. Los objetivos

de la misión eran la simplicidad misma, su propia forma de la perfección: matarlos a todos, destruirlo todo.

El torpedo de Galba masticó su camino un nivel de la *Callidora* por debajo de la mayoría de los otros. Su escotilla siseo y, más allá de la cabeza del taladro calentada casi hasta la incandescencia por la violencia que había infligido, los Manos de Hierro se desplegaron. Con ellos estaban Khi'dem y Ptero. Atticus había cedido has aquí para permitir a los salamandras y la Guardia del Cuervo cierta medida de honor restaurado. Pero no más: sólo a un representante de cada legión se le concedió pasaje al campo de la venganza.

El espacio por el que Galba abrió el camino era una galería. Estaba iluminado con el mismo resplandor amatista como el exterior de la nave. Ahora que estaba rodeado por la luz, le pareció que el tono era menos el de una piedra preciosa y más el de un moretón. El mármol del suelo estaba alfombrado, y el material se sintió extraño bajo los pies de Galba. Había algo extraño en su textura.

La galería corría a puerto. Era de veinte metros de ancho y más de un millar de largo. Fue diseñada para mantener a cientos de visitantes y que las maravillas expuestas pudieran ser vistas por el mayor número posible de ojos. Dos puertas de bronce masivas, de cuatro veces la altura de un Marine Espacial, se situaban en el otro extremo. La escuadra se dirigió hacia ellas, pasando por debajo de los estandartes que colgaban del techo y tapices que envolvían las paredes. Centrado en las puertas, alerta de amenazas entrantes, Galba le dio al arte sólo la astilla más pequeña de su atención. Registró su presencia, nada más. La manía de los Hijos del Emperador por la pintura, la escultura, la música, el teatro y la literatura no le interesaba. En los días de hermandad con la III Legión hace… ¿Cuánto tiempo? ¿Semanas? ¿Una eternidad? Galba pasó algún tiempo a bordo de las naves de los legionarios de Fulgrim. Siempre había encontrado la opulencia sofocante. Por doquiera que mirara había alguna obra maestra que atrajera su atención. Fue demasiado, un clamor de sensaciones que eran una amenaza para la claridad de pensamiento. Fue en esas ocasiones en las que se había acercado más a la comprensión del despojo sistemático de Atticus de todo lo que le hacía humano. Había pureza en lo mecánico. Era un tónico vigorizante contra los apetitos de los Hijos del Emperador.

En aquellos días, Galba pensó en la diferencia como poco más que una diferencia estética en las formas. Ahora sentía una aversión instintiva por el arte en torno a él, y él lo rechazó.

Pero la alfombra aún se sentía mal.

-Hermano-sargento -dijo Vektus. -¿Ves lo que los traidores han forjado?

Así que miró. Vio. Había supuesto que los estandartes eran conmemoraciones de triunfos en el campo de batalla. Eran estandartes de cierta clase, pero no había banderas, escudos o símbolos de cualquier tipo que reconociera. Las runas proliferaban, cuyas formas y ángulos le eran ajenas y su significado iba más allá de la comprensión, retorciéndose justo debajo de la fina capa de hielo de la razón y la negación. Dos configuraciones se repetían. Una se parecía a un grupo de lanzas que se cruzaban para formar una estrella de ocho puntas. El otro se parecía a un péndulo coronado por hojas de hoz. Galba hizo una mueca de disgusto. No podía dejar de lado la sensación de que el símbolo le *sonreía* y lo hacía con el afán más obsceno. Era una abstracción de la perversidad, y toda carne que cayera por debajo de la curva de su sonrisa se ensucie. Galba fue capturado por el deseo de purgar todo lo que aún poseía de orgánico. Sólo entonces se desharía de la mancha que trataba de profundizar en su ser.

Arrancó su mirada de los estandartes. Continuando su avance, captó la verdad del resto de la exposición. Los Manos de Hierro discurrían por una galería dedicada a la corrupción, el delirio, la tortura y el más exquisito arte. Los tapices eran narraciones de carnicerías veneradas como el lujo de los sentidos. Las figuras que podrían haber pasado por seres humanos hundían sus dedos en los órganos de sus víctimas y en los suyos. Devoraban calaveras vivientes. Se bañaban en sangre como si fuera el amor mismo. Pero peor que el tema retratado en los tapices era su construcción. Eran seda y piel entretejida. Eran los mismos crímenes que celebraban. Eran cientos de víctimas convertidos en las ilustraciones de sus propias muertes.

Y ahora Galba entendía por qué la alfombra se sentía mal. Era una atrocidad afín a los tapices. La carne, músculo, nervios y tendones fueron convertidos, por una mano tan dotada como monstruosa, en textil. La pila era profunda. Lo que debería haber sentido como cuero curtido fue tamizado, gracias a la adición de pelo, en algo tan fino que tenía la suavidad de algodón y sin embargo conservaba la

suavidad húmeda del tejido. Su patrón era abstracto, sus matices y flujos sugerían una música que era el origen de todos los gritos. Era el trabajo de muchas manos, y Galba no tuvo duda de que los dueños de esas manos fueron, uno por uno, incorporados a su trabajo. Sus cuerpos se convirtieron en la firma final. Estos artistas estarían siempre presentes en su obra maestra.

Seguramente los muertos no podían sentir dolor. Entonces, ¿por qué le pareció, a medida que los Manos de Hierro tronaron a lo largo de la galería, que la alfombra se retorcía? Era el material, dijo Galba para sí. Era el terrible genio de la artesanía. Cualquier otra explicación era imposible, un signo de la razón contaminado por la fantasía. Él no le daría a los traidores y su nave tal victoria.

En cambio, él traía la aniquilación. Él y sus hermanos acabarían esta violencia con otra: la violencia pura y limpia de la máquina. Su brazo biónico se sentía como un baluarte contra la plaga de locura. Su bólter era más que una extensión de su cuerpo. Era el imán de su viaje, tirando de él hasta convertirle en el arma de guerra más perfecta.

Por su Emperador, por su Primarca, todos sus actos a bordo de esta nave serían la promesa de la perfección. Una perfección limpia, sin tocar por la locura de la carne a su alrededor. Una perfección que destruiría la ilusión adorada por los Hijos del Emperador.

-¿Qué pasó con esta legión? –preguntó Vektus.

-No es nada comparado con lo que estamos a punto de hacerles –respondió Galba.

-No podemos ignorarlo –interpeló Khi'dem. -Nunca he visto tanta locura. Hay más que simple traición obrando aquí.

-No hay nada simple en la traición –espetó Galba. -Y no hay mayor crimen.

-Lo que quiero decir –dijo Khi'dem, -es que hay terribles implicaciones en lo que estamos viendo. Su hermano está en su derecho al preguntar qué pasó. Algo lo hizo. Nos alejamos de esa pregunta por nuestro propio riesgo.

-Una vez que hayamos matado a todos tendrás todo el tiempo que quieras para preguntas -dijo Galba. Su respuesta sonó hueca e insuficiente en sus oídos.

Ahora estaban a sólo unos pocos cientos de metros de las puertas de bronce. El trabajo de en relieve empezaba a definirse. Incluso desde esta distancia, estaba claro que estaba compuesto de cuerpos que habían sido cubiertos en metal fundido. Desde el otro lado de las puertas llegaron los sonidos de la batalla: el tamborileo profundo del fuego bólter, el chillido y los gruñidos de huesos aserrados por las espadas sierra, y los gritos de rabia de legionarios chocando. Elevándose por encima del ruido blanco de gritos había una voz más fuerte, intimidante, aunque sus palabras eran aún indistintas. Entonces el volumen del rugido se elevó como una ola de crestería, y las puertas se abrieron con un auge ensordecedor. Los Hijos del Emperador se precipitaron por la puerta. Estaban aquí para repeler a los transgresores de su dominio.

Corrieron de cabeza a la bienvenida de Galba.

El sargento estaba a la cabeza de la punta de flecha a la carrera. La galería era lo suficientemente amplia como para que toda la escuadra se desplegara, dando a cada hermano de batalla un claro campo de tiro. Abrieron fuego con sus bólters ante las puertas antes incluso de abrirse por completo. Los Hijos del Emperador cargaron. No llevaban cascos; fuera por la arrogancia o la sorpresa, Galba no lo sabía ni le importaba. Los cráneos de los guerreros al frente explotaron como fruta demasiado madura cuando fueron golpeadas por los proyectiles reactivos de masa. Los legionarios que les seguían tenían sus propias armas levantadas. Ellos respondieron al fuego, rompiendo el ritmo de avance de los Manos de Hierro.

-Evitadlos –transmitió Galba. -Pero seguid acercándoos -no había coberturas. La única manera de evitar una masacre era conectar con el enemigo y aplastarlo en combates cerrados.

La cuña perdido su limpia simetría cuando los legionarios empezaron a zigzaguear al azar. Corrieron hacia delante todavía, girando a izquierda y derecha para negar al enemigo un tiro limpio. Dispararon a suprimir. No había manera de apuntar con precisión en estas condiciones. Pero la lluvia de proyectiles siguió siendo mortal. Galba vio a otro enemigo estrangularse cuando su garganta desapareció.

El fuego de los Manos de Hierro compró unos segundos preciosos y varios metros más. Estaban mucho más cerca de enemigo cuando el fuego de respuesta comenzó a sentirse. Pero los Hijos del Emperador parecían igual de ansiosos por la violencia

del combate cuerpo a cuerpo. No se detuvieron a apuntar. Cargaron, y sus voces se alzaron tanto como gritos de alegría como aullidos de rabia.

Las dos fuerzas conectaron, y Galba pudo ver los rostros de los traidores más claramente. La transformación a la que sus antiguos hermanos se habían sometido era al menos tan inquietante como el arte que ahora celebraban. Habían atacado a su propia carne. Galba vio runas hechas de heridas. Vio cabelleras convertidas en aletas, alejadas de los cráneos por armaduras metálicas. Espigas, alambre de púas, pedacitos retorcidos de esculturas y otros detritos dolorosos de una imaginación depravada desfiguraban a los legionarios. Se reían de su propio dolor.

Corriendo hacia Galba eran una burla sombría de la fusión de su propia Legión con lo inorgánico. Cuando los Manos de Hierro sustituían la carne débil con la fuerza del metal, los Hijos del Emperador la utilizan para arruinar al otro. Los Manos de Hierro buscaban la pureza. Estas criaturas se perdieron en una orgía infernal. No había ninguna razón aquí. Sólo había sensaciones: más y más y más sensaciones. Recurrir a estas mutilaciones, regocijarse en agonía, sólo podía significar un hambre que nunca podría ser apaciguado. Los Hijos del Emperador ahora adoraban la sensación, y su condición absoluta los atormentaba al permanecer siempre fuera de su alcance.

Estos pensamientos parpadearon por la mente de Galba mientras irrumpió hacia la muerte. No eran reflexiones conscientes. Eran instintivas, conocimiento reactivo, una respuesta atávica a la aparición de los Hijos del Emperador convocada de las profundidades que en un tiempo anterior sumido en la ignorancia habría llamado su alma. Pero a la rabia de la traición se añadió disgusto. El honor exigía la masacre de los traidores. Algo menos racional necesitaba borrar todo rastro de ellos.

Durante unos segundos más, el fuego de bólter surcó el espacio entre las dos fuerzas. Legionarios de ambos lados cayeron. Galba vio caer a dos más de los Hijos del Emperador por tiros a la cabeza. Todos sus hermanos aún estaban a su lado, el puño de la venganza ininterrumpido. Entonces los guerreros de las dos legiones se encontraron. Eran dos olas rompiendo en la otra. La galería resonó con truenos solapados de servoarmaduras contra servoarmaduras, hojas contra hojas, puños contra huesos y los rugidos nacidos de las gargantas de los gigantes en guerra.

En el último momento antes de la colisión, Galba ancló magnéticamente su bólter en el muslo y tomó su espada sierra. Giró sobre su cabeza con ambas manos,

acercándola con todo el ímpetu de su carga. El más cercano de los hijos de Fulgrim trató de contrarrestar el ataque. Demasiado atrapado en el éxtasis de la prisa por la guerra aún no había cambiado a un arma cuerpo a cuerpo. Su bólter era una pobre defensa contra la fuerza del golpe de Galba. Los dientes en cadena gimieron cuando la espada apartó con fuerza el bólter. El *chunk* de la hoja excavando el cráneo del traidor fue húmedo, demoledor, saciante. Galba obtuvo su primera sangre de la guerra. La deuda le pesaba desde la traición Callinedes. Al menos podría golpear con sus propias manos en nombre de su primarca caído.

Vio que los ojos de su enemigo se ensanchaban en agonía. Pero también brillaron de emoción extrema mientras Galba cortó la cabeza del legionario en dos. Entonces los ojos se embotaron con la muerte, y eso era todo lo que realmente importaba. Galba liberó su espada sierra del cadáver y esquivó una acometida por el Marine Espacial que saltó sobre el cuerpo de su camarada caído, balanceando su propia hoja a toda revolución hacia la garganta de Galba. Galba se agachó y golpeó al traidor, haciéndole perder el equilibrio. Galba siguió con la espada sierra contra la coraza del enemigo, excavando un corte profundo.

Manos de Hierro y Hijos del Emperador se desgarraron los unos a los otros. Galba se sumergió en una vorágine de ceramita chocando y sangre esparcida. Su conciencia se redujo a la escala de unos pocos segundos. No sabía nada, excepto la necesidad de cada momento. Avanzó paso a paso, muerte a muerte. Su servoarmadura fue penetrada por docenas de golpes, pero él los ignoró y batió de nuevo una y otra vez. Pulverizó caras en lechada. Se abrió camino por servoarmaduras y costillares reforzados hasta corazones negros latiendo, y él los hizo callar.

Un nuevo ruido creció en volumen, cortando a través de los truenos, exigiendo su atención. Era una voz, amplificada por altavoces vox a niveles ensordecedores. La voz era la de una máquina. No había nada humano en su inflexión rígida e inamovible, y sin embargo estaba predicando, y sus palabras transmitían una pasión espantosa.

-No hay límites -declaró. -Vivid la verdad de los sentidos. Su alcance debe ser infinito. Ampliad vuestra propia comprensión, hermanos. Sumergíos profundamente en lo perverso. Toda sensación es el combustible de la perfección. Cuanto más extrema la sensación, más nos acercamos a la perfección. Cuanto más envilecido el acto, mayor será la sensación. ¿Cuál es la orden? ¿Que todo está

permitido? ¡No! ¡Todo es *obligatorio*! -el volumen se quebró en la última palabra. -Lo que el pálido prohibiría, debemos abrazar hasta el final. ¡Vivid las palabras del profeta Saad! ¡Lo único bueno es el exceso! ¡El único conocimiento verdadero radica en la sensación! -la voz se lanzó a una larga lista de obscenidades. Parecía estar llegando a las mayores atrocidades que podrían ser cometidas por meras palabras. Se acercó más, como lo hizo un constante ritmo martillar de un gran peso golpeando contra la cubierta. Cuando oyó el *boom, boom, boom* acercándose, Galba se dio cuenta de lo que venía.

Un Dreadnought.

Galba fue confundido por los sermones de la voz. Había un hambre en las palabras, una exaltación de la carne en todas sus peores contorsiones que nunca lo habría imaginado de la enunciación de un Dreadnought. La voz seguía y seguía, instándose a sí mismo a abismos cada vez más profundos de depravación. Con su yo físico casi aniquilado, el Dreadnought sólo tenía su lenguaje y pensamiento como medio por el cual podía unirse al frenesí de sus hermanos, y por ello despotricaba como si pudiera articular la perfección última de violación, y así encontrar la experiencia suprema y trascendente.

La presión de Hijos del Emperador disminuyó de repente. Sus filas se separaron. Galba sabía muy bien que debían seguir avanzando. Delante, la puerta fue ocupada por una figura colosal. El Dreadnought había llegado. Avanzó con palabras que dañaban la mente. Para la carne, tenía muchas otras herramientas. Ahí estaba el peso de su cuerpo, al alcance de su garra y la iluminación definitiva de sus cañones láser gemelos. El Anciano se trasladó por la galería hacia los Manos de Hierro, sin detenerse en su evangelio negro. Filigranas de oro se habían extendido por el violeta de su armadura como una enfermedad. Sus arabescos amenazados a cualquier significado. Se retorcían en formas cuyos extremos posteriores parecía moverse como la pulsación de las venas.

Incluso con su nueva y grotesca ornamentación, Galba reconoció la figura. El Antiguo Curval. Una vez fue un filósofo de la guerra, que habló de la perfección y la pérdida en igual medida. Ahora sus altavoces saludaban a los Manos de Hierro con hambre monótono y raspado. Se había convertido en un altar andante, un icono de culto demente. -Busco la bendición de su extremidad -dijo, y disparó.

El cuerpo a cuerpo había empujado a los Manos de Hierro a juntarse de nuevo. Todos vieron el peligro tan pronto como apareció y se lanzaron a uno y otro lado. La escuadra evitó la extinción por el aluvión de su cañón láser, pero en la pantalla de mando de las lentes en el casco Galba las runas de tres hermanos brillaron en rojo y desaparecieron.

Flanqueado por sus compañeros legionarios, Curval marchó hacia delante. Ametralló la galería de izquierda a derecha a izquierda con un fuego constante. Los tapices falsos y alfombras se desvanecieron, chamuscados en cenizas. Galba cayó y rodó, viendo el aluvión pasar muy cerca de él, carbonizando la parte superior de su fuente de alimentación. Otro hermano de batalla fue incinerado.

Ellos no tenían los números o las armas para luchar contra Curval de frente. Galba tenía que retirarlo del campo de batalla. Desde su el cinturón cogió una carga de fusión y la arrojó a los pies del Dreadnought. –Tiradlas -transmitió.

El equipo respondió antes de hubiera terminado su orden. Los guerreros a su mando habían visto lo que estaba haciendo y entendieron. Eran todos los componentes letales de un solo motor de guerra. Cuatro granadas más aterrizaron ante Curval un segundo después de la de Galba. El Dreadnought desaceleró, tratando de detener su siguiente paso. Se detuvo con un pie suspendido en el aire. Los bloqueos lumínicos cayeron ante los ojos de Galba cuando las granadas estallaron. La llamarada fue una luz tan brillante que hizo que todo desaparece por un instante. El calor fue tan intenso que hizo que la cubierta desapareciera para siempre. Piedra y acero se fundieron y una brecha de dos metros de ancho se abrió delante de Curval.

El Dreadnought luchó contra la gravedad y el momento. Perdió. Su pie descendió a la nada. Se lanzó hacia delante y desapareció, cayendo veinte metros hasta la cubierta inferior. Aterrizó con la caída de un meteorito. Su aullido de rabia tenía el mismo tono plano de su sermón. Un puñado de los Hijos del Emperador cayó con él.

-¡La carne es débil! –rugió Galba cuando se puso en pie y cargó. El grito de batalla de los Manos de Hierro era una respuesta a los éxtasis envilecidos del enemigo. La escuadra de Galba corrió hacia delante por los flancos del agujero. Curval estaba disparando salvajemente hacia arriba, volando más trozos de la cubierta. Al pasar junto a la brecha, Ptero dejó caer otra carga de fusión. Con la explosión sibilante

que siguió la rabia de Curval se cortó con un chillido electrónico. Sus disparos se hicieron aún más errática, acometidas de una bestia herida.

Los Hijos del Emperador trataron de reagruparse. Sus líneas estaban rotas y no podrían mantener una posición defensiva con la destrucción aleatoria lanzaba hacia la galería por su atormentado antiguo. Los Manos de Hierro tenían la velocidad con ellos. Se convirtió en la fuerza. Reforjaron la cuña al otro lado de la brecha y embistieron a la defensa desigual de los traidores. Galba quebró al enemigo. Los legionarios cayeron ante él. Tan corruptos como eran seguían perteneciendo a las Legiones Astartes en forma y fuerza. Pero el brazo de Galba golpeó con la fuerza de la justicia, de la venganza. La pureza de la máquina devastó la monstruosidad de la carne.

Maltratada, reducida, desafiante, su escuadra atravesó y salió de la galería. Más allá había un amplio espacio, un nodo radial para media docena de galerías arteriales importantes a través de la barcaza de batalla. En el centro había una gran escalera de caracol. Había más de mármol aquí, veteado del púrpura de los Hijos del Emperador. Hizo pensar a Galba en sangre aristocrática corrompida bajo la piel pálida. Legionarios luchaban arriba y debajo de su mitad superior. Los defensores de la *Callidora* estaban tratando de alcanzar el siguiente nivel para repeler a los invasores reunidos allí.

Galba condujo a sus guerreros hacia arriba, subiendo los escalones de tres entres. Con sus hermanos arriba, atraparon los Hijos del Emperador en una pinza. La escalera era lo suficientemente amplia para dos legionarios hombro con hombro. Galba se detuvo a unos pasos de distancia del enemigo. Él y Vektus se agachó fuera de la línea de fuego de los guerreros detrás de ellos. Sus bólters martillearon al enemigo con un infierno concentrado.

Las pinzas se cerraron.

La mayoría de los torpedos de abordaje perforaron la cubierta inmediatamente por debajo del puente. El escuadrón de Galba fue uno de los últimos en unirse a la fuerza principal. Para entonces, las cargas de demolición ya estaban colocadas. Cuando comenzó el asedio del puente, los explosivos detonaron. Pasillos y escaleras se derrumbaron, sellando las cubiertas superiores, ganando tiempo para los Manos de Hierro. Por el momento tenían la superioridad numérica. A lo largo de la nave había muchos cientos más de Hijos del Emperador. Pero si el acceso a

los refuerzos podría ser bloqueado, aunque fuera temporalmente, sus números serían irrelevantes.

Tras las explosiones el torpedo de abordaje que había llevado a Galba y sus hermanos quedó inaccesible. Como otros tres. Esos números, sabían también los Manos de Hierro, eran irrelevantes. La demoledora verdad de la guerra era su poder de sacrificio. Muchos legionarios habían muerto. Habría espacio más que suficiente en los torpedos que todavía eran accesibles.

Mientras que dos escuadrones se quedaron para custodiar el punto de salida la puerta del puente fue violada. Galba se unió en el empuje hacia el interior. No había tiempo para nada más que la gran tormenta de un asalto. Al igual que los Hijos del Emperador cargaron por la galería, los Manos de Hierro tomaron el puente. La suya era la mayor furia y atacaron con la mayor parte de sus fuerzas.

El corazón vital de la *Callidora* estaba bien defendida. Los Hijos del Emperador lucharon duro. Lucharon con destreza. Lucharon con desesperación, sabiendo lo que significaría la derrota aquí. Y su lucha fue inútil. Atticus había venido a matar su nave. No podían pararle. Nada podía. Él era un motor del destino.

Mientras Galba combatía, vaciando el cargador de su bólter en los traidores ante él, vio a Atticus tomar el nivel superior del puente. El capitán se movió con economía letal. Giró su espada sierra con una gracia que debería haber sido ajena al arma. En las manos de Atticus la hoja no era la herramienta de los carniceros maníacos de los Devoradores de Mundos. El señor de la *Veritas Ferrum* talló el aire como si estuviera dirigiendo una orquesta. Los swing y golpes fluyeron entre sí. Con su cadena gruñendo, el arma nunca se detuvo. Incluso mientras estaba cortando servoarmaduras y huesos, no parecía tartamudear en su arco elegante de matar y matar. Era una extensión del guerrero máquina que la esgrimía, tan parte de su brazo como de sus manos. Y aunque no era la perfección del arte en su danza mortífera, no había ni un solo movimiento superfluo. No había pantallas. Tenía la regularidad asesina de un pistón. Atticus destruía en el nombre de su primarca. Luchó como el hierro, y la carne quedó eclipsada.

El capitán de la *Callidora* se enfrentó a Atticus en el púlpito. La visión periférica de Galba atrapó destellos del duelo. El capitán se llamaba Kleos. El noble guerrero de gustos refinados tenía ahora, cubriendo su servoarmadura, túnicas de seda humana. Su rostro era una intrincada trama cruzada de quemaduras y cortes profundos que

no se curarían. Atacó a Atticus con un sable charnabal. El arma era arte puro transmutado en acero prensado y plegado. En las manos de Kleos, casi podría extraer la sangre desde el aire. El capitán golpeó con tal velocidad que la hoja quedó invisible.

Atticus no la bloqueó. Se deslizó a través de la costura de su servoarmadura debajo de su brazo izquierdo. Kleos se detuvo un momento antes de la falta de sangre. Su golpe habría sido mortal para un ser de carne, pero este enemigo era metal y guerra. Atticus pivotó sobre el corte, forzando a la hoja enemiga a penetrar, atrapando el sable contra su caja torácica. Kleos trató de liberar la espada. Atticus hizo caer su espada sierra sobre su cráneo.

La masacre en el puente duró menos de cinco minutos. Los Manos de Hierro cayeron sobre los Hijos del Emperador como un muro en movimiento y los aplastaron. Cuando el último de los traidores cayó hubo un momento de silencio. Galba se permitió saborear la humillación del enemigo. Entonces comenzó la siguiente fase de la ejecución. Atticus se montó en el púlpito de mandos. Con un gruñido rompió su ornamentación. -Traedme las coordenadas -ordenó.

Mientras los tecnomarines de Camnus tomaban el timón, Galba consultó al vox. –Ha sido enviado un mensaje -informó.

-Un grito de ayuda, sin duda -dijo Atticus. -¿Ha habido una respuesta?

-Sí.

-Entonces no tardarás. ¿Hermano Camnus?

-Será visible en un momento, capitán.

Galba miró a través del oculus ante él. Los escombros del disco de acreción flotaban a su paso, con los grandes trozos de hielo de un gris tenue en el vacío y las piezas más estrechas recogiendo el resplandor violeta de la *Callidora*.

-Ahí -dijo Camnus.

En el centro del oculus había una esfera de oscuridad concentrada.

-Bien -la sola sílaba era el tañer de una campana.

Camnus no necesitó nuevas órdenes. Galba observó la bola de noche comenzar a crecer y acercarse. Estaba viendo una de los pocos planetoides rocosas del disco de acreción. Era lo suficientemente grande como para tener un nombre: Creon. De apenas un millar de kilómetros de diámetro, era un mundo sin atmósfera de noche eterna. Era una tumba. Y esperaba su cuerpo.

La cubierta vibró cuando los motores de la *Callidora* aceleraron.

-Máxima velocidad -anunció Camnus. -Coordenadas bloqueadas.

-Bien -dio Atticus de nuevo. -Ahora, hermanos, pongamos fin a esta obscena nave.

Volvieron sus armas a las consolas, pantallas, cogitadores y controles de la nave. En segundos, el puente quedó en ruinas. El destino de la *Callidora* era inalterable.

¿Lo sentís, hermanos? –preguntó Atticus mientras descendía del púlpito destrozado. -Hay una quietud bajo la vibración de los motores. Es la muerte. Esta nave ya ha muerto, y nuestro enemigo lo sabe.

No había nada que los Hijos del Emperador pudieran hacer para evitar lo que se avecinaba. Pero lo intentaron. Atticus condujo a sus legionarios de nuevo a los torpedos de abordaje y a medida que pasaron por los túneles de interdicción pudieron escuchar los sonidos frenéticos de los traidores tratando de abrirse paso. Cuando el primero de los torpedos apareció ante su vista, proyectando su taladro a través del casco y la vía de acceso, los legionarios de la *Callidora* recurrieron a medidas desesperadas.

Las cargas de demolición eran poderosas. Evaporaron el metal bloqueando una de las arterias principales que conducían al puente. Directamente detrás de los Manos de Hierro. Era como si una llamarada solar llenara la vía de acceso. Un calor más allá de las llama incineró la retaguardia. Cayeron a la cubierta de trenzado, sus servoarmaduras se transformaron en ennegrecidos sarcófagos fundidos. Galba estaba cerca de la parte delantera de la línea y fue arrojado contra la pared interior por la fuerza de la explosión. Sus lentes la detectaron automáticamente y le iluminaron con runas de advertencia. Él siguió moviéndose, pero podía sentir los servos de su servoarmadura quejarse y doler, rompiendo la cadencia de su carrera. Oyó a Vektus maldecir. Tenían que abandonar aún más cuerpos de sus hermanos y con ellos sus glándulas progenoides.

El rugido de la explosión se desvaneció. Ahora llegaba el sonido de las botas. Un ejército iba en su persecución.

El instinto para detenerse y luchar era fuerte. Entonces Atticus habló por el vox. -No hay necesidad de hacer frente al enemigo -dijo. -Los traidores ya han perdido. Ellos ya están muertos. Humilladlos saliendo vivos de aquí.

Las Manos de Hierro obedecieron, y corrieron. Galba ahora se daba cuenta de que corrían con su propia victoria. Las masas condenadas de los Hijos del Emperador seguían en su persecución inútil, inconscientes de la espada del verdugo que descendía sobre ellos.

Los guerreros de la X Legión abordaron los torpedos. Los motores retiraron los vehículos de la carne de la *Callidora*. Dejaron huecos atrás. La atmósfera se precipitó al el vacío, un vendaval que se llevó traidores con él hasta que los mamparos los sellaron. Las brechas en el casco fueron neutralizadas. Las vidas de las personas a bordo fueron preservadas durante otro minuto.

Pero no mucho más.

Atticus observó a la barcaza de batalla mientras los torpedos de abordaje se alejaron. La salida era lento. Los sistemas de propulsión de los torpedos no fueron diseñados para ser veloces. Servían para maniobrarlos hasta un punto de recuperación, y poco más. Los torpedos no podían realizar una acción evasiva, y eran vulnerables al armamento de la *Callidora*. Su presencia no era un secreto. La *Callidora* tenía cientos de cañones, torretas y lanzamisiles. La mayor parte de su tripulación seguía viva. Los daños a la nave eran mínimos. Los Hijos del Emperador podrían haber vaporizado los torpedos, borrado su mancha de la perfección de la nada.

Pero durante los primeros momentos de la retirada de la *Callidora* los Manos de Hierro poseían aún la ventaja de la sorpresa. Habían sembrado el caos en la nave. El enemigo estaba luchando para ponerse al día. Y cuando la sorpresa ya no fue un factor, los Manos de Hierro ya no eran de interés para los Hijos del Emperador.

Lo era Creon.

La *Callidora* se aproximaba al planetoide, trayendo luz a su oscuridad. Su curso era directo, y no sería cambiado. Cada arma en la barcaza de batalla disparó a Creon.

Los cañones de bombardeo golpearon la corteza con bombas de magma. Eso fue un acto de desafío, la desfiguración de un enemigo insensible cuya trayectoria no sería cambiada incluso por un arma tan devastadora. También desató cada torreta, bahía de torpedos y lanza. Estos fueron actos de desesperación. No añadirían nada a los golpes de los cañones.

Entonces los Hijos del Emperador lanzaron torpedos ciclónicos, y esto fue un acto de locura. *¿Qué soñaban?* Se preguntó Atticus. *¿Se imaginaban vaporizando el planetoide ante ellos, con la Callidora saliendo de forma segura a través de una nube de escombros? ¿Habían descendido tanto los traidores en la demencia absoluta?*

Qué pensaran no importaba, decidió. En este momento, la única acción que importaba era la suya. Todo lo que sucedía ahora era una consecuencia de su voluntad, y no había nada que pudiera alterar su edicto. La *Callidora* vierte destrucción sobre Creon, y todo lo que estaba haciendo era avivar el fuego de su destino infernal.

La proa de la Callidora estaba centrada en el centro del planetoide. La superficie de Creon se fundió bajo la furia del bombardeo. El epicentro de la destrucción brillaba blanco, la apertura de un ojo terrible en la roca.

La incandescencia se extendió más. Se convirtió en una vorágine de piedra fundida de cientos de kilómetros de diámetro. El planetoide se convulsionó. El mundo muerto de frío y oscuridad gritó, iluminado por el dolor. Después de miles de millones de años de inactividad, Creonte experimentó un despertar tectónico. Fuentes de lava fueron disparadas para celebrar la llegada de la *Callidora*. La nave no se detuvo, y su curso no vaciló. Voló con la fuerza de la voluntad de Atticus hacia el corazón del fuego. Su proa se hundió en el brillo.

La *Callidora* seguía acelerando cuando golpeó Creon. Desapareció de la vista de Atticus, un desgarro violeta arrogante tragado por el infierno. Momentos más tarde, detonaron los núcleos de plasma. El flash llenó el vacío con un nuevo día. La onda de choque corrió alrededor de Creon y mató al planetoide. Lo dividió en dos. Las mitades se alejaron una de otra y de la furia de la destrucción, volviendo a caer en la noche helada.

-Perfección –murmuró Atticus.

SIETE

El espíritu de la época

La sala abandonada

La soledad del viaje

-Tenemos un montón de minas disponibles -dijo Darras.

-Y tienen un montón de naves –replicó Galba.

Atticus se situaba por encima de ellos en el trono el mando de la *Veritas Ferrum*. Las líneas limpias e impersonales del puente fueron relajantes después de las perversidades ornamentales de la *Callidora*. Erephren, sacada una vez más del resto del coro astropática, estaba justo detrás de él.

-¿Señora? -preguntó Atticus.

Erephren negó con la cabeza. -Lo Siento, capitán. La claridad de mi visión es producto de mi proximidad a la anomalía. Te puedo decir el tamaño de la flota que vi antes de nuestro viaje aquí. En cuanto a cuántas de esas naves están en camino hacia aquí... -ella levantó la mano izquierda con la palma hacia arriba, con el conocimiento volando lejos de su alcance. -No puedo decirlo.

-Pero algo está por venir.

-Las perturbaciones en la disformidad sugieren lo mismo.

-¿Cuánto tiempo tenemos?

-Eso tampoco se decirlo.

-Hermano-Capitán -empezaron Galba y Darras juntos.

Atticus levantó una mano. –Ambos tienen razón -dijo a sus sargentos. La cara de metal helado miró a Darras. –No penséis que desconozco nuestras ventajas estratégicas aquí. Sé que esta victoria sólo ha agudizado nuestra sed de venganza. Pero tenemos nuestros límites. Aunque no nos gusta admitir esta verdad, si no

fuera así habríamos triunfado en Isstvan V. Vamos a abandonar el campo -se inclinó hacia delante. -Os haré una promesa, hermanos-sargentos -dijo. Su caja de la voz luchaba por transmitir su tono. Su voz raspó por el puente. A Galba le sonaba como el siseo furioso de una gran serpiente electrónica. Su promesa de fatalidad le llenaba de alegría. -Aprenderemos más sobre Pythos. Atacaremos de nuevo. Y otra vez. Despertaremos en los Hijos del Emperador la idea del miedo. Les enseñaremos a tener pesadillas -él giró la cabeza para mirar a Galba. -Estás en lo cierto, sargento. Debemos elegir nuestras batallas. Y elijo dejar al enemigo un regalo más antes de partir. Una lección más.

La *Veritas Ferrum* no tenía suministros ilimitados. Sus depósitos no habían sido reabastecidos desde antes de la pacificación de Callinedes. Los Manos de Hierro podrían encontrar materias primas en Pythos, pero con el tiempo las plantas de fabricación de la nave ya no serían capaces de fabricar municiones. A menos que la marea de la fortuna cambiara, llegaría el momento en que la *Veritas* ya no sería capaz de hacer la guerra.

Ese momento aún no había llegado. Y las minas eran abundantes.

La *Veritas Ferrum* cruzó y volvió a cruzar el sector cerca del punto de Mandeville. Dejó un rastro de minas detrás de él. Su ruta fue un tejido gradual mientras el timonel Eutropius guio la nave más allá del disco de acreción. No todos los cadáveres eran de hielo y roca ahora. Había pequeños rastros de la *Sublime Infinito*, mientras los más grandes eran del *Áureo*. Eran las lágrimas de la derrota, pensó Galba.

El crucero de ataque pasó por una serie de cuerpos más grandes. Algunos eran lo suficientemente grandes como para dañar una nave. Otros podrían convertir una nave capital en polvo. Galba miró hacia atrás y hacia adelante entre el oculus y el capitán. Atticus observó pasar a los escombros mayores. La única señal de su hambre era un ligero desplazamiento de su control sobre el trono.

Darras se dio cuenta de ello también. –Capitán -comenzó.

-Lo sé, hermano sargento. Lo sé. Te agradecería que no me tentases. No hay tiempo.

La trampa con el trozo de hielo extraído funcionó antes porque la *Veritas Ferrum* había estado allí para controlar el momento de la detonación y utilizar el cuerpo

como un misil. Su presencia continua ahora era una locura táctica. Los Manos de Hierro tendrían que confiar en el azar para causar daño a la flota en camino. Podrían aumentar las posibilidades con las minas, pero no tenían la alquimia que podría transmutar la oportunidad en una certeza. La aleatoriedad era una ofensa a la filosofía de la guerra de la Legión. La promesa de la máquina era la promesa de la reproducible, lo comprensible, lo inflexible. Era la promesa de control.

Pero eran una legión diferente ahora. Su control del campo de batalla estaba condenado a ser una cosa transitoria. Golpear y desaparecer, golpear y desaparecer. ¿Era eso, se preguntó Galba, el nuevo movimiento del pistón de la máquina de guerra de los Manos de Hierro?

Si los mantenía en la lucha y hacía sangrar al enemigo entonces podría aceptarlo, decidió. Los límites de la estrategia eran la evidencia de la gran herida de su Legión. Pero podía adaptarse. Miró de nuevo a Atticus. El capitán había regresado a su quietud preternatural. La estatua de hierro era imposible de leer. ¿Cómo se estaba adaptando a esta realidad? ¿Era él? Una vez más se preguntó si Atticus se había desprendido de demasiada humanidad.

La línea de pensamientos que le siguieron sacudió a Galba. La carne es débil: era un principio fundamental de los Manos de Hierro. Una vez más, pensó en lo poco que Ferrus Manus cambió. Tal vez en el propio viaje limitado a la pureza de la máquina de Galba se encontraba la raíz de esas dudas. Quizás la duda era inherente a la propia carne.

Pero tal vez así era la adaptabilidad.

Él quería hacer daño a los Hijos del Emperador tanto como cualquier legionario a bordo de la nave. Esperaba la próxima vez que su sangre cobarde se dispersase por su servoarmadura. También creía que tomar riesgos suicidas sería poner fin a la venganza. Tal vez la colocación de minas era un riesgo calculado. Sólo que no estaba seguro de lo mucho que la esperanza de lograr algo era real, y lo mucho que la acción sería una llamarada de ira. ¿Cuántas naves podían matar de esta manera? ¿Cuántas acciones de verdadero valor futuro estaban arriesgando por demorarse aquí?

-Lo desaprueba, sargento Galba -dijo Atticus.

Galba se volvió y miró hacia arriba. -No es mi lugar cuestionar sus órdenes, capitán.

-Y sin embargo lo hace. Lo puedo ver en la forma en que está de pie. Su descontento es evidente.

-Pido disculpas, mi señor. No pretendía faltarle al respeto.

-Estoy actuando en un equilibrio de probabilidades –le dijo Atticus.

-No necesita justificación.

Atticus levantó un dedo para hacerlo callar. -Tenemos más probabilidades de causar lesiones hemos de ser heridos. ¿No es así?

Galba asintió. No estaba seguro de que lo fuera, pero no pudo demostrar lo contrario.

-Este es un acto de la razón, sargento. Todo lo que hacemos en esta nueva guerra tendrá un elemento de riesgo desesperado que es desagradablemente novedoso para nosotros. Siempre hemos sido fuertes. Seguimos siéndolo. Lo que ya no somos es una fuerza abrumadora. Somos asesinos. Somos saboteadores. Tenemos que pensar como ellos.

Entonces deberíamos haberlo derretido. Galba no dijo nada. Trató de cambiar su postura a algo más neutral, pero no sabía cual sería. Atticus le observó unos segundos más. Había un brillo frío en el ojo humano sin pestañear.

Una revelación no deseada se deslizó hasta Galba: ese brillo era la luz de la rabia de Atticus. Una furia que se encendió en Callinedes IV. Fue alimentada por el holocausto en el Sistema Isstvan. Quizás Atticus creía que la había amortiguado a una ira controlada e imperiosa. Pero sus ojos lo traicionaron como el lenguaje corporal a Galba tenía. Atticus no dominaba su rabia. Le había dominado. Hacía más que distorsionar su pensamiento: daba forma a su razón. Determinaba su existencia.

Atticus, con el tiempo, eliminó todos menos las huellas más vestigiales de la humanidad de su ser. Él era un arma, sólo un arma, y un arma dirigida por la pasión dominante de la rabia.

A Galba se le ocurrió que Atticus podría estar de acuerdo con este juicio. Incluso podría tener un cierto orgullo de ello, si la rabia concedía el espacio suficiente al orgullo para existir. Él se consideraba a sí mismo un arma, dirigida al corazón del enemigo.

Pero las bombas eran armas también.

Galba se sintió enfermo. Quería mirar hacia otro lado. Quería negar su perspicacia. Quería raspar lo humano de su propia identidad, el ser humano que estaba respondiendo a la casi total falta en el enorme guerrero por encima. ¿De qué servía esta epifanía? De nada. Y sin embargo llenó su conciencia. Él no tuvo más remedio que aceptarla, tal y como tuvo que aceptar lo inútil que era. No había nada que hacer.

Él tenía su propia cuota de la rabia de Atticus.

El capitán se enderezó, volviendo su atención al oculus. Galba se encaró de nuevo. Miró a sus hermanos de batalla. Vio la rabia en todos ellos. Era una pasión congelante. Tomó la esperanza, la compasión, el sueño de una galaxia justa, e incluso el deseo de una cosa así. Los hizo quebradizos, frágiles. Los convirtió en el hielo más delgado, y luego lo hacía añicos. La mirada de Galba se posó en Darras. Había más de lo humano en su rostro. Reveló más de lo que la impasibilidad inmóvil de las características de Atticus ocultaba. Mostraba el hambre vestido de rabia.

La destrucción de la *Callidora* no hizo nada para aplacar el hambre. Le dio a los Manos de Hierro una cata de la venganza. Era una sensación tan nueva para la Legión como la derrota. Nacida de esa derrota, el hambre era tan imborrable como la rabia, la vergüenza, el odio. Era más que un síntoma. Era más que un rasgo de carácter en desarrollo. Galba sabía lo que era, y deseaba que no lo fuera. Deseaba estar equivocado. Deseó que todavía fuera capaz de querer algo más que las muertes brutales de los traidores del Imperio.

No podía. No estaba equivocado.

Esta cosa que impregnaba el aire del puente, se paseaba a través de sus corazones y huesos y vibraba en las cubiertas y los muros de la nave, esta rabia, era el nuevo espíritu de la Legión. *Esto*, pensó Galba, *es lo que somos ahora*. Era lo

suficientemente humano para sentir remordimientos. Estaba lo suficientemente distante de la condición humana para saber que la sensación pasaría.

Cuando fueron colocadas doscientas minas en la noche del Harmartia, Atticus declaró la misión completa. -Llévanos por una ruta segura -dijo a Eutropius. -Ponnos a velocidad de traslación.

-Como ordene -dijo el timonel.

La *Veritas Ferrum* aceleró. Los motores disformes se encendieron. Cuando llegó la señal de urgencia del coro astropático Galba no se sorprendió. Ni, sospechaba, lo fue Atticus.

Nadie lo estaba.

-Capitán -la voz de Erephren surgió del altavoz voz principal en el centro del puente. -*Hay un desplazamiento masivo en la disformidad. Está muy cerca.*

-Gracias -dijo Atticus. -Navegante, estamos en sus manos. Por más interesante que fuera un experimento como una colisión en traslación, yo preferiría no someter mi nave al mismo.

-Entendido, capitán –transmitió Strassny. Estaba flotando en su tanque de nutrientes, privado de toda la información sensorial, en una ampolla en el pico de la isla de mando del crucero de ataque. La cúpula de plastiacero negro que lo cubría tenía la forma de un eco de su ojo psíquico. Siempre en sintonía con el Astronomicón, ese ojo estaría buscando el ancla de la anomalía de Pythos. En este momento, su búsqueda era una entrada en el nexo del punto de Mandeville que no estaba a punto de vomitar una flota enemiga.

Eutropius respondió a las coordenadas transmitidas por Strassny. La *Veritas Ferrum* aumentó velocidad, dejando el campo de minas en su popa.

-Esperad a mi orden -dijo Atticus. Las pantallas hololíticas a cada lado del trono de mando mostraban el vacío en los flancos de la nave. -Sargento Darras, quiero saber el momento en que reciba señal de la presencia del enemigo.

-Entendido, capitán -Darras no levantó la vista del banco auspex reparado.

Creo que todos lo sabremos, reflexionó Galba.

Estaba en lo cierto. La carne del vacío se rasgó no lejos del pico de proa. Una no-luz de pesadilla brilló de la escisión. Colores que eran sonidos e ideas que eran sangre se derramaron. Detrás de ellos venían las naves. La traslación era interminable. Nave tras nave entró en el sistema. El violeta de los Hijos del Emperador se extendió en todas las direcciones, un miasma de exceso, como si las naves estuvieran formando su propio sol enfermo.

-Vámonos -dijo Atticus.

La cubierta vibró con el ruido familiar de las energías de los motores disformes alcanzando un punto crítico. Las campanas de salto sonaron. Los elementos avanzados de la flota comenzaron a girar en la dirección de los Manos de Hierro, pero viajarían muchas longitudes aún antes de que pudieran completar el giro y participar en la persecución. Para entonces, estarían en el campo de minas.

-Lamento que no podamos permanecer para ver los frutos de nuestro trabajo -dijo Atticus. A continuación, una segunda herida se abrió, una agonía de la realidad que llenó el espacio del oculus y la *Veritas Ferrum* se sumergió en el empíreo.

-La pregunta –dijo Inachus Ptero, -no es si los Hijos del Emperador nos han seguido. Por supuesto que lo han hecho. La pregunta es si van a ser capaces de mantener la persecución.

Khi'dem gruñó. Caminaban la longitud de una sala de exposición. Fue construida para albergar a miles: la dotación completa de la compañía junto con los escuadrones de visitantes de otras legiones. No había sido utilizado desde Callinedes. Khi'dem dudaba que alguna vez lo fuera de nuevo. La *Veritas Ferrum* había perdido mucha de su tripulación: primero todos sus veteranos y altos oficiales cuando Ferrus Manus cargó con la élite de todas las compañías a la confrontación con Horus, luego por daños catastróficos y la ventilación de sectores enteros de la nave durante la batalla en el Sistema Isstvan. Cualquier reunión en este espacio sería eclipsada por la vastedad y rendida solemnemente por los ecos de la ausencia. Según los holocronómetros de la nave sólo habían pasado un par de semanas desde el desastre de Isstvan V, pero la sala ya tenía el estancamiento del desuso. Las lámparas de araña de acero que descendían desde el techo abovedado se extinguieron. La única luz provenía de bandas de lúmenes paralelas que formaban un amplio callejón bajo la longitud del piso de mármol. Los estandartes de triunfos colgaban en las sombras. Poco después de su llegada a la *Veritas*, los dos legionarios

encontraron que tanto ellos como el resto de los pocos hermanos de batalla supervivientes podían caminar y conversar aquí en su tiempo libre. Khi'dem no había visto a uno solo de los Manos de Hierro poner un pie en el pasillo.

-El sargento Galba me dice que el navegante ha trazado una ruta complicada a través del Immaterium –dijo Khi'dem al Guardia del Cuervo. Su voz rebotó en las paredes, sonando hueca. -A menos que el enemigo esté utilizando la anomalía como guía, lo que parece poco probable, deberíamos perderlos.

Ptero pensó en esto por un momento, y luego dijo: -La táctica parece sólida.

-Estoy de acuerdo. Pero esa no es la única pregunta, ¿Verdad?

-No. Permanecimos en el sistema demasiado tiempo y sin una buena razón.

-*Nosotros* no lo hicimos –corrigió Khi'dem. –*Ellos* eligieron por nosotros. Tú y yo somos apenas pasajeros tolerados.

Ptero emitió una breve carcajada amarga. -¿Crees que nuestra participación en esta incursión fue pensada como un favor o un insulto?

-Ambas, sospecho. Dependería del momento en que se lo pediste al capitán Atticus.

-No crees que conozca su propia mente.

Khi'dem deliberó durante una docena de pasos antes de contestar. -No estoy seguro de lo que creo en ese asunto -dijo.

-Yo tampoco -dijo Ptero suavemente. Y continuó: -Con independencia del éxito en evadir la persecución, estoy preocupado por la decisión de plantar las minas. *Esa* táctica era poco sólida. Atticus tiene razón acerca de la ventaja estratégica de Pythos. Corrió el riesgo de perder algo de suma importancia con el fin de participar en algo trivial.

-Su deseo de venganza es fuerte. Para todos los Manos de Hierro.

-¿El nuestro no? –exigió Ptero. Incluso en la penumbra, Khi'dem pudo ver su cara ponerse roja. -¿Acaso no hemos perdido tanto como ellos?

Khi'dem se mantuvo en calma. -No quise decir eso -dijo.

Llegaron a un extremo de la sala y se dieron la vuelta. Se movían por el centro de la planta, con las paredes tan lejanas que parecían insustanciales.

Ptero dominó su temperamento. -Perdóname, hermano -dijo. -No eres la fuente de mi frustración.

Khi'dem detuvo la disculpa. -Tu ira me tranquiliza -dijo. -Me dice que tus preocupaciones son mías.

-¿Y lo son?

-Los Manos de Hierro han cambiado a un nivel fundamental. La muerte de su Primarca ha hecho algo peligroso en ellos -se permitió una sonrisa triste. -Tal vez lisonjeamos pensando que no habríamos tomado la misma decisión imprudente. No creo que la hubiéramos hecho.

-Su ira se está volviendo tóxica.

-Sí. Para ellos.

-¿Y para nosotros? -preguntó Ptero.

-Nuestros destinos están esclavizados al de ellos -dijo Khi'dem.

-Lo están –claudicó Ptero. Caminaron en silencio por un corto tiempo. En el centro de la sala, donde estaban más aislados por la tristeza y el espacio, el Guardia del Cuervo volvió a hablar. -Así pues la verdadera pregunta es lo que debemos hacer.

-Daría la bienvenida a tus pensamientos.

Ptero rio de nuevo, con más humor que la última vez. -Y yo las tuyas. Nuestras opciones son bastante limitadas, me parece a mí. Las decisiones que regirán esta campaña no son nuestras, pero estamos sujetos a las mismas. Y difícilmente podemos deponer al capitán Atticus.

Khi'dem dio a Ptero una mirada fría. -Sé que estás bromeando, hermano. Pero no voy a tolerar que la idea de la traición se discuta en mi presencia.

Ptero suspiró. Cerró los ojos y se pellizcó el puente de su nariz. Por un momento, Khi'dem vio su propio agotamiento reflejado en el Guardia del Cuervo. -Lo siento -dijo Ptero. -Hablé sin pensar. Me equivoqué -miró hacia arriba. –Sin embargo, estamos viviendo en tiempos extraños, hermano. Hemos sido testigos de lo imposible. Hemos sido sus víctimas, en gran parte debido a lo que sucedió en Isstvan V era, hasta ese momento, *inimaginable* -bajó la voz a un susurro. -No podemos darnos el lujo de ver *algo* como imposible. Debemos imaginarlo todo, incluso lo peor. Especialmente lo peor.

Khi'dem levantó los ojos hacia el techo. La oscuridad era casi física. Se aferraba a los estandartes, oscureciendo las victorias, arrojándolas a un pasado sin sentido. Parecían colgar sin fuerza, sobrecargadas por el peso de la tragedia. Se encontró pensando en la galería monstruosa en la *Callidora*. Era la perversión de los Hijos del Emperador en forma física. Este espacio, se dio cuenta, era igual de metonímico del daño a la psique de los Manos de Hierro. Algo terrible le sucedió a la X Legión, algo que iba mucho más allá de una derrota militar, más allá del dolor, más allá de la pérdida. Conocía esas emociones. Vivía con ellas. Habían sido los cimientos dolorosos de su existencia desde la masacre. No saber el destino de Vulkan lo tenía atrapado en un movimiento pendular eterno entre la esperanza y el luto.

Lo que le estaba ocurriendo a los Manos de Hierro era totalmente distinto. Era un *cambio*. Era también, para su consternación, permanente.

Se enfrentó a Ptero nuevo. -¿Y bien? -dijo. ¿Dónde nos deja esto?

-Observaremos. De cerca.

-¿Crees que la estrategia de Atticus es una locura?

-¿Tú si?

Khi'dem negó con la cabeza. -Es arriesgada, sin duda. No estoy de acuerdo con todas sus decisiones -se encogió de hombros. -Pero no está loco.

-Todavía no.

-Todavía no. ¿Así pues nos toca tratar de ser la voz de la cordura?

-Me temo que sí.

Ahora Khi'dem rio. Era eso o la desesperación. -¿Y quién va a escuchar nuestras voces?

-El sargento Galba es uno, creo.

-Él puede muy bien puede ser el único.

-Mejor eso que nada.

Khi'dem suspiró. No estaba entrenado para este tipo de guerra. Sabía que los altos oficiales tenían un instinto para la política. Él nunca lo había poseído. Sin embargo, la guerra era la guerra. Fuese cual fuese la misión a la que se enfrentara él no se echaría atrás. -Atticus puede que no nos escuche, pero nos oirá -dijo. –Le haré ver que no tiene otra opción.

Ptero asintió. -Estamos de acuerdo, entonces.

Comenzaron a caminar de nuevo, rumbo al gran arco de entrada de la sala. Aún a cincuenta metros de las puertas, Khi'dem tuvo un alto repentino. Se sentía sin aliento, una sensación que no había experimentado desde su elevación a las Legiones Astartes.

-¿Hermano? -preguntó Ptero. -¿Qué pasa?

La sensación pasó. Su piel se erizó en su estela. –Nada -dijo. -No Es nada -no podría ser cualquier cosa. La Verdad Imperial prohibió cualquier otra posibilidad.

No había tal cosa como una premonición.

La *Veritas Ferrum* siguió un camino que serpenteaba a través del empíreo. La nave navegó por las corrientes de demencia, pasando de uno a otro afluente, sin quedarse en un flujo por mucho tiempo. No había ninguna razón para sus movimientos. En el reino en el que las direcciones no tenían sentido, el crucero de ataque huía como si presa del pánico y perdido.

Nada de eso. El faro en Pythos lo traía de vuelta. La anomalía era insistente. No toleraría una fuga. Para Bhalif Strassny, era un marcador tan claro como lo había sido siempre el Astronomicón. Pero en lugar de un faro estaba presente en su ojo psíquico como un rasguño en la retina. Él veía la anomalía a través de la disformidad tanto como lo haría con el faro del Emperador. Pero no se trataba de

iluminación. Era una barra irregularmente estable en la disformidad. A medida que la muerte sin fin de lo real y el caldero turbio de pensamiento se apoderaba de su conciencia, el Navegante experimentó un concepto tras otro aferrado brevemente a la manifestación de la anomalía antes de ser barrido. En un momento en estaba viendo un *rastro*, después de una *grieta*, y luego una *fractura*. Una vez, y sólo una vez, por lo cual estuvo agradecido, lo vio como una *puerta*. Su significado estaba en perpetuo flujo, su sentido prohibido por la disformidad. Su presencia, sin embargo, se mantenía estable y cada vez más fuerte.

Rhydia Erephren también conocía su creciente fuerza. Ella lo experimentó a medida que regresaba la claridad a su rostro oscuro. Ella y su coro se prepararon lo mejor que pudieron mientras la disformidad desplegaba su naturaleza ante ellos. Le parecía que su visión estaba volviéndose más nítida y de más alcance que en la primera aproximación de la nave al Sistema Pandorax. Algo así como el susurro de lenguas de serpiente acariciaron su mente. Le insinuaban la posibilidad de una claridad perfecta. Le amenazaban con una visión absoluta. Se estremeció. Aceptó el conocimiento mientras se hundía más y más en el río embravecido. Erigió sus defensas para que no ahogarse, para no sangrar. El deber de la misión le otorgaba el aliento. Habló con sus siervos, tranquilizándolos lo que pudo, imponiendo disciplina cuando era necesario. De esta manera se mantenía unida a un grupo de seres humanos frágiles, atormentados. No todos ellos eran capaces de comprender la fuerza que ofrecía. Un hombre murió de ataque al corazón. Después de los jadeos de agonía, su último suspiro sonó como un agradecimiento. Justo antes de que la *Veritas* alcanzara Pandorax un segundo hombre comenzó a gritar. No podía parar.

Fue necesario ejecutarlo.

En los cuartos de siervos, Agnes Tanaura percibió que este viaje a través de la disformidad era diferente. Todo el mundo lo hizo. Tanaura se alegró de que sus deberes para con el capitán significaron dejar Pythos atrás. Hubiera preferido no volver jamás. Había una palabra para ese planeta, una palabra que oficialmente no tenía lugar en el Imperio, ya que no tenía sentido. La palabra era *impío*. No tenía miedo de usar la palabra. Sabía que tenía una gran cantidad de significado. La aceptación de la divinidad del Emperador significaba reconocer la existencia de fuerzas oscuras. La realidad de un dios implicaba la realidad de sus enemigos. Si existía lo sagrado, entonces tenía que haber palabras para describir lo que eliminaba

por completo de la luz del Emperador. *Impío* era una buena palabra. Una palabra muy fuerte. No era sólo un epíteto. Era una advertencia.

Oyó la advertencia en Pythos. Deseó que los semidioses a los que servía la hubieran oído también.

Ella siempre había encontrado los viajes a través de la disformidad preocupantes. No importa cuán profundo estuviera de la nave, cuán bien protegida de la locura de la Immaterium, sentía sus zarcillos. Incluso cuando no había tormentas había una carga latente en la atmósfera de la nave.

Esta vez era diferente. Los tentáculos alcanzaban mayor profundidad. Eran más fuertes. Ella creía que algo les había seguido desde Pythos. Eso, o que habían recibido una mancha en ese mundo. Ella sabía que algo andaba mal. Las voces de los siervos en el gran salón estaban oprimidas. La gente hablaba en voz baja, como si estuvieran escuchando algo. O temieran escuchar algo.

Tanaura quería ocultarse. Quería encontrar un pequeño rincón seguro en el que acurrucarse y agarrarse a su fe. También sabía que su deber estaba en otra parte. Así que ella entró en el centro de la sala. Sostuvo el *Lectitio Divinitatus* en su mano derecha. Ella abrió los brazos, levantó la cabeza y sonrió. -Tengo palabras de esperanza -dijo. -Tengo palabras de coraje.

Las personas se reunieron para escucharla.

Flotando y retorciéndose en su tanque, Strassny gritó su orientación. El timonel Eutropius recibió las instrucciones para guiar la nave como el navegante deseaba. Eutropius no podía leer la disformidad. Sospechaba de cualquier ser que pudiera. Era un dominio que se burlaba de la razón del Emperador. Ligado por mecadendritos a la magnífica existencia artificial que era la *Veritas Ferrum*, le molestaba lo absurdo de la disformidad, así como saboreó el triunfo sobre la irracionalidad representado por el campo Geller. A pesar de que los caminos del empíreo eran un misterio irresoluble, se podría decir que Strassny la estaba llevando por un camino privado de cualquier patrón lógico. Era el viaje más laberíntico que había tomado a través de la disformidad. Entendió su necesidad táctica. Desconfiaba del hecho de que Strassny mantuviera que no se perderían. Sabía que el navegante no estaba mintiendo. Era la verdad misma lo que no le gustaba. Tenía implicaciones que eran mejor ignorar. Si era posible.

Y en el trono de mando Atticus permanecía inmóvil. Permanecía impasible. No estaba. Estaba impaciente por llegar a Pythos. Quería el conocimiento que Erephren encontraría para él, para que pudiera atacar de nuevo. La frustración lo roía, también. Le consumía saber qué daño habría causado su campo de minas a los Hijos del Emperador. Necesitaba que hubiera sido considerable. Necesitaba la confirmación de la validez de su estrategia.

Podía, a voluntad, sentir la condición de cualquier componente de su cuerpo biónico. En este momento, ajeno a su voluntad, era consciente de su ojo humano y su isla de carne. Podría haberlos reemplazado hace años y completado su viaje a la máquina. No lo había hecho. No se había sentido digno. El cuerpo, a su juicio, no debía superar a la mente. Mantuvo su último vestigio de la carne para recordarse a sí mismo su debilidad, una debilidad que era más que física. Sintió esa debilidad ahora. La carne se pegaba a su cráneo, ahora en su mayoría de metal, como una grieta en su servoarmadura.

No, pensó. *Como un cáncer*. Eso era lo que era la carne. Era un cáncer que devoraba la fuerza pura de la máquina. Introducía la duda a través de las toxinas de las emociones. Él no renegaba de su rabia. Esa era la pasión necesaria, la única reacción posible para el crimen supremo de la traición. Era un siervo de la guerra. Sin embargo, podría nublarle el juicio. Había visto su trabajo corrosivo sobre los Devoradores de Mundos. Esa era una legión cuya traición, en retrospectiva, pareció inevitable. Su ira era una locura.

¿Era la suya similar? ¿Estaba dañando a su compañía por caer en su ira?

No lo era. Ellos habían golpeado. Habían derramado sangre. Habían hecho un daño real a los Hijos del Emperador. La sola pérdida de la *Callidora* era considerable. Y ahora la *Veritas Ferrum* era libre para atacar de nuevo. Esta era toda la prueba que necesitaba de que él tenía razón para seguir a su rabia. Si mantenía su voluntad su conciencia se reduciría a la furia y el cálculo. La furia alimentaría el curso de la guerra. El cálculo produciría las tácticas para procesarla.

La terca humanidad de la carne no respondería a su voluntad. Contaminaba la rabia mediante la pena y la desconfianza reflexiva. Le molestaba siquiera la conciencia de que hubiera miembros de otras legiones a bordo. Sintió que los Manos de Hierro no podrían contar con nadie más que a sí mismos. Los que no habían traicionado a Ferrus Manus le fallaron. Eran hechos probados. La Sospecha Universal era la

respuesta lógica. O lo que sus instintos tendrían que creer. Sin embargo, bajo las mismas reglas de la lógica, no podía encontrar nada para condenar el comportamiento de los Salamandras y la Guardia del Cuervo que había rescatado. Habían luchado bien en Pythos. Y en la *Callidora*, como lo hicieron los dos que permitió en la misión.

Contradicciones. No distinguir la verdadera razón de lo que él deseaba creer. No había manera de purgar lo irracional de la creencia. Y así otro veneno entró en su sistema: la duda. Su evaluación de los otros legionarios era sospechosa. ¿Qué otra cosa podría ser?

La expresión del rostro de Galba durante la colocación de minas. El resultado incierto. La huida por los pelos de la *Veritas*. La nave prolongando su estancia en el Immaterium con el fin de evadir la persecución.

¿Dónde estaba su juicio ahora?

Eutropius interrumpió sus cavilaciones. –Capitán -dijo. –El navegante Strassny me informa de que estamos a punto de volver al espacio real.

-Gracias, timonel -no era la respuesta que buscaba. Había seguido su ira a un límite que su razón había fijado. Las minas *fueron* dispuestas, y ellas *atormentarían* a la flota de los Hijos del Emperador. Con esa concentración de naves los daños eran inevitables. La *Veritas* había escapado. *Regresado* a puerto seguro.

Estuvo en lo cierto. Su juicio fue acertado. Así que fue capaz de purgar algunas de las dudas.

Esto fue lo que se dijo.

Los escudos se retiraron del oculus mientras la nave regresó al plano físico. En el mismo momento, las pantallas tácticas brillaron rojo. Cláxones de amenazas comenzaron a sonar.

-Puestos de combate –ordenó Atticus, tragándose una maldición.

Había una flota en el Sistema Pandorax. Una grande.

LIBRO SEGUNDO

DIENTES Y GARRAS

OCHO

Viajeros

El precio de la inocencia

Caridad

Había más de un centenar de barcos. Las lecturas Auspex se tradujeron en una proyección hololítica en el centro del puente. La imagen mostró a las naves tan agrupada que parecían un enjambre. Galba la miró. La agrupación no tenía sentido. Entonces la velocidad y datos de tonelaje comenzaron a llegar. Estos le desconcertaron aún más.

-¿Capitán? -preguntó Eutropius.

-Acércanos. Quiero ver mejor a estos intrusos -Atticus sonaba desconcertado. Ya había ordenado silenciar las sirenas.

-A la orden -dijo el timonel. Sonaba sorprendido.

-¿Tiene la intención de combatir? -preguntó Galba.

-Esos números están más allá de nosotros -dijo Darras. Incluso su entusiasmo no podía cambiar las probabilidades de cien a uno.

-Tal vez no –contestó Atticus. -En silencio -ordenó, -y no se abrirá fuego salvo que lo ordene. ¿Soy claro? Eso no es una formación. Es un conglomerado. No hay un orden allí. No veo nada táctico. El tonelaje de estas naves es excéntrico. También se están moviendo lentamente.

La *Veritas Ferrum* se trasladó desde el borde del sistema. Se acercó sin esfuerzo a las naves arrastrándose. Las lecturas se hicieron más detalladas. Su naturaleza era tan variada como sus masas individuales. Aunque había algunos transportes

imperiales no había naves de combate de ningún tipo. La mayoría de las naves eran civiles, desde pequeñas comerciales a antiguos y torpes colonizadoras. Muy pocas eran de construcción reciente. Todas ellas eran criaturas parcheadas y maltrechas. Algunas de las emisiones de energía indicaban motores muy cercanos a un fallo explosivo. Era sorprendente que algunas de las naves hubieran sobrevivido a un viaje de cualquier distancia en absoluto. Ninguna de ellas parecía equipada con motores disformes.

-¿Cómo han llegado hasta aquí? -preguntó Galba.

-¿Hasta aquí desde dónde? -dijo Darras.

-Desde cualquier lugar. No son de este sistema. Sabemos eso. Si estas son las naves que sobrevivieron al viaje, ¿Cuántas se perdieron por el camino? Les habrá tomado mucho tiempo llegar a Pandorax desde el sistema habitado más cercano.

Atticus dijo: -Eso no me interesa ni la mitad de por qué están aquí.

Galba captó el tráfico vox entre las naves. Proporcionó pocas respuestas. Las comunicaciones eran mensajes rutinarios de navegación principalmente. Mostraron una marcada falta de disciplina y formación. Los pilotos no eran militares. Incluso profesionales. Todavía no habían detectado la *Veritas Ferrum*. A medida que la flota se acercaba a Pythos las transmisiones se hicieron más emocionada. -Su presencia aquí no es un accidente –concluyó Galba.

-Ni la nuestra -dijo Atticus.

-¿Cree que fueron atraídos aquí también?

-Este sistema tiene precisamente una característica capaz de llamar la atención más allá de sus fronteras.

Galba miró por encima de los detalles de la flota remendada de nuevo. No podía imaginar que uso podrían encontrar de la anomalía este grupo irregular de civiles. -¿Qué iban a querer con ello?

-Esa no es mi preocupación -el tono del capitán era plano y oscuro. -Mi preocupación es que quieren en absoluto.

Galba intercambió una mirada con Darras. El otro sargento parecía incómodo pero guardó silencio. *Yo no soy la conciencia del capitán*, quiso gritar Galba. En cambio, hizo la pregunta que deseó no habérsele ocurrido. -No podemos atacarlos, ¿No?

Un terrible silencio sobrevino. *No podemos*, se repitió Galba a sí mismo. Estos viajeros eran claramente no combatientes. No habían cometido delito alguno. Eran súbditos imperiales. Ninguna consideración estratégica podría justificar una masacre. Ninguna aplicación de la aritmética más frío podría lavar la mancha moral que caería sobre la clan-compañía si cometían un delito. *Eso no es lo que somos*, pensó Galba. *Eso no es lo que somos.*

No debemos convertirnos en nuestro enemigo.

-No -Atticus dijo al fin. -Eso no es lo que somos.

Galba reaccionó. No había hablado de sus pensamientos en voz alta, ¿Verdad? No. Él soltó el aliento que había estado conteniendo. Sintió el primer momento de paz que había experimentado desde el comienzo de la guerra. Con esa frase, Atticus había reafirmado que el honor de la X Legión aún se extendía más allá de una victoria del campo de batalla.

-Seguidlos –ordenó Atticus. -Observaremos. Por ahora, eso es todo.

Cuando la flota llegó a Pythos las naves más grandes se anclaron en órbita geoestacionaria por encima de la anomalía. Las más pequeñas comenzaron su descenso a la superficie. Los transbordadores comenzaron sus servicios de transporte de ida y vuelta, llevando pasajeros de las naves incapaces de aterrizar en el planeta. Hubo accidentes. Los bancos Auspex de la *Veritas* recogieron las firmas de calor de las explosiones de los aterrizajes que terminaron en desastre. Las tragedias individuales no hicieron nada para disminuir el entusiasmo que provenía del tráfico vox cada vez más emocionado. Galba escuchó la palabra “casa” convertida en un estribillo. Dudaba de que la mayoría de las naves responsables de un aterrizaje fueran capaces jamás de salir de nuevo.

-Han venido para quedarse -dijo.

Atticus no respondió.

La cañonera Thunderhawk *Amante de Hierro* dejó la base y voló a baja altura sobre la selva. La copa de los árboles era tan opaco desde arriba como por debajo. Al principio, había poco que ver del terreno que Atticus y sus sargentos podían ver desde el aire. Aun así, había más abierto a la mirada que durante la incursión inicial. Durante la construcción de la base los vuelos de Thunderhawks y Storm Eagles soltaron decenas de cargas útiles de bombas incendiarias a lo largo de la ruta desde el promontorio a la columna. La selva fue incendiada. Con el camino despejado los Vindicadores terminaron el trabajo. Sus cañones convirtieron en niebla sangrienta cualquier saurio que se aventurara dentro de su alcance. Las enormes escudos de asedio rastrillaron el suelo humeante dejándolo plano y prístino. Ahora había una cicatriz veinte metros de ancho que llevaba a la anomalía. El arroyo fue soterrado. El pantano secado. El musgo ceniza.

Incluso ahora la selva estaba royendo los bordes de la ruta, tratando de recuperar su dominio. Sería cuestión de semanas, pensó Galba, antes de que la limpieza tuviera que empezar de nuevo. Se preguntó cuánto tiempo aguantarían las reservas de munición incendiaria de los Manos de Hierro.

El estado de la ruta de tierra no era la preocupación de los legionarios en la *Amante de Hierro*. Habían venido a ver el destino de los recién llegados a Pythos.

Los civiles habían aterrizado sobre un área de varios kilómetros cuadrados, con la columna en su centro. Un humo aceitoso y oscuro se elevaba hacia el cielo desde numerosos lugares. Estas eran las piras de las naves muertas. Algunos explotaron a una altitud elevada, asesinados por no tener escudos térmicos y cascos debilitados. Otros se habían estrellado contra el suelo como meteoros. Y otros habían perdido el rumbo por completo, hundiéndose más allá de los acantilados oscuros y en el océano inquieto. Estaban también aquellas naves cuyas muertes no podía explicarse. Ya fuera mediante la incompetencia humana, debilidades estructurales o ambos, explotaron cuando tocaron suelo. Mientras *Amante de Hierro* estaba siendo preparado para la misión, Galba observó el último de los descensos orbitales. Había escuchado los motores rugir con el tartamudeo metódico y atronador de la destrucción. Se preguntó cuántas vidas habían terminado en esos pocos minutos. Muchos cientos, ciertamente. Una pérdida de ese número de mortales era insignificante en el campo de batalla. Para un aterrizaje sin oposición era obsceno.

Sin embargo, por cada accidente había diez aterrizajes exitosos. Al menos eso era lo que Galba adivinó por lo que podía observar desde la base. Ahora, cuando la cañonera llegó a la zona de aterrizaje, inhaló un poco de humo y frunció el ceño. -Hay demasiados incendios -dijo.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Atticus.

-No ha habido tantos accidentes -el cielo sobre esta región estaba cambiando de un color gris sucio a un negro asfixiante.

-No veo naves intactas en absoluto -dijo el sargento Crevther.

-Ahí –señaló Darras. -A las dos en punto.

La nave era de tipo colonial de tamaño medio. Su diseño era antiguo, mucho más antiguo que el Imperio. Que hubiera dejado su puerto de atraque, sobrevivido a un viaje por el vacío y aterrizado en terreno hostil, era milagroso. Los últimos de los pasajeros corrían por sus rampas de desembarco mientras *Amante de Hierro* sobrevolaba la zona. Se reunieron alrededor de la nave, trepando por los árboles que la nave había aplastado en su descenso. El transporte era tan viejo que su nombre original fue erosionado. Uno nuevo, *La Gran Llamada*, adornaba con crudeza la proa rechoncha.

La nave se estremeció como una campana golpeada. El fuego ondulaba de las bahías abiertas de par en par. Una cascada de explosiones en la popa incorporó una enorme bola de fuego que envolvió a los motores.

-Están bailando -dijo Atticus. Estaba de pie en la puerta abierta del compartimento de tropa. El viento rugía en su interior. Con sus pies bien separados y los brazos cruzados, estaba tan firme como si soldado a la cubierta.

La multitud, de miles, daban cabriolas alrededor de la nave afectada, como si se tratara de una hoguera comunal.

-Están locos -dijo Darras. -Si violaron los núcleos de plasma...

-Ellos parecen saber lo que están haciendo -dijo Atticus. -De lo contrario esto le habría sucedido a por lo menos una de las naves y toda esta región sería historia. Estas demoliciones son llevadas a cabo con cuidado.

-Pero ¿Por qué? –exigió el sargento Lacertus.

-Porque no siempre planean irse -dijo Galba. –Siguen refiriéndose a Pythos como "casa" en sus transmisiones. Ahora lo es. Están haciendo que sea imposible salir - miró la nave colonial arder y pensó que se habían mantenido fieles a su primer objetivo todo el camino hasta el final. Estas personas no sólo eran civiles. Eran colonos.

-¿Quieren quedarse aquí tan mal? -preguntó Darras. -Entonces son ignorantes, estúpidos o locos. Sospecho que las res.

-No pueden ser ignorantes -dijo Atticus. -Ya no -señaló.

Los saurios habían llegado. La llamada de abundantes presas fáciles llegó hasta ellos por las brisas de Pythos, y respondieron. Estaban llegando en grupos mucho más grandes que antes y con muchas más especies. Cayeron sobre los colonos. Los comieron.

El baile terminó. Los celebrantes lucharon para defenderse. No llevaban nada. No tenían armas de fuego. Se agruparon y defendieron con puñetazos y patadas. Algunos de ellos tenían espadas de algún tipo. Las cuchillas sólo enfurecieron a los animales que azotaron. La defensa de los colonos era una farsa de la clase más trágica. Los saurios se lo estaban pasando en grande.

-Rodéalos –transmitió Atticus al Hermano Catigernus, quien pilotaba *Amante de Hierro*.

La Thunderhawk voló de zona de aterrizaje a zona de aterrizaje. La misma escena se repetía en cada ubicación. Las naves ardían. Los claros creados por su descenso se llenaron de multitudes que se defendían con palos, lanzas improvisadas, y más de esas espadas. De vez en cuando, Galba vio un destello de fuego láser. No creía que hubiera más de un rifle por cada cien colonos.

Muchas personas se habían congregado en la tierra limpiada por los Manos de Hierro. Cada vez más se unieron a ellos, huyendo de la masacre humeante de las zonas de aterrizaje. A Galba le resultaba difícil medir sus números. Había decenas de miles de personas hombro con hombro en el espacio alrededor de la columna y a lo largo del ancho camino que conducía al promontorio. Eran una manada gigante. Eran el trágico enderezamiento del desequilibrio ecológico que turbó a Ptero.

Pythos tenía finalmente a sus herbívoros y los depredadores se regocijaron. Las líneas del frente de la manada lucharon desesperadamente, protegiendo a los más atrás. Galba sabía que estaba mirando actos de enorme heroísmo, pero desde arriba lo único que vio fue la fealdad de sus muertes. Los bordes de la multitud se convirtieron en un pantano de barro con sangre y cuerpos mutilados. Más reptiles llegaban todo el tiempo. Pythos desvelaría la monstruosa variedad de su fauna.

El resultado de la lucha estaba escrito de antemano. Tomaría días, pero al final el camino a la columna sería un lago de sangre.

-Llévanos de vuelta -dijo Atticus a Catigernus.

-¿No vamos a abrir fuego? -preguntó Galba.

-¿A qué? –espetó Atticus.

Galba no respondió. Atticus estaba en lo cierto. La cañonera era un arma contundente. Sus misiles y armas matarían a más colonos que saurios. Las muertes de reptiles serían una gota en el océano. El único resultado sería una aceleración de lo inevitable.

-¿Oís eso? -dijo Darras, expresando una mezcla de incredulidad, desconcierto y confusión.

-Si –en la voz de Atticus sólo había desprecio.

Galba oyó ahora. Sobresaliendo por encima de los gritos de los moribundos y los rugidos de los saurios, audibles incluso por encima del rugido de los motores de la Thunderhawk, estaba el sonido de la alegría. La multitud seguía cantando. La gente era un coro gigantesco. Daban voz a un triunfo. A pesar de que estaban siendo devorados sus compañeros celebraban su llegada. Galba no podía distinguir las palabras, pero el ambiente era inconfundible. La melodía se disparó en un crescendo de victoria y fuerza. Pasara lo que pasara estas personas sentían que habían realizado una gran tarea.

Haber viajado a este sistema en naves que parecía rescatada de los desguaces era una hazaña. Haber aterrizado con ellas también. Pero ¿Por qué esta lucha para llegar a este mundo de muerte? Galba sospechaba que él nunca lo sabría. Cuando la fiesta terminara, no habría asistentes para explicarlo.

-Idiotas –murmuró Atticus, desestimando la canción. Sin embargo continuó observando y no apartó la mirada de los colonos que luchaban hasta que se perdieron de vista.

-Luchan con el espíritu –expresó Galba.

-Su lucha no tiene sentido. No pueden ganar. Son demasiado débiles. Ellos vinieron aquí a morir, y no voy a admirar eso.

Amante de Hierro regresó a la base y con el resto de la compañía. Khi'dem y sus compañeros Salamandras estaban situados en el borde de la pista de aterrizaje. Caminaron hacia delante mientras los Manos de Hierro desembarcaba desde la escotilla de acceso de estribor. Ptero y la Guardia del Cuervo estaban presentes también. Avanzaron lo suficientemente cerca como para escuchar lo que decían, pero se mantuvieron en el fondo.

-¿Qué nos puedes decir, capitán Atticus? -preguntó Khi'dem. El tono y las palabras eran respetuosa, observó Galba. Aun así, había una expectativa de confrontación en el aire.

-La situación es como cualquiera podría esperar -Atticus no respondió directamente a Khi'dem. Su voz se elevó. Estaba hablando a las filas de sus legionarios que se alineaban en la pista de aterrizaje. -Estos viajeros son esencialmente no combatientes. No van a durar mucho tiempo contra los saurios.

-¿Qué va a hacer? -Khi'dem casi susurraba ahora.

Atticus siguió ocupándose de la asamblea general. – La Señora Erephren está leyendo el Immaterium una vez más. Ella nos encontrará un objetivo y atacaremos de nuevo.

-¿Qué va a hacer con la gente de la flota? Insistió Khi'dem, tan suavemente como antes.

Atticus volvió por fin su mirada fría al hijo de Vulkan. -¿Hacer? -preguntó. -No hay nada que hacer.

Hubo una pausa. Los detrás de Khi'dem se agitaron. Él parpadeó un par de veces, pero se mantuvo en calma. -Me parece que difícil de creer.

-Y su confusión me parece sorprendente. Dentro de unos pocos días a lo sumo se resolverá la situación.

-Resuelto… –repitió Khi'dem. No fue capaz de mantener el creciente horror de su voz.

-Habrá algunos supervivientes que aprendan a luchar o no habrá ninguno.

-¿No cree que el resultado merezca nuestra preocupación?

-¿Por qué habría de hacerlo? -era el turno de Atticus de sonar desconcertada. -Pase lo que pase estos colonos no son una amenaza para nuestra posición. Han destruido sus medios de salida. Si hay algún superviviente será una tarea sencilla detener cualquier comunicación que intenten hacer con elementos ajenos al sistema. Aunque creo que es altamente improbable.

-No estaba pensando en la integridad de esta misión -dijo Khi'dem.

-Eso es lamentable -la voz de Atticus se estaba volviendo casi tan tranquila como la de Khi'dem. Cuanta más baja era su voz, más ira rechinaba entre los dientes de su vocalizador.

-Estaba pensando –continuó Khi'dem, -en nuestra responsabilidad para con los colonos.

-No tenemos ninguna.

-Están siendo sacrificados.

-Soy consciente de eso, *hermano*. He visto lo que está sucediendo. Tú no.

-Entonces, ¿Cómo puede mantenerse al margen y no hacer nada?

-Han tomado sus decisiones. Están celebrando el final de su viaje con una canción mientras hablamos. Somos las Legiones Astartes. Nuestro deber es la defensa del Imperio. No ser los guardianes de la estupidez mortal.

-Tampoco cometer negligencia al punto del asesinato.

Se hizo el silencio. Estaba saturado con violencia potencial. Sofocó los sonidos de la selva. Atticus se quedó inmóvil. Galba retuvo su impulso de elevar su bólter. Una

onda se extendió a través de los Manos de Hierro. Una palabra de Atticus y los legionarios vengarían el honor de su capitán.

No dio la palabra. Cuando habló, fue como si estuviera dando forma al frío silencio en palabras. -Explícate, y hazlo bien.

La advertencia fue dada. Con una sensación de malestar Galba se preparó para el combate. *Retira tu insulto*, quiso decir Khi'dem. No se debería llegar a la tragedia del derramamiento de sangre entre Legiones leales. *Retíralo. Retíralo.*

Khi'dem no lo retiró. -¿Qué seriamos, Capitán Atticus, si no evitamos la aniquilación de una población civil? ¿Qué estamos defendiendo? Si los ciudadanos del Imperio no cuentan para nada, entonces ¿Cuál es nuestro propósito?

-El Emperador nos creó para derrotar a los enemigos de la humanidad. Somos armas, no niñeras.

Galba respiró un poco más fácil. Atticus estaba debatiendo con Khi'dem. El momento de ira había pasado. El sargento se alegró. Las palabras de Khi'dem estaban penetrando en su conciencia.

-Esa *es* la humanidad muriendo ahí fuera –clamó Khi'dem, señalando en la dirección de la carnicería. -Aquí, ahora, esos animales *son* el enemigo. ¿A qué principio estás siendo fiel, si no?

-Ellos son la naturaleza –contestó Atticus. -Son una prueba. Si los colonos son fuertes, sobrevivirán. Estas son las lecciones de Medusa. ¿Ha olvidado las de Nocturne?

-No, no lo he hecho. Los habitantes de Nocturne no se abandonan mutuamente. ¿Acaso si la gente de Medusa? -como Atticus siguió en silencio, Khi'dem siguió adelante. -Dice que estas personas han abrazado su suerte con una canción. ¿Están luchando?

La vacilación de Atticus no era hostil este momento. –Lo están.

-Entonces no son suicidas. Están luchando hasta el final. Seguramente no es deshonroso, incluso si, para tus ojos, no son más que carne. Hay algunas batallas

que ninguna cantidad de voluntad o capacidad pueden ganar. Sabes que es así. Todos lo sabemos que esto, muy a nuestro pesar.

El silencio siguió a la referencia a la derrota. Khi'dem hizo una pausa. Galba se preguntó si había exagerado su mano. Galba se encontró que tenía la esperanza de que el Salamandra influyera en Atticus. Desconfiaba de su reacción. Lo sintió más que razonó. Tal vez era otro resultado de su abrazo imperfecto a la máquina. Su origen no importaba. Existía. Se quedó con su empatía no desead.

Atticus giró su cabeza lejos de Khi'dem. Miró en la dirección que el otro había señalado. Parecía estar escuchando la canción.

No -pensó Galba. *Él no. Tú si.*

-También está la utilidad de los colonos para la misión -dijo Khi'dem.

Atticus se volvió hacia él. -¿Qué utilidad? Todo lo que veo es una pérdida de tiempo y energías de esta compañía en mantenerlos con vida.

-Si lo haces, piensa lo que significará. Si logran establecerse aquí, estarán trayendo estabilidad a esta región. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar en este planeta. ¿No sería útil cierto grado de pacificación?

Atticus gruñó. -Tal vez. Tal vez no. No espero que esto sea una base permanente de operaciones.

-No –admitió Khi'dem. .Espero que no lo sea -comenzó a alejarse. -Pero debe hacer lo que mejor le parezca. Como lo haré yo.

-¿Adónde va?

-A ayudarles.

La laringe biónica de Atticus emitió una corta ráfaga de ruido electrónico. Podría haber sido un gruñido tan fácilmente como una risa. -Y tú, Guardia del Cuervo -dijo a Ptero. -Ha estado en silencio. ¿Dejará que el salamandra haga todo el discurso por usted?

-No hemos dicho nada porque estábamos escuchando –respondió Ptero. -Nos juzga, Atticus. Nos toma la medida. Como lo hacemos nosotros él y el resto de su reducido pelotón comenzó a seguir a los salamandras.

Atticus hizo el ruido otra vez. Galba sabía ahora que era a la vez un gruñido y una risa. -¡Quieren avergonzarnos! -gritó a los legionarios en retirada. -¿Creéis que el honor no nos permitirá mantenernos al margen mientras disfrutáis de vuestro sentimentalismo?

-Tal vez tienen razón para pensar que sí, ¿No? –aventuró Galba.

-Sí -respondió Atticus, con su frío monótono otra vez, sus emociones inalcanzables, indetectables, -la tienen.

NUEVE

Salvación de Hierro

Ske Vris

Tormentas

Las batallas en Pythos habían sido escaramuzas antes. No habían sido verdaderas guerras. El desequilibrio de poder en un lado o el otro había sido demasiado grande. Los saurios superaron a la fuerza de reconocimiento. La deforestación fue un ejercicio mecánico. Después de la inmolación por el aire, los pocos saurios restantes no fueron amenaza para los tanques.

Esta vez, la batalla era real. Sería un verdadero choque de fuerzas. Había algo casi alegre en eso, pensó Galba.

La etapa inicial fue un avance relámpago por el sendero desde el promontorio. El Venerable Atrax, el Dreadnought Contemptor de la 111ª Compañía, y dos Vindicadores, *Motor de Furia* y *Fuerza Medusana*, abrieron camino con la infantería siguiéndoles a la carrera. Hubo poca resistencia. Los reptiles fueron destruidos por los bólters pesados gemelos del Dreadnought. Otros, demasiado lentos para huir, fueron aplastados, triturados por los tanques. Los Manos de

Hierro llegaron a la parte más cercana de la multitud menos de una hora después de que Khi'dem hubiera empezado el asunto.

El asalto mecanizado ahora tenía dos puntas. Mientras Atrax continuaba hasta el centro de la carretera los Vindicadores avanzaron por los flancos. La selva prohibía los vehículos. Era el hogar de las sombras y los dientes, y protegía sus misterios. A los tanques no les importó. Cada detonación de sus cañones Demoledor convirtió troncos en astillas, derribando los gigantes, aplastando todo lo acechaba debajo. Los cañones fueron diseñados para derribar muros de la fortaleza. Devastaron la selva. Igual de destructivo como era cada disparo así lo era precisión. Golpear a un tronco en un ángulo incorrecto podría derribar el gran árbol sobre los colonos. En lo alto, *Amante de Hierro* ofrecía apoyo aéreo, saturando las zonas más profundas de la selva con bombas incendiarias, ametrallando las concentraciones más grandes de saurios con su cañón de batalla y los bólters pesados gemelos ligados a sus soportes.

Galba estaba cerca de la parte frontal de la columna de la izquierda. Su vista por el camino estaba bloqueada por la forma masiva de *Motor de Furia*. Sus oídos estaban llenos de gruñidos del motor y el lento ritmo de perdición de los cañones. Entre cada enorme golpe de tambor, mientras sus ecos sacudían el cielo ceñudo, vinieron los golpes demoledores y los gritos de los animales. Pythos había venido a luchar, y le estaban enseñando la locura de su acción.

El estruendo de los reptiles y de artillería era tan grande que Galba apenas podía oír a los colonos. Sin embargo la canción seguía allí, fuerte, un triunfo inmaculado de las depredaciones de los saurios. Y ahora el poder de las Legiones Astartes golpeaba a los monstruos de Pythos, dando veracidad al himno de la victoria.

Los Vindicadores maniobraron entre los colonos y los depredadores. Más saurios cayeron bajo sus masivas orugas. Los cañones dispararon a quemarropa a los monstruos, empapando la vegetación en niebla roja. Pegados los tanques, los Manos de Hierro rastrillaron la selva con fuego de bólter, empujando a los reptiles más atrás, donde muchos más caerían bajo los ataques fulminantes de la Thunderhawk.

El impacto del ataque inicial tambaleó a los saurios. Una brecha se abrió entre los mortales y los cazadores. Los Manos de Hierro se apresuraron a llenarla. A medida que el avance se movió más hacia la anomalía los legionarios formaron una cadena

de ceramita a los flancos de la carretera. Cada Marine Espacial era un vínculo, defendiendo varios metros a cada lado. Crearon una avenida santuario.

De pie en la escotilla del *Motor de Furia*, Atticus se dirigió a los colonos. Su vox transmitió sus órdenes en todos los altavoces. Cuando habló fue la encarnación de la máquina, como si Amante de Hierro y los Vindicadores mismos hubieran encontrado su voz.

-¡Ciudadanos del Imperio! ¡Su valentía os honra! Pero ahora es la hora de vuestra salvación. Sigan la ruta que hemos creado para vosotros. Por ese camino se encuentra la seguridad. Moveos ahora o morid dónde estáis.

Mientras acribillaba depredadores con proyectiles bólter, siguiendo siempre al Vindicador, Galba asintió para sí mismo. Las palabras de Atticus eran misericordia reforzada por la disciplina y el acero. Los Manos de Hierro habían venido a rescatar a estas personas. No los minarían. Si los colonos malgastaban la oportunidad con locura, entonces realmente eran débiles y no merecían consideración.

Galba se dio cuenta de que estaba teniendo un debate mental con Khi'dem. Silenció las voces internas y se centró en la matanza.

Los colonos comenzaron a moverse hacia arriba. Atticus les instó a ello y echó a correr. Esprintaron entre los legionarios. Los Salamandras y la Guardia del Cuervo corrían a la cabeza de la multitud, manteniendo a raya los saurios que abandonaban los grupos y trataron de seguir a las presas que huía.

La misión era el mayor despliegue planetario de los guerreros de la *Veritas Ferrum* desde la ofensiva Callinedes. Galba miró hacia la línea inquebrantable de legionarios. La 111ª Clan-Compañía de la X Legión era una sombra de lo que fue. Sin embargo, seguía siendo una compañía que contaba sus guerreros por cientos. Aun así, el puño de Atticus cayó con la fuerza de un impacto de asteroide. La Legión fue herida, pero la legión seguía luchando. La Legión estaba *aquí*, *ahora*, y su majestad de la guerra era terrible para la vista. El pecho de Galba se hinchó de orgullo. Sus corazones latían con la necesidad del combate.

-¡Hagamos saber a este planeta nuestra verdadera medida! –clamó Atticus. -¡Que sepan que hemos llegado! ¡Dejad que conozcan nuestra ira! ¡Y dejad que descubran el miedo!

Cuanto más cerca la parte delantera del frente de los Manos de Hierro estaba del epicentro de la anomalía, más grande era la multitud y más ferozmente atacaban los saurios. Mientras Galba se acercaba a la columna de roca el asalto reptil llegó a tal frenesí que era como si la selva hubiera sido sustituida por un vórtice de mandíbulas. Galba estaba combatiendo contra una sólida pared de músculos, garras y dientes. La mayoría de los animales eran los bípedos que descubrieron cuando la primera columna se internó en la selva. Pero los cuadrúpedos estaban también aquí, al igual que varias otras especies. Había unos pocos que destacaban, cazando como individuos en lugar de en grupos. Estos eran monstruos de diez metros de altura y veinte metros de largo. Tenían poderosas y largas extremidades anteriores y una hilera de púas óseas que iban desde la frente, por sus espinas, y a lo largo de la longitud de sus brazos. Sacaban un hombro a sus parientes más pequeños, utilizando los picos masivos en sus codos para apuñalar y apartar del camino a sus rivales.

Un cuadrúpedo cargó hacia Galba, sólo para después gritar y caer al suelo retorciéndose cuando un pico tan largo como un espada sierra se clavó en su ojo. El asesino masivo hizo una amplia extensión de su brazo a medida que se lanzó a por Galba. Se agachó. Una fila de la muerte pasó por encima de la cabeza. El alcance del saurio era tan grande que el golpe conectó con el legionario detrás de Galba. La fuerza del golpe hizo añicos su coraza. Los picos se estrellaron limpiamente en su pecho. El guerrero gorgoteó cuando sus corazones fueron alcanzados e inundaron sus pulmones. El saurio lo levantó, lo empaló hasta su boca. Mandíbulas despuntadas con los dientes de la longitud de la mano de Galba masticaron el torso del legionario, cortándolo en dos.

Gritando maldiciones inarticuladas, Galba cosió a la criatura con proyectiles bólter del vientre para el cuello. La sangre peinó el torso del saurio. El animal rugió un trueno bajo profundo mezclado con un grito indignado de agonía. Se abalanzó sobre su cabeza hacia adelante. El pico de la frente se estrelló contra el hombro de Galba. La ceramita fue agrietada. Los músculos arrancados. Fue arrojado a tierra. El monstruo levantó un pie con garras para aplastarlo. Galba rodó a un lado y luego disparó de nuevo. La tierra tembló cuando el saurio estampó. Luego los disparos de Galba golpearon su mandíbula inferior. La mitad delantera de la cabeza del monstruo desapareció. Galba pensó que su chillido desgarraría las nubes del cielo. El saurio se tambaleó, sus garras agarrando el aire donde antes estuvieron sus mandíbulas. Entonces se derrumbó con un estrépito resonante.

Trepando sobre su cuerpo llegaron más de los bípedos más pequeños. Los monstruos habían sido privados de las abundantes presas fáciles, y estaban enojados. Venían a matar a los Marines Espaciales, castigarlos por haberse atrevido a invadir su territorio y frustrar su deseo. Su furia insensata era tan concentrada que casi pudo creer que el mal era posible en un animal.

Los saurios fueron implacables. Al igual que antes sus números parecían inagotables. Pero los Manos de Hierro ahora tenían números también. Y tanques. Y una cañonera de combate. Las bombas incendiarias seguían cayendo. Los cañones Demoledores retumbaban. La selva era destrozada y quemada. Muchos reptiles morían antes de poder llegar a los objetos de su odio. Los otros fueron derribados finalmente por el inquebrantable fuego bólter. Los Manos de Hierro sostenían la línea. Lo harían hasta que se completase la misión.

O se quedaran sin municiones.

Galba abatió a otro saurio y comprobó sus cargadores de munición. Lo aprendió de su primera experiencia aquí. Todos lo hicieron. Habían traído un montón de munición. Pero no un suministro infinito. Galba ya había utilizado la mitad del mismo. La batalla no podía continuar indefinidamente.

-¡Corred! –ordenó Atticus a los colonos. Habló incluso mientras su corriente de fuego decapitó a dos de los bípedos de cuello largo que tenía más cerca. -No esperamos por placer. Corred ahora y vivir. Esperad y os mostraréis a vosotros mismos indignos de nuestros esfuerzos. Ganaos nuestra ayuda. Si no lo hacéis, moriréis.

Los colonos corrieron. Galba podía sentir el tamaño de la multitud a su espalda disminuir. Había un movimiento sostenido. Estaban evacuando a miles lejos de la columna, moviéndolos hacia la seguridad. Los colonos seguían cantando. El sonido, mezclado con los gruñidos, la carnicería y el ladrido de los cañones era grotesco. La admiración de Galba por estas personas se evaporó. Su alegría impermeable era una locura. ¿Eran estúpidos? ¿No tienen respeto por los hermanos de batalla luchando y muriendo en su nombre?

¿A quién estamos salvando? se preguntó. Dio un paso atrás. Enormes mandíbulas se apretaron a un pelo de la parte frontal de su casco. Disparó al cuadrúpedo entre ceja y ceja. *¿Merece la pena salvarlas?*

Podía adivinar cual sería la respuesta de Khi'dem. El Salamandra diría que el acto tenía un valor en si. No importaba a quien se salvaba. Si estaban indefensos, si necesitaban ayuda, entonces sí merecía la pena salvarlas.

A su derecha, un par de cuadrúpedos descendió sobre un legionario. No tuvo tiempo para cambiar de bólter a espada sierra antes de que le aplastaran con su gran tonelaje. Aplastaron el cráneo antes de que *Motor de Furia* disparara, borrándolos de su existencia.

Otro hermano desaparecido. La compañía leal debilitada tanto por tan poco. ¿A cambio de qué? ¿Había algo que estos colonos pudieran ofrecer en la guerra que había envuelto al Imperio? ¿Cuántas de sus vidas justifican la de uno de los Manos de Hierro?

Una voz interior que sonaba como su capitán le dijo: *Todas ellas serían insuficientes.*

Sin embargo Atticus estaba allí, luchando por las vidas de los mortales con tanta determinación y gracia brutal como en la *Callidora*. Había llegado a un acuerdo con Khi'dem. Un acuerdo suficiente. Un acuerdo, al menos, por el que la protección de lo que significaba ser la X Legión valía las pérdidas.

De vuelta a la base Galba estuvo satisfecho por la decisión. Pero ahora la canción estaba rallada. La celebración sonaba a burla. Ahora prefería el salvajismo honesto de los animales contra los que él luchaba. Canalizó su ira a través de su bólter, en la carne que destruía. Cuando mató a otro gigante pensó en el orgullo que sintió al ver todo el poder de la compañía desatado.

Para luchar contra animales, dijo una verdad amarga.

Estas personas. ¿Merecen la pena?

Dignos o no, los colonos fueron conducidos por la ladera. Eran demasiado numerosos para todos ellos se refugiaran dentro de las paredes de la base. Los heridos y los débiles fueron protegidos allí, junto con los primeros en llegar. Los demás se reunieron en la meseta, derramándose por la pendiente. Pero la situación era defendible. Los Vindicadores tomaron posiciones por debajo de los mortales y apalizaron la selva. *Amante de Hierro* sobrevoló sus posiciones. Más selva fue

quemada, y se hizo posible mantener la parte alta del promontorio con un contingente relativamente pequeño.

Cayó la tarde y el bombardeo continuó. La fauna de Pythos se negaba a entregar su premio. Saurios individuales, con una furia salvaje abrumando su autoconservación, atacaron cada pocos minutos. Fueron aniquilados. Y siguieron llegando, devorando poco a poco los suministros de munición.

De pie junto a la sala de armas, Kanshell observaba a Atticus hablar con un pequeño grupo de colonos. Estaban de pie en la plataforma de aterrizaje, visibles para todos. Ellos parecían ser de una casta guerrera. Llevaban armaduras rudimentarias. No eran solo parches. Kanshell podía ver, en los individuos cercanos que lo llevaban, evidencias de metalurgia en los diseños de las hombreras. Algunos de los guerreros, hombres y mujeres, portaban lanzas o espadas con grabados elaborados. Tal vez había también una casta de oficiales. Uno del grupo en la pista de aterrizaje parecía ser un líder. Su constitución era poderosa y su armadura era más ostentosa.

Kanshell deseó estar lo suficientemente cerca para oír la conversación. La multitud delante de él era demasiado densa para abrirse paso. Se componía sobre todo de los recién llegados de Pythos. Sin embargo había algunos siervos de la Legión mezclados entre ellos. Kanshell esperaba que alguien que conociera estuviera lo suficientemente cerca para captar lo que se decidía.

-Nos está pidiendo que nos marchemos -dijo una mujer en el hombro derecho de Kanshell.

El siervo se torció, sobresaltado.

La mujer, al igual que los otros colonos, era muy alta y enjuta. Tenía el pelo oscuro, descuidado y grueso. Sus rasgos eran aplanados, casi simiesco, pero su rostro era largo, y había una gracia extraña en su porte, como si estuviera bailando mientras estaba detenida. Su ropa era piel y pelaje, huellas de las criaturas que aún eran distinguibles. Un collar de dientes de animales colgaba de su cuello. Era un extraño atuendo de ver para alguien que acababa de llegar al sistema. La mujer parecía una primitiva, pensó Kanshell. No se veía como miembro de una cultura que pudiera operar naves espaciales. Ella hizo una reverencia. Su movimiento era líquido. -Mi nombre es Ske Vris.

-Jerune Kanshell -él asintió con la cabeza a cambio. -Estáis locos por venir aquí -dijo. -Debéis iros.

La mujer sonrió. -No podemos. Nuestras naves ya no existen -su sonrisa era beatífica.

Así que los rumores que habían corrido a través del complejo eran ciertas. -¿Por qué haríais una cosa así?'

-Ya no teníamos necesidad de ellas.

-¡Pero ya ves como son las condiciones en este planeta! No podéis pretender hacerlo vuestra casa.

-Casa -repitió Ske Vris. Cerró los ojos mientras lo decía de nuevo: -*Casa* -estaba saboreando la palabra. Abrió los ojos. Brillaban con una profunda alegría. Kanshell sintió una punzada de envidia. La mujer de pie delante de él había encontrado la misión de su vida y respondido a su llamada. Kanshell pensó una vez que él estaba haciendo lo mismo. Pero ahora la incertidumbre era su compañero durante estos días inquietantes y noches sin dormir. -¿Dónde está tu casa? -preguntó Ske Vris.

¿Era Medusa? No, ya no. El planeta de su nacimiento era un recuerdo muy lejano. –La nave -respondió. –La *Veritas Ferrum* -cuando dijo el nombre, se sorprendió a sí mismo pronunciando las palabras como si estuviera rezando.

-¿Cómo podría convencerte de abandonarla?

-No puedes -la idea era ofensiva.

-Precisamente.

-Pero vosotros nunca habéis estado aquí antes –protestó Kanshell. Luego vaciló. -¿Verdad? -¿Podría ser este un pueblo perdido que regresa a su punto de partida?

-No -respondió Ske Vris. -Ninguno de mi clase ha puesto un pie aquí.

-Entonces, ¿Cómo puede ser esto vuestra casa?

-Fue predicho -esa sonrisa de nuevo. Se revelaba una certeza tan absoluta que sería más difícil de desarraigar que una montaña.

-¿Por qué no has venido aquí hasta ahora?

-No era el momento adecuado. Ahora lo es.

-¿Cómo lo sabes?

-No podíamos comenzar nuestro viaje hasta que nos vimos obligados a ello. La guerra llegó al mundo en el que vivíamos y puso fin al misma. Así que nos fuimos, contentos de ser la generación que vería cumplida la profecía.

Kanshell frunció el ceño. El lenguaje de Ske Vris acerca de las profecías y predicciones estaban a años luz de la ortodoxia de la Verdad Imperial. Eso le puso incómodo. En parte porque lo desaprobaba.

En parte porque quería la serenidad de la mujer.

Se dio cuenta ahora, esparcidos por la multitud, de los colonos vestidos con túnicas encapuchadas. A medida que la gente se los topaba bajaron sus cabezas. No había duda en la mente de Kanshell: la superstición tenía un papel activo en esta cultura. ¿Cuán aislada estuvo esta civilización? ¿Por cuánto tiempo? ¿Nunca fueron sometidos? ¿Los Manos de Hierro se habían topado con una de las tribus olvidadas de la humanidad al igual que todo lo que estuvo al borde del colapso?

-¿De dónde venís? -preguntó.

-El mundo está perdido ahora –respondió Ske Vris. -Así como su nombre. Eso está bien. Era un falso hogar. No nos probó.

-¿Crees que eso es lo que está haciendo Pythos?

Ske Vris asintió, con su enorme sonrisa. -Nos dio la bienvenida con furia, como sabíamos que haría. Debemos ganarnos nuestra casa aquí. Nos pondrá a prueba todos los días. Esto es correcto. Este es el camino de la fe.

Fe. La palabra lo perseguía. Se elevaba allá donde Kanshell mirara. Desde la primera noche en Pythos se había vuelto más difícil desestimarla como sabía que debería. Tanaura le había ofrecido su tranquilidad después de la muerte de Georg Paert. Sabía que debía aceptar que había tenido una alucinación. Eso era de esperar en una región donde el límite con el Immaterium era irregular. Pero la realidad insistente de lo que había visto se negaba a ser desterrada. Y en presencia de los

milagros del mal, ¿Qué salida quedaba, como Tanaura le había pedido a él, salvo la fe? ¿Pensaba que la simple aplicación de la fuerza, no importa cuán grande, era la solución?

Fe. Aquí estaba de nuevo. Miró a la cara radiante de Ske Vris. Sintió un hambre desesperado. Esta mujer había perdido cientos de sus compañeros en el transcurso de este día y sin embargo estaba mirando al futuro con algo mucho más fuerte que la esperanza: la confianza. Kanshell se preguntó qué haría falta para sacudir este ser.

Nada, sospechaba. Estaba mirando a una mujer cuya fe era un escudo impenetrable. Tal vez fue incluso más fuerte que la Tanaura. Estaba asustado, mientras Ske Vris brillaba por los acontecimientos del día.

-¿Por qué? -preguntó Kanshell. -¿Por qué es necesario someteos a una prueba?

-Para hacernos fuertes. Tenemos que ser fuertes para completar nuestro cometido.

-¿Qué cometido es ese?

Ske Vris miró a los cielos cerrados. Levantó los brazos en señal de bienvenida. -Esa revelación está por venir -hizo una pausa, disfrutando de lo inefable. Bajó los brazos y sus ojos eran de alguna manera aún más alegres que antes. -Vendrá aquí -dijo. -Pronto. Así lo dijo mi maestro.

-¿Tu maestro?

Ske Vris señaló una de las figuras vestidas. Estaba cerca de la pista de aterrizaje, observando el debate entre Atticus y el representante de los colonos. Incluso en la noche que se avecinaba era fácil de localizar. Medía una cabeza más alto que la mayoría de sus compañeros, que mantenían a respetuosa distancia con él.

-¿Cuál es su nombre? -preguntó Kanshell.

-Todavía tengo que ganarme el derecho a decirlo.

Kanshell miró el atuendo de Ske Vris de nuevo. La túnica de la mujer era más larga que las usadas por la mayoría de los otros colonos. También tenía un capó corto. Kanshell vio un vínculo entre ella y las ropas oscuras. -¿Eres una aprendiz religiosa? -preguntó.

-Una novicia. Sí.

Kanshell vaciló antes de hablar. Entonces se dio cuenta de que debería. Si no lo hacía, estaría admitiendo la derrota de lo que él sabía que era la verdad. -Estáis equivocados por quedaros -dijo. –Habéis sido conducidos hasta aquí por una ilusión. No hay nada que adorar. No hay dioses.

La sonrisa de Ske Vris no vaciló. -¿Eso crees? ¿Estás seguro?

-Lo estoy.

-¿Cómo llegas a esta certeza?

-El Emperador ha revelado la verdad a toda la humanidad. *Y eso te incluye a ti, ¿No es así?*

-¿Qué es una verdad revelada, excepto un regalo de lo divino? -preguntó Ske Vris.

-No –tartamudeó Kanshell. -No, eso no es correcto. Es... yo... -se calló. Su voluntad de reforzar su posición huyó con su valor.

-¿Sí? –insistió Ske Vris.

-Nada. Te equivocas, supongo -Kanshell pudo oír cuán débil sonaba su argumento.

Su angustia debió haber sido visible. Ske Vris agarró su hombro en un gesto de solidaridad. -Creo que vamos a tener más que decirnos el uno al otro en los próximos días, amigo mío.

-¿De verdad vais a quedaros?

Ske Vris rio. -No es una cuestión de planificación. ¡Este es el hogar! ¡Este es el destino!

Darras observaba el espectáculo en la pista de aterrizaje. *Esto es un teatro*, pensó, disgustado. Los seres humanos estaban hechos para mostrarse. Eran desiguales, pero no había pompa y ceremonia y orgullo en sus formas abigarrada. Deberían haber sido humildes, pero a pesar de que expresaron su gratitud irradiaba derecho, como si los Manos de Hierro fueran los que acababan de llegar y estuvieran siendo

recibidos como invitados en Pythos. Las respuestas que había recibido a las preguntas que hizo a más de una docena de refugiados sólo reforzó esa impresión.

Galba se reunió con él junto al *Inflexible*. -¿Ha habido suerte?

Darras emitió un corto ladrido de risa. -Pregunto quiénes son, me dicen que son peregrinos. ¿Peregrinos de dónde? De mentiras, viniendo a la verdad. ¿De qué planeta? Han alcanzado el reino de la verdad, por lo que el pasado, al igual que todas las mentiras, ya no existe para ellos. Y cuando les pregunto cómo llegaron hasta aquí...

-Fueron transportados por las alas de la fe –terminó Galba.

-Exactamente –resopló Darras. -Tonterías.

-Tonterías que parecen creer.

-Bueno, eso es todo entonces. Rescatamos tontos en lugar de mentirosos. Considero que el día ha merecido la pena -hizo un gesto con el brazo, indicando la base y la pendiente llena más allá. -Estas son tus obras, también, hermano. Míralas.

-Yo no abogué por esto.

-No, no lo hiciste -admitió. -Pero, ¿Estás decepcionado? -observó Galba cuidadosamente. No se sorprendió cuando el otro sargento negó con la cabeza. Galba estaba siendo honesto con los dos, y eso era bueno. Pero molestaba Darras cuán influyentes la Guardia del Cuervo y los Salamandras, Khi'dem en particular, eran en Galba. Su hermano de batalla iba a la deriva del camino mecánico. -Crees que hicimos lo correcto, ¿No?

-Lo creo.

-¿Dónde está el valor en este carnaval?

-Eso todavía no se ha visto. Pero la elección honorable no es necesariamente la utilitaria.

-Tampoco es necesariamente la *correcta*. No te pregunté si pensaba que habíamos elegido el camino honorable. Lo hicimos, sin lugar a dudas. Pero hay más de una

forma de honor. Hoy honramos la carne. ¿Tiene nuestra Legión el hábito de hacerlo?

-No necesito ser instruido en nuestros principios.

Darras fingió no haber oído. -La carne es débil, hermano –quedó tácito el hecho de que Galba había entregado muy poca. -Provoca malas decisiones. Es corruptible.

-Lo sé -dijo en voz baja Galba.

-Creo que estás escuchando a tu carne demasiado -como Galba no dijo nada, Darras continuó. -Estrategia y razón son los caminos que hacen honor a la máquina. Cuando se abandona la razón, la traición le sigue.

Los ojos de Galba estallaron de ira. Bien. -¿Me estás acusando de algo?

-No. Sólo te recuerdo lo que somos.

Ella sabía que había entrado en su habitación. La locura de la disformidad llenaba su mundo hasta el punto de que casi no tenía ninguna conciencia de su propio cuerpo. Pero la presencia que había llegado era poderosa. Su implacable y dura la realidad contrarrestaba los halagos del Immaterium. -Hola, capitán -dijo Erephren.

-Señora Erephren.

-No se van, ¿Verdad?

-No se van.

-¿Cómo sería posible, incluso si quisieran?

-Podrían realizarse algunas reparaciones. El planeta Kylix es capaz de soportar la vida. Es un mundo duro, pero no uno loco. Podríamos transportarlos a las naves vacías en órbita.

-Eso no suena como un deber propio de los Manos de Hierro.

La rejilla electrónica fue elocuente con el disgusto del capitán. -No es así. Tampoco lo es jugar a ser niñera de estos tontos. Espero que podrás proporcionar mi salvación.

-¿Cómo?

-Dame un objetivo, señora. Encuéntranos una misión.

Ella suspiró. -Ojalá pudiera.

-¿Su vista le está fallando?

-No. El problema es la disformidad. Nunca he visto este tipo de tormentas. No podemos recorrerlas. Nadie puede.

-¿Cuándo empezó esto?

-Justo después de nuestro regreso. Estamos atrapados aquí hasta que las tormentas cesen.

La presencia se quedó en silencio.

-¿Señor? -preguntó Erephren.

-Estaba pensando –dijo Atticus, -cuánto desconfío de las coincidencias.

-¿Puede el enemigo tener el poder de causar tormentas de disformidad?

-No. No. Eso es imposible -oyó el sonido de sus pisadas pesados. -Haz lo que puedas -dijo.

-En el momento en que vea un camino que podamos tomar os lo haré saber.

-No puedo pedirle nada más -la presencia comenzó a retirarse, llevándose su realidad con él.

-Capitán –llamó Erephren.

-¿Sí?

-Quiero darle las gracias -dijo ella. -La confianza que deposita en mí es un gran honor.

-Es de justicia -respondió. -Nos encontramos en circunstancias únicas. Debemos confiar en el prójimo. Somos más parecidos de lo que cree, señora.

-No entiendo

-Somos herramientas, tú y yo. Hemos sido moldeados. Para llevar a cabo nuestros deberes al máximo hemos entregado casi todo lo que una vez nos hizo humanos. Nos hemos convertido en armas, y nada más. No somos aptos para otra cosa. Ese es nuestro precio, y ese es nuestro gran honor.

-Gracias .dijo ella. Una renovada fortaleza del deber inundó su sistema.

El bombardeo fue esporádico, pero no terminó. Los Vindicadores encendieron la selva con un ritmo enfático y lento de fuego. Galba encontró a Khi'dem junto a *Fuerza Medusana*. -¿Está satisfecho contigo mismo? -preguntó.

-Estoy muy agradecido a su compañía –respondió Khi'dem. -Me alegro de que hiciera lo correcto. No me regodeo, si es eso lo que quieres decir.

-Espero que tengas razón en que esto era necesario.

-¿Cómo puedes dudarlo?

-Por el coste.

-Lloro las pérdidas. No me las tomo a la ligera. Nuestros números se han reducido aún más así.

-¿Y qué compramos a este precio?

-El derecho a llamarnos defensores del Imperio. Hermano-sargento, si pondera el día de hoy sólo por las ganancias militares está cometiendo un error.

Galba se rió en voz baja. -Sabía que ibas a decir eso.

-Entonces sabías la verdad. La sentiste.

-Tal vez -Galba dudaba. El estribillo de *¿Merecen la pena?* aún le preocupaba. -¿Y cuál es la nueva verdad? ¿Qué hacemos con esta gente, ahora que la hemos salvado?

-Somos responsables de ellos.

-Estás siendo vago.

-No dirijo esta compañía.

-¿No? -Galba no trató de ocultar su amargura. *Fuerza Medusana* tronó de nuevo. Galba señaló el resplandor repentino de destrucción de los árboles. -Mira tus obras, hermano -era consciente del eco de Darras. ¿Estaba trasladando la culpa? ¿Estaba allí para culpar en absoluto? Él no lo sabía. -Cada proyectil gastado es una respuesta a tu deseo.

-No. Es la expresión de vuestra elección. La correcta.

-Entonces estás satisfecho.

-Me siento aliviado.

Galba resopló. –Como quiera. Tu *alivio* sin duda será reforzado por las noticias que traigo.

-¿Qué son?

-Ya que cargamos con la responsabilidad de estos mortales, comenzaremos la construcción de un asentamiento más permanente mañana.

Khi'dem quedó en silencio. Después de un momento, Galba se dio cuenta de que estaba temblando. -¿Hay algo de malo en ello? -preguntó.

Khi'dem negó con la cabeza, y luego se echó a reír. -Lo siento, hermano -jadeó.

-Ilumíname.

Khi'dem se dominó a sí mismo, pero cuando habló, Galba pudo oír una risa obligada a salir a la superficie otra vez. -He vivido para ver a los Manos de Hierro construir un pueblo. Este es de hecho un día raro -entonces el acceso cayó sobre él de nuevo.

Galba sabía que debía sentirse ofendido. Descubrió que no podía convocar a la indignación. En su lugar, vio la ironía, y la esquina de su boca comenzó a temblar. ¿Cuándo fue la última vez risa se posó en la compañía? No podía recordarlo. La risa había sido robada de la galaxia. Pero Khi'dem la había convocado. El ruido era el desafío lanzado a la noche, y ahora Galba se unió a este, y se sentía bien.

La razón no era importante. La pena estribaba en el acto mismo.

Dos siervos más murieron durante la noche. Uno corrió hacia la selva. No encontraron sus restos devorados hasta que comenzó el trabajo. El otro se descubrió detrás de la armería. Había insertado sus manos entre sus mandíbulas.

Había encontrado la fuerza para arrancarse su propia cabeza.

DIEZ

El Toque de lo Numinoso

No es una cruzada

Inteligencia

La construcción comenzó con más destrucción. La baja meseta cerca del yacimiento de la columna fue elegida como el lugar del asentamiento. Los colonos clamaron por ese lugar. Atticus estuvo de acuerdo en que era la posición más defendible. También era estratégicamente útil. Desde esta ubicación sería posible ampliar la zona pacificada a la misma anomalía.

-Los Salamandras pueden haber tenido razón sobre la estabilidad –dijo Darras a Galba a medida que organizaban los detalles del trabajo.

-Ellos saben cómo defender el terreno –admitió Galba.

La meseta fue limpiada mediante más bombardeos por Amante de Hierro. El bombardeo fue intenso. Los incendios fueron lo suficientemente altos como para ser visible desde la base. Brillaban y parpadeaban bajo una nube de humo que se extendía por debajo de las nubes, convirtiendo el gris del cielo de Pythos a un negro sucio. La cañonera rodeó la meseta, usando sus cañones y misiles para esquilmar una zanja que la rodeara. Una franja de árboles quedó en pie entre la zanja y la parte superior de la meseta. Este estrecho bosque circular sería la fuente de materias prima.

Cuando los incendios murieron, los Manos de Hierro escoltaron a un grupo de colonos, unos pocos cientos, de vuelta por el camino del día anterior. La peregrinación fue más organizado, menos caótica. El grupo se limitó a un tamaño que fuera fácilmente defendible. Aun así, hubo bajas. Otros tres hermanos de batalla y quince colonos murieron en el camino. Otros cinco mortales fueron tomados por los depredadores que se atrevieron a aventurarse por la parte superior de la meseta.

Barricadas temporales fueron traídas desde la *Veritas Ferrum*. Fueron utilizados para crear una zona segura en el extremo oeste de la meseta. En esa zona, la tala de los árboles comenzó. Los enormes troncos se cortaron en secciones uniformes y comenzó la construcción de una empalizada permanente.

Los Manos de Hierro brindaron seguridad. Ellos volaron los árboles más grandes. La construcción del nuevo asentamiento en sí estaba totalmente en manos de los colonos, pero un gran contingente de siervos fue encargado de ayudar en el proceso. Los siervos tenían las habilidades necesarias para construir una fortaleza rápidamente. Tenían experiencia reciente.

Necesitaban mantenerles ocupados.

Kanshell fue uno de los enviados a la meseta. Se presentó, con el permiso de Galba, voluntariamente. Estuvo a bordo de la *Veritas* en Harmartia. Había sobrevivido a varias noches en Pythos. El viaje de regreso por la disformidad fue horrible, lleno de pesadillas. Supuso que su temor descendería al volver al planeta. La primera noche fue tolerable, tal vez debido a la sobrepoblación en la base. Tanta gente era una fuente de consuelo.

Y sin embargo se produjeron las muertes. Dos personas habían encontrado alguna manera una manera de estar solos y encontrarse con el terror.

La falta de juicio los había dejado vulnerables a las alucinaciones y se suicidaron. Esto fue explicado muy claramente a todos.

Kanshell pensó Georg Paert, y en los ojos que gritaban. Y dudó.

Tanaura trató de hablar con él. Kanshell se la sacudió. Él se aferraba a la Verdad Imperial con toda la fuerza racional que le quedaba. No quería que ella socavara

eso. Así que solicitó el trabajo. Un trabajo agotador trabajo, esperaba, hasta el punto de un descanso sin sueños al venir de la noche.

Ningún sol apareció entre las nubes. No había nada con lo que él pudiera controlar el paso del día excepto el angulado gradual de la luz. Se imaginó que estaba cayendo más rápido de lo que era. Trató de querer que fuera más lento de lo que era. Se sumergió en el trabajo, acarreando troncos, anclándolos, levantando la pared. Trabajó como si su cuerpo pudiera agotar la energía necesaria de su mente para preocuparse. Se dio cuenta de que él no era el único que había tomado esta decisión. Las caras de los otros siervos reflejaban su determinación. Sus ojos eran cautivos. Sus mandíbulas estaban selladas, sus tendones del cuello visibles por la tensión.

Los colonos, por el contrario, lo estaban celebrando. Comenzaron a cantar de nuevo como lo habían hecho durante la marcha a la base. A diferencia del día anterior había más de una melodía en el aire. Kanshell pensó que las canciones estaban aparejadas con actividades particulares: caminar, labrar la madera, la construcción. Las palabras eran ininteligibles, pero el tono era lo suficientemente claro. Siempre era triunfal. Kanshell sospecha que las canciones eran himnos de alabanza. Los colonos eran más alegre que racionales. Estaban siendo impulsados por las alas de una creencia supersticiosa. Él los desaprobó.

Envidió.

A lo largo de la circunferencia de la meseta había una serie de montículos bajos. Fueron invisible antes de la deforestación. Se desplegaban a unos veinte metros de la zanja y medían más de cuatro metros de altura. La parte superior de los montículos círculos ásperos y nivelados de diez metros de diámetro. Uno estaba contenido dentro de la zona de seguridad inicial. Los colonos que no trabajaban en la pared estaban ocupados construyendo un marco en la parte superior del montículo. La estructura se montó rápidamente. Era cuadrada, con un techo de dos aguas.

Kanshell hizo una pausa en su trabajo de cortar un tronco con una sierra. Observó a una colono trepar hasta la parte superior de la cubierta del edificio. En el centro, la mujer fijó uno de los abalorios ornamentales de la casta sacerdotal. Ske Vris se situaba en la base del montículo, dando aliento y aprobación mientras la mujer terminaba su trabajo. La colono volvió al suelo entre aplausos.

Una figura masiva pasó frente a Kanshell y marchó hacia Ske Vris. Era Darras. El sargento se cernió sobre la novicia, que lo miraba con una sonrisa. Kanshell los observó hablar. Sus palabras no le llegaron por encima del ruido de la construcción. Ske Vris escuchó al legionario, luego sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír. Señaló a la estructura, y luego habló por unos momentos. Sus gestos eran extenso. Terminó con los brazos extendidos lo suficiente como para abrazar el mundo. Ella se inclinó, invitando a Darras precederla por la puerta. Darras se dirigió hasta el lugar. Se agachó para mirar dentro de la puerta. Luego se volvió y se alejó, con la mano dirigiendo un gesto a Ske Vris tan desdeñoso como un encogimiento de hombros. La colono se mantuvo en un medio arco antes de que Darras se retirara.

Kanshell clavó su sierra contra el tronco y se dirigió a Ske Vris. -¿Qué quería el sargento Darras? -preguntó.

Ske Vris se enderezó y palmeó el hombro de Kanshell en señal de bienvenida. -Él preguntó sobre la naturaleza de lo que hemos construido.

-Es un templo, ¿No? -se quedó atónito ante la insensatez de los colonos. Los Manos de Hierro nunca permitirían una violación tan flagrante de la Verdad Imperial.

Ske Vris se rio entre dientes. -No hay dioses ahí -dijo.

-Entonces, ¿Qué es? ¿Un refugio?



El Sargento Darras exige saber el propósito del edificio.

-Lo vamos a utilizar de esa manera al principio, sí. Pero es más que eso. Es un lugar de reunión. Allí es donde se discuten las preocupaciones de nuestra comunidad. Es donde templamos y reafirmamos nuestros lazos de comunión. Es una casa comunal.

-Pero no niegas que involucra adoración.

-No voy a renunciar a lo que te dije ayer, no. Pero no vamos a ofender a los grandes guerreros que nos han dado su ayuda. Tomamos nuestros lazos con ellos muy en serio, también.

Kanshell gruñó. -Dudo que sientan lo mismo por ti.

-Lo harán, con el tiempo. Tenemos un destino común. ¿Por qué nos encontraríamos en este mundo en estos días de guerra? -esa sonrisa eterna estaba allí de nuevo. El placer de la mujer por el mundo era difícil de descartar.

La envidia apretó el pecho de Kanshell.

Ske Vris le tocó el brazo. -Entra, amigo mío. Has trabajado mucho y estás muy cansado. Te daremos descanso.

La lealtad al credo racionalista le ordenó negarse. Pero la noche estaba próxima. Así que siguió a Ske Vris al ligero promontorio de la entrada. No se estaba comprometiendo a nada, se dijo. No era más que curiosidad. No había nada de malo en echar un vistazo.

Le llamó la atención, mientras se acercaba al edificio, el cuidado que tuvieron en su construcción. Los troncos que formaban sus paredes habían sido cortados de forma muy rápida, y sus dimensiones eran irregulares. Aun así, las uniones se veían lo suficientemente sólidas como para soportar años y décadas. Se dio cuenta de que no las habían embadurnado para llenar las lagunas en las que los troncos no se unían. -¿Qué vais a utilizar para impermeabilizar? -preguntó.

-Nada -respondió Ske Vris.

-¿Nada?

-¿No es bonito?

Lo era. Los huecos tenían un patrón casual a los que la sencilla arquitectura les daba una complejidad que era invisible desde lejos, pero que se disolvía en fragmentos individuales cuando se acercó demasiado. -Será un pobre refugio contra la primera tormenta –comentó Kanshell.

-Mira dentro –instó Ske Vris.

Kanshell lo hizo. No había ventanas, pero si luz. El encapotado perpetuo de Pythos era todavía suficiente para brillar a través de los huecos en las paredes. El patrón que Kanshell había visto fuera se multiplicó en el interior. Le parecía que la luz exterior se agudizaba a su paso por cada rendija, creando una superposición de luz sobre luz. Trató de ver contornos precisos del patrón, pero no pudo. La luz era demasiado difusa. No estaba viendo vigas cruzándose entre sí. Más bien estaba experimentando la estratificación de matices y tonalidades. Este era un juego de luces que se respiraba en lugar de verse. El efecto era extraordinario.

-Cómo... –comenzó Kanshell. Su oración se fue apagando, acosada por demasiadas preguntas. ¿Cómo habían hecho los colonos este trabajo tan rápido? ¿Cómo lo habían hecho con un material en bruto? *¿Cómo lo hicieron en absoluto?*

Ske Vris pasó junto a él y caminó hasta el centro del espacio. -Únete a mí -dijo ella. -Ven y ve el toque de lo numinoso.

Kanshell dio un paso hacia delante. La red de luz se intensificó cuando entró en la casa de campo. Bailó sobre sus terminaciones nerviosas. La estática le puso la piel de gallina eléctrica. El vello de los brazos se erizó. El espacio no creció en brillantez pero si pudo ver más claramente. Estaba a punto de descubrir los detalles del patrón. Si se unía a Ske Vris en el centro de la red seguramente lo vería entonces. Habría claridad. Entendería el significado del patrón.

Y Ske Vris le prometió la revelación de lo divino.

No. La promesa de consuelo era genial. Sería fácil entregarse a sus instintos. Su mente y su corazón estaban agotados por el esfuerzo de aferrarse a la racionalidad. Pero su orgullo aún no admitía la derrota. Quería creer que la lealtad le estaba instando a su firmeza, pero este argumento sonó hueco. No podía cuestionar la lealtad de Tanaura. Le diría que diera el paso.

No -le dijo a Ske Vris, a Tanaura, a sí mismo. -Gracias, pero no. Tengo que volver al trabajo -salió de la casa de campo.

-Otra vez, entonces –dijo Ske Vris. -No hay puertas aquí. Sólo una entrada. Crúzala cuando estés listo.

Los siervos fueron devueltos a la base antes del anochecer. Los colonos siguieron trabajando. El trabajo no cesaría, dijeron, hasta que se completara. Más de ellos habían sido escoltados hasta la meseta durante el día. Cerca de la mitad de su total estaban ahora sobre el terreno trabajando. La pared se estaba extendiendo por horas. Entre ella y las barreras de la *Veritas Ferrum* había tal protección que sólo un equipo de los Manos de Hierro, bajo el mando del sargento Lacertus, quedó de centinela durante la noche.

-La moral de esta gente es alta -dijo a Galba y Darras cuando estaban a punto de volver a la base. -Es asquerosamente alta.

El ambiente era diferente en la base. Ahora había espacio suficiente, para albergar a los colonos restantes dentro de sus muros. Los jardines estaban llenos de ellos. La mayoría de ellos estaban dormidos. Los que aún estaban despiertos cantaban en voz baja. La melodía era un zumbido de fondo bajo, un lento barrido de sus frases como los murmullos de las ondas de un lago en el crepúsculo.

-Creo que han construido un templo –dijo Darras a Galba cuando cruzaron la puerta de plastiacero de la base.

-Esa estructura se parece a uno –admitió Galba. -¿Has hecho investigaciones?

-Ellos niegan que exista tal cosa. “No hay dioses aquí”. Eso es lo que me dijeron. Es sólo un lugar de reunión.

-¿Te estaban mintiendo?

Darras vaciló. -Lo curioso es que yo no creo que lo estuvieran. Y sin embargo... -hizo un gesto, abarcando a los colonos descansando y cantando.

-Sí –aceptó Galba. -La superstición tiene profundas raíces en ellos. No ha sido erradicada.

Encontraron a Atticus fuera del módulo de mando. Al principio, Galba pensó que estaba inspeccionando a los colonos. Pero a medida que se acercaban vio que la mirada del capitán era elevada. Parecía estar viendo algo. -¿Y bien? -preguntó.

Darras le informó sobre la meseta y la casa comunal.

-¿Debemos demoler esa estructura? -preguntó Galba.

-No –dijo Atticus después de un momento. -No, a menos que haya una violación directa de la Ley Imperial. Hay una serie de mundos pacificados cuyas tradiciones culturales están muy cerca de la orilla del teísmo, pero por razones estratégicas se les han permitido una medida provisional de tolerancia. Hemos hecho más que suficiente con estos miserables mortales. No estamos comprometidos en una cruzada. Estamos luchando por la vida del Imperio. Si los Salamandras desean pasar su tiempo educando a los salvajes, allá ellos. Por ahora, si estas personas pueden ser de cualquier uso táctico para nosotros en la estabilización de esta región entonces las usaré. No voy a gastar más tiempo y recursos en ellos de los absolutamente necesarios. ¿Dice que se está asegurando la meseta?

-Así es –confirmó Galba.

-¿Es requerida nuestra presencia?

-Como mínimo, por ahora -dijo Darras. -Ellos deberían ser capaces de valerse por sí mismos, debidamente equipados, dentro de unos días. Es de esperar algunas pérdidas, pero...

-Tienen los números para sostenerlas. Bien.

-¿La Señora Erephren encontró otro objetivo? -preguntó Galba. Entendía la frustración de su capitán. Cada día gastado en Pythos fue otra pequeña victoria entregada a los traidores.

-No -confesó Atticus. -Las tormentas de disformidad siguen intensificándose. Pero nos tendremos listos para partir contra el enemigo cuando se vuelva posible actuar. Entonces toda esta carne -hizo un gesto despectivo con la mano, -puede descubrir su fortaleza o debilidad por sí mismos.

Galba pasó por delante del cuartel de siervos, en dirección a la pared, cuando vio a Kanshell revoloteando junto a la puerta. -Señor –dijo Kanshell, haciendo una profunda reverencia.

-Hola, Jerune. No deberías estar solo.

Kanshell miró de nuevo al Dormitorium. -No lo estaba -su voz temblaba.

-¿Estabas buscándome?

El siervo asintió. -Perdóname por presumir... -comenzó.

-Está bien. ¿Qué ocurre?

-Esas cosas que vi la primera noche…

-Las alucinaciones.

Kanshell tragó. Empezó a temblar. Sus ojos reflejaban los arcos de luces de la base. Brillaban con terror. -Lo siento, señor. Traté de creer que no estaba viendo cosas. Tiene que creerme. He tratado y tratado. Pero yo sé que era real.

Galba negó con la cabeza. -Esta es precisamente la razón por la cual la disformidad es tan peligrosa. Por supuesto que parecía real. Es…

Kanshell cayó de rodillas, con las manos entrelazadas en actitud de súplica. -¡Pero está sucediendo otra vez! ¡Ahora! ¡Ahora mismo! ¡Por favor, oh, por favor, en nombre del Emperador, dígame que usted también lo siente!

Galba se asustó tanto porque su siervo se había atrevido a interrumpirle que no respondió inmediatamente. La vacilación tuvo el tiempo suficiente para que su propia seguridad se desmoronara. El recuerdo del gusto a sombras le asaltó con renovado veneno, fuerza y convicción. Y entonces fue más que un recuerdo. El sabor estuvo allí de nuevo. Las sombras que eran más oscuras que cualquier ausencia de luz incrustaron nuevos zarcillos en su ser. Trató de quitárselos de encima. Luchó contra ellos con la razón. No era inmune a los estragos mentales de la disformidad. No había nada real en lo que estaba experimentando.

Las sombras le agarraron con más fuerza, se hundieron más profundamente. Insistieron en su realidad. Tomaron las declaraciones de Atticus del racionalismo y las rompieron, dejando a Galba expuesto a su negra verdad.

Kanshell puso repentinamente sus manos sobre las orejas. -No, no, no, no -gimió. -¿Puedes oír? ¿Puedes oírlos?

Galba hizo. Aunque las sombras ahogaban sus sentidos agudizaron algunas percepciones. Ellas eran los aliados de las sombras, más garras de la disformidad. Apenas audible bajo el canto silencioso de los colonos llegaron los sonidos del interior de los cuarteles de siervos. Las personas en el interior murmuraban en sus sueños. Sus palabras estaban mal articuladas, inarticulada. El ruido era el murmullo de las piedras, la insinuación de la brisa, el susurro del rocío nocturno.

-Puedo oírlos -dijo Galba. Sus propias palabras fueron ahogadas, como si estuviera hablando a través de una nube de plomo. Pero el acto de hablar le dio alguna energía. Se dirigió hacia la puerta. Más sombras esperaban allí, arremolinadas, listos para asaltarle. -¿Cuántos? -preguntó.

-Todos ellos -dijo Kanshell.

Era absurdo. Cada uno de los cientos de mortales dormidos en las filas de literas no podría estar hablando en sueño. Galba entró, dejando Kanshell en la puerta.

Vio enseguida que el hombre estaba equivocado. No todos los siervos susurraban. Algunos estaban despiertos. Estaban llorando, acurrucados en bolas de terror en sus catres. Todos los demás se habían unido al coro nocturno. Sus palabras eran ininteligibles, pero Galba podría asegurar que cada persona estaba recitando una letanía diferente. Las voces se unieron en una lucha de síncopa y estratificación. Los susurros se apilaron unos encima de los otros, un silbido diferente subiendo a la superficie con cada segundo que pasaba. Los murmullos cesaron de ser humano. Ya no eran el producto de los labios y las cuerdas vocales. Eran sonidos ásperos, formas en sí mismas. Se enrollaron alrededor de la audición de Galba. Eran fragmentos de serpentina que se trenzaron en un todo. Ordenaron a las sombras a que se acercaran. La oscuridad apretó. Galba comenzó a ahogarse. El coro de gemidos, traqueteos y risas se hizo más intenso, aunque el volumen se mantuvo apenas por encima del silencio de una tumba. Los fragmentos unidos y moldeados se unieron y rieron. Al igual que antes, Galba sintió un telar manifestándose ante el

horizonte de la cordura. No era suficiente que le asaltaran por una verdad hecha de mentes descuartizadas y cadáveres profanados. No era suficiente sentir la presencia de la verdad presionando contra su mente como un tumor en expansión. Debía demostrar la naturaleza de la verdad. Él debía escucharla. Debía saber lo que tenía que anunciar.

Su visión comenzó a oscurecerse. Sus ojos estaban cubiertos por una membrana que era insustancial y sin embargo su rojo veteado se aferraba como un músculo. La verdad se aproximó. Adivinó su forma. Era un nombre. Detrás del nombre acechaba una inteligencia. El nombre fue tomando forma detrás de sus ojos, y la forma era *Madail.* Su ritmo era el latido de un corazón reptiliano. Se abrió camino hasta su garganta. Tendría que decirlo. Y entonces podría reclamarlo como propio.

MADAIL, MADAIL, MADAIL.

Galba rugió. Lanzó su ira libre de toda forma, de todas las palabras. Fue una explosión de furia no contaminada que rasgó a través de la membrana. Dividió la noche en dos. El murmullo se tambaleó. Galba agarró su espada sierra. La levantó en alto y dejó que su gruñido triturara el susurro. -¡Despertad! -gritó. -En el nombre del Emperador, *¡Despertad!*

El murmullo se detuvo. Las sombras se retiraron. Podía respirar de nuevo. Los siervos estaban conscientes ahora, sentados y mirándole. Estaban asustado, pero no de él. No parecían confundidos. Vio, en sus rostros, la marca de una pesadilla colectiva.

Giró sobre sus talones y salió de los cuarteles. Kanshell seguía de rodillas. Estaba flojo, ya fuera por el cansancio o alivio. Galba no estaba seguro. –Manten a todos despiertos --dijo sl siervo. Dio la orden para que Kanshell tuviera un propósito. No creía que nadie tuviera la probabilidad de dormir ahora.

El canto de los colonos se detuvo. La atmósfera de la base era tensa, como si una tormenta, en lugar de haber pasado, estuviera a punto de estallar. Galba se dirigió hacia el puesto de mando. No era el único. Muchos de sus hermanos de batalla fueron convergiendo en el centro neurálgico de la base. Sintió sus ojos en él. Él esperaba esto. Había dado la alarma.

No todos los legionarios lo miraban. Sus rostros, bajo la dura iluminación de la base, eran sombrías. Tenían el aspecto de hombres que sabían que estaban en

guerra pero no entendían el enemigo. Él no estuvo solo, vio Galba. Una parte, al menos, de lo que le había atacado a él también les tocó.

Esto no fue una alucinación. Se preparó para el enfrentamiento con Atticus. El capitán no sería receptivo a esas palabras. El mismo Galba no quería hablar de ello. Levantaban demasiadas preguntas. Atacaban a los fundamentos de la realidad. Socavaban el régimen de verdad en el que todos vivían. Pero debían ser habladas. Debían ser confrontadas.

Atticus estaba fuera del puesto de mando, como si no se hubiera movido desde que Galba y Darras lo dejaron allí. Permanecía en pie con las piernas abiertas, los brazos cruzados. Era tan inamovible como un columna de piedra. No llevaba su casco. Su único ojo humano brillaba con una llama tan fría como el vacío. Estaba mirando hacia la noche con un odio artificial puro. Las palabras de Galba murieron en sus labios cuando él se acercó.

No había nada que decir. Atticus lo sabía.

El capitán de la 111ª Clan-Compañía de la X Legión volvió su terrible mirada a los Manos de Hierro. -Tenemos un enemigo en este planeta -dijo. -Ataca desde las sombras. –Lo traeremos a la luz -descruzó brazos, abriendo manos que habían sido diseñados para no hacer otra cosa que destruir. -Y lo aniquilaremos.

Y al amanecer, algo salió a la superficie.

ONCE

El terreno elegido

Debajo de la superficie

La necesidad de comodidad

Las sombras vinieron a por Erephren durante la noche. El ataque fue repentino, y la tomó por sorpresa. Todas sus defensas estaban dirigidas hacia el propio empíreo. Eran los filtros a través del cual miraba a la locura. No hicieron nada para protegerla del poder detrás de las sombras. Tenía una media presencia en el planeta.

Su influencia se filtraba a través de las barreras. La realidad comenzó a sufrir distorsiones. La locura de la disformidad estaba adquiriendo una sustancia empírica sobre Pythos. Aún no caminaba sin restricciones por la superficie del planeta. Pero la locura se avecinaba. Su vanguardia ya era de por si fuerte.

Erephren estaba observando, con creciente consternación, el curso de las tormentas de disformidad. Un mar de turbulencias perpetuas desembocó en un vendaval tan monstruoso que arriesgó todo al contemplarlo. La fuente de la tempestad era el Maelstrom. Hambriento, furioso con una afluencia repentina de potencia, extendió su alcance a horizontes infinitos. Erephren vio algunas naves leales que se atrevieron a aventurarse en el caldero. Fracasaron. Algunas fueron destruidas, y vio todos los detalles de su agonía. Otras desaparecieron en las agitadas olas de irrealidad. No le gustaba pensar en lo que quedaría de la mente de las personas a bordo si esas naves reaparecían.

Buscó en vano los ecos del Astronomicón. No había fallo en su visión. Las olas habían sumergido la gran luz.

Y fue mientras ella contemplaba la tormenta que se produjo el ataque. Invadió su cámara. Sintió la no-presencia omnipotente tan pronto como llegó. Ella era fuerte. Ella fue rápida. Cerró sus sentidos psíquicos para con la disformidad y retiró su conciencia de sus garras. Alzó sus escudos.

Velocidad, fuerza y entrenamiento no le hicieron ningún bien. Ella estaba lista incluso para tales horrores mientras bregaba en zonas de débiles fronteras. Pero los peligros para los que se preparó eran incipientes. No tenían voluntad. No eran sensiblse.

Las sombras rompieron su escudo. Se rieron, y la risa fue el roce de las maquinillas de afeitar contra su piel. Ellas rugieron, y eran la voz de una palabra: *condenación*. La voz la golpeó hacia el olvido.

Cuando se despertó, conoció la ceguera verdadera por primera vez en su vida. Ella jadeó, luchando contra un pánico sofocante en el invierno absoluto de sus sentidos. Sintió la expansión de su pecho, y eso le devolvió a su cuerpo. Flexionó los dedos. Estos rascaban contra un piso de metal. Así que se había caído de su trono. Su cuello y la parte posterior de su cabeza estaban doloridos; las antenas de latón y

mecadendritos que le ayudaban a sintonizar su mente con la disformidad fueron arrancados de ella cuando se cayó.

Poco a poco, adquirió el conocimiento de su ubicación y condición. Sus sentidos despertaron de su parálisis. Recuperó su identidad y la abrazó muy fuerte. Una terrible vergüenza la envolvía. Había sido débil. No tenía idea de cuánto tiempo había permanecido inconsciente, negligente en sus funciones.

Peor era su conocimiento de lo que había sucedido. Había sido atacada. Hubo un *atacante*.

Se levantó del suelo. Su conciencia del entorno volvió a ella, pero de forma imperfecta, como si fuera una transmisión hololítica degradada. Alcanzó a su personal. Estaban donde debían, apoyados en su trono. Se aferró a él, estabilizando su postura, y luego preparó su mente. Con cautela, se acercó a la disformidad.

Gruñó de dolor. Lágrimas calientes de sangre gotearon por las comisuras de los ojos. Una estática plateada, áspera e irregular interrumpía su percepción del empíreo. Apuñaló a su mente. Eran garras y vidrios rotos, ausencias en forma de dolor, distorsiones eran capas sobre capas de locura. Se retiró antes de que la derrumbara de nuevo.

Limpió la sangre de sus mejillas. Se estabilizó, recurriendo a su núcleo de fuerza y dejando su cámara oscura. Tenía que hablar con Atticus. Ayer había asumido que las tormentas de disformidad eran el resultado inevitable de los procesos aleatorios en ese reino. El ataque cambiaba eso. Las implicaciones eran demasiado inmensas para que las aceptara. La dirección hacia donde fluían sus pensamientos tenía que ser equivocada. Pero algo le atacó y debía informar de ello.

Había muy poco ruido en el módulo de mando. Erephren pasó ante unos siervos, pero no se encontró con nadie de los Manos de Hierro. Cuando se acercó a la puerta de las habitaciones de Atticus, una mujer salió de ellas. -Señora Erephren -dijo la sierva. -Lo siento, pero lord Atticus no está aquí.

Erephren sintió profunda reverencia de la otra mujer. -¿Dónde está? -preguntó.

-Él y una gran parte de los legionarios han ido al asentamiento.

-¿Por qué?

Hubo una vacilación. -No tengo el honor de la confianza -comenzó la mujer.

-Tiene la suficiente confianza del capitán como para atribuirse el deber de cuidar su cámara –interrumpió el astrópata. -Los siervos escuchan, observan y hablan entre ellos. Ahora ilumíneme. ¿Cuáles son los rumores?

-Dicen que han encontrado algo allí.

-¿Y qué es eso?

-No lo sé, señora.

Erephren pensó por un momento. El ataque; la injerencia en su conexión con la urdimbre; este descubrimiento, fuera lo que fuera, que había atraído en esta dirección a la compañía: estas cosas estaban vinculados. Tenía que informar a Atticus sobre lo que le había sucedido. -Necesito un operador vox -dijo a la mujer.

-Llamaré a uno -contestó la sierva. Pero ella no le dejó de inmediato. Erephren oyó una ingesta de aliento, el sonido de alguien haciendo acopio de valor para hablar de nuevo.

-¿Cuál es tu nombre? -preguntó Erephren.

-Agnes Tanaura, señora.

-¿Deseas preguntarme algo, Agnes?

-Usted no cree que lo que pasó anoche fue un simple efecto de la disformidad, ¿verdad?

-No.

-¿Sabe lo que era?

-No -dijo ella. Estaba a punto de añadir que no iba a entrar en especulaciones, pero luego se dio cuenta de que Tanaura no esperaba que ella tuviera una respuesta. La sierva tenía la suya. Fuera cual fuera la presunción o coraje que estaba empujando a la mujer a hablar era lo suficientemente impresionante para hacer que Erephren escuchara. -¿Y tú? -preguntó.

-No exactamente -dijo Tanaura. -Lo que sé es que era algo impío.

-Impío –repitió Erephren amargamente decepcionada. –Se arriesga a una sanción grave al usar un término tan sumido en la ignorancia.

-Perdóneme, señora, pero tengo que decir la verdad, y *es* la verdad. Usted fue tocada por este mal durante la noche. Lo puedo ver -hubo un susurro cuando Tanaura dio un paso hacia delante. –Sin embargo no estamos solos en nuestra lucha -dijo ella. –Hay confort. Hay esperanza. Hay una sagrada…

Erephren levantó una mano. -Pare -dijo. -Está divagando y no tenemos tiempo para tonterías.

-El Emperador –se apresuró Tanaura. -En Su divinidad, Él nos salvará, pero nosotros debemos aceptarle antes de que sea demasiado tarde -Erephren sintió un tirón en su bata. El siervo se atrevía a agarrarla. -Por favor, escúcheme –rogó Tanaura. -Por favor, escuche lo que sabe, en su corazón, que es la verdad. Los legionarios le escucharán. Ellos deben. Oh, deben hacerlo -estaba al borde del llanto.

Erephren sacudió la bata de las garras de Tanaura. -¿Deben? -el rubor de desprecio que sintió fue un alivio. Ella casi estaba agradecida a esta mujer y su superstición prohibida. Le recordó sus verdaderas responsabilidades y sacudió lejos las tentaciones de la irracionalidad que habían cobrado mucha importancia desde el ataque. -¿Por qué es tan importante que escuchen?

-Porque tenemos que salir de este lugar -dijo Tanaura en un hilo de voz.

Erephren resopló. -¿*Este* es el alcance de su fe? ¿Cree que, en contra de Sus enseñanzas explícitas, no solo el Emperador es un dios, sino que somos demasiado débiles para necesitar Su ayuda?

-Eso... Eso no es lo que quiero decir...

-Entonces aclárate, y hazlo rápidamente.

-Puede que no hayamos elegido el campo de batalla sabiamente…

-¿Nosotros? –exigió Erephren, enfurecida por la arrogancia de la mujer.

Tanaura se tambaleó hacia atrás. -No tenía la intención de sugerir…

-¡Si algo valoras tu vida espero que no lo hicieras! -Erephren apretó su agarre en su bastón. No era cruel. Pero había límites ante los que el descaro debía ser castigado.

-Por favor, comprenda –rogó Tanaura. -No se pueden ganar todas las batallas. Sabemos esto. Tal vez nos enfrentamos a otro Isstvan aquí. Tal vez la verdadera lucha está en otra parte.

La ira de Erephren se calmó cuando oyó la esperanza agonizante en la voz de la sierva. La mujer no era cobarde. Estaba actuando como su concepción del deber le dictaba. Cuando la astrópata habló de nuevo mantuvo la amenaza de su tono. Pero ella se mantuvo firme.

-Puede pensar así. Pero su adoración es una ilusión, y es sólo por un acto de misericordia que yo no te he silenciado -hizo una pausa por un momento, dejando que Tanaura aceptase su próximo escape. Continuó: -Y una ilusión no es un arma. Es una debilidad. Yo sigo las enseñanzas del Emperador, y utilizo la fuerza de la razón contra nuestro enemigo. Hasta que el capitán Atticus declare lo contrario, Pythos es *nuestro*. Es la clave para que la Décima Legión contraataque a los traidores, y no me retractaré de ello a menos que nuestro oficial al mando así lo ordene -se inclinó hacia Tanaura, y la presencia de la sierva se encogió ante ella. -Este es mi batalla. *Aquí*. No voy a retroceder. He sido atacada y voy a hacer que el enemigo, sea lo que sea, abomine del día que se cruzó en mi camino.

Mientras hablaba, sintió la verdad de sus palabras se fundirse en hierro. El terror de la noche se evaporó, dejando un poso de fría rabia.

-¿*Me* entiendes? -le preguntó a la sierva.

-Lo hago, señora.

-Ahora convocar al operador vox. Hay trabajo por hacer.

Atticus se acercó al borde de la fosa. Galba y Darras le siguieron. A unos cientos de metros de distancia, Lacertus y su equipo montaban guardia sobre un segundo yacimiento. -¿Y los colonos no han hecho ningún trabajo aquí? -preguntó el capitán.

-Ellos dicen que no - confirmó Galba. Miró hacia el profundo abismo. -No veo cómo podrían -el pozo se había abierto frente al montículo sobre el que se

construyó la casa comunal. Tenía cuarenta metros de ancho y diez de largo. Su profundidad era difícil de adivinar. Caía en la oscuridad después de cerca de un centenar de metros.

-A pesar de que *han* sido laboriosos -dijo Darras.

Era cierto. Durante la noche, la muralla fue extendida a lo largo de la mitad del perímetro de la meseta. La zona de seguridad era el doble de lo que fue cuando Galba y Darras los dejaron la noche anterior.

-Cientos de personas trabajando sin cesar –respondió Galba. -Lo que lograron con la muralla está bien dentro de lo posible. Este pozo no lo es. Y Lacertus no vio rastro de que utilizaran explosivos. El suelo se desplomó. Eso es todo.

-¿Podría la construcción de sus casas comunales ser un factor? –preguntó Darras. Una segunda casa de campo estaba casi terminado en el montículo ante la segunda fosa.

-No -dijo Atticus. -Si la tierra fuera tan inestable lo habríamos visto. Creo que lo que causó el hundimiento es un síntoma de nuestro problema, y no la causa -hizo una pausa, inclinando la cabeza hacia un lado mientras escuchaba su perla vox. Luego se volvió hacia los sargentos. -Noticias de la Señora Erephren -les dijo. -Ella tuvo su propio batalla anoche, y el ataque continúa. Su capacidad para leer la disformidad está siendo saboteada -miró al hoyo. -El hundimiento no es nuestra preocupación -enfatizó. -*Eso* si -señaló a lo que fue revelado por el hoyo.

Debajo del hogar de los colonos había una estructura de piedra maciza. El montículo no era nada más que el pico de la cúpula del edificio. Parecía estar hecha del mismo tipo de piedra como la estructura en el epicentro de la anomalía. Pero esa columna mantenía una ambigüedad, ni claramente natural ni artificial. No había tal ambivalencia ante ellos ahora. Aun así, lo que era visible de la estructura ciclópea tenía una cualidad inquietante y sin fisuras. Galba no veía uniones, ni mortero, ningún indicio de que el edificio no hubiera sido tallado de una sola masa de roca negra. Era como si una cara entera del acantilado fuera moldeado de esta forma y luego enterrado por el paso de miles de milenios. Una estructura similar era visible en el yacimiento de la segunda casa comunal.

Galba dijo: -Si esto es lo que se encuentra debajo de dos de los montículos...

-Sí -respondió Atticus, dándose la vuelta en un círculo lento. -¿Estarán en los otros montículos?

Galba siguió el ejemplo de Atticus. Ahora se daba cuenta de cuán uniformemente espaciados estaban los cuatro montículos. Las diagonales se reunirían en el centro de la meseta. -¿Por qué -se preguntó, -no se ha producido el hundimiento en los otros dos lugares? Sólo ha sucedido donde los colonos han estado construyendo.

-Debe haber una conexión -dijo Darras. -Simplemente no podemos verla todavía.

-Si hay una la encontraremos –declaró Atticus. -Lo que es importante es que nuestro enemigo comienza a mostrarse, y así se vuelve vulnerable a un contraataque.

Galba frunció el ceño. -¿Qué quieres decir?

Atticus se refirió a la estructura xenos. –Ningún saurio lo construyó. Es una evidencia directa de vida inteligente en Pythos -volvió su mirada en Galba. -Ningún fantasma construyó esto tampoco.

Galba se negó a dejarse intimidar. -¿Cuánto tiempo haría falta para que los procesos naturales enterraran algo como esto? ¿Qué pruebas tenemos de que la raza que lo construyó todavía está con nosotros?

-El hecho de su regreso es la evidencia. ¿Quién más podría tener interés en ella? Más allá de eso, me importa poco la naturaleza de nuestro enemigo, salvo la mejor manera para destruirlo. La interferencia que la Señora Erephren está experimentando obstaculizará nuestro esfuerzo de guerra. Los ataques psicológicos de nuestro enemigo también se están demostrando costosos.

-¿Cuáles son sus órdenes? -preguntó Darras.

Atticus se acercó al borde del abismo. -Expondremos la verdad -dijo. -Y descenderemos hacia el corazón de la mentira.

Había más trabajo que nunca. Había urgencia por ello también. Atticus ordenó que toda la masa de la estructura subterránea fuera revelada. Ahora todos los colonos fueron enviados a la meseta. Todo siervo no esencial para el funcionamiento de la base fue traído aquí, también. La orden era simple: *excavar*.

Kanshell hizo lo que se le ordenó. El equipo era limitado. La *Veritas Ferrum* estaba equipada para la destrucción, no la colonización. La mayor parte de lo que estaba disponible llegó con la flota de refugiados, y lo que fue rescatado de los aterrizajes antes de la embestida sauria estaba tan desgastado y parcheado como los propios buques. No había excavadoras. Había palas y picos, muchas de ellos montados a partir de trozos de restos. La tarea era inmensa. Los medios deberían haberlo hecho casi imposible. Pero la voluntad y las manos estaban allí. Los colonos estaban dispuestos a ayudar. La mitad de ellos trabajó en la muralla y mantuvo a raya a los depredadores que merodeaban. Por el momento las incursiones saurias fueron un evento ocasional, repelidas fácilmente. La otra mitad se unió a los siervos en el ataque a la tierra en la base de los montículos.

Kanshell ya no tenía la esperanza de un sueño inducido por el agotamiento. Él sabía que la noche traería gritos, y no había nada que pudiera hacer excepto tener la esperanza de que los gritos no fueran suyos. Todavía acogía con satisfacción el trabajo. Le permitía concentrarse durante el día. Era algo que podía fingir era útil. Mediante altavoces vox que transmitieron a todo lo largo de la meseta, Atticus prometió que la guerra estaba a punto de ser llevada al hogar del enemigo. Kanshell quería creerle. Pero cuanto más excavó y más descubrió más inestable se volvió su fe.

Su fe fue sacudida por la rapidez con que avanzaba el trabajo. La tierra parecía ansiosa por revelar sus secretos. Kanshell, junto con docenas de otros trabajadores, atacó a los bordes de la segunda fosa. El terreno descendía con cada golpe, cayendo hacia la oscuridad, piedras y terrones huyendo de la estructura negra. Más de él era visible todo el tiempo, aunque su misterio profundizaba en igual medida. La escala del edificio se hizo más evidente. Kanshell se preguntó si no podría rodear la meseta. Atticus dirigió a otros equipos a iniciar excavaciones en un punto equidistante entre los cuatro montículos. Hasta el momento no tenían nada más que un hoyo profundo que mostrar por sus esfuerzos.

Su fe fue sacudida por el misterio de la estructura. A medida que era expuesta a la luz se burlaba de la racionalidad. La fachada era un derroche de escultura ornamental. No había nada de representación sobre la obra. Las líneas sinuosas y bultos de la piedra eran un lenguaje abstracto de majestad espantosa. Cuando Kanshell miró los grabados directamente vio el poder congelado en la piedra, una piedra a punto de explotar como poder. No podía mirarla durante mucho. Los

diseños le provocaban dolor de cabeza. Trataban de estrangular sus ojos. Su piel se arrastraba tanto que la sintió como si estuviera desprendiéndose de sus huesos. Cuando desviaba la mirada el tormento cambiaba su naturaleza. Su visión periférica seguía recogiendo movimiento. Señales serpentinas le llamaban. Cuando levantó la vista por supuesto que no había movimiento. Pero la inmovilidad era una burla, una mentira. El terror crecía al pensar que la próxima vez que mirara la piedra esta se retorcería y fuera el momento de su fin.

Los colonos cantaban mientras trabajaban. Estaban tan comprometidos con la excavación como lo estaban en la muralla. Transformaron su mano de obra en un acto de adoración. No mostraron ningún temor. Kanshell estaba enfermo de envidia. En los rostros de los otros siervos vio el reflejo de sus propios terrores. Sus ojos saltaban y se deslizaba como los suyos. Estaban pálidos, tensos por la falta de sueño. La energía de sus acciones procedía de la desesperación. Pero había algunos, tan asustados si cabe, que parecían más tranquilos. Ellos se alimentaban de una reserva de fuerza en lo profundo de su interior. Kanshell vio algo diferente en ellos. Tenían algo en común con los colonos.

Tenían creencias.

Atticus mantuvo a raya el descenso hasta que las excavaciones estuvieron en marcha. Kanshell le vio marchar de un lugar de trabajo a otro, evaluando. El capitán observó con el desapasionamiento de un cogitador. No apresuró a sus legionarios a entrar en el abismo. Estaba recogiendo la inteligencia que podría deducir, aunque Kanshell no podía adivinar lo que el coloso sintetizaba de la exposición gradual. Después de tres horas, sin embargo, se preparó para dirigir una misión en el mayor abismo, antes la primera de las casas comunales que se habían construido.

Kanshell hizo una pausa en su excavación para ver a los dos equipos reunirse en el borde del abismo. Anclaron cables de rappel lo suficientemente fuertes para soportar el peso de un Marine Espacial vestido con servoarmadura. Un grupo de la Guardia del Cuervo se unió a ellos. Vestían retrorreactores.

-Estás asustado -dijo una voz. Era tan profunda como una cadena montañosa. Kanshell se volvió y miró hacia arriba. Khi'dem de los Salamandras se puso delante de él. Aunque el legionario llevaba su casco, Kanshell percibió una amabilidad

severa en sus ojos. Era algo que nunca había encontrado en ninguno de los Manos de Hierro, excepto Galba.

-Lo estoy, señor -dijo Kanshell.

-No deberías. Deberías tener confianza en las Legiones Astartes. No hay fuerza xenos que pueda oponerse a nosotros.

-Lo sé.

Khi'dem ladeó la cabeza. -Mis palabras no te dan ningún consuelo, ¿Verdad?

Si algún miembro de la X Legión, incluso Galba, hubiera hecho esa pregunta, Kanshell habría contestado honestamente porque, por mucho que fuera reacio a admitir la verdad de su debilidad, estaba más aterrado de mentir a sus amos maquinales. Ahora, Kanshell sintió que la verdad era invitada, en lugar de extraída de él. –No -admitió. -Lo Siento, señor, pero no lo hacen.

-¿Porqué?

-Yo...

Si hubiera sido de noche, si hubiera estado rodeado por los terrores que llegaban con la oscuridad, no habría dudado. Aunque el respiro del día fuera débil, era suficiente para detenerlo de una admisión penal.

Khi'dem se apiadó de él y dio el mismo la respuesta. -Es porque piensas que este es un enemigo de un orden muy diferente.

Kanshell dio el visto bueno más mínimo.

-Esta creencia se está convirtiendo en un axioma común entre las filas de los siervos. Uno equivocado. Colocad vuestra creencia en vuestro capitán. Estoy seguro de que lo que has experimentado es aterrador, pero así son los ataques. Si todo esto fuera una manifestación de lo delgada que es la barrera con el Immaterium es en este planeta, habría poco que pudiéramos hacer. Pero un enemigo puede ser combatido. Es así de simple.

-Sí, señor –respondió Kanshell. *No,* pensó. *No es así de simple.*

El hijo de Vulkan lo observó un momento más y luego se alejó.

Él sabe que yo no le creo, pensó Kanshell, con su rostro ruborizado de vergüenza.

Se dejó caer de nuevo en su trabajo. Desalojó más terrones de tierra que cayeron en la oscuridad. La franja de terreno en la que se encontraba, entre el abismo y la pendiente de la meseta, se sentía como hielo quebradizo. Era aterrador darse cuenta de cuanto vacío había bajo sus pies. La oscuridad bajo él era una boca que le esperaba.

Siguió trabajando por deber, no creencia. Levantó la vista en un punto, y vio que los escuadrones habían entrado en el abismo. Sus hermanos estaban de guardia en los cables. Kanshell desvió la mirada, tratando de reunir la confianza que Khi'dem había dicho que debería sentir. Fracasó.

Y luego, antes de lo que hubiera deseado, su turno terminó. La tarde estaba cediendo su control sobre Pythos, y llegó el momento de regresar a la base.

Había suficiente espacio tanto en la base como en el asentamiento como para que un transporte de tropas pudiera transportar al gran número de siervos de ida y vuelta. Cuando Kanshell bajó de la bodega llena de gente, se fue, por primera vez en su vida, en busca de Tanaura.

Él la vio cerca de la pista de aterrizaje. Más suministros estaban siendo desembarcados desde la Veritas Ferrum, y ella estaba entre aquellos acarreando cajas de municiones plastiacero a la armería que ocupaba la esquina noreste de la base. Su mirada era tan sombría como la suya. Estaba casi desesperado, pero no tenía a quién recurrir, por lo que la siguió a la armería, y esperó fuera del hangar a que ella saliera.

-Agnes -dijo.

Se dio la vuelta, sorprendido. -¿Jerune? ¿Qué ocurre?

-Tengo que hablar contigo.

Ella respiró temblando. Estaba más que exhausta y asustada. Parecía derrotada -¿Por qué? -preguntó.

Kanshell vaciló. ¿Entonces su fe no era más fuerte que la suya? La creciente oscuridad de la noche se precipitó. -Lo siento -dijo. -No es nada -se volvió para irse.

-Espera -ella le cogió del brazo. Lo sostuvo con la ferocidad de la esperanza desesperada y repentina. –Dime -su necesidad era al menos tan grande como la suya.

-Las cosas que han estado ocurriendo -comenzó. -Las cosas que he visto... -era más difícil de lo que esperó. -Yo no...

Incluso ahora, con su estructura de creencias en ruinas, su lealtad hacía imposible hablar de lo que sentía. Era demasiado parecido a la traición.

Tanaura lo ayudó. -El universo secular no puede explicar estas cosas.

-Así es -dijo, agradecido. La constricción alrededor de su pecho disminuyó. El alivio era minúsculo, pero real.

-¿Qué es lo que estás buscando? -preguntó.

-Fuerza -respondió. -Esperanza.

Ella fue súbitamente poseída por ambas. -*Hay* esperanza -dijo. -Y esta te dará fuerza.

-¿Me ayudará contra... contra la noche?

-Te ayudará a enfrentarte a la noche.

-¿Eso es todo?

-El Emperador nos pide a todos nosotros tener valor. ¿Y no ayuda a saber que aunque las fuerzas de las tinieblas son reales, también lo es la fuerza de la luz?

Kanshell pensó en eso. -Tal vez -dijo, y la admisión, la primera aceptación de lo que predicaba Tanaura, abrió una puerta en su psique. Abrió una puerta al sol. *Sí*, pensó. *Sí*. Siempre había tenido fe en el Emperador, pero conocerlo como un dios era darse cuenta de que no había barreras a su poder. El Emperador podía verle

aquí. El Emperador podía llegar a él aquí. El calor que vino con la retirada de la desesperación fluyó por sus venas.

-Sí -dijo en voz alta. Sonrió.

-El Emperador protege -dijo Tanaura.

-El Emperador protege –repitió Kanshell.

Esa noche, él estuvo acurrucado en su cama, a la espera de los horrores que acechaban la noche. Estaba aterrorizado. Los horrores llegaron, caminando a la sombra de los sueños. Hicieron que los durmientes gimotearan y cantaran. Hicieron el grito de vigilia. Pero Kanshell atrajo una copia de la *Lectitio Divinitatus* a su corazón y fue consolado.

DOCE

Abajo

Máquina

Inundación

Las Manos de Hierro rappel la fachada. La Guardia del Cuervo les precedieron usando sus retrorreactores. Era la primera vez que la escuadra Asalto de Ptero empleaba su verdadero rol. Los dos escuadrones de la X Legión eran dirigidos por Atticus y Galba. Darras había aceptado el despliegue de su escuadra como guardias en la boca del pozo de mala gana.

-No quiero faltarle al respeto, hermano-capitán –dijo él, -pero ¿Por qué?

-Porque esta es una misión de reconocimiento, no una invasión. Y porque el sargento Galba tuvo, a excepción de todos nosotros, el contacto más íntimo con el enemigo. Si el enemigo se acerca a nosotros, quiero un aviso tanto como sea posible.

Todavía cree que soy una especie de psíquico, pensó Galba. Le molestaba la idea, pero si Atticus pensó que podía ser útil así sería. Conocía su deber.

Se apartó de la pared de piedra. ¿Se contraería bajo sus botas? ¿Acaso sus talones se hundirían en ella por un momento, como si se tratara de carne? ¿Vería reescribirse los relieves, como un nido de serpientes? No, nada de eso sucedió. Podía estar seguro, esperaba, de ello. Sin embargo, sintió un asco atávico tan extremo como si estuvieran.

Descendió otra docena de metros, se apartó de nuevo, y cayó sobre una amplia repisa donde Atticus y su equipo le estaban esperando. A continuación el pozo caía en el silencio oscuro. La cornisa era una especie de terraza exterior de una abertura en la pared.

-Esta es la obra de mentes poco saludables -dijo Atticus, mirando a la entrada. –Haremos un servicio a la galaxia un servicio mediante su exterminio.

La arquitectura de la entrada era tan inquietante como cualquier otro aspecto de la fachada. Galba no sabía si se enfrentaba a una ventana o una puerta. Se alzaba hasta un arco apuntado pero los lados eran asimétricos, curvándose hacia y lejos de uno del otro. Visto de forma directa, la entrada parecía una herida abierta en la carne de piedra. Visto desde el rabillo del ojo era un baile. El arco era estrecho, con un ángulo ligeramente fuera de la vertical. Se clavó en los ojos de Galba y este tardó un momento en darse cuenta de la magnitud de su perversión.

-Los lados no coinciden -dijo, señalándolas. El arco era una asíntota. A continuación los lados se cerraban entre sí, estrechándose a una línea tan fina como el cabello pero que nunca se uniría. El arco era una mentira.

-Eso no es posible -dijo el tecnomarine Camnus, ofendido. -Eso debe ser una fisura.

-No -dijo Atticus. Hubo un zumbido apenas audible cuando su ojo biónico se trasladó hasta la fachada del edificio, ajustando las longitudes de onda para adaptarse a la falta de luz, magnificando los objetos ante su mirada. – El hermano Galba tiene razón. La división se convierte en parte de la ornamentación. Va todo el camino hacia arriba.

Camnus volvió sus propios ojos artificiales al arco. -¿El edificio está dividido en dos? - se preguntó.

-Peor que eso -dijo Galba. Señaló a la izquierda, luego a la derecha, a otras aberturas. Cada una tenía su propia deformación en particular, como si una vez terminada la estructura comenzara a derretirse. Los arcos visibles en la penumbra tenían la misma diferencia infinitesimal. La fachada, sobre la que aparecieron las fisuras en un primer momento, bajo una inspección más cercana reveló ser una red de pequeños huecos. Era un mosaico tridimensional.

.No es posible –dijo Camnus de nuevo, sólo que ahora su negación era una expresión de horror.

-Fue construido en la ladera, eso es todo -dijo Atticus. -Se mantiene por la tierra en la que está sumido.

La repisa tenía su máxima amplitud en frente del centro de la abertura. En su borde era un cilindro curvado y estrecho de doble de alto que un legionario. Se veía como un enorme colmillo, proyectándose al vacío de la fosa. Camnus caminó unos pocos pasos para examinarla. Su servobrazo lanzó un rayo sobre la piedra negra. Iluminó la misma división fractal. Lo que parecía un arabesco de grietas brilló. Nada impedía que el colmillo se cayera a pedazos, a menos que la estética tuviera una gravedad propia.

-Hermano-Capitán –dijo Camnus: -No puedo pensar en ninguna explicación plausible de lo que estamos viendo.

-Es un efecto de la disformidad –contestó Atticus. -Más de la fuga en esta región. No deberíamos sorprendernos por tales aberraciones.

-Con todo respeto, su existencia no es lo que me preocupa –apostilló Galba. -Es la forma organizada en que aparecen. Algo ha moldeado la materia de la disformidad en esta forma.

-Si puede afectar el mundo material, puede ser destruido por ella -dijo Atticus.

Los Guardia del Cuervo habían seguido más abajo, y ahora volvían a la cornisa, hiriendo a la oscuridad con el resplandor de sus retrorreactores.

-¿Y Bien? -preguntó Atticus. Su aceptación de las otras legiones fue tan reticente como siempre. Ne negó a extender la cortesía más allá de lo elemental. Pero estaba trabajando con ellos. Galba se sintió aliviado de no tener que desempeñar su papel diplomático.

No, dijo la voz desagradable en la cabeza. *No serás diplomático nunca más. Eres el psíquico.*

Ptero dijo: -La arquitectura es muy similar en tanto esta grieta desciende. Sin embargo partes de la estructura todavía siguen enterradas. No podemos decir cuánta.

-¿Hay aberturas que parezcan más importantes que las otras?

-No. Por el contrario... –vaciló Ptero. .Cada abertura es diferente en forma a todas las demás. Pero me llama la atención la impresión de que también son copias.

-¿Copias?

-No quiero decir que este edificio fue creado mediante replicación.

-Y sin embargo lo acaba de hacer.

-De mala gana, como ya he dicho.

Atticus hizo el gruñido electrónico equivalente de un resoplido. -Estos son especulaciones que podrían interesar a los rememoradores. No hacen nada para avanzar en nuestra campaña -marchó a la abertura. Los escuadrones avanzaron detrás de él.

Cruzar el umbral se sintió como penetrar en una membrana. Galba esperó encontrarse a sí mismo en un estrecho túnel, esperando que las paredes se contrajeran a continuación, lanzando espasmos en un reflejo de mordaza que expulsaría a los intrusos. En cambio, los escuadrones entraron en una vasta cámara. Desde fuera, el interior parecía estar en una oscuridad total. Dentro, había una iluminación tenue. Un baño de rojo apagado, la luz de la sangre, llenó el espacio, abrumando al débil resplandor desde el exterior. El techo era una bóveda distante, apoyada en pilares que se inclinaban fuera de la vertical. Las paredes estaban a cientos de metros tanto a la izquierda como la derecha. A cincuenta metros hacia

delante un blanco impasible. La pared posterior correspondía con la elevación de la meseta. Detrás de ellos, la pared fue disuelta por filas de aberturas de arco trenzado.

-Auspex -dijo Atticus.

-Nada –respondió Camnus.

-¿Fuentes de energía?

-Ninguna.

.Naturalmente. ¿Qué me puede decir, tecnomarine?

-Capitán, incluso este espacio desafía una interpretación coherente. Las lecturas son contradictorias y cambian constantemente.

Atticus asintió. -Lo que era cierto hace momentos es cierto ahora. La disformidad está trabajando aquí. Lo que ha creado es estable, por lo que deberíamos navegar en ella hasta que encontremos al enemigo dondequiera que se esconda de nuestro avance.

Se alejaron. Al frente, cerca de la pared posterior, una rampa descendía al siguiente nivel. Su pendiente era escarpada. La fuerte diagonal llevó a los legionarios a una cámara idéntica a la anterior. Aquí también había una rampa, llevándolos a otro espacio gemelo. Y luego otra rampa.

El patrón muy rápidamente se convirtió en vertiginoso. Si no fuera por las variaciones en los ángulos de los pilares retorcidos, Galba podría haber comenzado a pensar que estaban descendiendo por la misma gran sala una y otra vez. Había una intencionalidad misteriosa en la reproducción de las cámaras. Existía un significado aquí, aunque no podía adivinar cual era. Él era muy consciente del tamaño de las salas. Eran recintos y sin embargo enormes, convertidos en una encarnación de la idea de espacio. A medida que se repetían gesticulaban hacia el infinito. No había nada funcional en ellas. No había nada almacenado en ellas. Pero ellas querían decir algo. Hubo voces que habían dado forma a esta piedra. Tuvieron la intención de que fueran bañados en uniformes sombras carmesíes.

Atticus no estaba interesado en las voces o lo que tuvieran que decir. Su único propósito era marchar y matar. Él traería lo racional a Pythos en forma de

destrucción sin pestañear. Galba no estaba satisfecho. Quería entender. Si ellos no sabían contra qué estaban peleando, ¿Cómo podían esperar destruirlo? Tal vez, si pudiera oír lo que decían, sabría cómo silenciar esas palabras.

Si él sabía lo que significaba este edificio podría ser capaz de anticipar su ataque.

Llegaron al nivel inferior. Varios pisos más arriba, las aberturas exteriores empezaron a ser bloqueadas por tierra y roca. Los escuadrones estaban ahora en las profundidades aún enterradas de la estructura. El resplandor se mantuvo inalterada. Esta sala era similar a todas las demás por las que habían pasado, pero no tenía ventanas en absoluto. En lugar de ello, la pared exterior tenía una sola abertura circular, que daba a un túnel de piedra que conducía hacia el centro de la meseta. Su forma hizo pensar a Galba más en una tubería que un pasadizo. Avanzaron sólo quince metros antes de que un derrumbe bloqueara el camino. No había otros caminos. Su viaje terminó aquí.

-Aún tengo ninguna lectura –dijo Camnus antes de que Atticus preguntara.

El capitán no dijo nada por un momento. Sus lentes en el casco parecían brillar con un color rojo brillante, atravesando la luz ambiente con su frustración. -Estas ruinas fueron descubiertas por medios que no eran naturales. Hay una fuerza actuando. Su origen debe estar *en algún lugar*.

-Pero tal vez no aquí –sugirió Camnus. -El enemigo podría estar operando a cierta distancia de aquí."

-¿Dónde? ¿Con qué fin? -Atticus no sonaba como si estuviera esperando respuestas.

Galba miró la curva de las paredes de la tubería. Había algo en el diseño de la piedra que le molestaba. La examinó más de cerca. Aquí había ladrillo real, no la construcción imposible de las ruinas principales. Las uniones eran casi invisibles, juntando piedras de tal forma que no necesitaban mortero. Y cada piedra fue tallada con la imagen de una habitación como aquellas en las que acababan de estar. Ahí estaban los pilares, las hileras de ventanas, el vasto espacio, reducido a meras líneas abstractas.

Líneas que se conectaban.

Como un circuito.

Se hizo la luz. -Esto es una máquina -dijo Galba.

-Una máquina –repitió Atticus, como si Galba hubiera blasfemado.

-Mira -se refirió a las paredes. -Hemos estado viendo demasiadas repeticiones y los espacios no tienen sentido por sí mismos. Tienen propósito al trabajar juntos. Igual que las células.

-¿Para qué? -preguntó Camnus.

-No lo sé –admitió Galba. -Pero podemos ver la energía que las está llenando.

-No veo nada que no se pueda explicar por los caprichos de la disformidad -dijo Atticus. -Si se trata de una máquina es un una inerte, y este conocimiento es inútil para mí -se dirigió hacia abajo, hacia la cámara. -De hecho, toda esta acción ha sido inútil. Esta estructura está muerta. Debemos buscar nuestro enemigo en otro lugar.

Galba se quedó atrás por un momento. Corrió un guante sobre los escombros bloqueando el camino. Se derrumbaron al tacto, más flojos de lo que imaginó, aunque moverlos sería una empresa de gran envergadura. Se dio cuenta de que el Guardia del Cuervo también estaba esperando. -¿Algo? -preguntó Ptero.

-No.

-¿No sientes nada? -Ptero se había quitado el casco y miraba a Galba de cerca.

-No –la mirada fija del otro guerrero le hacía sentirse incómodo. -¿Tú si?

-No lo creo -la respuesta del Guardia del Cuervo parecía incompleta.

Galba se dirigió a reunirse con su equipo. Dio tres pasos, y Ptero habló de nuevo, completando la respuesta. -¿No te parece como si deberíamos?

-No –le dijo Galba, con mayor rapidez y con más énfasis del que pretendió. *No*, repitió para sí mismo mientras aceleró el paso. *No*.

A medida que los escuadrones volvieron a subir la última rampa, la negación emuló el ritmo de los golpes de sus botas contra la piedra. Sonaba mucho más hueco. No estaba seguro de lo que estaba insinuando Ptero. Él tenía sus sospechas. Las

rechazó. Sin embargo, también consideró que, a un nivel que ninguno de los dos entendía, el Guardia del Cuervo tenía razón. Galba debía sentir algo. Todos ellos deberían. Atticus estaba equivocado. La máquina no estaba inerte. Quizás inactiva. Galba sospechó que estaba listo. No había energía aquí más allá de un resplandor enfermo. Tenía que haber más. En esto coincidió con su capitán: la revelación de la estructura era en sí mismo una evidencia de un gran poder actuando. Él y sus hermanos de batalla se movían a través de su dominio. No habían encontrado al enemigo que esperaban. Quizás estaban en su interior.

¿Qué vas a decirle al capitán? se preguntó. *¿Cómo va a convencerlo de que este es el enemigo. ¿Le dirás que es una forma de Titán? ¿Es eso lo que crees?*

Él no lo sabía. No estaba seguro de lo que creía, pero a medida que los Manos de Hierro entraron en la primera de las células por encima del nivel de cimientos una terrible sensación de urgencia le llenó. Aquí yacía una amenaza. Atticus tenía que tomárselo con la mayor seriedad.

No sintió nada cuando Ptero habló con él. Pero lo sentía ahora. *Está llegando*, dijo la voz interior. Las palabras eran tan claras como si hubieran sido pronunciadas en voz alta. La voz no sonaba como la suya. *Adviérteles*, dijo. Era el roce de bisagras oxidadas, cráneos desmoronados y piedra penetrante. *Adviérteles*, dijo, y una entidad de pensamientos y hierro asesino separó sus labios en una sonrisa de anticipación. La negación de Galba se evaporó. El sonido de su respiración se hizo ensordecedor dentro de su casco. Dientes purulentos mordieron su conciencia. *Adviérteles*, dijo el susurro. *Ya llega*, dijo el susurro, y una vez más lo pudo ver, flotando justo por detrás del resplandor carmesí. El sabor de las sombras le llenó la boca. *Mira a tu derecha.*

Miró. Se enfrentó a las ventanas bloqueadas. No había nada que ver.

Adviérteles.

-¡Capitán! -gritó. -¡La pared exterior! ¡Estamos bajo ataque!

Los legionarios se giraron como una sola unidad, bólters listos. Había cinco filas de arcos, de diez aperturas en cada fila. Los cañones de los bólters hicieron una panorámica o se inclinaron, tratando de cubrir un enorme campo de ataque. Nada se mostró en el bañó de color rojo. No se oía nada.

-¿Hermano sargento? -dijo Atticus por el canal de combate. -¿Qué has detectado?

Galba vaciló. La urgencia seguía creciendo. Algo se precipitaba hacia ellos como un tren de levitación magnética. -Yo... -dijo, y eso fue todo. No podía ser más preciso. No podía localizar el origen del ataque.

El sonido llegó. Era un crujido excavador de piedra y roce de la tierra. Era una ola gigante de grava. La cámara se estremeció con las reverberaciones. Entonces estallaron escombros hacia el interior desde todos los arcos. Detrás de ellos llegó la fuerza invasora. Las criaturas se parecían a gusanos. Eran pálidos, tan largos de un hombre y tan grueso como Marine Espacial acorazado. A pesar de que no tenían ojos si poseían algo similar a cabezas, y por encima y por debajo de ellas tenían pares de piernas cortas en ángulo hacia la otra y que se extendían más allá de las bocas circulares con dientes de sierra. Irrumpieron con la velocidad del aleteo de una mosca. Sus bordes se frotaban, creando un ruido similar al de miles de sables siendo sacados de sus vainas.

Los gusanos eran una inundación retorciéndose. Llegaron en cascada a la cámara, un torrente de hambre del color de huesos enfermos. Sobre el susurro de los cuerpos estaba el siseo gorgoteante de los monstruos a medida que fluyeron sobre sus congéneres. Corrieron a por los legionarios, que abrieron fuego. Durante un segundo completo tanto Manos de Hierro como la Guardia del Cuervo derramaron proyectiles en la marejada de devoradores de vida. Los gusanos explotaron en una lluvia de sangre, pero la cámara siguió llenándose. La avalancha de horrores retorciéndose era interminable. Los legionarios estaban disparando a una marea creciente.

-¡Arriba! –ordenó Atticus. Los escuadrones atacaron la rampa, enviando ráfagas detrás de ellos, luchando para retrasar la inundación incluso por unos momentos. En la retaguardia, los Guardia del Cuervo lanzaron granadas de fragmentación. Las explosiones fueron amortiguadas. Músculos blancos desgarrados volaron en un géiser. Las explosiones horadaron cráteres en la carne. Las lagunas se llenaron un instante después. Uno de los hermanos de Ptero fue tragado por la marea creciente.

A medida que los escuadrones se acercaron a la parte superior de la rampa, oyeron el mismo rugido de reptado desde arriba. Los gusanos estaban saliendo por allí también. Los legionarios corrieron directamente a la masa asfixiante. Las armas de fuego eran inútiles. Galba apenas tuvo tiempo de cambiar su bólter por su espada

sierra antes de ser engullido. Luchó a ciegas. Toda la luz fue extinguida por el océano de la carne. Las criaturas se levantaron sobre y alrededor de él como arenas movedizas. Bobinas envueltas alrededor de sus piernas y torso. Runas de advertencia se iluminaron cuando la presión puso a prueba los límites de resistencia de su servoarmadura. Sus dientes molieron ceramita. Su espada atravesó a los gusanos.

Apenas podía mover los brazos, pero todo lo que tocó su espada fue destrozado, y eso era justo lo suficiente para permitirle tomar una paso adelante, luego otro. La agarraba por un puño cuyos dedos se apretaban, relajaban y apretaban de nuevo. La sangre le recubrió entero. Su espada sierra tosió sangre mientras amenazaba con obstruirla. Los cuerpos de los gusanos volvieron el suelo resbaladizo. Algunos estallaron bajo su peso, y la mancha hizo su avance aún más traicionero. Si se caía, la muerte sería rápida.

No había nada más que los gusanos triturados, nada más que el puño y los dientes. Galba masacró, aserró, trituró y se movió hacia arriba un paso gradual tras otro. No tenía ningún sentido de progreso. Luchó solo. Era imposible vincularse con sus hermanos más cercanos. Las únicas señales de que todavía existían eran sus runas en las lentes y los gritos constantes por el vox.

Y allí estaba la presencia de Atticus. La voz del capitán estaba allí siempre. Él ordenó, exhortó, maldijo al enemigo con veneno creativo, y su tono nunca varió de la calma de un asesino implacable y sin fin. A la cabeza del avance, fue el primero en alcanzar el siguiente nivel. Le correspondió a él encontrar la siguiente rampa solo y decir a voz en grito las instrucciones a los guerreros que le seguían. Galba gruñó con frustración cuando eso sucedió, extinguiendo la débil esperanza de que el nivel superior estuviera despejado de gusanos. Gruñó de nuevo, en ira, cuando escuchó una serie de grietas afiladas y la runa de identificación del hermano Ennius se volvió roja, para luego apagarse. Tres runas más se apagaron antes de que los escuadrones llegaran a la cima de la próxima rampa.

-Avanzad hermanos –ordenó Atticus. *-No habrá derrota para nosotros aquí. No puede haber derrota porque luchamos contra la carne, y la carne es débil. He aquí la carne en su nivel más básico. Esto es lo que hemos superado para siempre. La máquina no puede ser abatida por este exceso vil. Dejad que los monstruos vengan. Dejadles llenar este abismo hasta la cima. No nos pueden parar, porque son lo que ha pasado, y estamos en el viaje a la fuerza pura de lo mecánica* -no hubo pausas en

su discurso. No hubo gruñidos de esfuerzo. Habló con un tempo milimetrado. Cada sílaba era el punto final de un golpe. Cada palabra era la muerte de otro gusano. Cada frase era un paso más cerca de la victoria.

Mientras escuchaba, incluso mientras resbaló por un cuerpo retorcido y casi cayó, Galba fue capturado por la convicción de la inevitabilidad de la victoria. Porque, ¿Cómo podrían tener posibilidades estas cosas de carne de abrumar a la voluntad, forjada y templada con una resistencia más allá del acero, de Atticus? La imposibilidad de tal evento le dio la fuerza que necesitaba para seguir en pie, deslizarse del abrazo del puño un poco más, para dar un paso más.

Cada metro que los legionarios subieron fue una batalla. Y cada metro era el mismo. El puño nunca los dejaría ir.

Hasta que, de repente, lo hizo.

Llegaron a un nivel que no estaba sepultado y al que no habían llegado la creciente marea de invertebrados. Galba destrozó otro gusano que se había envuelto alrededor de su torso, empujando la hoja hacia arriba, a través de las fauces de otra, y entonces quedó libre. Podía ver. Tenía libertad de movimiento. Se quedó el tiempo suficiente para ayudar al resto de la retaguardia y después siguió ascendiendo con el resto de los escuadrones.

Somos los vencedores, se dijo. *Somos supervivientes. Somos vencedores.*

Detrás de ellos vinieron los gusanos, la espuma retorcida de un caldero desbordante. Los Marines Espaciales fueron más rápidos. Abrieron distancia entre ellos y la carne hambrienta. Mientras corrían, Galba oyó a Atticus hablar con Darras, ordenándole enviar más cables de ascenso. Alcanzaron el nivel superior de las cámaras y reaparecieron en la cornisa. Los cables no eran lo suficientemente fuertes como para soportar el peso de más de dos legionarios a la vez; comenzó la espera.

-Saldremos los últimos -dijo Ptero.

Atticus vaciló antes de contestar, visiblemente irritado por la perspectiva de tener cualquier clase de deuda a otra Legión. Pero la Guardia del Cuervo tenía sus retrorreactores. Podrían salir en el último segundo. Atticus dio una breve inclinación de cabeza, admitiendo la idoneidad. Ordenó que el resto de los

legionarios le adelantaran. Galba se paró a su lado en el umbral de la cámara, esperando ser de los últimos. Se quedó en el carmesí. No había nada que ver todavía, pero podía oír la marea creciente de gusanos. El sonido del exceso obsceno de vida le hizo arrepentirse de su propia carne. Envidiaba la pureza casi total de su capitán. Sintió un amor renovado a la máquina, su orden y su lógica. La carne era debilidad y desorden. Era una amenaza, como los gusanos eran, sólo mediante su sobreabundancia grotesca.

Se había preguntado si Atticus había sacrificado demasiado en su viaje hacia lo absolutamente maquinal. Se había preguntado si se había despojado de demasiada humanidad. En este momento, sus dudas huyeron. Convertirse en la máquina seria convertirse en orden. Era transformarse en un escudo contra lo perversa. Los gusanos eran la vida como lo era con demasiada frecuencia. Atticus era la vida como podría ser: intransigente, inflexible, precisa, libre de ambigüedades. Atticus era un fragmento encarnado del sueño del emperador. Ese sueño se encontraba en peligro. Galba no sabía si su gran diseño podría ser salvado, pero si porciones del mismo. Allí estaba, invencible en Atticus. Su deber estaba delante de él, cristalino. Debías recorrer el mismo camino. Él, también, debía ser orden. Debía ser el sueño.

Podría haber otra manera de derrotar a las pesadillas.

Ahora Camnus y los últimos de los Manos de Hierro estaban subiendo. Unos minutos más y sería el momento de dejar esta tierra maldita. El silbido y el retorcerse incipiente de los gusanos se acercaba. La piedra de la cámara empezó a vibrar.

-Lo sabías -dijo Atticus.

-¿Capitán?

-Nos advertiste del ataque. Incluso antes de que hubiera señal alguna de él. Lo sabías.

-Yo no... Es decir...

-¿Cómo lo sabías?

Los susurros. La sonrisa. La voz que ordenó. Revelaría estas cosas y entonces, ¿Qué?

-No estoy seguro -dijo. Eso era cierto al menos.

-Entonces *asegúrate* –le dijo Atticus.

Los gusanos llegaron. Hirvieron por la rampa, cubriendo el suelo en un hormiguero. Justo delante de ellos, los cuatro Guardia del Cuervo restantes enviaron más granadas de fragmentación a las criaturas. Los explosivos aterrizaron en una línea, creando un bombardeo. Ptero y sus hermanos siguieron a las explosiones con una corriente de fuego, deteniendo el flujo durante unos segundos.

Pero sólo unos pocos. Los gusanos llegaron, acumulándose unos encima de los otros, avanzando en una onda insaciable.

-Capitán Atticus -dijo Ptero. -Es la hora.

Sin decir palabra, Atticus volvió la cabeza hacia Galba. El sargento dio un paso atrás y miró la fachada. Camnus y los demás estaban cerca de la parte superior. Estaría agregando tensión indebida al cable, pero Ptero tenía razón. Habían permanecido el mayor tiempo posible. Cerró sus guantes en el pecho con el signo del aquila y empezó a subir. Miró hacia abajo y vio Atticus pasar a la cornisa. Se puso al lado de uno de los otros cables.

-Tienes mi agradecimiento, Guardia del Cuervo -dijo el capitán. –Vuestros deberes aquí toman a su fin -aún no tomó el cable. Galba se detuvo y observó.

Los guerreros blindados en el negro de la XIX Legión se dispararon fuera de la estructura. Los gases de escape en sus retrorreactores estallaron mientras se elevaron hacia el cielo. Sólo entonces Atticus agarró el cable y comenzó a subir. Sus pies dejaron el suelo justo cuando la ola emergió a través del arco. No miró hacia abajo, negándose a conceder a su enemigo nada salvo el desprecio más soberano. Subió mano sobre mano y pronto se igualó con Galba. Los dos legionarios avanzaron por las líneas.

Galba si miro abajo. El impulso de prisa los gusanos fue tal que se desplomaron por las aberturas en una catarata obsceno. Pero luego la caída desaceleró poco a poco y luego las larvas comenzaron a arrastrarse hasta la fachada. -No han acabado con nosotros -dijo.

Atticus gruñó. -Bien. Porque yo no he terminado con ellos –entonces, -Sargento Darras, tenga los lanzallamas listos.

-¿Tendremos suficiente promethium? -preguntó Galba.

-Usaré mis manos si es necesario.

Antes de que estuvieran a media altura la tensión en las líneas facilitó que los otros Manos de Hierro llegaran a la cima. Sin preocuparse de una ruptura de los cables por sacudidas y cambios repentinos, Galba y Atticus subieron más rápido, ganando unos segundos más a los gusanos que ahora cubrían la fachada como un velo retociéndose. Cuando llegaron al borde del abismo, Darras y otros dos estaban esperando con lanzallamas.

Ahora Atticus si miró hacia abajo. Se inclinó sobre el borde, midiendo los movimientos abajo. -Deteneos en el borde -ordenó. -Agrupadlos y permaneced visibles. Sed la presa. Dadles un objetivo. Eso los mantendrá concentrados.

Los Manos de Hierro se unieron a él. Tenía razón, observó Galba. A pesar de que no tenían ojos, los gusanos fueron de alguna manera conscientes de su presencia y se agrupan más en lugar de extenderse sobre toda la faz de la estructura. Se convirtieron en una cuña pálida y ondulante.

El ocaso de Pythos estaba cayendo. La capa de nubes perpetuas no permitía ninguna puesta de sol. Sólo había la lenta muerte de la jornada, una superposición de mortajas hasta que todo era negro. Durante el último aliento de luz, cuando las antorchas que salpicaban la muralla y el asentamiento se encendían pero aún no destacaban contra la noche plena, los gusanos alcanzaron la superficie.

-Dadles la bienvenida -dijo Atticus.

La luz de los lanzallamas fue abrasadora. El hedor de las criaturas ardiendo fue corrosivo. A Galba no le importó. Era el olor de la retribución, de la purga. Era la prueba de la carne corrupta arrancada de un universo que exigía orden. Darras y sus hombres apuntaron sus lanzallamas en un ángulo empinado, enviando un baño de promethium incendiario a través de largas franjas de la cuña. Los gusanos ardieron bien, algunos de ellos hinchándose y estallando cuando los gases nocivos de su interior detonaron dentro de sus cuerpos. Retorciéndose y siseando, cayeron y prendieron fuego a sus parientes al caer. Los Manos de Hierro lanzaban las

corrientes letales en ráfagas rápidas, atacando una sección del avance cada vez, luego otra, moviendo los barriles de ida y vuelta a lo largo de un arco, llevando la muerte a toda la anchura de la masa ondulante. Los incendios se propagaron, moviéndose rápidamente fuera del alcance de los lanzallamas. Los gusanos vinieron, impulsados por un hambre sin sentido. Corrieron a su perdición.

-Una cañonera de combate podría lanzar un ataque Hellfury en el hueco –sugirió Camnus.

-Lo haremos muy pronto -dijo Atticus.

En respuesta a su voluntad, las llamas ampliaron su alcance, abarcando a más alimañas. Al caer la noche, toda la fachada era una cortina de fuego.

-Purgado -dijo Atticus, haciéndose eco de los propios pensamientos de Galba. Le dio la espalda al enemigo moribundo y se alejó de la orilla. -Así que tenemos espectadores -murmuró.

Galba se dio la vuelta. Una gran multitud de colonos se había reunido. Sus ojos brillaron, reflejando las llamas que lamían el abismo.

-¿Entendéis lo que veis? –les preguntó Atticus, su voz una dura barra electrónica en la noche. –Sois súbditos del Imperio. Estáis sujetos *a* la voluntad del Emperador. Este es el destino de cualquier cosa, animal, xenos u hombre que desafíe esa voluntad. Trabajad bien, luchad duro. Ganaos nuestra protección. U os ganareis nuestra *misericordia*.

La última palabra se convirtió en un silbido. Galba no parpadeó en desprecio. Mientras miraba a la multitud de los mortales veía una colección de carne. ¿Qué diferente era, en su debilidad, de los insectos inmolados? ¿Tenía Khi'dem derecho, al final, de verles cualquier uso real? A menos que ellos fueran capaces de protegerse por su cuenta eran una pérdida de recursos preciosos. Y allí estaban, viendo la guerra desde la barrera. ¿Era ese afán lo que vio en sus rostros? Sí, lo era.

-¿Me oís? –exigió Atticus. Su voz era un látigo electrónico, su cuerpo una silueta inmóvil, un dios de la guerra enojado y retroiluminado por las llamas del infierno que había convocado.

Las personas retrocedieron. Pero cuando clamaron que le oyeron lo hicieron con más emoción y menos miedo de lo que Galba había esperado. Sintió el abismo entre él y la variante mortal de la humanidad ampliarse. La carne se estaba convirtiendo incomprensible para él.

Pero entonces el rostro de Kanshell brilló ante el ojo de su mente. Vio la eterna lealtad de los siervos y su terror mortal. Su desprecio se marchitó. Su piedad floreció, incluso por las ovejas delante de él. Vaciló entre el odio a la carne y la necesidad de protegerla, y luego se dio cuenta de que Atticus le estaba mirando.

-¿Hay más? -preguntó el capitán. Su voz era tranquila, sólo a los oídos de Galba. Su tono era frío.

-¿Más?

-¿Hay otro ataque inminente?

-Hermano-Capitán, no lo sé.

-Tú sabías abajo.

-Sí -admitió. -Pero se por qué.

Atticus se inclinó hacia él. -Escúchame bien, hermano sargento. Me informará de cualquier información que reciba, *de inmediato*.

-Por supuesto, pero yo…

-Con todo, recuerda esto. Sin importar cuál sea el estado del Imperio esta legión se mantendrá fiel a las órdenes del Emperador. No toleraré ninguna violación del Edicto de Nikaea. No toleraré ninguna brujería entre nosotros. ¿Lo entiendes?

-No soy un psíquico, capitán. Soy…

-¿Lo entiendes?

-Lo entiendo, mi señor -oyó la voz de la máquina-guerrero. Se preguntó qué otras voces oía de nuevo, y lo que le costaría.

TRECE

Balance

Los fuegos de la fe

La danza

-Eso fue un discurso impresionante -dijo Khi'dem.

Ptero asintió. -Tal vez uno algo enérgico, también.

Permanecían debajo de la empalizada, observando a la multitud dispersarse después de la arenga de Atticus.

-No tiene amor por los mortales –admitió Khi'dem. -Eso no es nada nuevo. ¿Ves esto como una evidencia de que su antipatía se está convirtiendo en algo más peligroso?

-No –dijo Ptero un momento después. -Todavía no. ¿Tú sí?

-No lo hago -Khi'dem se dijo a sí mismo que no estaba siendo tonto por su optimismo. Conocía cuán peligrosas serían las consecuencias de ignorar las señales de peligro. También sabía lo poco que los Salamandras y Guardia del Cuervo restantes serían capaces de hacer si ocurriera lo peor. Quedaban cuatro de sus hermanos de batalla, uno más que el contingente de Ptero. -Él fue explícito al exigir lealtad al Emperador -continuó. -Escuché desprecio. Fui testigo de un líder que está muy dispuesto a gobernar a sus súbditos a través del miedo. Pero él no está haciendo nada criminal. Estoy de acuerdo con sus posibilidades, pero no puedo encontrar ningún fallo en los objetivos -dio a Ptero una sonrisa torcida. -Por favor, dime que estoy hablando desde la razón y no desde la esperanza.

La risa de Ptero fue seca y muy breve. -¿Cómo sabrías que mi tranquilidad tiene una base más sólida?

-Entonces nos quedamos donde siempre hemos estado. Debemos tener fe en nuestro hermano.

-Fe –murmuró Ptero. -El Emperador nos ha enseñado a considerar esa palabra con sospecha. Tal vez, si lo hubiéramos hecho con mayor rigor, el Imperio no habría llegado a esto.

-Él sancionó la fe en los dioses falsos –corrigió Khi'dem suavemente. -No la fe en sí. O en el sueño del Imperio. Ha mostrado fe en Sus hijos.

-Y así es como se lo hemos pagado -no había cinismo en palabras de Ptero. Sólo un enorme dolor.

-Aún podemos demostrarle ser dignos de ella. Debemos.

-De acuerdo -dijo Ptero y vieron la muerte de las llamas en silencio durante un minuto.

Khi'dem se aclaró la garganta. -Lo siento por la pérdida de tu hermano ahí abajo.

-Gracias. La vida en este planeta... -Ptero negó con la cabeza. -Su absoluta hostilidad no debería sorprenderme por más tiempo, pero lo hace. No tiene ningún sentido en absoluto. Sigo diciendo que no puede ser natural.

-Si ha sido diseñada le da mayor credibilidad a la creencia de Atticus de que hay una inteligencia enemiga trabajando contra nosotros.

-En eso no tengo ninguna duda.

Khi'dem eligió cuidadosamente sus palabras. -¿Entonces, tienes pruebas que la mayoría de nosotros serían incapaces de percibir?

Ptero sonrió. -Sí, hermano, yo estuve una vez en el Librarius de mi Legión. Pero no he estado actuando por la sanción de Nikaea.

-Nunca pensé que lo fueras.

-No tengo ningún deseo de ocultar lo que soy. Eso, después de todo, ya no es relevante en el marco del Edicto. Pero yo creí que... la política... no revelaría mi naturaleza ante Atticus.

-Las mutaciones no le sientan bien dentro de su propia comprensión de un universo propio, regimentado –admitió Khi'dem. -Estoy seguro que los ve como un gran defecto.

-La carne es inestable. Por lo tanto es débil.

-Bastante. Aplaudo su sabiduría. Pero dime, su batalla contra esos insectos...

-No creo que fuera un ataque dirigido. Simplemente más de la malignidad general de este mundo.

-No pareces del todo seguro.

Ptero hizo una mueca. -No del todo, no. Nuestro enemigo, sea quien sea, utiliza los poderes del Immaterium. Eso está claro a partir de los ataques a nuestra base. Ha habido tales corrientes en la disformidad durante las noches... Mantener a raya mis habilidades ha sido doloroso. Hoy no detecto más que una onda leve. No es suficiente para dirigir un ataque a esa escala.

-¿Pero?

-Pero el sargento Galba nos advirtió del asalto justo antes de que ocurriera. Antes de que hubiera la más mínima señal de la "llegada" de los insectos.

-¿Es él...?

-No lo creo.

-¿Cómo es posible pues?

-No debería serlo -incluso en la oscuridad, Khi'dem se dio cuenta de cuan intensa era la cara de preocupación de Ptero. -Cómo llegó a suceder esto no me preocupa tanto como el *por qué*.

El fuego se extinguió. No había generadores de energía en el asentamiento y su única luz provenía ahora de las antorchas esparcidas por el terreno. Un humo aceitoso y putrefacto vagó sobre la meseta de la sima. Portaba el hedor de un mar rancio. Khi'dem pensó en cánceres devorando los sueños, la esperanza y fraternidad. -Todo lo que estamos haciendo es ver y esperar -dijo. -Si no tenemos cuidado, observaremos y esperaremos hasta que la fatalidad sea inevitable. Los dos

sabemos que algo va muy mal aquí. Tenemos que tomar medidas -mientras hablaba pensó: *Grandes palabras, pobre tonto. Adelante, entonces. Toma medidas. Ah, ¿Y qué acción sería esa, exactamente?*

Pero Ptero asentía. –Hay hechicería trabajando. Debemos contrarrestarla.

-Cuidado –advirtió Khi'dem.

-No voy a desobedecer la voluntad del Emperador. Pero hay alguien entre nosotros que *es* un psíquico sancionado, y podría ser lo suficientemente fuerte como para hacer algo bueno.

-La astrópata -dijo Khi'dem.

La noche fue una especialmente mala. Una vez más. Como fueron las que siguieron. El terror había sido la sombra de Kanshell desde la llegada a Pythos. No la podía expulsar. Se aferraba a sus talones. Hacía cabriolas por su espalda y estiraba su oscuridad ante él. Él atrapó fragmentos rotos de sueño, aunque el agotamiento lo sumergió en la inconsciencia, donde luchó con pesadillas que reflejaban las que se deslizaban a través de la noche en su vida de vigilia.

No era el único en hacer frente a los horrores de la oscuridad, pero esto no era consuelo. Las personas a su alrededor tenían la misma mirada cautiva, los mismos rasgos hundidos, la misma energía tensa, nerviosa. Huirían aunque sólo hubiera un refugio al que poder refugiarse. No había consuelo, porque cuando llegó la noche con todos sus terrores, no podían ayudarse entre si. Kanshell, como todos los demás, se hizo un ovillo más y más fuerte, como si pudiera acurrucarse en la nada y así evitar la mirada de la cosa que caminaba detrás de la oscuridad. No existía lugar en el que esconderse. No había manera de combatirlo. No había nada que hacer más que temblar y gemir y esperar que esta noche no fuera su turno. Nada que hacer sino rezar para que, a la mañana siguiente, él no sería encontrado loco o muerto.

Sin embargo, sus oraciones fueron contestadas, pues cada día las de otra persona no lo fueron. No importaba qué precauciones ordenara Atticus, no importaba cuantos guardias desplegaran, o la frecuencia de los barridos de seguridad a través del campamento: las muertes continuaron. Siempre uno o dos siervos, nunca más, pero sin falta. Era como si la maldición que perseguía el campamento se burlara del

capitán, bailando un vals macabro con su propia melodía y sin prestar atención a los inútiles esfuerzos de los Manos de Hierro.

No había nada que los legionarios pudieran hacer para detener el lento desgaste. Y así, el miedo se extendió. Creció. Se intensificó. Era un veneno de compleja profundidad y raíces. Sus venas crecieron de la tierra tóxica de Isstvan V. El hecho de la derrota formó un terreno fértil y se enconó por la anticipación de más terror y dolor. Las noches no le decepcionaron. Eran la consumación de su oscura expectativa, y cada amanecer era otro trago forzado del cáliz envenenado. Día tras día, el cáliz se llenaba un poco más. Cuando se produjera el desbordamiento, supo Kanshell, gente como él se ahogarían en el horror. No quedaría nada de sus mentes mortales. La base se convertiría en un asilo. Después en un sepulcro.

Si los Manos de Hierro eran impotentes contra el cáncer, ¿Qué podrían hacer sus víctimas? Todo lo que Kanshell pedía era la oportunidad de cumplir con su deber. Pero no podía tomar acciones contra los terrores. Las visitas acechaban las sombras en pies de araña. Trajeron los peores sueños de locura a la superficie, y las hicieron reales. Pero el propio visitante no era real, y por lo tanto no podía ser combatido.

No, no es real aún, una promesa deslizándose susurrada a la parte posterior del cuello de Kanshell. *Aun no, pero ¡oh, qué cerca, cuán muy, muy cerca! Un esfuerzo más. Un poco más de paciencia.*

A veces, le pareció escuchar silbidos durante el día. A veces, durante el gris mediodía de Pythos, una sonrisa como el roce de una pala en cráneos secos le hacía sobresaltarse. Él se repondría y miraría, y allí no habría nada.

Todavía no. No del todo aún.

No había nada que hacer más que rezar. Había abandonado su fe en lo racional. Eran en ruinas ennegrecidas. No podía soportar las noches de Pythos. No podía extraer ninguna fuerza de ella. Aferrarse a ello sería un acto de locura mortal. Se sostendría en una mentira, entrando de cabeza en las fauces del mal por venir. Ya no sentía ninguna vergüenza en su apostasía. Y en verdad, ¿No estaba supremamente racional, cuando se enfrentaba a la prueba de lo demoníaco, volverse a lo divino buscando auxilio?

Él asistió a su primera reunión la mañana después de pasar la noche tras el escudo del Lectitio Divinitatus. Tanaura encabezaba una oración en grupo en una esquina

del comedor, cogiendo unos pocos momentos de la comodidad comunal justo antes de que los siervos se sumieran en sus tareas asignadas. Kanshell se acercó a la reunión tentativo. No estaba seguro de si había rituales que debía observar, o si los adoradores siquiera eran conscientes de su presencia.

No tenía por qué haberse preocupado. -Jerune –dijo Tanaura mientras se acercaba. -Únete a nosotros.

El círculo se abrió, y luego lo abrazó. Miró a rostros tan devastados por el terror como el suyo. También brillaron con una esperanza desesperada, una por la que lucharían y matarían. Sus sonrisas eran tan provisionales como las suyas, pero su bienvenida fue ferviente. Entendió por qué, ya que participó en la adoración.

Tanaura los llevó a través de la oración. -Padre de la humanidad -dijo ella, -buscamos tu orientación. Te suplicamos tu protección.

-El Emperador protege –respondieron los otros fieles, Kanshell entre ellos.

-Vednos seguros a través de este tiempo de prueba.

-El Emperador protege.

-En nuestra desesperación, decimos que ciertamente las tinieblas nos cubren y que la luz sobre nosotros se convertirán en la noche.

-Sin embargo incluso la oscuridad no es tal sin luz -fue la respuesta.

-Y la noche es clara como el día –terminó Tanaura.

Ahora las sonrisas eran mucho menos tentativas. Kanshell se sentía más fuerte. Esta era la gloriosa verdad que nunca descubrió de estas reuniones. Había poder en hermandad. Le daba comodidad durante el día, porque él no estaba solo. Ninguno de ellos lo estaba. Se tenían los unos a los otros, y tenían al Emperador. Esa noche no hubo menos terror, pero tenía más fuerza. Él fue capaz de enfrentarse a la muerte de la luz con mayor resolución, y aunque todavía temblaba, aunque todavía se curvaba en un apretado nudo, paralizado por el miedo, tenía la fuerza para resistir los embates. Tenía esperanza. Y a la mañana siguiente, con más seguidores - y un círculo un poco más grande aún - tuvo la renovación de la fuerza, la crecida de esa chispa de esperanza.

Éstas eran las únicas cosas que le sostenían durante las noches, y el peaje aumentó.

Durante el día continuó trabajando en el asentamiento. El trabajo de los siervos y colonos se dividió entre la construcción y la excavación. La empalizada fue completada. Yurtas fueron apareciendo ahora, esparcidas por el centro de la meseta. Un refugio real llegó a los colonos. Apenas parecieron darse cuenta. Las yurtas eran ideas de último momento, unidas sólo una vez que se construyeron las casas comunales. Ahora había una en cada uno de los montículos que marcaban las estructuras enterradas.

La excavación continuó en la base de los montículos. Las cuñas de cuatro pozos profundos se clavaban ahora en la meseta. Las mitades superiores de las estructuras fueron expuestas. Los Manos de Hierro se aventuraron en las profundidades tres veces más. No habían encontrado nada, y no se habían producido nuevos ataques. Atticus no estaba satisfecho. Todavía había un enemigo presente y él declaró que iba a encontrarlo. Los escombros bloqueaban todos los túneles que conducían hacia el interior de la meseta. Atticus ordenó despejarlos.

Los colonos aplaudieron la orden. Cientos se presentaron voluntarios. Muchos más de los que podrían ser útiles. Kanshell se alegró. Sabía que un enemigo monstruoso se enfrentaba a las fuerzas imperiales. Él no pensó que se encontraría en una cueva debajo de la tierra. Pero se enteró de las vastas cámaras, los pilares retorcidos y el resplandor de sangre podrida. Las ruinas fueron el espacio de nuevas pesadillas. Fue visitado por ellas lo suficiente. No necesitaba ir en busca de más.

En el tercer día después del descubrimiento de las ruinas estaba ayudando a elevar otra yurta cuando escuchó un grito. Venía del norte y el oeste, donde se colocó una puerta en la empalizada. La mitad del equipo de construcción se componía de los colonos y estos dejaron caer el marco de madera circular de la yurta y fueron corriendo hacia la puerta. Kanshell y sus compañeros siervos siguieron a lo suyo. Los gritos continuaron desde el otro lado de la pared. Fueron interrumpidos por los gruñidos de reptil. Después de unos momentos, los gritos se convirtieron en gemidos suaves de agonía, luego estos también se desvanecieron. Los gruñidos fueron amortiguados.

Su boca está llena, pensó Kanshell, horrorizado.

Había sonidos de llanto y el chasquido de los huesos. A continuación, una breve ráfaga de fuego, el profundo e inconfundible staccato de un bólter en el trabajo.

Se hizo el silencio. El grupo delante de la puerta esperó inmóvil. Kanshell vio Ske Vris en primer plano. Una plataforma corría a lo largo de la empalizada un metro y medio por debajo de las puntas de los troncos puntiagudos que formaban la muralla. Colonos guardianes fueron a la carrera por ella y ahora veían la escena bajo ellos. Uno de ellos señaló y cuatro colonos se adelantaron para abrir la pesada puerta. Khi'dem, con su casco anclado magnéticamente a su muslo, pasó a través de ella. El cadáver apenas era apenas reconocible como humano. Era una bolsa de carne descuartizada. Pero lo manejó con dignidad y lo entregó a los hombres que se acercaron para reclamarlo. Por encima de su hombro llevaba un rifle láser. Lo retiró y se lo pasó a Ske Vris. -Esto aún es utilizable -dijo.

-Nuestro agradecimiento, gran señor -dijo Ske Vris. Ella hizo una reverencia.

Khi'dem resopló. -Tu pueblo me lo agradecería mejor dejando de participar en tales locuras. Estos riesgos son inútiles.

-Tenemos tradiciones que defender –contestó Ske Vris. -Tenemos deberes que son sagrados. Estoy seguro de que usted los tiene.

-Quédate en tu cabeza –respondió el legionario y se alejó.

Los colonos que habían abierto la puerta ahora pasaron por ellos mismos, desapareciendo por la pendiente de la meseta. Kanshell acercó a Ske Vris. -¿Qué pasó? -preguntó. -¿Por había alguien ahí fuera?

-Él estaba cazando.

-¿Cazando? -la mandíbula de Kanshell cayó. Los seres humanos no podían comportarse como depredadores en Pythos. Eran sólo las presas, y la supervivencia dependía de reconocer ese hecho tan básico. Había suficientes suministros en el asentamiento. La comida era raciones rescatadas de las zonas de aterrizaje. No era sabrosa, pero mantendría a la gente con vida hasta que se completara la construcción y pudieran organizarse grandes partidas de caza, que *podrían* abatir animales individuales sin sufrir bajas masivas. Aventurarse en solitario más allá de la pared era suicida. -¿Cazando para quién? –exigió Kanshell.

Ske Vris lo miró como si fuera tonto. -Para los hogares, por supuesto.

Kanshell miró por encima del hombro a las yurtas, luego otra vez a Ske Vris, horrorizado. Cueros saurios fueron estirados sobre los marcos de madera, creando las paredes y techos. No había habido tiempo para broncear y curar las pieles. Eran la carne de las bestias, limpia y estirada. La piel era tan dura que servía a tal propósito, aunque Kanshell encontró el material desagradable de manejar. Hacía que los hogares fueran demasiado orgánicos, como si estuvieran vivos. Hubiera preferido chozas construidas con tepes o troncos. Había suficiente de esa materia prima, a pesar de las necesidades de construcción de las casas comunales y la empalizada. Pero los colonos insistieron en la necesidad de este tipo de refugio. Kanshell asumió que las pieles provenían de los muchos saurios muertos durante la pacificación de la meseta. Se equivocó. -¿Estáis locos? -preguntó.

Ske Vris sonrió. -¿Es una locura vivir, y tal vez morir, por las tradiciones de uno? ¿Por las creencias de uno? ¿Estás dispuesto a hacer tal sacrificio?

-Por Supuesto que no –respondió caliente Kanshell. -Pero si esas creencias son irracionales...

-¿Las tuyas no?

No tenía respuesta para eso. Le llamó la atención, tanto como él fracasó, la distancia que Ske Vris parecía marcar entre sus tradiciones y las del Imperio. Kanshell se preguntó de nuevo si los colonos eran un pueblo perdido, uno que nunca habían recibido los beneficios de la paz imperial. Apartó la cuestión. El tema estaba fuera de su jurisdicción. Si Atticus no se preocupaba por la heterodoxia de los colonos entonces él tampoco.

Siguió mirando con Ske Vris antes la puerta abierta. Estaba ansioso, esperando un saurio que vendría cargando. Podía oír a los depredadores de la selva más allá de la empalizada. Se hacían más fuertes cada día. Sin embargo ninguno llegó, y después de un minuto los cuatro colonos regresaron, arrastrando pedazos de la bestia que Khi'dem había matado. Ske Vris juntó sus manos una vez que la puerta estuvo cerrada. –Ahí -dijo ella. -Carne para alimentos, cobertura para refugiarse. Hemos perdido y hemos ganado.

-Siento la muerte de vuestro pariente -dijo Kanshell.

-Él será conmemorado. Vivirá en nuestra memoria, en nuestras paredes, muriendo en la tierra de nuestros sueños. -Ske Vris abrió los brazos en un abrazo feliz del mundo. -¿Qué hay que lamentar?

Kanshell miró al placer abierto y brillante en la cara de la mujer. Fragmentos de canciones de los colonos mientras trabajaron fueron hacia él. Estas personas no tenían experiencia del miedo que atormentaba la base. -Te envidio -dijo.

-¿Por qué?

-¿Cómo puedes ser tan feliz?

Ske Vris ladeó la cabeza. -¿Por qué no habría de estarlo?

La respuesta llegó en forma de un grito ronco desde arriba. Kanshell y la novicia se agacharon. Un saurio volador entró en un ángulo agudo. Con sus garras extendidas se zambulló directamente hacia uno de los guardias de la pared. Tenía una envergadura de diez metros. Su cabeza era casi toda mandíbula, más larga que un hombre. Fuego láser confuso subió a su encuentro. La bestia era demasiado rápida y los defensores no estaban entrenados. Con un segundo chillido burlón el reptil les arrebató un guardia con sus garras. Khi'dem avanzó de inmediato, pero el monstruo ya había escapado antes de que pudiera disparar.

Bajó su bólter. Ske Vris hizo una profunda reverencia. -Por favor, acepte nuestro agradecimiento una vez más, señor –declaró ella.

Khi'dem miró a la novicia. Su disgusto era evidente. -¿Por qué te ríes? ¿Obtienes placer de ver a tu gente devorada?

-No, en absoluto, señor. Es simplemente que caminamos por nuestra tierra prometida. Cada momento es uno de sus frutos. Al final, todos moriremos aquí, en nuestra casa. La esperanza de siglos ha sido realizada. Nuestra alegría es invencible.

-Su alegría es bastante loca –murmuró Khi'dem y se fue.

Kanshell comprobó el cielo en busca de más cazadores alados. No había ninguno, pero no sentía confianza en los hombres y mujeres que patrullaban la muralla. Manejaban sus fusiles como niños. ¿Ninguna de estas personas tenía experiencia de combate? No era un soldado, pero no podías pasar tu vida en un crucero de ataque

y no adquirir algunos conocimientos básicos de naves militares. Estaba rodeado de ingenuos, pero la mayor parte de la protección del asentamiento recayó en ellos. Los Salamandras eran pocos en número. Ne negaban a abandonar el pueblo a su suerte, pero no podían estar en todas partes a la vez.

Los Manos de Hierro ignoraron el asentamiento. Atticus tenía sus fuerzas montando guardia en las profundidades de la estructura y protegiendo la base. Los colonos tenían que ganarse su supervivencia. Los que trabajaban en las ruinas eran de uso directo a los Manos de Hierro, por lo que los legionarios cuidaban de ellos. Cada cierto tiempo, el eco sordo y hueco de disparos se levantó de los abismos. Hubo ataques esporádicos de los gusanos, pero no en la escala de la inicial. Los Manos de Hierro parecían haber diezmado la población de los habitantes subterráneos. Las criaturas asaltaron a los invasores de su dominio y fueron derrotados.

Pero en la superficie, la vida silvestre de Pythos se estaba volviendo más audaz. Parecían saber que la presa era más vulnerable. De uno en uno o de dos en dos, los monstruos atacaron la muralla cada vez con más frecuencia. Kanshell agradeció que ningún grupo hubiera lanzado un asalto concertado, pero cuando escuchaba el coro de gruñidos en la selva más allá de la empalizada creció su seguridad de que ese día no tardaría mucho en llegar.

Ske Vris se enderezó, sin dejar de sonreír mientras observaba la salida de los Marines Espaciales. -¿Qué piensas, amigo mío? -preguntó Kanshell. -¿Es nuestra alegría una locura?

-Creo que podríais estarlo. Todos vosotros.

-Estamos todos juntos en este planeta. Nos regocijamos de nuestro destino. Tú claramente temes el tuyo. ¿Estás mejor por estar tan “sano”?

Hubo un rugido frenético y el sonido de los pies pesados golpeando la tierra. Una enorme masa se estrelló contra la empalizada. Tres guardias se apresuraron a su posición y comenzaron a disparar. Se reían. Había algo mareante en su alegría, como si estuvieran intoxicados por la creencia. Kanshell hizo una mueca. Ske Vris miró hacia él, con su sonrisa inquebrantable. El fuego láser continuó hasta que los rugidos se convirtieron en aullidos y luego silencio. La risa continuó.

-¿Y Bien? –solicitó Ske Vris.

-No lo sé -susurró Kanshell.

-Buscas la fuerza.

Kanshell asintió.

-La fuerza viene de la fe –le dijo Ske Vris.

-Sí. Eso estoy descubriendo.

Ske Vris agarró su brazo. -¡Eso es maravilloso! Quizás ha llegado el momento para nosotros de adorar juntos.

Kanshell miró inquieta al albergue más cercano. -No estoy seguro.

-Entonces asegúrate. Estaremos celebrando nuestros compañeros caídos en breve. Únete a nosotros.

-Tal vez -admitió.

-Te inspirará –prometió Ske Vris.

Kanshell regresó a la yurta. El resto del día pasó. Los ataques saurios continuaron. Todos menos uno fueron rechazados sin más víctimas. Al caer la noche, uno de los guardias perdió el equilibrio y cayó sobre por la muralla. Sus gritos fueron misericordiosamente cortos. Causaron apenas una ondulación en el deleite de los demás mientras abatían a la bestia. Kanshell se preguntó dónde estaba la línea entre el optimismo y la insensibilidad. Asqueado, decidió que no asistiría al servicio. Él trabajaría, se dijo, hasta que el transporte de regreso a la base llegara.

Se aferró a su resolución hasta que comenzó el ritual. El sonido de sus cánticos le hizo apartar la vista de las pieles que estaba ayudando a coser. Cientos de colonos se habían reunido en la primera casa. Llenaron su espacio y rodearon el montículo. La canción era tan festiva como cualquiera que Kanshell había oído de estas personas. Pero había poder allí, también. La canción era triunfal.

Rodeó la fosa y se dirigió hacia la casa de campo. Escuchó el canto de una manera que no lo había hecho antes. Le habló. Alegó un vínculo entre ellos. Hasta hace unos días desdeñaba las canciones de los colonos. Eran los productos de la superstición. Eran un signo de pensamiento delirante, una negación de las duras e

insistentes realidades del universo. Eso se dijo a sí mismo entonces. Ahora pensaba que la negación había sido suya. Se había negado a escuchar la verdad de esta música. Se negó a escuchar la alabanza porque no quiso creer que había un ser que oiría y recibiría los elogios.

Se acercó más. Se arrepintió de su necedad. El sonido de cientos de voces alzadas en la canción se arremolinaron a su alrededor. Fue arrastrado por la necesidad de adorar. La melodía le abrió vistas de posibilidades infinitas. Exigía que las aceptaran. Imponía grandeza. Su piel se estremeció con el cepillo de las sensaciones sin diluir. Su pecho se hinchó de orgullo y humildad. Respiró hondo, y se sorprendió cuando le enganchó. Levantó una mano a su mejilla. Sus dedos volvieron mojados. Aunque sus lágrimas fluían, su visión era clara.

La multitud se abrió para él al llegar a la base del montículo. Caminó hacia el centro como si fluyera por un torrente. La canción tenía una fragancia: el sabor agudo y dulce de las manzanas. Se convirtió en su mundo, apagando lo mundano. Ya no podía sentir sus piernas. Estaba flotando, no andando. Era sólo una conciencia ahora, un alma liberada del valle corpóreo de las lágrimas. En algún lugar allá abajo su cuerpo estaba levantando sus brazos, esperando flotar hacia arriba, impulsado por la fuerza de la canción. Se rio de la presunción del cuerpo, se rio de la euforia de los sentidos, y se rio de estar libre de miedo por primera vez desde Callinedes.

Ske Vris estaba de pie delante de él. La novicia se apoderó de sus hombros. -Me alegro de verte aquí, hermano -dijo ella.

Las palabras cortaron la bruma gozosa de Kanshell, con lo que el mundo volvió a enfocarse. Él estaba en su cuerpo de nuevo, aunque el éxtasis fuera tan fuerte. Descubrió que podía recordar cómo formar palabras -Gracias.

-Adelántate.

El albergue estaba llenó a reventar, pero de alguna manera la gente hizo sitio. Un camino apareció ante Kanshell, que conducía al centro de la planta. Ske Vris le hizo un gesto, invitándole a acercarse al sacerdote que estaba allí. Kanshell supuso que era el amo de Ske Vris, aunque él nunca había visto el rostro del hombre. Incluso ahora, el sacerdote estaba encapuchado. Estaba bailando. Sus pasos eran demasiado sinuosos y marciales. Él era fiel y era guerrero. Su mando era el signo de su oficio y

el terror de sus enemigos. Sus ropas se arremolinaron mientras bailaba, y la túnica por debajo de ellas eran las de un soldado. Aunque mucho más pequeño que un Marine Espacial era un gigante entre estas personas. Otros sacerdotes lo rodearon, haciéndose eco de su danza. Ellos, también, iban con túnica y capucha. Eran casi tan altos como el sacerdote principal, aunque mucho más delgados. Su baile era el torbellino de la melodía; suya era la fuerza. Y era él sobre quien estaba el foco de la red de luz.

La luz.

Los patrones extraordinarios que Kanshell había visto cuando el hogar estaba vacío eran aún más pronunciados ahora. Se quedó mirándolos con asombro. Era imposible. Afuera dominaba un profundo crepúsculo. Aunque había antorchas rodeando la casa comunal no podían dar cuenta de la intensidad de la iluminación. Luz brillaba a través de las ranuras en las paredes como si la casa estuviera dentro de la misma Pandorax. Como antes, cuanto más se acercó Kanshell al centro más definición asumió la red y más llegó a ser un idioma. Le hablaría si él lo permitía. Tenía un mensaje, que el sacerdote oyó, y se puso a bailar, regocijado. La red de luz se entretejió con las runas de su túnica. Kanshell vio llamada y respuesta, un constante intercambio de roles. El sacerdote estaba llamando a lo numinoso en un momento y respondiendo a un requerimiento divino al siguiente.

Ahora, por fin, Kanshell sintió que entendía los colonos. Entendió cómo conservaban su esperanza inquebrantable, sin importar cuántos de ellos cayeran bajo las fauces de Pythos. Era inconcebible que ellos hicieran lo contrario.

El sacerdote dejó de bailar. La luz no se movió, pero tal era la complejidad del patrón que la mirada de Kanshell no detuvo la danza. Dio un paso con agilidad desde el punto al eje del nexo, vueltas y vueltas, hipnotizante, embriagador. El sacerdote abrió los brazos, con las palmas hacia Kanshell.

-Se bienvenido -dijo. –Únete a mí -su voz era profunda, áspera, pero líquida. Un susurro glaciar.

Kanshell avanzó. Él se había mostrado reacio antes. Ahora estaba ansioso. Casi tropezó en su alegría. Corrió hacia el sacerdote.

A tres pasos del centro, con el mensaje cristalizando ante él, una inmensa verdad en la cúspide de la revelación, se detuvo. Él parpadeó, incierto. Sus pies quedaron arraigados.

-¿Qué te pasa? -preguntó el sacerdote.

Kanshell ingestión. Sus labios estaban secos. Tenía la garganta reseca. La fragancia de manzana era embriagadora, y si lo deseaba podría saciar su sed. Pero no pudo. Él no debía. Tuvo que esperar. -Algo... -graznó. Lo intentó de nuevo. -Algo falta.

El sacerdote inclinó la cabeza. -¿Sí?

Kanshell intentó apartar la mirada. Tal vez si podía cerrar los ojos se concentraría y descubriría lo que estaba mal. -Me siento... -se interrumpió, indefenso.

-Aún no estás en casa -dijo el sacerdote.

Kanshell casi sollozó con gratitud. –Sí -sí, eso era todo. Él todavía no pertenecía a ellos, aunque eso fuera lo que deseaba, tan poderosamente como temía las noches en la base.

-Nuestra canción y este espacio todavía no están familiarizados. Necesita consuelo. Necesita una señal de que no está traicionando su propia fe al compartirla con nosotros.

-Sí -dijo Kanshell. Las lágrimas fluían de nuevo.

-¿Y si te dijera que nuestras creencias son las mismas?

-Quiero creer eso.

Aunque el rostro del sacerdote estaba oculto, Kanshell estaba seguro de que sonrió. -A veces, una prueba de ello es el apoyo adecuado para la fe. Debes tener una prueba. Ven a nosotros otra vez y porta un símbolo de tu fe. Entonces conocerás la verdad y gozaremos juntos.

-Gracias -susurró Kanshell.

Trató de retroceder. Sus rodillas flaquearon. Si trataba de caminar se vendría abajo. Pero entonces Ske Vris estuvo a su lado, tomando su brazo por encima del

hombro. Kanshell se apoyó en ella y salió tambaleándose de la casa comunal. Mientras la dejaban atrás, Kanshell notó a algunos siervos en la periferia de la multitud, viendo y escuchando, con los rostros hambrientos de envidia. Con el canto aún llenando sus oídos, su corazón siendo martilleado de su roce con el poder de la fe desatada, Kanshell fue golpeado por una visión de lo que podría ser. Pensó en la fuerza que obtuvo del círculo de oración de la mañana. Se imaginó lo mucho mayor que sería la fuerza si hubiera tantos adoradores como en la casa. Para alabar al Emperador como Él debía ser alabado, para hacerlo abiertamente, hacerlo por los cientos; eso sería, estuvo seguro Kanshell, un golpe mortal al miedo.

¿Y por qué detenerse ahí? La visión se disparó. Se imaginó a miles, millones, *billones* alzando sus voces a las glorias del Emperador. Su respiración se detuvo. Él no era un hombre violento. Nunca había luchado. Había limpiado armas, reparado, conocía sus nombres y usos, pero nunca había disparado un solo tiro. Era Jerune Kanshell, siervo de baja categoría, un engranaje insignificante y eminentemente reemplazable en la máquina de la X Legión, y nada más. Pero por la prosecución de este sueño se sintió listo para matar.

La necesidad y el resplandor de la visión le abandonaron cuando abordó el transporte de regreso a la base. Al desembarcar en la plataforma de aterrizaje y escuchó los ruidos al otro lado de las paredes perdió el brillo. La necesidad se mantuvo, y se aferró a ella, y la promesa de fuerza, incluso cuando regresó el miedo, jactándose de garras nuevas, dientes nuevos, nuevas maneras de asesinar la esperanza.

El joven se hizo eco de la noche con un canto muy diferente. Era la canción de los carnívoros. Las orejas de Kanshell escucharon otra llamada y respuesta: el rugido de los depredadores alfa y las respuestas de sus grupos. Había habido una reunión repentina de saurios aquí. No había habido nada como esta cacofonía durante la mañana. Ahora podía oír innumerables voces de reptil gruñendo desafíos a las murallas. Las bestias se burlaban de sus presas.

Kanshell se alejó de la pista de aterrizaje. No tenía ninguna prisa en llegar al Dormitorium. Se detuvo en el hueco entre los edificios, con las piernas aún temblorosas, los gritos en la oscuridad lastimándolo como si sus mandíbulas ya estuvieran cerrándose alrededor de su cabeza.

Todavía estaba allí cuando Tanaura lo encontró. Parecía tan demacrada como se sentía, aunque el hierro aún estaba allí en el set de su mandíbula.

-¿Cuánto tiempo ha estado sucediendo esto? -preguntó.

Fuego bólter de la muralla. Rugidos que pasaron a gritos y luego el silencio. Ecos del asedio en el asentamiento. Monstruos probando las defensas.

-Empezó esta mañana -dijo Tanaura. –Se han vuelto más audaces durante todo el día.

-¿Por qué? -exigió a la nada. Las acciones de los saurios aquí le molestaban más que los ataques a la empalizada de madera. Su vulnerabilidad estaba clara. Pero el promontorio era una posición fuerte. Las paredes de la base de eran sólidos. Sus defensores eran fuertes como dioses. ¿Por qué los animales acechar tal objetivo? ¿Por qué tanta obstinación? -No pueden aspirar a romperlas.

-Son animales -dijo Tanaura. -No esperan.

-¿En serio? ¿Entonces qué los mantiene aquí? -estos animales pueden esperar, pensó. *Tienen la esperanza de nuestra sangre.*

El crujir de ramas quebradas. El choque de los cuerpos pesados unos contra otros. Gruñidos de rabia y dolor. Algunos de los monstruos estaban cansados de esperar y luchaban entre sí.

-No lo sé -Tanaura se encogió de hombros, tratando de ser despectiva. -Tal vez esperan, pero no razonan. No van a entrar. Los legionarios les masacrarán tan pronto como se acerquen a la muralla.

-¿Y cuando no queden municiones?

-No llegaremos a eso.

-Suenas muy segura.

-La misión de la Legión no se enfangará en ello -hablaba como si la decisión fuera suya. Kanshell casi comentó su presunción, pero luego vio cómo ardían sus ojos. Determinación, esperanza, deseo, profecía... Todos alimentaban el fuego en su

mirada. Así era la desesperación. -Esta no es la manera en la que deba combatirse la guerra -dijo a Kanshell.

-Pero *se está* librando aquí -respondió.

Más allá de la pared, los rugidos se hicieron más fuertes. El sonido era una marea creciente, llegando para ahogarles. Nunca decaería. Y dentro de la pared, los pensamientos de la noche profunda esperaban, ansiosos por probar la fe de Kanshell.

CATORCE

La soga apretando

Sombras contra sombras

Misión de los ciegos

Galba dijo, -El planeta se está volviendo contra nosotros.

-Esa es una afirmación irracional –espetó Atticus.

-No quiero dar a entender la capacidad de sentir.

-¿No lo hiciste? ¿No estabas hablando desde un manantial oculto de conocimiento?

Galba suspiró. A diferencia del capitán él todavía tenía la capacidad de hacerlo. -No -dijo. -Meramente de la observación -hizo un gesto a la selva más allá de la muralla, cubriendo la ladera este del promontorio. Las luces de la base iluminaban una banda estrecha de follaje y troncos, blanqueando el verde. Detrás sólo había un negro descomunal, sacudido por la furia sin fin de la vida monstruosa en su interior.

-No ve a los animales como una amenaza realista –le informó Atticus. La declaración tenía la finalidad de una orden directa.

Galba se volvió hacia Darras en busca de ayuda. El otro sargento no dijo nada. Mantuvo su mirada fija en la selva. Había hablado poco con Galba desde la batalla en las ruinas. La sospecha de Atticus envolvía a Galba como una enfermedad. El rumor corrió a través de las filas de la compañía: uno de sus miembros podrían estar utilizando artes prohibidas, poderes doblemente prohibidos por contravenir las órdenes del Emperador y que violaba el espíritu de la máquina. La intuición era casi tan sospechosa como la brujería. La brujería en sí iba más allá del límite.

-Lo que veo, hermano-capitán, es un cambio en el patrón de comportamiento. Tan irreflexivo como es este enemigo, el efecto de sus acciones son los mismos que si hubiera una campaña planificada.

-No tengo conocimiento de eso, sargento. Soy consciente de todo lo que afecta a nuestra misión. Pero eso -señaló a la selva, -no es nuestra amenaza principal.

-No –aceptó Galba. -No lo es.

Se quedaron en silencio. Detrás de ellos, los sonidos de terrores nocturnos se filtraron de los cuarteles de siervos. Ninguno de los Manos de Hierro reaccionó. Esperaban los aullidos de la condenación. No había nada que hacer excepto tratar con las víctimas que venían con el amanecer. Aun así, Galba no se atrevió a ignorar los gritos. Conocía mucho de lo que los mortales estaban experimentando. Sentía empatía con ellos, aunque reconoció su sufrimiento como una debilidad de la carne. Atticus, sospechó, sólo oyó un recordatorio de futilidad.

Galba lo intentó de nuevo. -De todos modos, creo que los saurios son una amenaza que no debemos pasar por alto.

-¿Qué quieres que hagamos? ¿Quemar toda la selva?

-No -no podrían hacerlo como no podrían drenar el océano. El verde y sus monstruos eran infinitos. Pero la palabra *quemar* se pegó a él. Se sacudía alrededor de su mente. Sugería algo. Era la semilla de una idea. Sus contornos no estaban claros para él, pero si era paciente se resolverían con el tiempo.

Quemar, dijo el pensamiento, un estribillo haciendo eco, una obsesión naciente. *Quemar*.

Atticus regresó al módulo de mando. Darras, manteniendo su posición de observación, esperó a Galba para liderar una patrulla. Galba se quedó donde estaba. Al final, dijo, -no soy un psíquico.

Darras se volvió hacia él. -No creo que me estés mintiendo, hermano, y *ese* es el problema. Te estás mintiendo a ti mismo -Galba abrió la boca para contestar, pero Darras levantó una mano, interrumpiéndolo. -No estás siguiendo a la razón. Está escuchando lo que quieres creer. Eso es un defecto de la carne.

-No confías en mí.

-No, no lo hago. Estás negando la lógica. Estás apartándote del camino que Ferrus Manus nos mostró y de la Verdad Imperial con tanta seguridad como si estuvieras ejecutando deliberadamente hechicería. Así que no, no puedo confiar en ti. No deberías confiar en ti mismo, o en cualquier decisión que tomes -se enfrentó a la selva, una vez más. El rechazo de su hermano fue doloroso, pero necesario. El campo de batalla era implacable en su rechazo al error.

-Y si no me equivoco -dijo Galba, -¿Qué?'

-Entonces el universo está llena de terrible irracionalidad y no hay tal cosa como la razón. La locura es tuya, hermano. Mantenla alejada de mí.

Los ataques fueron más concentrados. Las interrupciones fueron a peor. Erephren se defendió. Estaba en guardia ahora. No iba a ser tomada por sorpresa. Todavía sentía la ira de su enfrentamiento con la sierva, Tanaura. No estaba dirigida a la propia mujer. Era dirigido a la deferencia que su posición representaba. La X Legión había sufrido suficientes humillaciones. Ella jugó un papel en el restablecimiento de su orgullo. La destrucción de la *Callidora* y su escolta fue una victoria real. No iba a dejar que el enemigo que habían encontrado aquí les robara más venganza.

Tanaura tenía su fe. Tal vez le concedía cierta medida de confort cuando comenzaron los gritos de la noche. Un delirio poco más podía hacer. Erephren tenía su furia. Se basaba en la realidad empírica, insistente y sangrienta de la guerra misma. Necesitaba el ancla para echar su mente al Immaterium y no volverse loca. La usó ahora para defenderse contra el enemigo. Los bordes cortantes de la oscuridad se deslizaron en su conciencia. Risas y mandíbulas la rodearon. Algo que

tenía el mismo rostro del terror intentó formarse ante ella. Ella lo rechazó. Se desquitó rompiendo en pedazos su percepción de la disformidad.

Ella siseó. Sus manos eran torpes e insensibles, a años luz de su mente, pero funcionaron lo suficiente como para separarla de su trono. Se alejó tambaleándose con piernas que estaban tan rígidas como el rigor mortis, débiles como el aire que respiraba. Su cabeza estaba llena de relámpagos y vidrios rotos. Voces infernales chillaban en ella. Ella les desafió. Esta vez no quedaría inconsciente. Se blindó de la disformidad, eligiendo la ceguera en lugar de ser empujada a ella. La intensidad de las voces disminuyó, pero no fueron silenciadas. Astillas de lo irreal la siguieron. Eran finas gasas, frágiles como un sueño en el momento de despertar. Pero eran tóxicas, afilas, y se aferraron. Dejaron cicatrices incandescentes en su mente. A lo lejos, sus labios se retiraron en un rictus. Sus dientes chirriaron. Trató de soportar el dolor. Habría arrancado la garganta del enemigo con sus dientes si hubiera estado delante de ella.

Cobardes, pensó, abrazando su rabia. *No puedo ver. Apenas puedo caminar. Todavía os escondéis. No sois nada. No sois dignos de mi tiempo.*

Los susurros mostraron su poder haciendo caso omiso de sus burlas. Se deslizaron a su alrededor. Se burlaron de sus percepciones con la amenaza de la repentina realidad. Cuando extendió sus manos para encontrar su bastó se alejó del pincel de lo inminente. Pero su mano izquierda se cerró alrededor de la empuñadura y su derecha al bastón. -N o sois reales -dijo a la sombra.

Todavía no, murmuraban. *Pero estamos en camino*, prometieron.

Mandó una orden a su brazo y golpeó la punta de su bastón contra el suelo. El sonido pertenecía a otro mundo, pero estuvo presente. Golpeó de nuevo, otra vez, marcando el ritmo de su marcha. Sintió su camino a seguir envuelto en las espirales de la oscuridad. No podían retenerla. Cuando su mano tocó la puerta, su corazón se llenó de triunfo. La abrió. En el pasillo sintió una presencia descomunal. Era masivamente real, pero rodeado de sombras. Por mucho que se había blindado todavía sentía las corrientes disformes afectadas por estar delante de ella. Ella dio un paso atrás y levantó su bastón, preparada para una pelea. A Lo que se enfrentaba era enorme y el dolor quebrador y caóticos de la disformidad la había paralizado. No se hacía ilusiones sobre su capacidad para ganar, pero al menos no decepcionaría al enemigo sobre su voluntad de luchar.

La presencia habló. -Señora Erephren -dijo. -No se alarme.

Ella bajó el bastón y se apoyó en el, en parte por alivio parte por el dolor que crepitaba por la base del cráneo y la columna vertebral. La voz pertenecía al Guardia del Cuervo, Ptero. Oyó algo de su propia tensión en sus tonos. –También está siendo atacado -dijo.

-Todos nosotros lo somos. Algunos con más intensidad que los demás.

-Los psíquicos.

-Sí; estamos entre sus objetivos especiales.

Ella se sobresaltó y honró por su admisión abierta. Le tomó un momento notar su calificación. -¿Entre?

-Hay otros, no de nuestro tipo, que están en la mira del enemigo. Por qué razón, no lo sé.

Ella se enderezó. Ptero era de las Legiones Astartes, y ella le debía todo respeto. Pero ella representaba en este momento a la X Legión, y ella se alzó. El asalto no terminó, pero se convirtió en un asedio de fondo. Sus escudos eran fuertes. Su voluntad era más fuerte.

-¿Querías hablar conmigo? -dijo.

-Sí. ¿Estaría de acuerdo en que nuestro enemigo no puede ser derrotado por la mera fuerza de las armas?

Aunque el Guardia del Cuervo fue cuidadoso en su redacción, Erephren se enfadó ante la crítica implícita de Atticus. Al mismo tiempo, sabía que Ptero tenía razón. -Sí -dijo ella.

-Creo que tiene un papel fundamental que jugar contra este enemigo.

-Soy un astrópata. Nada más.

-Es un astrópata de enorme capacidad. Su percepción de la disformidad es mayor que la de cualquier otra persona en este planeta. Esto es un activo.

-Estoy obligada por la Voluntad del Emperador -recuperó una mayor conciencia de su cuerpo, y sintió el abrazo del grillete ceremonial en su tobillo. Era el símbolo de su fidelidad inquebrantable.

-Como todos –le recordó Ptero. -Pero usted ha hecho algo más que transmitir las comunicaciones.

Esto era cierto. -¿Qué quieres de mí?

-El uso de tu visión. Buscar no es un acto pasivo. Es agresivo. Puede destruir. La aniquilación de la *Callidora* fue tanto la obra de tus manos como las del capitán Atticus. El enemigo nos ve. Nos conoce. Sondea nuestras defensas, aprende nuestras debilidades. Este sitio no puede continuar. Estuve de acuerdo con la meta de vuestro capitán en descender a las ruinas. Debemos buscar al enemigo. Debemos encontrar en su tierra natal y luego le asediaremos. Pero tenemos que saber dónde buscar y tenemos que saber golpear.

-¿Has hablado con el capitán Atticus?

-No creo que diera la bienvenida a mis sugerencias. Pero sé que usted tiene su oreja.

Ella esbozó una sonrisa. -Y así a dar forma a la guerra de las sombras.

-Nosotros los de la Guardia del Cuervo nos vanagloriamos de que hacemos bien.

Ptero tenía razón. Atticus escuchó.

Ayudó que tuviera una estrategia específica que sugerir. Con el amanecer el enemigo se retiraba, dejando el campo al aún creciente número de saurios. Teniendo la mente clara, Erephren abrió cautelosamente sus sentidos a la disformidad. La vista que tuvo delante era aún fragmentos desordenados y dolor. Lo único que podía ver con precisión era las tormentas. Desafiaron su comprensión. Eran tan vastas que parecían fundirse en una sola expresión de absoluto caos. El empíreo se levantaba en ondas que empequeñecían incluso la concepción de las montañas. Al acecho detrás de las tempestades estaba la terrible sugerencia de la intención. Formó la idea horrible forma de que aquí veía la obra de un enemigo de maldad y poder inconcebibles. Apartó la mirada de las tormentas

antes de que la idea se convirtiera en una condena. El enemigo en Pythos era amenaza suficiente.

Se obligó a enfrentarse con la anomalía. Destruyó cualquier intento de leer los detalles de la disformidad. Convirtió su visión en astillas, fragmentos de energía irregular, totalmente dividida, duplicándose y colisionando en un frenesí de no-lógica. Era un tormento a considerar. Su mente trató de saltar en pedazos, pero ella la disciplinó. Dejó de tratar de ver más allá de la distorsión. Miró a la propia distorsión. *Tú eres lo que busco*, le dijo a ella. *Eres el signo del enemigo. Eres su rastro*. Incluso el dolor que le causó era la prueba. Se aferró a su propio sufrimiento. Lo hizo su guía. Lo siguió hasta su fuente.

Luego habló a Atticus.

Una hora más tarde, estaba en el asentamiento, con una escolta de Manos de Hierro al borde de la primera de las fosas.

-¿Estás segura de que la interferencia viene de aquí? -preguntó Atticus.

-Lo estoy.

Encontró el esfuerzo de hablar agotador. Estar tan cerca del epicentro de la anomalía significaba un asalto constante. No tenía otra que encerrarse de nuevo, pero el trastorno la alcanzó, golpeando a través de la pequeña abertura que dejó. Ese fue su error. Esta era la forma en la que *ella* podía llegar a él. Este era el arma con el que ella podría *atacarlo*. El enemigo iba a pagar por atreverse a enfrentarse a ella.

-Hemos peinado la estructura -dijo Atticus. -No hay nada. Nadie. Hay una región a la que aún no hemos accedido, pero no hay manera de entrar o salir de ella.

-Irreverente.

-¿Todavía insistes en descender?

-Así el -ella sintió su mirada evaluadora. -Capitán, soy lo suficientemente fuerte para esta tarea. Mi orgullo no me permitía ser una carga para usted o sus hombres.

-Tengo muchas cargas –gruñó Atticus, -pero no estás entre ellas. Nos has encontrado un destino antes. Hazlo de nuevo y estaré siempre en deuda.

-Mi deber para con la Legión es la única recompensa que busco.

-Habla por todos nosotros -la voz provenía del sargento de Galba. A pesar de que se dirigía a ella, la observación parecía ser para el beneficio de Atticus. A Erephren no le gustaba las implicaciones de una división dentro de las filas de los oficiales, pero ella puso la preocupación a un lado. No era su preocupación. Su misión requeriría de toda su concentración. No podía arriesgarse a entregar la apertura de una distracción o preocupación marginal al enemigo.

-Sea así pues -dijo Atticus. Siguió el sonido de sus pasos. Los ruidos sordos de sus botas contra la tierra dieron paso al golpe hueco de la madera.

-Tened cuidado allí.



El Capitán Durun Atticus, comandante de la Veritas Ferrum.

-Muchas Gracias -Erephren se subió a una plataforma estrecha. Si todavía hubiera tenido acceso a todo el ámbito de su medio-visión psíquica no habría necesitado la cautela de Atticus. Habría percibido las dimensiones exactas de la plataforma, conocería cuántos pasos hacia adelante podría tomar antes de caer por el borde. Pero el mundo ya no era conjurado por el conocimiento espontáneo. Ahora era táctil. El *tap-tap-tap* de su bastón le dio los contornos de la realidad. Ella podía navegar, pero lo que la rodeaba se ensombreció. Había grandes espacios en blanco de ignorancia a su alrededor, lo que hizo más tentativo su paseo. Estaba acostumbrada a una autoridad soberana sobre los espacios por los que se movía, del material y los planos inmateriales. Ser reducida a la ceguera humana mundana era una afrenta que nunca perdonaría.

Los colonos construyeron un andamiaje áspero contra la cara de la estructura. Este pozo, en la base de la casa principal, donde la tierra se derrumbó en primer lugar, fue donde Atticus ordenó la excavación primaria. Los secundarios continuaron en los otros tres abismos, pero sin clara ventaja en un solo lugar sobre otro, la mayor parte del esfuerzo se concentró aquí. Los voluntarios hicieron pasarelas para subir y bajar las fachadas en otros lugares. Aquí había escalones. Eran desiguales, toscamente labrados, zigzagueando por entre las plataformas igual de ásperas. Pero eran suficientes para su tarea. Con la ayuda de su bastón, Erephren fue capaz de caminar hacia abajo. Podía, pensó, satisfacer su orgullo hasta ese grado.

Cuanto más bajaba, más crecieron los espacios en blanco de su mundo. La anomalía se intensificó. Tuvo que comprometer casi todos sus recursos psíquicos en el bloqueo de los daños. Se quedó con meras trazas de energía para mantenerse móvil y capaz de interactuar con el mundo físico. Dos cosas le dieron el empujón que necesitaba para continuar: una furia incesante y el deseo consumidor de castigar.

Era consciente de que los Manos de Hierro hablaban los unos con los otros, pero sus voces fueron reducidas a ráfagas impresionistas de estática mental. Había rabia en sus tonos. Inflexiones de duda y sospechas. Se le ocurrió que aquí estaba otra señal de la campaña del enemigo: la impasibilidad artificial estaba siendo drenada de los Manos de Hierro. Isstvan V había asestado un golpe tanto militar como psicológico y que el trauma estaba ahondando, profundizado, moldeándose en algo profundo, algo que podría durar más que las estrellas. La rabia se había convertido

el latido del corazón de la compañía, una rabia aguda como un puñal, pero amplia como la galaxia. Rabia en respuesta a la traición, una traición tan grande que reveló la traición en todas las cosas. Entendió, porque ella tenía su pequeña participación mortal de esa rabia. ¿Cuánto más incandescente, devastadora a su alrededor, sería la ira de los semidioses?

Descubrió que se regocijó ante la idea. Mientras la rabia no estuviera dirigida hacia el interior.

La ansiedad se levantó, formando una burbuja en el caldero de su psique. No tenía valor. Era peligroso. Reprimió con la mayor fuerza la ira y avanzó. Hacia abajo. Un paso a la vez.

Delante de ella, el sonido de las fuertes pisadas de Atticus cambió de nuevo. Ahora no era el duro eco de la piedra. -Estamos a punto de entrar en las ruinas -le dijo. Giró hacia la derecha.

Ella le dio las gracias. Ella siguió su voz, sintiendo las formas de la plataforma dando paso a la suavidad de la estructura misma. En ese momento estaba pasando por el umbral. Era una cruda realidad, cortada a través de una inexpresividad envolvente. Sintió los contornos del arco con tanta claridad como si la anomalía hubiera cesado abruptamente. Pero cuando ella lo atravesó el caos de sus percepciones se multiplicó por cien.

El tiempo desapareció. El mundo desapareció. Sólo había malformación. Ella había entrado en el asalto, y este se coló por todos los flancos, abrumando sus barreras. Se estaba ahogando en energía malformada.

Algo que no estaba al azar se entrometió. Tenía una forma. Tenía un propósito. Tenía una existencia en el tiempo y su existencia le devolvió una sucesión de momentos. La cosa se hizo más clara. Era una voz. Era Atticus, nombrándola. Agarró el fragmento de la realidad y luchó contra la corriente de locura. Llegó a una costa, y poco a poco, recuperó la naturaleza de los sonidos, del tacto, del pensamiento. Ella se sorprendió al descubrir que seguía de pie.

Atticus preguntó: -¿Puedes seguir?

-Sí -la palabra era una victoria. Su verdad era una mayor. -Capitán, usted dijo que este edificio era inerte. No lo está.

-Sabemos que hay energía disforme ambiental actuando aquí, pero eso es todo –contestó Atticus. -¿Auspex? -gritó.

-Sin cambios -el que habló fue el tecnomarine, Camnus. -No hay longitudes de onda coherentes.

-Y sin embargo los ataques fueron dirigidos –reflexionó Atticus, -y son cada vez más fuertes.

-Esto es una máquina -dijo Galba.

Atticus gruñó y siguió adelante.

Abajo, abajo, a mayor profundidad. Erephren era una espiral en un vendaval abrasador. Tomar un solo paso era una guerra en sí misma. Reclamó una victoria difícil tras otra, y cuanto mayor era dolor mayor la sensación de que se acercaba al enemigo. El tiempo se desintegró de nuevo. Ella existía por el combustible de la rabia y la expectativa. Al siguiente instante fue consciente del mundo fuera de su lucha, uno que había dejado de moverse.

La voz de Atticus penetró la neblina galvánica, como la transmisión de una estrella distante. –No podemos ir más allá.

Completa tu misión, pensó. El esfuerzo de hablar la trajo al punto del colapso. El deber la mantuvo en pie. -Estamos muy cerca -dijo. Alargó la mano izquierda. Su palma rozó una barrera de roca. -¿Qué es esto? -preguntó.

-La barrera al final de este túnel –le dijo Atticus. -Las excavaciones aquí han quitado toda la piedra derrumbada, pero ahora esto bloquea nuestro camino. Es demasiado uniforme para ser natural. Es parte de la construcción xenos de este sitio. Su objetivo está claro y no podemos encontrar ninguna manera de evitarlo.

-Tal vez uno de los otros túneles... –comenzó Darras.

-No -dijo ella. Pasó sus dedos sobre la roca. Su presencia llenó su mente. -La superficie tiene una curva ínfima –anunció ella. -Esto es una esfera. Una muy grande.

-¿Hermano Camnus? -dijo Atticus.

-Nuestras lecturas son caóticas, hermano-capitán. Es imposible decirlo con certeza. Pero es muy posible, sí. Creo que debemos confiar en lo que detecta la Señora Erephren.

-¿Puedes decirnos lo que yace al otro lado? -preguntó Atticus. -Si lo rompemos, ¿Encontraremos a nuestro enemigo?

Empujó a través del tormento. Se obligó a mirar con más detalle las interrupciones, aquí, en este lugar que era más disformidad que realidad. Incluso se preparó para el peor ataque. Estaba convencida de que estaba a punto de encontrar el corazón de la fuerza destructora. En cambio, no encontró nada. La esfera estaba hueca. Era un inmenso vacío, un vacío que crujía con potencial, pero no había enemigo.

-No hay nada allí -dijo Erephren. -Esta esfera... -*¿Una cáscara?* -Es el centro de la anomalía.

-¿La fuente?

-No. El centro -apartó la mano. -Toda la estructura es la fuente.

-Una máquina –repitió Galba.

-Los ataques son deliberados -dijo Atticus. -No son sólo el efecto de un mecanismo en funcionamiento. Si estos es una máquina, alguien la está usando.

-Sí –estuvo de acuerdo Erephren. Sin nada más que ver reforzó sus barreras. Se retiró con el alivio en la ceguera. No podía cerrar la energía por completo. Era demasiado fuerte. La filtró. Su cabeza sonó como una campana de catedral. Deseó que esta conversación esperase. -Pero ese alguien no está aquí.

-Entonces, ¿Dónde?

La pregunta de Atticus era retórica, pero la respuesta surgió ante Erephren. Una que no debería creer. También fue una que no podía evitar. Sin embargo esperó. Se preguntó si Galba había llegado a la misma conclusión loca y no deseada.

Lo hizo. -En ninguna parte en este plano.

-Sí -dijo ella.

El silencio fue muy pesado.

-No voy a tolerar absurdos –declaró Atticus, su furia expresada en frías sílabas mecánicas. -No puedo luchar contra los mitos.

-Capitán -dijo Erephren. -No voy a tratar de convencerle de algo que deseo, de todo corazón, que fuera un error. Pero puedo decirle esto sin ninguna duda: esta estructura es la causa de la interferencia. Si tiene un mínimo de fe en mis habilidades, créame ahora.

-Entonces tenemos que poner fin a la interferencia.

Galba dijo, -Quemadlas.

QUINCE

Abstenerse

Comunión

Desafío

Quemadlas.

La idea era de él, ¿No?

Galba se cernió sobre la cuestión de regreso a la superficie. Luchó contra ella en la *Inflexible* mientras volaba a la base. Atticus mantuvo su consejo, quizás dando tiempo a Galba ordenar sus argumentos o arrepentirse de su locura. No cambió su mente. Las ruinas debían ser destruidas. Eso era evidente, sin duda. Causaban la anomalía de la capacidad del Erephren para monitorear la disformidad. Eliminadlas, y el problema terminaría.

Eso era lógico.

Pero él había estado pensando *Quemadlas* antes del diagnóstico de Erephren. Trató de justificar su condena. Trató de construir ese conjunto racional de observaciones y conclusiones que concluyeron en esa idea. Y a esas palabras tan precisas.

Quemadlas.

Fracasó. El razonamiento se convirtió en racionalizaciones, y los descartó en vergüenza. Era honesto consigo mismo. La idea se le había ocurrido durante la noche, y no se podía confiar en las noches de Pythos.

Encontró que no podía confiar ni en su dilema. Era aún más incierto cuando Atticus lo llevó aparte. Hablaron en los aposentos del capitán, una pequeña cámara prefabricada adjunta al centro de mando. Era un espacio sin ventanas, casi sin rasgos. No había nada en las paredes de plastiacero. En el centro de la habitación había una mesa en la que estaban repartidas las cartas estelares y una creciente colección de mapas de Pythos. Atticus no había renunciado a la idea de encontrar un campamento enemigo, y por ello envió las cañoneras de combate en misiones de reconocimiento, examinando más de la región costera en cada salida. Los resultados consistieron en mapas de contornos de selva intacta. Los pergaminos estaban cubiertos de anotaciones, casi todos ellas tachadas. Eran las sobras de la frustración.

No había ningún lugar para sentarse en la habitación. Sólo estaba la mesa. Atticus cerró la puerta. Se quitó el casco, colocándola sobre la mesa. Comenzó un rítmico y lento paseo alrededor de la habitación, y Galba supo que estaba viendo cómo utilizaba el capitán la cámara. Este era su espacio de pensamiento inquieto.

Atticus dijo: -¿Así que tendría que quemar las ruinas?

-Siento muy fuertemente que usted debe, hermano-capitán -esa fue la respuesta más pura, más honesta que podía dar. Esperaba que el capitán lo recogería en su elección de palabras.

Lo hizo. -*Sientes* esto, ¿Verdad?

-Sí.

-¿Y qué *piensas* que debemos hacer?

-No estoy seguro.

Atticus dejó de caminar. Desde el otro lado de la mesa se enfrentó a Galba. Su mirada era fría, precisa, diseccionadora. Galba se sintió siendo juzgado por un intelecto tan inhumano como un cogitador. Así como el ojo izquierdo era el único eco visible de la carne restante en Atticus, la última emoción que yacía dentro de su marco era la rabia. –Explícate -dijo el monstruo de la guerra.

-Mi primer impulso es quemar las ruinas. La destrucción sería el resultado inevitable de esta acción. Pero mi impulso es quemarlas. *Debo* tomar esta acción, capitán. Es todo lo que puedo pensar. Pero...

-Pero no deduces que este era el camino para lograr la destrucción.

-Correcto.

Después de unos segundos, Atticus reflexionó, -La estrategia es racional. La manera más eficaz de destruir esa estructura implicaría una forma de fuego u otra. Sargento, ¿Cuándo le golpeó este deseo de quemarlas?

-Anoche.

-Ya veo. ¿No has llegado a la conclusión de que las ruinas eran la fuente de la anomalía antes que la Señora Erephren?

-No lo hice.

-¿Cuál podría ser la fuente de su inspiración?

-No tengo ni idea.

-¿Ah, sí?

Hubo poca inflexión en la voz biónica de Atticus. Hubo varios niveles de volumen y estaba la longitud que eligió dar a sus sílabas. Esas variaciones fueron suficientes para transmitir una gran cantidad de expresión. Galba no tuvo dificultades en leer su escepticismo en esa sola palabra. Aun así, el sargento se mantuvo firme.

-No sé cuál es la fuente. *Sé* lo que no lo es. *No* soy un psíquico. ¿Cómo me habría escondido de ti y de todos nuestros hermanos por tanto tiempo? Capitán -le dijo, -¿Alguna vez le he dado algún motivo para dudar de mi lealtad?

La cabeza de Atticus se inclinó una fracción de grado a la derecha. No -admitió. -Pero parte de su comportamiento en este planeta ha sido difícil de explicar.

-Comparto su perplejidad.

El gruñido electrónico fue evasivo. No era hostil. Tampoco era misericordioso. -Entiéndame, sargento. Cualquiera que sea la naturaleza de la debilidad que le asalta, el único aspecto de lo que me interesa es qué consecuencias podrían tener para nuestra situación táctica. ¿Lastimará o saboteará la misión? ¿Herirá o perjudicará a la compañía?

-Yo nunca…

Atticus levantó una mano, interrumpiéndolo. -Si no entiende lo que le está pasando, si ocurre a pesar de su voluntad, sus intenciones son irrelevantes. Así que, por lo tanto, lo es su lealtad.

Galba no tenía respuesta para eso. La lógica era implacable. También era inexpugnable. -¿Qué es lo que quiere hacer conmigo? -preguntó.

-No estoy seguro. No me gusta la incertidumbre, hermano sargento. La desprecio en mí mismo en especial. Pero esta es nuestra posición. Cualquiera que sea la fuente de su conocimiento fue capaz de advertirnos sobre el ataque de los bichos en las ruinas. Eso era útil, aunque inexplicable -posó un dedo contra la superficie de la mesa. -Descríbame otra vez exactamente lo que pasó.

-Sentí algo aproximándose.

-¿Detectado cómo? ¿Fue una intuición?

-No -hizo una pausa. -Escuché susurros.

-La noche del primer ataque dijo que olió susurros.

Galba asintió. -Lo hice.

-Mi diagnóstico fue una alucinación inducida por la disformidad -*Tap-tap-tap* hizo el dedo. –Los eventos apuntan a la insuficiencia de esa teoría. Susurros, dijo. ¿Eran coherentes?

-En las ruinas lo eran.

-¿Qué te dijeron?

-Adviértelos. Ya llegan. Mira a tu derecha.

El golpeteo se detuvo. -Muy coherente. ¿Eran su voz?

-No -dijo. Mordió la palabra con disgusto. El recuerdo de aquella voz - *óxido, cráneos, piedra* – le ralló.

-¿Y ahora? ¿Los susurros le hablan otra vez?

-No como lo hicieron entonces. Pero la necesidad de quemar las ruinas es uno de ellos articulado. La palabra *"quemadlas"* está en mi cabeza.

Silencio. Inmovilidad. El guerrero-máquina estaba sumido en sus pensamientos. Entonces, -La coherencia de estos mensajes está de acuerdo con la presencia de un enemigo sensible. La naturaleza de la tecnología que permitiría su transmisión va más allá de mí, pero pondré esto de lado por ahora. El contenido de los mensajes es lo que debe ser tratado. Y no fuimos perjudicados por esos susurros en las ruinas. Fuimos ayudados.

-¿Crees que tenemos tanto aliados como enemigos aquí? -preguntó Galba. La idea se sentía mal.

-Estoy cada vez más cansado de oír hablar de entidades invisibles -dijo Atticus.

-Con todo respeto, capitán, no está tan cansado como yo de *oírlos*.

Ahora el sonido que surgió del cráneo sin expresión fue una aproximación de diversión. -Me lo imagino -dijo Atticus.

Esa frase cruzó el abismo que había estado creciendo entre los dos legionarios. Galba sintió su respiración más fácil. -¿Qué medidas tomaremos? -preguntó.

Atticus seguía inmóvil. Luego dio a la mesa un golpe decisivo con el puño. La superficie se abolló. -Mis dudas son legión. Pero el primer mensaje en las ruinas era valioso. Hacer caso omiso de la segunda podría ser contraproducente, y su insistencia coincide con mis propias evaluaciones estratégicas.

-¿Vamos a destruir la estructura?

-Vamos a quemarla.

Kanshell pensó que esta podría ser su última vez en el asentamiento. Las operaciones de excavación fueron canceladas. Kanshell no sabía lo que, en todo caso, fue hallado en las profundidades, pero parecía que la X Legión tenía pocas razones para mantener una presencia aquí por más tiempo. Los rumores que circulaban entre los siervos era que había llegado el momento de que los colonos se valieran por sí mismos. La empalizada era sólida. Tenían rifles láser entre el pueblo para defenderse. Ahora tenían que demostrar merecían la pena el esfuerzo por salvarlos.

Esta fue la información que flotaba camino de Kanshell en las corrientes de las conversaciones durante las últimas horas del último día. Era charla superficial. A continuación fueron los flujos importantes. Los temores de las noches en la base ahora estaban enredados con las esperanzas encendidas por las ceremonias llevadas a cabo en el asentamiento. Los siervos eran espectadores cautos, fascinados. Sólo Kanshell había puesto un pie en una de las casas comunales. Ya no habría una última oportunidad para participar. Los sucesos lo enturbiaban con confusión no declarada, incertidumbre, preocupación. Kanshell sospechó que la mayoría de los siervos, incluso los seguidores del *Lectitio Divinatus* lo obstaculizarían. El temor de una violación visible de la laicidad de la Verdad Imperial era demasiado grande.

Kanshell sabía lo que Tanaura haría si estuviera presente. Podía oír su voz instando el valor de defender la verdad, sin importar la censura que le seguiría. Tenía una deuda espiritual con ella. Ella nunca había renunciado a él. No podía dar marcha atrás. Y si de verdad tenía fe en el Dios-Emperador, la fe implicaba responsabilidades. Viviría por ellas.

Llegó la noche. Los turnos de trabajo terminaron, pero los transportes aún no habían llegado. Kanshell podía ver no había legionarios en absoluto. Incluso los salamandras se habían marchado poco después de que los Manos de Hierro y la astrópata surgieran de las profundidades. Comenzaba la independencia del asentamiento. La selva rugía como si los saurios lo supieran y se regocijaron. Los guardias en las paredes eran más numerosos y parecían estar mejorando, aunque sólo fuera por pura concentración de fuego al defenderse de las bestias. Aun así, los reptiles voladores ocasionales lograron despegar con trofeos gritones.

Los colonos comenzaron sus ceremonias. Los rituales eran los más grandes y entusiastas hasta la fecha. Las cuatro casas comunales rebosaban de multitudes celebrando. Los cantos se abrazaron en el aire sobre el asentamiento. Se convirtieron en un camino. Kanshell se dirigió hacia la casa principal. Su copia del *Lectitio* estaba dentro de su uniforme de trabajo. En este día avanzaría hacia el centro de la red de luz. Él aceptaría su bienvenida. Lo llevaría a cabo en la medida completa de la adoración.

En el centro de mando de la base, Atticus se dirigió a sus oficiales. Los Salamandras y la Guardia del Cuervo estuvieron presentes también. Khi'dem no se dejó engañar por la cortesía. Sabía que no era una consulta. Estaba presente para escuchar los dictados del comandante de los Manos de Hierro. Había sido tomada una decisión. Estaba a punto de comenzar una operación de cierta escala. Khi'dem no podía imaginar lo que era. La guerra estaba estancada. Le preocupaba que el nivel de frustración de Atticus pudiera estar llegando al punto en que se sumiría en acciones por el bien de la acción.

Estaba inquieto, también, por dejar el asentamiento indefenso. Comprendió que los colonos no podían ser protegidos de forma indefinida. Estuvo de acuerdo en que debían ser responsables de su propia supervivencia una vez tuvieran los medios para hacerlo. Y reconoció que tal vez ahora los tenían. Lo que no vio fue que la situación táctica hubiera cambiado en absoluto. Él preferiría luchar una lucha útil en el asentamiento que la podredumbre en un compás de espera en la base, aguardando una misión que nunca llegaría.

Atticus activó la mesa hololítica que dominaba el centro de mando. Una proyección de la solución apareció. Destacaba en una representación de las ruinas, en base a las partes observables y extrapolaciones de las regiones aún inaccesibles. Un hemisferio subterráneo masivo en el centro de la meseta brilló con la mayor brillantez. Aparecieron runas aparecieron indicando la profundidad estimada a partir de la superficie del suelo hasta la parte superior de la cúpula. Khi'dem frunció el ceño. ¿Otra excavación? Eso no parecía digno de este nivel de exposición. Se inquietó.

Atticus dijo: -Con la ayuda de la Señora Erephren hemos determinado que la estructura xenos es, de hecho, un arma. Aunque todavía tenemos que determinar la ubicación de nuestro enemigo, sabemos que esta es la herramienta que está utilizando contra nosotros. Así que ha llegado el momento de eliminarla del campo

-tocó los controles de la mesa, y un marcador de la *Veritas Ferrum* apareció, indicando su posición geosincrónica sobre el asentamiento.

La inquietud de Khi'dem se convirtió en shock.

La bienvenida fue tan cálida como antes. Kanshell fue arrastrado al éxtasis de la adoración de nuevo. La experiencia fue aún más intensa, pues esta vez él venía sin dudar. Había llegado con su propia alegría, su propia esperanza. Y había venido con el objeto que marcaría el evento y el lugar con adecuada santidad.

Una vez más, Ske Vris caminó con él hacia el centro de la casa de campo. La sonrisa de la mujer estaba más allá de la alegría. A Kanshell le parecían que él no era el único para quien el evento acusaba de mayor significado que antes. El rostro de Ske Vris brillaba con el triunfo de un destino inmutable. El canto estaba sobrealimentado. Esta era una noche de clímax. Tal vez, pensó Kanshell, mientras se entregara a la sobrecarga sensorial de alabanza, que estaba completando algo por estas personas así como para sí mismo. Tal vez, en algún nivel, se dieron cuenta de que algo le faltaba a sus rituales. Ahora él era con ellos lo que el Emperador a él, y su adoración tendría un verdadero centro.

El alto sacerdote encapuchado permanecía en el mismo lugar. ¿Había bailado de nuevo? Kanshell no estaba seguro. Los detalles de la realidad se deslizaban lejos de él, un material que caía ante el poder de lo espiritual. Vio el mundo en fragmentos. Se había convertido en un caleidoscopio infinitamente cambiante, sus fragmentos siendo girados en ráfagas brillantes de lo sublime. Agarró lo suficiente como para ser capaz de caminar ; *estaba caminando, ¿no? ¿Estaba flotando?* Y mantuvo los pensamientos coherentes sólo el tiempo suficiente para saber lo que debía hacer en cada uno de los momentos en los que se le concedía una parte de su conciencia. Avanzó; *voló, caminó, flotó, nadó*, respiración a respiración, latido a latido, medida a medida. Estaba casi en el centro, donde todos los vórtices y celosías de luz encontraban su nexo. Aquí era donde el significado moría y renacía, renovado.

El sacerdote dijo: -¿Has traído un icono?

Civilizaciones se levantaron y cayeron antes de encontrar la lengua. -Otra cosa – alzó el *Lectitio Divinitatus.*

Silencio. El universo se detuvo. Kanshell fue suspendido en un limbo lleno de un potencial infinito de significado. Algo inmenso trascendió. La importancia atravesó

a Kanshell, su extensión perdida más allá de la percepción. Desapareció en su sombra, y el silencio lo llenó de frío. ¿Qué había hecho? ¿Se había ofendido? ¿Cómo?

Una mano le alcanzó en el limbo. El mundo se unió alrededor de ella. Kanshell pudo ver de nuevo. El tiempo avanzó, pero el silencio continuó. El sacerdote tomó el libro ofrecido. Lo manejó con reverencia. Lo levantó hacia el techo de la casa comunal. Él habló. -La palabra.

El silencio terminó en una erupción. Fue tan poderoso como el grito de un volcán, era el máximo paroxismo de celebración. Kanshell lloró por haberlo hecho tan bien. El efecto fue más allá de su esperanza más feroz. Por primera vez en su vida se dio cuenta de que incluso él, el más insignificante de los sirvientes, tenía un destino y que su papel en el plan del Emperador podría ser mucho más importante de lo que su estado le permitiría.

El sacerdote dio un paso atrás. Se arrodilló y colocó el *Lectitio* en el centro de la pista. El libro fue maltratado, manoseado, retorcido. Era humilde. Pero se transformó en el nexo. Se convirtió en algo más que palabras, más que enseñanzas, más que un símbolo. Kanshell lo vio como el producto y fuente de fuerzas más allá de su comprensión. La galaxia se convirtió en el eje de ese libro. Lo que había sido, lo que ahora era, y lo que estaba por venir se reflejaba y formaba allí. Su gozo sublime se mezcló con un asombro igual de sublime, y también llegó el terror. Él era demasiado pequeño. Los significados eran demasiado amplios. Si miraba de cerca, si entendiera todo, entonces sería convertido en nada.

¿Pero eso sería tan terrible? ¿No sería la culminación de su vida? ¿No era esto lo más grande a lo que jamás podría aspirar a lograr? ¿Tenía algún sentido vivir un anticlímax perpetuo?

El sacerdote sostenía sus manos otra vez, invitando a unirse a Kanshell al libro, para saberlo todo, recibir el don de la plena revelación. Kanshell abrazó el momento. Se entregó como ofrenda al Dios-Emperador. Dio un paso hacia delante.

Sólo que él no lo hizo. Su mente envió las órdene. Los impulsos alcanzaron sus piernas. Su cuerpo había perdido la unidad del yo y tardó en reaccionar. En el abismo entre su pensamiento y su acción la sombra cayó. El flujo de voces se vio interrumpido por la cacofonía dura y sin piedad de las máquinas. Motores

rugieron. Botas pesadas marcharon. Una voz que no mantenía incluso el eco de la humanidad dio órdenes.

La red de luz fue destrozada, escapó. La canción murió. El mundo volvió a su puesto alrededor de Kanshell. Se quedó sin aliento por el shock. Tropezó, primero por salir de la debilidad, y luego otra vez cuando parte del público salió corriendo de la casa comunal, perseguidos por la ira de un arma que caminaba y juzgaba.

-Esta superstición ha llegado a su fin –declaró Atticus. -Como mi paciencia. Como este asentamiento. Se ha terminado. Todo eso. *Ahora.*

Kanshell cayó a cuatro patas. Su cabeza sonó cuando piernas corriendo le hirieron. Se hizo un ovillo, tratando de protegerse de los golpes. No duraron mucho. Incluso el más devoto de los colonos se apresuró a obedecer al terrible gigante que había caído sobre ellos. Sólo el sacerdote y Ske Vris marcharon sin prisas. Cuando Kanshell levantó la cabeza los vio a dos pasos más allá del Atticus aproximándose. Ske Vris tenía la cabeza inclinada en deferencia, pero el sacerdote, todavía encapuchado, se enderezó. Entonces ellos también salieron a la noche. Kanshell estaba solo en la casa comunal con el capitán de los Manos de Hierro.

-Mi señor -susurró Kanshell. No había hecho nada malo. En el nivel más importante, la espiritual, sabía que esto era cierto. Pero en el ámbito de las leyes seculares, y en los ojos de más fríos de los legionarios, se había rebelado. No pediría perdón. No traicionaría la verdad de su fe.

También había seres para quienes el perdón era un concepto ajeno.

-¿Qué crees que estás haciendo, siervo? -dijo Atticus. La voz electrónica baja, apenas audible sobre el ruido de los motores de transporte exterior, era aterrador.

Kanshell abrió la boca. No salió nada. No había nada que decir. Ninguna verdad, mentira o súplica marcarían una diferencia ahora. Sus palabras serían tan útiles en esto como tratando de detener la caída de la noche.

Galba entró en la casa comunal y se puso detrás de Atticus. –Capitán -dijo, -están reunidos. Si quieres hablar con ellos...

Atticus se volvió hacia el sargento. -No quiero *hablar* con estos tontos -dijo. -Pero les *diré* a qué atenerse -se fue. Kanshell fue olvidado. Estaba tan por debajo que no pudo retener la atención del legionario por más de unos pocos segundos.

Galba se quedó atrás. Miró hacia abajo. -Levántate, Jerune -dijo.

Kanshell se puso en pie.

-¿Qué estabas haciendo aquí? -la pregunta de Galba no era una amenaza retórica. Estaba realmente perplejo.

Kanshell no había conocido el verdadero significado de la adoración hasta que abrazó las enseñanzas de la Lectitio Divinitatus. Pero había experimentado su simulacro, y el verdadero objeto de su fidelidad fue Galba. De todos los Manos de Hierro de la *Veritas Ferrum* él era quien se agachaba para ver a los siervos. Reconocía la presencia de los débiles mortales. Era capaz de bondad. Parecía, a veces, tener un entendimiento, o por lo menos una forma de empatía, por los pobres seres que discurrían por allí, cumpliendo las tareas menores de la gran nave. La inutilidad detuvo a Kanshell de responder ante Atticus. Sabía que Galba no sería más receptivo a la nueva verdad de Kanshell que el capitán. También sabía que debía ser abierto con su amo.

-Estaba haciendo una ofrenda al Dios Emperador -dijo.

Galba cerró los ojos por un momento. Kanshell se sorprendió al ver que un Marine Espacial podía verse desgastado. Cuando Galba miró a Kanshell nuevo llevaba una expresión de dolor. –Debería censurarte. Por lo menos debería explicar lo absurdo de lo que estás haciendo y señalar que estás actuando en violación directa de los dictados del Emperador *y* Sus deseos.

-Sí, sargento.

-Pero me imagino que si eres capaz de superar la ridícula paradoja de adorar como dios a un ser que ha prohibido precisamente esa creencia, entonces estaría perdiendo mi aliento señalando tus pequeñas locuras.

Kanshell no dijo nada. Él inclinó la cabeza en acuerdo, en humildad y en desafío.

-¿El culto se ha generalizado entre los siervos?

-Así es.

El sargento gruñó. -Las noches, supongo -murmuró, más para sí mismo que para Kanshell. –El terror irracional engendra esperanza irracional -su risa era corta, suave, sombría. -Jerune, si supieras cuánto de irracional hay por ahí... -se volvió para irse. -No tengo ningún interés en castigarte -dijo. Hizo un gesto con su mano derecha, abarcando la casa comunal. –De todos modos todo habrá terminado muy pronto.

-¿Sargento? –preguntó Kanshell, pero Galba siguió caminando. Comenzó a seguirle, y entonces recordó su *Lectitio*. Corrió de vuelta al centro de la logia. El libro ya no estaba.

Cañoneras de combate y transportes bajaron ociosos, rampas abajo. Los Vindicadores llegaron a las puertas del asentamiento. *Motor de Furia* avanzó dentro de la empalizada, moviéndose entre y por delante de las Thunderhawks. Toda la población, de miles, se agrupó en el centro de la meseta, hacinados allí por los guerreros de la 111ª compañía. Galba observó la escena mientras Atticus se subía a *Motor de Furia*. Se le ocurrió que la escena parecía una invasión. Una sola orden y los Manos de Hierro aniquilarían a la población ante ellos. La impaciencia de Atticus habría encontrado expresión en la brutal eficacia de la operación.

Altavoces vox con forma de cuernos en los vehículos enviaron la voz del capitán hacia la multitud. Era un sonido duro bajo el aire de la noche. No saludó a sus oyentes. Dijo: -Hemos entrado en una nueva etapa de la guerra. Es necesaria una medida drástica, lo que hace de esta meseta insegura. Serán evacuados de regreso a nuestra base y sus alrededores hasta que les encontremos un lugar más adecuado. Eso es todo. -estaba a punto de desmontar desde el tanque, cuando el sacerdote se acercó al mismo. El hombre se detuvo con el cañón de la vindicador volando sobre su cabeza, apuntando hacia su rebaño.

-Esta ubicación es la más adecuada -dijo el sacerdote.

-No por más tiempo.

-Lamento irritarle, capitán, pero no estamos de acuerdo. Nos quedaremos aquí.

Atticus estaba inmóvil. Galba se preguntó si aplastaría la cabeza del hombre por su descaro. No lo hizo. –No es su decisión -dijo Atticus. –La hemos tomado. Les trasladarán ahora.

-No.

El silencio parecía cortar el ruido de los motores.

-¿Cómo, exactamente, creéis que nos podéis desafiar? -preguntó Atticus.

-Simplemente por hacerlo. No nos iremos.

Atticus se inclinó desde el tanque, agarró la parte delantera de la túnica blindada del sacerdote y lo levantó en alto. Sostuvo al hombre con el brazo extendido. El sacerdote no se resistió. Tenía las piernas colgando. Galba quedó impresionado por su autocontrol, incluso mientras su repulsión por la carne turbulenta emergió de nuevo. Atticus dijo: -¿Me desafías todavía?

-Lo hago.

-Sin embargo, puedo moverte como quiera. Os marcháis.

-No -la voz del sacerdote era tensa, pero su orgullo era inmaculado. -Tendrá que matarnos primero.

-Serás asesinado si sigues así.

-No lo creo.

-No sabes lo que viene. Eres idiota.

-No lo creo.

Atticus gruñó. -No, realmente no, ¿Verdad? Que así sea -dejó caer el sacerdote. El hombre cayó aparatosamente, pero resucitó con un movimiento sinuoso. Se quedó como estuvo antes, empequeñecido por *Motor de Furia* y el coloso oscuro. -Desea que nos vayamos –proclamó Atticus. -Así lo haremos. No desea nuestra ayuda. Así que no la tendrán. Desean quedarse. *Así que los dejaremos.*

Pronunció las últimas palabras con el ritmo lento y terrible acento de una campana tocando. –Sois bienvenidos, por supuesto, si cambiáis de idea. Si decidís huir hacia

las entrañas de la selva y las bocas de los saurios no dudéis en hacerlo. Nosotros no os pararemos. No interferiremos. No os ayudaremos. No estaremos aquí. Pero sabréis de nosotros. Al amanecer, esta meseta dejará de existir. La ira de los Manos de Hierro la borrará de toda memoria viva.

Las últimas palabras del juicio de Atticus hicieron eco a través del asentamiento. No había murmullos entre la multitud. El sacerdote se quedó donde estaba. Su quietud rivalizaba con la del capitán.

-Legionarios –dijo Atticus: -Hemos terminado aquí.

El éxodo comenzó. Mientras Galba observó a los siervos subiendo a los transportes divisó a Kanshell. El hombre parecía mucho peor que minutos antes. Entonces él estaba asustado, aturdido, desesperado. Ahora se veía enfermo, roto. Su cara estaba gris. Hundido por el horror. Muchos de los otros sirvientes, veía Galba ahora, tenían el mismo aspecto. Horror, no terror. No estaban temiendo la noche en la base y las terribles cosas que vendrían a por algunos de ellos. Estaban asustados por el destino que se cernía sobre sus nuevos amigos.

Galba sintió un destello de simpatía. Lo aplastó. Había sido apartado de la compañía. Puesto que él no era un psíquico, ¿Cómo había sido vulnerable? Podía adivinar la respuesta: la carne. No había tallado suficiente distancia con ella. Su debilidad había abierto una puerta al enemigo. Bueno, él tenía la confianza de Atticus de nuevo. No iba a traicionar esa confianza. No permitiría que los sentimientos se interpusieran en el camino de la estrategia necesaria. Los siervos carecían de la disciplina de ver el mundo tal y como era. Los Manos de Hierro debieron, ahora se daba cuenta, haber sido más vigilantes y más dispuestos a acabar con el pensamiento mágico que había infectado a un gran número de los siervos. *Él* debería haber estado más atento. Tendría que haber sido menos laxo.

Menos humano.

Quemadlo.

Apartó de su vista a los humanos conmocionados y se acercó a *Inflexible* Atticus esperaba ahora. Era cierto que no había imaginado que Atticus castigara la obstinación de los colonos con tal finalidad. Él podía permitirse el lujo de ser sorprendido. Pero estaba equivocado al sentir aprensión también, se dijo. No había otra alternativa a la acción actual, se dijo.

Y por ello se esforzó por contener su propio horror.

DIECISÉIS

La Ira

Khi'dem no restringió su horror en absoluto.

Él irrumpió en el centro de mando justo antes del amanecer. Atticus había prohibido el acceso a nadie más que a sus propios oficiales hasta los últimos minutos antes de la huelga. Para entonces, la *Veritas Ferrum* estaría en posición. El timonel Eutropius estaba en el vox, esperando la orden para dar rienda suelta a su ira. Galba estuvo cerca durante todos los preparativos. No dijo nada que desviara a Atticus de este curso de acción. Sabía que debería. Él estaba convencido de que no debía.

No se le ocurriría. Dentro del centro no podía oír los gritos y gemidos de los siervos que sufrían a manos de las sombras. Él muy probablemente que no los hubiera escuchado, incluso si hubiera estado de pie en el centro del Dormitorium. Tenía la cabeza repleta de la interminable orden de *quemadlas, quemadlas, quemadlas, quemadlas*. El verso del impulso latía en su mente como si hubiera tomado el pulso de sus corazones. Se las arregló para permanecer firme. Incluso fue capaz de perforar a través de la obsesión maltratadora cuando su capitán le habló. Fue capaz de escuchar. Fue capaz de responder. Pero en cuestión de segundos no podía recordar lo que había oído o dicho. Sólo tenía la orden. Habría ordenado el ataque en ese instante si se le hubiera permitido.

La hora del triste y gris amanecer de Pythos se acercaba. Galba lo saludó con alivio. La compulsión se alivió, transformando en una avidez sombría. Pronto, los Manos de Hierro actuarían. Pronto, las ruinas desaparecerían y la máquina sería destruida. Pronto, la tormenta en su cráneo cesaría.

Pronto, pronto, pronto.

Y, sin embargo, cuando Khi'dem llegó con el rostro contraído por la furia y sus intenciones obvias, Galba se alegró. La protesta del hijo de Vulkan era tan necesaria

como el ataque. Los labios de Galba se cerraron cuando la contradicción ondeó desde su templo a sus entrañas. Una vez más, culpó a su carne por atraparle en la paradoja. La maldijo. Deseó que le dejara.

Pronto.

-Esto es un asesinato -dijo Khi'dem.

-No lo es –contestó Atticus, calmado e indiferente a la indignación del otro. –Les ofrecimos seguridad, y se negaron. No hemos atrapado a nadie en la zona de impacto. Son libres de irse. Tienen unos minutos para hacerlo -habló sin malicia. O lástima.

-Exterminará a sabiendas población civil, cuando no hay enemigo presente. Esto está mal. ¿Cómo puede decir aún ser mejor que los Devoradores de Mundos o los Amos de la Noche?

Galba se tensó ante el insulto. Atticus no reaccionó. –Ridículo -fue todo lo que dijo. Parecía tener la medida del Khi'dem. Hace una edad, en Isstvan V, la situación hubiera sido diferente. Khi'dem habría convencido a Atticus de recogerlos con las Thunderhawks apelando a algo en el capitán que iba más allá de la conveniencia de la fría guerra. Estaba intentándolo de nuevo, pero sus esfuerzos chocaron contra una pared en blanco. Él estaba hablando de algo en Atticus que ya no estaba allí.

Atticus se inclinó sobre la mesa hololítica. La representación de la *Veritas Ferrum* estaba directamente encima de las coordenadas para el bombardeo. La daga estaba a punto de sumergirse en el corazón de la campaña del enemigo. -Hermano Eutropius -transmitió Atticus.

-¿A sus órdenes, capitán? –la voz de Eutropius crepitaba con estática, pero era más clara que las comunicaciones tierra-nave de los últimos días. La erosión de la disformidad del espacio real en torno Pythos no podía detener el golpe que se avecinaba.

-A mi señal, la cuenta es quinientos.

-Como ordene.

-Capitán Atticus –declaró Khi'dem, -por favor, piense sobre…

-Ahora -dijo Atticus.

-La cuenta ha comenzado -informó Eutropius.

-Gracias timonel -Atticus apagó la mesa. Los hololitos se desvanecieron con un destello de nieve dura.

-¿Qué has hecho? -dijo Khi'dem.

-No comparto el sentimiento de su Legión. Me parece de muy poco interés -Atticus se dirigió a la salida del centro de mando. –Hermanos -dijo, -¿Deberíamos?

Galba parpadeó. La compulsión le había dejado el momento Atticus había emitido la orden. Sentía la cabeza clara por primera vez en varios días. Nada le hablaba. No hubo advertencias o abstenciones. Las ausencias fueron de gran ayuda. El retorno a la claridad era una señal, pensó. El ataque era la decisión correcta.

Siguió a Atticus añ exterior. El cielo aún estaba oscuro, pero cuando ascendieron la muralla y miraron por encima del parapeto hacia el este, en dirección al asentamiento, los contornos de la selva comenzaban a distinguirse. Un resplandor se filtraba lentamente a través de la cobertura de nubes. Las luces de navegación de *Inflexible* eran visibles en la distancia. Bajo el mando de Darras, volaba a la vista de la meseta.

A lo largo del parapeto, los guerreros de la X Legión se habían reunido para presenciar el gran incendio. Los Salamandras y la Guardia del Cuervo estaban allí, también. Atticus asintió a ellos. Galba vio a Khi'dem intercambiar una mirada con Ptero. -¿Estás de acuerdo con esto? -preguntó Khi'dem.

-La estructura debe ser destruida –respondió Ptero.

-¿A este precio?

Ptero parecía dolido. -No lo sé. ¿Hay alguna alternativa? No puedo pensar en una sola.

-Este es un crimen –insistió Khi'dem.

-¿Qué noticias, sargento Darras? –preguntó Atticus por el vox general.

-Hay una reunión -llegó la respuesta.

-¿En sus casas?

-No. Han formado un círculo alrededor del lugar de impacto.

-Idiotas suicidas –comentó Atticus. -Gracias, hermano sargento.

-¿Qué vais a utilizar? –preguntó Khi'dem con voz apagada. -¿Torpedos ciclónicos?

-Demasiado destructivo. Debemos preservar la anomalía disforme. El ataque debe ser muy preciso. La visión del sargento Galba ha demostrado ser vital.

-¿De verdad? Khi'dem dio a Galba una mirada penetrante.

-El capitán me da demasiado crédito -dijo Galba.

-Dijo que debemos quemarlo -Atticus le dijo y luego se volvió a Khi'dem. -Así lo haremos. Una salva concentrada de lanzas, lo suficientemente fuerte como para perforar la tierra y destruir todo rastro de la estructura debajo. Vamos a cauterizar el paisaje.

Khi'dem se volvió hacia Galba. –¿Entonces esta fue su idea? Pensé mejor de ti.

-Entonces, también, me da demasiado crédito -murmuró. Vio las luces de las Thunderhawk, y esperó a la gran iluminación del ataque. Estaba lleno de asco. Dirigido a sí mismo, a los colonos, a la masacre inminente y a todas las confusas, contradictorias y enloquecedoras debilidades de la carne. Deseó que la cauterización se extendería a él.

-La cuenta se acerca a cien -dijo Atticus. -Sargento Darras, deje que los mortales lo sepan. Tendremos ellos la cortesía de darles una advertencia final.

-No hay necesidad, capitán –respondió Darras. -Lo saben.

-¿Qué quieres decir?

-Están mirando para arriba. Todos ellos. Están esperándolo.

-Gracias, Sargento. Retírese a una distancia segura –a Khi'dem, Atticus le dijo: -Queda en paz, Salamandra. Esto no es un asesinato. Es un suicidio.

Khi'dem miró, pero no respondió.

Atticus levantó la vista al cielo. La capa de nubes estaba empezando a ser perceptible. -Nosotros no somos responsables de la locura de los débiles. Hemos jurado y tenemos el deber de aplastar a los enemigos del Emperador. Esa es nuestra tarea. Todo lo demás es un lujo. -Y él dijo: -Cero.

La ira atravesó las nubes. El fuego de lanza desde la Veritas Ferrum se recortó hacia abajo. Durante varios segundos, una columna de fuego vinculó la tierra y el cielo. El trueno de su ataque llegó a la base unos momentos después de su luz. El mundo se estremeció con el crepitar de la energía y el profundo ruido bajo de la destrucción purificadora. Esta era la guerra en un solo movimiento: la mano de hierro de la X Legión cayendo de los cielos para destruir el arma del enemigo.

La andanada terminó. El fuego se desvaneció, dejando una mirada descolorada como una lívida cicatriz en el amanecer. El trueno, sin embargo, no se detuvo. Creció. El sonido creció hasta que llegó una ola imponente. Galba frunció el ceño. ¿Estaba escuchando el sonido de las ruinas derrumbándose? No, el sonido era demasiado grande. Y el crujido de energía no había cesado. El aire estaba sobrealimentado con el olor a ozono.

-¿Darras? -la voz de Atticus era recortada, urgente. -¿Informe?

Estática desde la *Inflexible*. Sin embargo, Galba podía ver sus luces. Todavía estaba en el aire.

El sonido se hizo más fuerte aún. La ola se estrelló. Galba se tambaleó. No llevaba el casco, y no había nada para proteger sus sentidos de la sobrecarga. Luego volvió la luz.

Quemadlo.

Fuego surgió de la selva, una andanada de retorno desde la meseta. Era todo el poder devastador de la salva de lanzas concentrada, transformada y ampliada en el reino de lo trascendente. Fue una represalia tan inmensa que parecía que el núcleo fundido del planeta hubiera arremetido. Tan enfocado y estrecho como intenso, el grito incandescente atravesó las nubes. El cielo brilló de un naranja feroz. Las nubes hirvieron de ira exultante.

Luego, a través de la cubierta, otro destello, un punto de brillantez suprema, el mensaje de una terrible explosión más allá de la atmósfera. Galba sabía lo que era. Su cuerpo fue sacudido por un aullido silencioso de negación, pero sabía lo que había visto. El trueno se estrelló sobre la base, y ahora era el sonido de burlas, la risa del cielo ardiente.

Galba lo sabía. Lo sabía. Lo sabía. Pero pensó *no, no, no*, con toda la fuerza de su voluntad empujando contra de lo que había pasado, en contra de la visión que estaba a punto de llegar. Algo le rascó la oreja, apenas perceptible a través del rugido del mundo. En el fondo de su mente registró que era su perla vox. Había una voz allí, la voz de su capitán, llamando al timonel de la *Veritas Ferrum*, exigiendo una respuesta, exigiendo una realidad distinta a la que estaba sobre ellos. Luego hubo otra voz, la de Darras, de alguna manera rompiendo lo suficiente la estática para gritar: -¿Qué has hecho? -la furia estaba dirigida a Galba y solo a él.

La explosión acabó, terminado su trabajo. El último grito en el cielo lo oscureció con el rojo de la sangre en llamas. Entonces las nubes se retorcieron cuando una inmensa forma descendió a través de ellas. La presencia se resolvió en varias masas distintas. Llevaban con ellos el resplandor ardiente de fuegos renovados.

No no no, pensaba todavía Galba, pero la verdad galvanizada era sorda a su ruego. La masa destrozada del gran crucero de ataque quedó a la vista. La Veritas Ferrum cayó como una lluvia de catedrales destruidas. Las secciones condenadas brillaban por el calor de la reentrada y la marca de las heridas que las desmembraron. La nave había sido destrozada en pedazos de cientos de metros de longitud. Eran tan enormes que parecían flotar hacia el suelo. La visión era tan poderosa en su grandeza malévola que paralizó el tiempo. Galba había vivido página tras página de la historia ennegrecida de la 111ª Clan-Compañía, pero estos momentos eran los más oscuros. Eran la muerte de la esperanza. Eran el destino final de la empresa garabateado en el cielo con palabras de metal y fuego.

Los fragmentos de la nave golpearon la tierra. Ninguno cayó en la meseta o en la base, como si el destino, tirano, hubiera decretado que todos debían ser testigos de la desesperación por llegar. Golpearon por todas partes, el más cercano apenas a un kilómetro de distancia. Los impactos fueron los golpes del martillo de la fatalidad, el toque de tambor de una sentencia más allá de la voluntad de cualquier ser humano.

La tierra tembló y se sacudió con cada nuevo cráter. Galba se agachó y agarró a la parte superior del parapeto de plastiacero. El mundo trató de lanzarlo por los aires. Los vientos huracanados volaron desde todas las direcciones. Gritaron sobre la base. Pelearon entre sí. Cualquier siervo capturado fuera fue aplastado contra el suelo. Los legionarios se mantuvieron en pies al cubrirse y aguantar. Sólo Atticus se quedó de pie, desafiando la furia que trató de arrancarle de raíz de la base. Él era inamovible. Incluso enfrentándose a un cataclismo permanecía en contra de la idea misma de la derrota.

Los impactos, los vientos, y ahora los incendios y el polvo. Una nube se lanzó hacia el cielo en cada lugar del impacto y el amanecer volvió a caer en la noche. Olas de llamas ondeaban por toda la selva. El promontorio era una isla que se levanta por encima de un mar de fuego. La muerte de la *Veritas Ferrum* tronó en un grito de viento y un rugido de tormenta. El polvo y el humo y la ceniza ahogaron el aire, dispersándose por el cielo, matando el día para siempre y cerrando de golpe la tapa del sarcófago sobre la tierra.

Y tras el choque furioso del fin, tras el vendaval, la rabia y el holocausto, metiendo la mano en la cabeza de Galba con garras de hoz, llegó la risa, y era la risa en la forma de la condenación, una risa envuelta en un sudario de palabras, una risa que era un canto repetitivo, monótono.

Una risa que sería su compañera eterna.

Quemadlas.

LIBRO TERCERO

LA REVELACIÓN DE MEDIANOCHE

DIECISIETE

Ajuste de cuentas

Un milagro

Las caras de la verdad

-Vamos a morir aquí -dijo Atticus.

Sus palabras, supo Galba, no era un lamento. Eran una declaración de hechos, despojada de toda ilusión reconfortante o inútil. Era una verdad que toda la compañía debía procesar.

El capitán estaba en pie en la plataforma de aterrizaje, ante *Inflexible*, que había logrado mantenerse en el aire entre las ondas expansivas y volver a la base. Sus legionarios estaban formados ante él. Sus filas disminuidas. En la primera fila, Galba aún podía sentir la fuerza de la fraternidad, sentir la fuerza de la pared de la armadura. Pero los recuerdos del completo desastre de la *Veritas Ferrum* todavía seguían vivos. Podía imaginarse a los hermanos ausentes, oficiales, veteranos. De los Dreadnoughts sólo quedaba el Venerable Atrax. El Padre Hierro era otra baja. Como tantos otros. Como muchos cientos. Sus ausencias eran un miembro fantasma. Dolía.

Seguimos siendo fuertes, pensó. Lo eran. Entonces la visión de la destrozada Veritas se alzó ante su ojo interior. *No lo suficientemente fuertes*, vino la duda, y él no pudo echarle la culpa a un susurro de una inteligencia maligna en la cabeza. La idea era suya.

La echó a la basura. *Para lo que hay que hacer aquí somos lo suficientemente fuertes.*

-No podemos dejar el planeta –continuó Atticus. -No podemos comunicarnos con cualquiera de nuestros hermanos u otras fuerzas imperiales fuera del sistema. Incluso si pudiera, no toleraría traerlos aquí. Los riesgos son demasiado grandes. Las recompensas son demasiado pocas.

-Vamos a morir aquí. Sois las Legiones Astartes, sois los Manos de Hierro, y sé que la muerte no tiene poder en vosotros. Pero la derrota conlleva un temor especial. Hemos experimentado la derrota. Hemos experimentado la pérdida. Seríamos pobres guerreros al pretender que no hemos sufrido sus consecuencias. El que dice que no ha sido herido por la muerte de nuestra nave no tiene cabida en mi compañía. Digo esto para que miremos a nuestro destino con ojos racionales claros.

-Vamos a morir aquí. Incluso nuestra semilla genética se perderá. Nuestra compañía se desvanecerá sin dejar rastro. Nuestra historia llega a su fin. No

dejaremos ninguna herencia. Pero no vamos a morir en vano. Encontraremos al enemigo. Vamos a aplastarle bajo nuestras botas. Antes de que seamos polvo el enemigo no será más que un recuerdo -la voz de Atticus levantó su volumen. -Lo destruiremos con tal violencia que lo arrancaremos de la historia. Su pasado, junto con su presente y futuro, no serán más.

¿Podría Galba creer lo que estaba diciendo? Sus corazones se hincharon. Sí, si que podían. Había visto a Atticus erguido ante la peor catástrofe que este mundo podría lanzarles. Atticus no había llorado la pérdida de la *Veritas Ferrum*. Simplemente había sido poseído por una furia de la racionalidad escalofriante. Él no se rendiría. Y realmente ahora no había nada que perder. Los Manos de Hierro marcharían hasta que llevaran su enemigo al olvido con ellos.

-Os preguntaréis cómo haremos daño a un enemigo que no podemos encontrar -dijo Atticus. –Os preguntaréis qué locura me lleva a imaginar su muerte, cuando nos enfrentamos a la catástrofe de nuestro último intento. Esta es mi locura: si lo que hemos tratado de destruir se defendió con tal violencia, entonces su importancia es crítica. Lo que no podíamos hacer desde la distancia, lo haremos de cerca. Lo que refleja las armas de energía sucumbirán a otros medios, aunque tenga que romper cada piedra de esa abominación xenos con mis puños -hizo una pausa, y luego, bajando la voz, preguntó: -¿Y bien? ¿Compartís mi locura, hermanos?

Lo hicieron. Galba lo hizo. Él y sus hermanos rugieron. Cerraron sus guantes contra los bólter al unísono. Sí, compartían su locura. Sí, marcharían con él.

La carne es débil, pensó Galba. *Que se consuma de esta manera. Déjame entregarla a la forja de la guerra, para que se queme hasta la nada y deje sólo la fuerza de la máquina imparable.*

Detrás de los legionarios los siervos estaban congregados. Estaban agotados, traumatizados. Galba se sentía incómodo cuando pensó en su destino. No tenían el condicionamiento psicológico de los Marines Espaciales. Tenían miedo a la muerte, uno que había sido intensificado considerablemente durante la estancia en Pythos. Con la pérdida de la nave no tenían nada que esperar salvo el terror sin fin hasta el horrible destino. Galba podía escuchar los sollozos sobre el crepitar de los fuegos de la selva.

-Siervos de la Décima Legión –les dijo Atticus. –Vuestra parte ha sido la más cruel. Pero habéis hecho juramentos y seguís vinculados por ellos. No os voy a liberar de vuestro servicio. En agradecimiento por vuestra lealtad haré otra cosa en su lugar. Algo mejor. Voy a armaros. Lucharéis junto a nosotros. Devolveréis el golpe que os ha atormentado. Combatiréis lo mejor que podáis. Vuestras pérdidas han sido inmensas. Vuestro sufrimiento peor. Pero mantendréis vuestro honor hasta el final, y eso no es poca bendición -otra pausa. -¡Siervos de la Décima Legión! *¿Qué me decís?*

A la escofina de metal gruñendo del guerrero-máquina, gritaron, -¡Marchamos!

-Sí –dijo Atticus, bajando la voz, llenando el aire con el repiqueteo electrónico de la venganza. -Marchamos. Marchamos para aplastar.

-Se marcharán sin mí, me imagino –dijo Erephren a Atticus. Este vino a hablar con ella después de su exhortación. Ella la había escuchado desde la puerta del módulo de mando, para luego retirarse a su habitación. Se puso delante de su trono, sin poder utilizarla, aún reacia a abandonar su puesto. Se preguntó si Strassny, al menos, había creído que estaba siendo útil en los últimos segundos de su vida.

-Marchas por un camino diferente -contestó Atticus. -¿Qué harías con un rifle láser?

-Nada útil -admitió.

-Ahora eres la única astrópata de la compañía -le recordó. -El coro se perdió con la nave.

-Carezco de utilidad para la Legión en ese papel también. La anomalía es peor que nunca.

-Marchamos por ti. Vamos a despejarte el camino.

¿Para qué ahora? quería decir. Se detuvo. Ella no tenía ningún uso para la autocompasión en nadie y mucho menos para sí misma. Llorar de impotencia sería sumergirse en la peor de las indulgencias. Atticus estaba en lo cierto. Ella tenía su propia campaña por emprender. Los legionarios se dirigían a combatir a un enemigo que aún no se había definido. Marcharán a su vanidad. Pero no quisieron ser pasivos frente a la pérdida de la *Veritas Ferrum*. Tampoco lo haría ella. La 111ª

Clan-Compañía no podía dejar Pythos, pero ella era una astrópata. Era su regalo y su deber tender un puente sobre el vacío, hacer de la distancia un sin sentido.

-Gracias, capitán -dijo ella. -Marchad bien. Voy a librar mi propia campaña.

-Lo sé -su respeto era claro.

La mitad de los siervos y una tercera parte de los legionarios, bajo el mando de Darras, se quedaron para proteger la base. El resto se trasladó hacia el asentamiento. Con los Vindicadores en la parte delantera y los Thunderhawks en cabeza, era una operación a gran escala para tomar de la meseta. Era muy grande, con los siervos armados siguiendo la estela de los Manos de Hierro. También era más vaga, pues sus objetivos eran más inciertos. Y estaba llena de rabia desesperada.

El rifle láser se volvía resbaladizo en las manos de Kanshell. Había roto a correr para mantenerse al día con el ritmo de los Marines Espaciales, pero su sudor era frío. Miró a Tanaura. No era más capaz de igualar su ritmo. Respiraba con dificultad. Ella, mucho más vieja, parecía como si pudiera mantener su paso firme el resto del día. -No sé si puedo usar esto -le dijo.

-Sabes muy bien cómo hacerlo. Todos hemos sido entrenados.

-Nunca he estado en combate. ¿Y tú?

Ella asintió con la cabeza.

-Me temo que lo voy a extrañar.

-Tómate tiempo para apuntar antes de disparar. De todos modos no podrías fallar. No en Pythos. Mira a tu alrededor.

Él lo hizo. El mundo había sido transformado por la caída de la *Veritas Ferrum*. El holocausto había incinerado la selva. Durante kilómetros a cada lado, el paisaje se había convertido en una vista de tocones chamuscados y tierra humeante. Atrás quedó la noche opresiva de verde. En su lugar había un día gris-marrón de ceniza y humo. Los gruñidos retumbantes de los saurios estaban más lejos que nunca. Los monstruos habían huido de la conflagración. Eran cautelosos de salir y aventurarse en el terreno asolado. Algunos de los depredadores más grandes, de uno en uno o de dos en dos, estaban tanteando el suelo. Estaban a media distancia, moviéndose

en paralelo con la compañía. Emitieron el estruendo ocasional de desafío, pero no se acercaron más. No había guerra aquí todavía. Y Tanaura tenía razón. No había manera de fallar a una bestia que estaba lo suficientemente cerca para atacar.

Las llamas se habían arrojado contra la meseta, abrasando el exterior de la empalizada. Más allá de la madera ennegrecida la muralla estaba intacta. El asentamiento parecía estar intacto. Kanshell no podía ver a los guardias en la parte superior. Se preguntó si todos los colonos estaban muertos. No podía imaginar que algo de las proximidades hubiera sobrevivido a la explosión. Se sorprendió al ver la empalizada aún en pie. Y cuando los Vindicators arrollaron la baja pendiente de la meseta, la puerta se abrió.

La compañía entró en el asentamiento. Al pasar por la puerta, los ojos de Kanshell se agrandaron. No había daños. Los colonos estaban como los había visto la noche anterior, como si no se hubieran movido. Sólo había dos signos del evento. Uno de ellos era el aguijón acre del aire. El otro era lo que esperaba en el centro de la meseta.

Al principio, Kanshell pensó que era un cráter. Desde la puerta, lo único que vio fue la depresión circular. Cuando se acercó más junto con la empresa al linde del agujero vio que estaba equivocado. Era un pozo. Era un círculo perfecto, y sus paredes eran verticales. Incluso mientras procesaba la forma todavía imaginaba que había sido creado por el fuego de las lanzas.

Eso también estaba mal.

Tanaura estaba rezando en voz baja. Kanshell descubrió que él también.

El pozo era artificial. No había sido excavado. Había sido revelado. Había grabados en las paredes. Eran enormes diseños abstractos. Vistos directamente eran bucles y líneas irregulares. Sugerían runas, pero nunca se convertían en ellas. Pero en los márgenes de sus ojos Kanshell los siguió recogiendo en movimiento. Cosas enroscadas como serpientes y que se retorcían como insectos. Sombras fluían por el pozo, susurrando conocimiento de las terribles noches. Kanshell cerró los ojos. Los grabados ignoraron sus párpados, convirtiéndose en un rayo de plata en la oscuridad. Comenzaron a reír. Abrió los ojos de nuevo. El mundo más allá del pozo fue suficiente para atenuar la risa.

No se apagó.

Una rampa en espiral descendía a las profundidades del pozo. Surgía de las paredes, una cinta de la piedra lo suficientemente amplia para que dos Marines Espaciales caminaran a la par. La pendiente de la rampa era empinada. Kanshell pensó que si ponía un pie en ella ganaría velocidad a lo largo de su trayectoria hasta que sus piernas corrieran más aprisa que su equilibrio y se lanzara sobre el borde en penumbra. La rampa parecía suave como el mármol.

Kanshell se alejó de la orilla. Miró a los colonos, tratando de deducir cómo debían entender el milagro de su supervivencia. Vio que un gran grupo había comenzado a reunirse una vez más en la casa principal. Le dio un codazo a Tanaura y señaló. -Ellos van a adorar de nuevo -dijo.

-¿Por qué ahora? -preguntó. -Ni siquiera es mediodía. Dijiste que sus servicios siempre se llevan a cabo de noche.

-¿Porque estamos aquí? -sugirió. -Tal vez ellos están orando por nosotros -miró el eje. 'Debido a donde estamos a punto de ir.'

Tanaura seguía mirando hacia el albergue. -¿Ahí es de donde te dejaste nuestro *Lectitio Divinitatus*?

-Sí.

-Me pregunto por qué fue robado.

-Nunca dije que lo fuera. Sólo que ya no estaba.

-¿Qué otra cosa podría haber pasado? -su rostro era sombrío. -Me gustaría mucho saber lo que quieren con él.

-Ojalá hubieras visto la ceremonia.

-Yo también -no sonaba melancólica.

-No lo entiendes -dijo Kanshell. -Estuve en contacto con algo divino ahí dentro. Estuve más cerca del Emperador.

Tanaura gruñó, escéptica.

-¿Por qué dudas de mí? -preguntó.

-No dudo de ti, o de que experimentaras lo que dijiste. Me preocupa que malinterpretes lo que pasó.

-¿Por qué?

-¿Alguna de estas personas en realidad hablan de adorar al Emperador?

-No -admitió. -Pero deberían estar todos muertos y están a salvo. ¿No es un signo de la mano del Emperador actuando?

Tanaura se alejó de la casa comunal y le dirigió una mirada significativa. -¿Lo es? Luego su atención fue tomada por algo por encima del hombro. Ella bajó la cabeza en respeto. Kanshell se dio la vuelta. Galba y Atticus se habían acercado por detrás de él. -Mis señores -dijo Kanshell, inclinándose.

-Usted tiene amigos entre estas personas -dijo Atticus.

Kanshell pensó en Ske Vris. -Creo que sí.

-¿En la casta religiosa?

-Sí, Capitán.

Para Galba, Atticus dijo: -Confío en tu juicio, hermano sargento. Haz lo que te propusiste. Permanece en comunicación constante.

-Sí, hermano-capitán. Y gracias.

Atticus dio a su oficial una breve inclinación de cabeza y se alejó hacia la parte superior de la rampa en espiral. Galba se mantuvo. Justo detrás de él estaban los miembros de su escuadrón.

-Nos gustaría que hicieras algo, Jerune -dijo Galba.

Las Thunderhawks sobrevolaron la meseta en patrones circulares ajustados. Mientras *Inflexible* pasaba más allá de la empalizada *Martillazo* de los Salamandras entró en el espacio aéreo por encima del asentamiento. El Vindicador *Motor de Furia* custodiaba la puerta. *Fuerza Medusana* fue colocado de barrera al otro lado de la meseta. Atticus no confiaba que la muralla de madera pudiera soportar una

carrera verdaderamente concentrada de saurios. Cualquier cosa que lograra romperla acabaría en manchas de sangre y hueso carbonizado.

Los cañones Demolisher apuntaban hacia el exterior, pero sería una simple cuestión de reorientarlos y dar rienda suelta a su furia monstruosa sobre el asentamiento. Atticus no había dado órdenes cubriendo esta contingencia. La sobreentendían. Ninguno de los Manos de Hierro confiaba en el milagro que había salvaguardado a los colonos.

La desconfianza era útil, pero no proporcionaba inteligencia. De pie en el borde del pozo Galba había dijo a Atticus, -No creo que debiéramos dejar que estas personas nos observen mientras descendemos.

El capitán accedió. Un día antes, la idea de ser necesaria una retaguardia hubiera sido ridícula. Los colonos eran mortales, mal armados, y apenas competentes con las armas que tenían. No podían representar una amenaza. Pero un día antes la Veritas Ferrum aún estaba en órbita alrededor de Pythos.

Atticus llevó a la mayor parte de la 111ª Clan-Compañía por la rampa xenos. La Guardia del Cuervo descendió también, usando sus retrorreactores para bajar rápidamente de nivel en nivel por la espiral. Galba se quedó en la superficie. Tenía los tanques, las cañoneras de combate, su escuadrón, los siervos y sospechas.

Y Khi'dem. Mientras que el resto de sus hermanos volaba sobre sus cabezas en la *Martillazo* él había elegido dar testimonio en el suelo. -Vigila las personas por las que has luchado en preservar –le dijo Atticus. –Mira por ti mismo que eran dignos de tus esfuerzos.

Galba ordenó a los siervos organizarse a ellos mismos a lo largo del perímetro del asentamiento. Mirando hacia dentro. Los colonos se habían dividido en dos grupos. Uno de ellos fue a la casa. Era una gran multitud, pero a diferencia de las últimos tardes todos sus miembros había encontrado espacio en el interior del edificio. El otro grupo, con mucho el más grande, se agruparon hacia la puerta. Los mortales mantuvieron una respetuosa distancia a espaldas de Motor de Furia. Ellos estaban tranquilos a medida que se arremolinaban. Estaban, pensó Galba, expectantes, como esperando a que llegase su propósito.

Él y su escuadrón se dirigieron a la casa comunal, con un Kanshell caminando ansioso ante ellos. Khi'dem dijo: -La confianza que estas personas depositaron en su supervivencia estaba bien fundada.

-Sí –respondió Galba. -Ellos parecen ser los únicos en este planeta que nunca se sorprenden.

-Cierto.

-¿Estás satisfecho con nuestras buenas obras? –escupió Galba. Él todavía se retorcía ante la idea de cómo había sido manipulado. Se sintió aliviado de que Atticus no pareciera haber perdido toda la fe en él, tal vez porque el enemigo se las había ingeniado para hacer el terrible error de apelar al curso lógico de acción. Aun así, necesitaba redención. Y Atticus había aceptó tan rápidamente a su propuesta de medidas que se preguntó si el capitán vio esto como una prueba.

O tal vez, pensó, envía al contaminado para hacer frente a los contaminados.

Tenía que despojarse de ella. Maldijo la carne que había resistido lo imposible, y cuya existencia era sospechosa. Maldijo su misericordia antes la carne, una misericordia que Khi'dem y los otros Salamandras encarnaban. Necesitaba un enemigo que pudieran matar. Todos ellos.

Si el enemigo resultaba ser estos salvajes de suerte bendita, entonces que así sea.

-No sé que me complace –respondió Khi'dem. -Sigo convencido de que hicimos lo correcto.

-¿Incluso si nos engañaron?

-Hemos actuado de conformidad con lo que sabíamos. Si hubiéramos abandonado a estas personas, nos habríamos menospreciado a nosotros mismos. Hubiéramos actuado sin honor. Hay más en juego en esta guerra que la simple victoria militar.

Galba resopló. –Ridículo.

-¿En serio? ¿Harás algo para derrotar a los traidores?

-Lo haré.

-¿Sin importar lo degradante que sea? ¿Sin importar lo mucho que distorsione lo que somos? Viste lo mismo que yo en la *Callidora*. ¿Estás dispuesto a ser del mismo tipo de abominación como los Hijos del Emperador?

Galba no dijo nada. Casi habían llegado a la casa comunal. No tenía respuesta para Khi'dem. No, los Manos de Hierro nunca seguirían el camino de los Hijos del Emperador. Y sin embargo no debería haber ningún obstáculo para proseguir la guerra contra el enemigo por cualquier medio necesario.

Khi'dem no había terminado. -Esta guerra es por nuestras mismas identidades. Si las entregamos, incluso si ganamos las batallas, ¿Qué quedará del sueño del Emperador? ¿Reconoceremos lo que habremos hecho del Imperio?

Galba se detuvo al pie de la subida. Ahora tenía una respuesta. Había una manera de salir del callejón sin salida de las necesidades. -Abrazaremos la máquina -dijo. Tuvo que levantar la voz. El canto que provenía de la casa comunal era ensordecedor en su entusiasmo.

-No lo entiendo.

-Los Hijos del Emperador son esclavos del deseo. Borraremos el deseo de nuestros seres. Nuestras decisiones serán desapasionadas. Fusionaremos el racionalismo absoluto con la guerra absoluta.

Khi'dem parecía triste en lugar de horrorizado. -Estás justificando mis peores conjeturas. Cuando nos conocimos, no rechazabas tu humanidad en la medida que lo hace su capitán.

-He aprendido el error de mis acciones -respondió Galba. Se puso su casco. Los conectores neuronales se enchufaron a su corteza, apartando aún más la carne, regalándoles la visión mejorada y los sentidos del reino mecánico. Levantó la vista hacia la entrada de la casa y el ritual en proceso más allá de la puerta. *¿Lo divino?* pensó. *Si pudieras ver como yo lo hago, es posible que supieras algo acerca de lo divino.* Se le ocurrió que los adeptos de Marte estaban conectados a algo mucho más sublime que cualquier desilusión de la que eran objeto de veneración de los colonos.

¿Desilusión? Algo le hizo temblar como huesos en un viento distante. Se entrometió en sus pensamientos. Lo echó a un lado y se giró para Kanshell. El siervo estaba nervioso.

-Estás preocupado, Jerune -dijo Galba. -No lo estés. No has hecho nada mal, y estarás protegido -Kanshell abrió la boca como si estuviera a punto de corregir a Galba en un punto, pero no dijo nada. -Ellos quieren que tú celebres con ellos –continuó Galba. -Ellos te darán diferentes respuestas a las que nos darían. Ve y habla con ellos. Oiremos y actuaremos cuando sea necesario.

Kanshell tragó. -Sí, sargento -se acercó a la entrada.

-¿Es posible que estas personas sean inocentes de cualquier cosa más que falsa creencia? –preguntó Khi'dem. -¿Y no tengan nada que ver con lo que pasó?

-Ellos lo sabían –respondió Galba. Eso fue suficiente para condenarlos.

Kanshell desapareció dentro de la casa comunal. Era como si una corriente lo empujara a lo profundo de la multitud. Galba esperó, pues su Oído de Lyman recogía la voz de los siervos entre el bullicio de la canción. Él estaba tratando de hablar con alguien. Sus preguntas se cortaban. Se estaba moviendo, acercándose, adivinó Galba, al centro de la casa comunal.

El canto se detuvo. En el silencio, Kanshell susurró: -¿Qué está pasando?

-Porqué la verdad está ocurriendo -contestó una voz de mujer. -Revelación.

-Ese es mi libro,' dijo Kanshell. -¿Por qué lo tomasteis?

-Por la verdad -fue la respuesta, con la cadencia de un estribillo.

-*Verdad* -la congregación se hizo eco con un susurro masivo.

-Eso es lo que quieres, ¿No? -preguntó la primera voz.

-Yo ya sé la verdad –protestó Kanshell.

-La sabes sin saberlo -la nueva voz tenía tonos más profundos, más duros. Galba reconoció al sacerdote principal. -Nadas en la superficie. Ahora te vas a hundir. Todos nosotros lo haremos.

-Todos -dijo la mujer, y el coro de habló entre sí, -*Todos.*

-Invitadlos a venir –ordenó el sacerdote. -La verdad es de ellos, también. Y entonces adorarás realmente con nosotros.

-No puedo traerles –protestó Kanshell.

-Oh, creo que si puedes -dijo el sacerdote.

El silencio fue roto por los sonidos de una carga.

En tres zancadas Galba llegó a la entrada de la casa de campo. Marchó al interior seguido de su escuadrón. Cargó a través de los colonos, enviándolos por los aires. Se detuvo a unos pasos del centro. El sacerdote permanecía allí, con capucha, frente a él. Junto a él, su asistente, Ske Vris, tenía los brazos de Kanshell puestos detrás de la espalda. Galba parpadeó rápidamente, tratando de aclarar su visión. Los patrones de luz en la estructura eran fragmentos tóxicos, debilitadores de los cimientos de la realidad. En el suelo, en el nexo de la red, posaba un libro gastado.

-Ponedlo en libertad -dijo Galba. Estaba casi decepcionado de que la perfidia de los colonos se revelara tan fácilmente y de manera tan mundana.

-Por supuesto -contestó el sacerdote. Ske Vris soltó a Kanshell, que tropezó a un lado.

Galba frunció el ceño. El sacerdote sostenía lo que parecía una daga ceremonial, pero estaba apuntando al suelo. Ningún arma apuntaba a Kanshell. Él había sido retenido, nada más.

-Al fin ha llegado -dijo el sacerdote.

-No para adorar,' Galba gruñó.

El sacerdote inclinó la cabeza. Galba detectó una sonrisa bajo las sombras de la capucha. -Tal vez no. Pero sin duda para presenciar.

Ske Vris se hizo a un lado, dejando sólo al sacerdote. El hombre estaba a un solo paso de distancia del centro de la habitación. La novicia se fue al lado de Kanshell y pasó un brazo alrededor de su hombro, como si asegurándole que todo estaba bien.

Estas personas no habían planeado hacer daño al sirviente, descubrió Galba. Querían su conversión. Y querían la presencia de los Marines Espaciales.

Galba levantó su bólter. Detrás de él llegó el *chunk-clac* de sus hermanos al quitar el seguro de sus armas. Echó un vistazo a la casa comunal. El sacerdote era el único armado, y él no representaba ningún peligro. Aun así, Galba sintió la tensión del combate inminente. Había una amenaza aquí, aunque no pudiera verla. Mantuvo el cañón de su arma apuntando al sacerdote. –Cubrid todos los flancos –transmitió Galba por el canal de combate.

-*Tengo la salida* -informó Khi'dem.

-¿Algo?

-*Tranquilo aquí. La multitud más grande todavía se concentra cerca de la puerta.*

Galba dijo al sacerdote: -¿Y para qué estamos aquí y ser testigo?

-Ya lo hemos dicho. Verdad. Revelación. -levantó las manos a la capucha y la retiró. Repartidos por la congregación, otros miembros de la clase sacerdotal hicieron lo mismo. El hombre que tenía delante tenía un rostro de salvaje y brutal corrupción. Su pelo negro era una melena leonina. Cicatrices y tatuajes rituales rodeaban el nacimiento del pelo. Un canino inferior se había transformado en un colmillo que sobresalía por encima de su labio superior. Sus ojos eran de un color carmesí líquido, desprovistos de pupilas. Sus acólitos estaban igual de envilecidos. Algunos tenían rostros que sobrevivieron a tal violencia que se habían convertido en masas de tejido cicatricial. Otros habían sido marcados de manera más precisa, con runas sinuosas desarrollándose a través de la frente y los párpados. Todos llevaban algún tipo de lesión como una insignia de su cargo. Galba vio orejas amputadas, mejillas cortadas por la mitad, cabelleras peladas hasta el hueso. Y en cada rostro una alegría cancerosa y enfermiza.

Con la casta religiosa desenmascarado, el aspecto del resto de la gente pareció cambiar. El nuevo contexto alteró la percepción de Galba de los otros colonos. Su resplandor de la fe tenía ahora un tono asqueroso. Su aspecto áspero era el producto de una elección cultural. Habían abrazado algo oscuro, y ahora esperaban un evento culminante.

Los cultistas se giraron hacia Galba con un regodeo triunfal.

-Mi nombre, legionario, es Tsi Rekh -dijo el sacerdote. -Me siento orgulloso de ser un sacerdote de Davin. Estoy orgulloso de que los Dioses del Caos abrieran la disformidad a mí y a mis compañeros peregrinos, transportando a nuestra humilde congregación a este lugar sagrado hecho en su honor. Me siento orgulloso de caminar un mundo modelado por otros adoradores, moldeado para encontrar su verdadero propósito en este mismo día. Y me siento orgulloso de haber llegado al momento de mi destino.

El dedo de Galba se tensó sobre el gatillo, pero Tsi Rekh no atacó. Los cultistas alzaron sus voces de nuevo. La canción no tenía palabras. Era un grito sostenido, subiendo y bajando, retorciéndose mediante acordes superpuestos. Eran gemidos y suspiros, aullantes y magnificentes. Tsi Rekh no se unió a ella. Tomó el último paso hacia el centro de la casa comunal.

Se puso de pie sobre el libro. La red de luz reaccionó. La percepción de Galba cambió de nuevo. Los rayos de luz no se movieron, pero la presencia del sacerdote completó un retrato representado por barras irregulares en la realidad. Donde había un patrón de locura dolorosa que torturaba mediante la insinuación de significado, ahora ese significado se hizo manifiesto. Tsi Rekh estaba de pie en medio de un altar de luz, una luz hecha de heridas.

Tsi Rekh levantó el cuchillo.

Galba disparó.

La realidad tembló.

DIECIOCHO

El sacerdote

La Ofrenda

La Cosecha de Todas las Almas

Los proyectiles bólter golpearon a Tsi Rekh. Algunos rasgaron directamente a través del músculo y carne para matar a los davinitas en las filas de la parte trasera

de la casa comunal. Uno golpeó la daga, rompiéndola en tiras de hierro. Los otros proyectiles golpearon en el cuerpo del sacerdote y detonaron. Fuentes de sangre brotaron de las heridas. Manchas que habían sido huesos ametrallaron el aire. Las heridas eran terribles. Eran cráteres. La forma de Tsi Rekh fue machacada en carne carmesí. Su silueta se desintegró.

Y sin embargo siguió en pie.

El resto del escuadrón de Galba disparó menos de un parpadeo después el sargento. Los Manos de Hierro diezma las filas de los cultistas con conchas. Fueron metódicos. Su oficial al mando había respondido a una amenaza manifiesta y que estaban actuando en consecuencia. No había duda de que los miembros del culto eran el enemigo. No importaba que no llevaran armas. Un ataque estaba en marcha. Galba sabía que esto era cierto, aunque la naturaleza del asalto seguía oculta para él.

El equipo volvió la casa comunal en un matadero. El aire se hizo húmedo por la sangre. El traqueteo grave de los cañones compitió contra el húmedo *thchunk-thchunk-thchunk* de los cuerpos destruidos por la potencia de fuego devastadora. La carne era débil, y voló en pedazos ante los guerreros inflexibles. Los cultistas eran diezmados y más morían a cada fracción de segundo.

Y sin embargo siguieron cantando.

El coro redobló su celebración. No hubo pausa en el himno. La horrible alegría se elevó más. La sangre inundaba el suelo de la casa de campo. Cubría a Kanshell, que yacía tirado, acobardado. La vitae de la congregación de Tsi Rekh se mezcló a sus pies con las suya. Su vida cayó en cascada por sus piernas, cubriendo el libro. Él era apenas una forma más.

Y sin embargo seguía en pie. Y sonreía.

Galba dejó de disparar. La túnica blindada de Tsi Rekh colgaba en jirones. Había suficientes agujeros anchos en su torso como para que Galba pudiera ver a través de su cuerpo. El sacerdote no podía estar vivo. Galba no sabía qué fuerza lo soportaba. No la cuestionó. Sólo sabía que tenía que acabar con esa cosa. Ancló magnéticamente su bólter a su cinturón y blandió su espada sierra. Cortaría los restos de Tsi Rekh en pedazos si eso era necesario, pero este ya no se burlaría más de él.

Dio un paso adelante, aceleró su espada, y la levantó sobre su cabeza. A su alrededor, el asesinato estaba casi terminado. La mayoría de los Davinitas yacían muertos. Unos pocos, entre ellos Ske Vris, se agacharon, amparándose en los cadáveres en ruinas. Ya no cantaban. Eso no importaba. La canción continuó. Tenía vida propia, haciéndose eco de las maderas empapadas en sangre, tamborileando en vibraciones de la vigas que ahora Galba dio cuenta de que sólo parecían ser luz.

La nariz de Tsi Rekh era historia. Coágulos negros y la materia gris rezumaban desde el vacío en mitad de la cara. Pero sus ojos estaban vivos. Su rojez ardía. Miraron a Galba con triunfo repugnante. Cuando la espada sierra se detuvo, rugiente, antes de descender en su arco asesino, Tsi Rekh abrió mucho la boca. Su mandíbula estaba medio desencajaba. Sus dientes estaban desaparecidos o reducidos a tocones dentados. Su pecho era una masa de pulpa rota. No quedaba nada de sus pulmones. Sin embargo, un silbido de tos salió de su boca destrozada. Galba lo oyó sobre su espada sierra, detrás de los cañones de sus hermanos, detrás la canción terrible. El sacerdote estaba riendo.

Galba descendió la hoja sobre el cráneo de Tsi Rekh. Los dientes zumbaron cuando machacaron hueso. Volvió su cerebro en pasta y luego en niebla. Galba atravesó la cabeza del sacerdote. Su ataque fue rápido, violento. El cuerpo del Davinita no ofreció resistencia a las armas o a la fuerza de Galba. El golpe mortal no necesitó mucho tiempo.

Pero el tiempo mismo fue capturado. Estirado. Galba se movió espesamente contracorriente y su acto se convirtió en una galería hololítica congelada. La espada sierra necesitó una eternidad para caer. Cada paso de la mutilación se convirtió en una escultura de metal y carne. A medida que el cráneo se separó a cada lado sus ojos no murieron. Brillaron con la victoria. Mantuvieron la mirada de Galba. El momento se extendía más y más. Esperó a que Galba se diera cuenta de todo.

Vio, pues, el lienzo lleno de desolación. Había sido atraído a la casa. Él y su escuadrón habían sido manipulados para descuartizar a los cultistas. Supo, con una certeza terrible, que el golpe que ahora estaban desatando tendría consecuencias tan terribles como el fuego de lanza de la *Veritas Ferrum*.

Sangre por todas partes. Un lujo de sangre. Una celebración apestosa y goteante de la sangre. Una exaltación en un templo. Antes un altar. Empapando un icono creado por el primero de los traidores.

Una ofrenda.

En este momento de la muerte de las ilusiones, Galba también vio la muerte de lo real. Los ojos se dilataron y el tiempo reanudó su marcha letal. La luz carmesí abrazó la muerte por espada sierra. Escapó de los ojos. Envolvió el cráneo y luego, cuando el cadáver rio una última vez, se tragó el resto del cuerpo. Era una luz vieja, marchita como una estrella moribunda pero que ardía con fuerza estelar. Galba liberó su espada y se tambaleó hacia atrás. La luz se desplegó desde dentro el sacerdote, sin embargo, no era realmente luz. Era lo que había sido filtrado a través del patrón de la red. Era energía, no-materia, locura. Era la rabia de la disformidad.

La tormenta estalló sobre el espacio del templo. Galba escuchó las grietas destrozando de madera. El albergue estaba volando en pedazos pero no podía ver la destrucción. No podía ver nada salvo el aullido insano de sangre. Era cegador, pero su casco no reconocía la mirada como luz y no protegió sus sentidos de la rabia. La canción se hizo aún más fuerte, ensordecedora. Galba la oyó arañar el vox, pero no pudo distinguir ninguna palabra. Tropezó, azotado por la furia del evento monstruoso.

Estaba a metros de un desgarro en el tejido del universo. La herida en la realidad se abrió más y Galba se agachó, negándose a caer, incapaz de hacer otra cosa que mantener el equilibrio. La tempestad lo abofeteaba, arañando sus ojos, oídos y mente. El mundo estuvo al borde de la disolución.

En lugar de ello, algo más se materializó. Creció dentro de la tormenta. Robó la estabilidad del plano físico, retorciendo la materia prima de la realidad para sus propios fines. La reunió en el ojo de la tormenta, utilizando los restos aún en pie de Tsi Rekh como un núcleo alrededor y sobre la cual construir algo enorme. La oscuridad se retorció, ganó definición, se convirtió en una silueta. La sombra se convirtió en una forma, obteniendo masa. La forma detuvo el cambio, aunque la sugerencia de contorsiones permaneció en forma de bobinas viciosas y espinas curvas que rompían su contorno.

La no-luz se desvaneció, absorbida por el ser que había tomado la ofrenda y salido de la pesadilla hacia el mundo. Galba pudo ver de nuevo. Vio al enemigo que los Manos de Hierro habían estado buscando.

-¡Demonio! -estaba gritando alguien. Era Kanshell. Estaba acurrucado en una bola, olivando su rifle láser, sus brazos ocultando su rostro. *-¡Demonio!*

El ser ladeó su cabeza hacia Kanshell por un momento. Hizo un sonido que Galba supo era su risa, aunque le llenó la cabeza con los gritos de los niños enfermos. Luego se dirigió hacia él, con la última no-luz disforme detrás de él como la llama de una vela.

Demonio. Galba no podía rechazar la palabra. Las verdades que siempre había conocido estaban en ruinas antes él. Sabía algo sobre las supersticiones del pasado. Él sabía de los monstruos conjurados por la oscuridad de la ignorancia humana. Uno de esos monstruos ahora estaba ante él, y los mitos no eran sino susurros pálidos comparados con la realidad de la cosa.

Era inmenso. Se alzaba sobre Galba. Su cabeza habría roto el techo de la casa comunal, tenía el edificio aún estado de pie. Era bípedo, una distorsión de la forma humana que se detuvo justo antes de ser irreconocible. Sus miembros eran grotescamente largos pero ondulados con músculos tensos. Su pelvis era esquelética y justo encima de él enclavado el cráneo hendido de Tsi Rekh. Su pecho era un gran caparazón cubierto de ojos de pupilas rasgadas. Eran exactamente como los de la armadura del tres veces maldito traidor Horus, pero estos estaban vivos. Parpadearon, temblaron y miraron a Galba.

La cabeza del demonio era todo fauces rodeado de un halo de cuernos gigantes, torcidos, asimétricos. Señalaban hacia delante y hacia atrás, brotando de la frente y la base del cráneo. Dos de los más masivas se rizaban hacia abajo como colmillos casi hasta el pecho de la criatura. Su lengua bífida, tan larga como una serpiente, batía y enrollaba como buscando presas, unos movimientos que extrañamente imitaban los de la cola articulada de la abominación. Bajo una pesada frente los ojos estaban tan en blanco y sin rasgos como lo de Tsi Rekh. Tenían el resplandor de una tormenta de fuego. Galba pensó que estaban ciegos de rabia, porque la cabeza siempre giraba en la dirección de lo que estuvieran buscando los ojos del pecho.

En su mano derecha, el demonio agarraba una lanza que terminaba en una colección viciosa de cuchillas. Parecían tridentes enclavados pero también había algo ceremonial en su configuración. Había arte en los ángulos de este metal forjado en el horno de una ilusión. No sabía lo que significa. El demonio sostenía su lanza de una manera que a Galba le recordó a Tsi Rekh. El arma era un símbolo de su puesto. Las implicaciones de esta idea eran tan horribles como la presencia del ser.

Extendió sus brazos, dando la bienvenida al mundo a su abrazo tóxico. Abrió sus fauces. Suspiró, liberando una *aaaahhhhhhhh* de apetitos inconfesables. Inclinó su cabeza hacia atrás, apuntando los ojos en blanco al vacío por encima. Era mediodía, pero la oscuridad se levantó como el vapor del demonio, formando un dosel de negro vacío que se extendió más y más sobre el asentamiento con cada segundo que pasaba. Era como tinta propagándose por el aire y sin embargo era algo más siniestro que eso. Era un ácido que devoró la realidad, sin dejar nada en su lugar.



En el clímax del ritual Davinita, Madail es convocado.

Los cultistas supervivientes susurraban. El demonio ladeó la cabeza. Su lengua lamió el sonido y lo encontró sabroso. El monstruo habló, y su voz era la que había sido el tormento de Galba desde la primera noche en Pythos. El sonido era la burla de todo principio y toda esperanza. Era enorme y profunda y sibilante. Era el derrumbamiento de montañas, un trueno de las serpientes.

-Decid mi nombre -dijo el demonio, y se rio de deleite por su voz. Se echó a reír y las pesadillas se hicieron eco.

-Madail, Madail, Madail –susurraron los Davinitas. La multitud por las puertas recogió el canto y lo hizo enorme.

-Madail –repitió el demonio. Saboreó las sílabas, arrastrándolas fuera: *Madaaaaaaaail*. La segunda mitad del nombre se convirtió en una exhalación extática. Era la forma de las sombras sinestésicas que Galba había probado. Él había sido asaltado por los ecos premonitorios, y ahora, por fin, aquí estaba el sonido, llegando como juicio y noche. *Madail*.

El demonio miró hacia los Marines Espaciales. **-Yo soy el pastor del rebaño** -anunció, convirtiendo las palabras en obscenidad. **-Y estoy aquí para traer a mis súbditos a nuevos pastos** -Madail se inclinó hacia delante, sus ojos rodando en afán. **–Abrid de par en par las puertas** -mandó.

-¡Ahora! -gritó Ske Vris.

Explosiones estallaron en la base de la empalizada. La puerta desapareció en una columna de llamas. Toda una sección de la pared, de un centenar de metros de largo, se derrumbó, abriendo el festín para los dientes de los depredadores más allá. Los siervos de la Legión retrocedieron de las explosiones. Algunos fueron aplastados bajo los troncos ardientes. Pero mantuvieron las posiciones y comenzaron a disparar contra los miembros del culto. Los Davinitas, desarmados, no respondieron.

-La Ofrenda -dijo Madail.

Los Davinitas se movieron como poseídos por una sola mente. Los más cercanos a los siervos se toparon con las vetas de fuego láser, riendo a medida que fueron talados. El resto de la multitud se precipitó por la puerta caída.

Madail suspiró de nuevo en anticipación. **-Y después** –dijo, **-la comunión.**

Las Manos de Hierro y Salamandras desataron la furia de sus bólters en Madail. Icor oscuro surgió de los impactos. Por un momento, el demonio se deleitó con la sensación de haber sido golpeado. Luego llevó la empuñadura de su arma hacia abajo, golpeando el ensangrentado suelo de la casa comunal, hasta la tierra misma. Una ola recorrió desde el punto del golpe, volviendo el suelo tan volátil como un lago en una tormenta. Arrojó a los Marines Espaciales por los aires. Galba aterrizó abruptamente pero se puso en pie, disparando de nuevo. Madail hizo un gesto con su garra libre, asiendo la realidad en un conjunto de pliegues. Los proyectiles cayeron en los pliegues y desaparecieron.

Galba encontró ahora difícil a mirar al demonio. Madail avanzaba detrás de un escudo de Materium dañado. El demonio apareció como a través de un espejo agrietado a balazos. Su imagen se rompió en segmentos superpuestos y las líneas fracturadas trajeron lágrimas a los ojos de Galba. Las lágrimas corrieron por su rostro. Cuando las probó, se dio cuenta de que eran de sangre.

-Hermano-Capitán -transmitió. Podía ver cada movimiento de los próximos segundos y como sería el final. Si pudiera advertir a Atticus, quizás esos segundos no serían inútiles. Pero sólo había estática en la red vox. Apenas podía distinguir las transmisiones de sus propios miembros de escuadrón.

-Hermano Galba -dijo Khi'dem. *-Perdóname. Me equivoqué.*

-Todos nos equivocamos –gruñó Galba. Pero si este era su fin, pensó, lo encararía como era digno de la X Legión. Cambió a su espada sierra y cargó hacia el demonio. La hoja rugió a su lado. Preparó un golpe a dos manos. En la periferia de su visión era consciente que sus hermanos cargaron con él. Podía oír los gruñidos de los Vindicadores maniobrando. Desde algún lugar por encima vino la rabia de las Thunderhawks. Los Manos de Hierro estaban encerrando al monstruo, y la máquina expulsaría a este absurdo del mundo racional. Esta era la promesa de Galba.

No era su esperanza. No esperaba nada; ya no.

El demonio estaba a dos pasos de distancia. Galba era la punta del ataque. La distorsión no lo detendría. Las grietas en la realidad eran demasiado pequeñas. Él era un gigante. Era pura masa impulsada por justa venganza. Él no era carne. Él era la fuerza e sí misma.

Madail golpeó primero. El demonio lanzó su tridente hacia adelante, su alcance completo y monstruoso oculto por el colapso de la visión. El arma brillaba oscuramente y fue lanzada a la servoarmadura de Galba. Destrozó su caparazón negro y caja torácica reforzada. Apuñaló sus corazones. El dolor y el shock repentino fueron eclipsados por algo peor: un dejar ir terminal. Su cuerpo se dislocó de su voluntad. Sus extremidades quedaron adormecidas. Sus dedos inútiles bajaron la espada sierra. Madail rio y lo levantó en el aire. Las lecturas en el casco de Galba mostraron una cascada de runas rojas críticas, para luego oscurecerse.

La oscuridad se extendió desde la herida, envolviendo con su puño su cuerpo. Hacía frío. Era fuerte. Más fuerte que él.

Era carne después de todo.

Kanshell vio a Madail elevar la brocheta de Galba en alto. Vio la lucha del Marine Espacial disminuir, y luego detenerse. El demonio no se detuvo. Se movía con velocidad y gracia. Era un bailarín realizando al fin su gran obra sobre el escenario. Su brazo lanza sacó el sargento y su mano izquierda hizo un gesto de barrido. Sus garras abrieron lágrimas irregulares en el tejido de la realidad. Hizo un puño, aplastando lo real en un nudo apretado. El resto del escuadrón de Manos de Hierro se acercaron al demonio, y parecían correr más rápido cuando Madail cerró sus dedos. Ellos llovieron golpes sobre el demonio y el monstruo se tambaleó. Sus brazos temblaban por la tensión. Pero su cabeza ciega rio y sus muchos ojos miraron a los legionarios con una indiferencia conocida y medida. Los movimientos de los Manos de Hierro eran extraños. Ellos se sacudieron, y se lanzaron, como si el paso del tiempo hubiera desaparecido, o se movían a través de un universo compactado y plegado.

Madail abrió su puño, liberando la realidad.

El Materium estalló. Una onda de choque de lo física concentrado viajó una docena de metros del epicentro del demonio. Los Marines Espaciales estaban atrapados en los pliegues, y cuando el mundo volvió a su tempo quedaron repentinamente en

varios lugares a la vez. Volaron en pedazos, troceados por la imposibilidad como por cables. Formaron una niebla de sangre. Los legionarios cayeron, seccionados como troncos.

Kanshell quería cerrar los ojos. Quería apartarlos de la visión de los semidioses cortados. El acosador de las noches Pythos había llegado y su realidad era peor que todas sus promesas oscuras. Nada quedaba ante él salvo el cumplimiento de un sueño terrible.

No cerró los ojos. Vio a los Marines Espaciales caer y supo que si se entregaba, él deshonraría a la Legión a la que servía. Vio a sus compañeros siervos combatir a los cultistas y supo lo que debía hacer. Aunque él y todos los demás mortales fueran destruidos en el instante que Madail cayera en su existencia no le eximía de su deber.

Y él tenía su fe. Estaba con él más que nunca. Tenía ante sí la prueba de poderes divinos. Si los oscuros caminaban en forma de carne y hueso, entonces ¿Cómo podría haber llegado a dudar de la divinidad del Emperador y su luz? El *Lectitio Divinitatus* de Kanshell se perdió. No lo necesitaba. Había hecho su juramento. Tenía un deber doble. Le había mostrado un ejemplo y él lo seguiría.

Él moriría de una manera digna de la X Legión, y luchando por el Emperador.

Se puso de pie, con los pies chapoteando en sangre. Sus manos estaban resbaladizas, con el pelo enmarañado y sus ojos medio cerrados. Encontró su rifle láser junto al cuerpo eviscerado de un cultista. Lo agarró, disparó un tiro para ver que aún funcionaba, y luego corrió hacia los otros siervos.

Su camino lo llevó a espaldas de Madail. El demonio estaba susurrando algo a los Marines Espaciales supervivientes que se arrastraban por el suelo. Kanshell no escuchó. Incluso el sonido de la voz de la criatura devoraba su cordura. Vio los Vindicadores rodando hacia delante. Las cañoneras de combate seguían arriba, pero ocultas detrás del escudo de oscuridad de Madail. No tendrían nada a lo que apuntar sus armas. No importaba. *Motor de Furia* y *Fuerza Medusana* tenía líneas de visión claras y sólo la presencia de Marines Espaciales vivos pero con heridas críticas retrasó su andanada. En otro instante esta sección de la meseta sería arrasada por ojivas de alto poder explosivo.

Los siervos estaban dando caza a los cultistas. No había nada que ganar enfrentándose con Madail. Pero los Davinitas tenían una misión y eran mortales. Kanshell tenía un montón de evidencias de ello. Un milagro trenzado había perdonado sus vidas una vez, pero no habría tales milagros hoy. Ellos podían morir y murieron. *Encuentra a Ske Vris*, pensó Kanshell. La simplicidad y la necesidad de la misión lo mantuvieron enfocados en él, y no en los terrores que le rodeaban. *Encuentra a Ske Vris. Detenla.*

Su deber sería su venganza. Por un breve instante, se permitió pensar que él sabía algo más ahora del corazón de la X Legión. Luego hizo a un lado el pensamiento y no hizo nada sino correr, correr para mantenerse por delante de su terror y alcanzar su ira.

Se unió a la retaguardia de los siervos mientras iban más allá de las paredes y salían del escudo de la oscuridad a un día salvaje. Los cultistas corrían sobre la tierra maldita hacia la base. Seguían cantando. La canción era una orgía de victoria y abandono. Fue también una llamada a los depredadores. Los saurios se acercaban por ambos lados. Ya no temían el campo abierto. Tal vez ellos sabían que los depredadores rivales en ceramita ya no estaban presentes. Tal vez su número había llegado al punto de que ninguna amenaza podría detenerlos. El suelo se estremeció cuando los monstruos corrieron en estampida hacia la promesa de muertes fáciles. La horda era inmensa. Pero había miles de Davinitas.

Un banquete de la abundancia.

Los siervos hicieron una pausa en su búsqueda. Kanshell compartía la incertidumbre de masas. Los cultistas estaban corriendo hacia la extinción. Cualquier libra de carne que los siervos detraían sería tomada muchas veces más después por los saurios. Si avanzaban hacia delante se convertirían en presas.

Pero a su espalda había una monstruosidad peor.

Muerte por delante. Condenación detrás. El deber se redujo a una selección de condena.

Kanshell se mantuvo moviéndose hacia adelante por puro momentum. Avanzó hasta las primeras filas. Más adelante vio a Tanaura sosteniendo su rifle sobre su cabeza. Ella gritó algo. Sus palabras se perdieron en el caos de rugidos y el estruendo de los Thunderhawks y Vindicadores comenzando su andanada. Pero su

desafío y llamada al deber eran claros. Sus ojos ardían de rabia desesperada. Kanshell los miró, y vio que los Davinitas no estaban simplemente derrochando sus vidas. Había un orden para su sacrificio. Estaban formando líneas que encaraban a los saurios. La gente en esas barreras tenía los brazos entrelazados y se mantuvieron firmes, cantando aún, preparándose para el impacto. Entre líneas, la carrera hacia la base continuó. Los cultistas estaban vendiendo sus vidas para que sus hermanos de fe pudieran llegar a la fortaleza de los Manos de Hierro.

En el centro de los adoradores, Kanshell vio a Ske Vris. Había reclamado el bastón de Tsi Rekh y lideró a la manada hacia adelante. Kanshell vio el espejo del celo de Tanaura. Se comprometió a romper la reflexión. Corrió hacia delante. Tanaura tenía razón. Si los Davinitas todavía tenían una misión también los agentes de los Manos de Hierro. Si pudieran detener a los cultistas sus propias muertes tendrían sentido.

Los saurios llegaron cuando los siervos empezaron a combatir a la primera de las líneas Davinitas. Kanshell vio una multitud de formas de espinas y cuernos, bípedos y cuadrúpedos, con cuclillas alargadas y cuellos como serpientes, enormes patas delanteras con garras tan largas como su brazo y siempre las mandíbulas: masivas, salvajes, hambrientas. Estaba corriendo a un guantelete de músculos y dientes.

Los saurios atacaron. Los cultistas rieron. Lanzaron sus mandíbulas. La masacre fue enorme. Los monstruos arrancaron a los Davinitas. Enterraron mandíbulas en costillares y masticaron vísceras. Los evisceraron con sus garras. La bestia más grande que Kanshell había visto jamás, un cuadrúpedo de diez metros de altura, bajó una enorme cabeza cuadrada casi del tamaño de un Dreadnought. Mordió la cabeza a un cultista. Se tragó el cráneo y después, con una estocada baja repentina, se hizo con el torso antes de que el cuerpo cayera al suelo.

Había sangre por todas partes. Discurría a través del suelo. Cayó en duchas desde las víctimas que fueron transportados, retorciéndose, por los aires. Kanshell había huido de un lago de sangre sólo para encontrar un océano. Y el canto seguía sin detenerse. Las víctimas gritaban mientras eran devorados, pero los chillidos tenían el anillo del triunfo. Kanshell estaba de vuelta en la casa comunal, siendo testigo de otra oscura consagración. Los saurios estaban realizando el mismo deber ritualístico que los Manos de Hierro. La mano que masacraba no era importante. El derramamiento de sangre era lo que importaba. La ceremonia que se había iniciado

en la casa comunal no estaba completo. Fue trasladado a un lienzo más grande. Kanshell podía sentir el tejido de algo inmenso y supo cuán insignificante él y sus esfuerzos fueron, amén de inútil. Matar Cultistas sólo alimentaría la creación del terror por venir.

Pero iban a morir de todos modos, y el honor exigía algún tipo de juicio.

Kanshell se centró en la visión de Tanaura corriendo justo delante de él. Su rostro estaba tenso con firme determinación. Ella estaba disparando desde la cadera. No podía fallar y taló cultistas, abrasándolos con fuego láser. Ske Vris, en el fondo, en el centro de la aglomeración, estaba aún más allá de su alcance.

Detenla, pensó Kanshell. *Detenla. Detenlo todo*. Tal vez la última de la casta de sacerdotes era importante. Tal vez su muerte, ese magro consuelo de venganza, podría significar algo. Eligió seguir ese aleteo de esperanza. Por primera vez en su vida apretó un gatillo con la intención de matar. Encontró que Tanaura había tenido razón. Cuando llegaba el momento, no era difícil. Y tampoco falló.

Los siervos carbonizaron las filas traseras de los Davinitas. Corrieron hasta la avenida creada por los sacrificios voluntarios. Pero la barrera no se mantuvo mucho tiempo y los saurios se abalanzaron sobre la nueva afluencia de presas. El camino a la base se convirtió en un frenesí de alimentación.

La última comunicación que Darras había recibido del asentamiento era hace más de media hora. Los sonidos de la batalla resonaban a lo lejos, ahora medio ocultos por los aullidos de los saurios. Las líneas de visión desde la parte superior de la muralla eran buenas. Con la selva arrasada, la meseta era apenas visible a través del humo de baja altitud y la neblina. Los Manos de Hierro podían ver la locura de la multitud corriendo y la fiesta de los reptiles.

Todo esto se presentó ante Darras para que fuera testigo. Era un tapiz de desastre.

-Asegurad la base -ordenó. -Nada entra -él miró la marea de rabia animal subiendo por la ladera. Había límites a lo que las paredes podían resistir. -Saurio o colono, matad a todo lo que sea una carga en nuestro camino.

Intentó contactar de nuevo con Atticus por el vox, después con Crevther en el *Inflexible*. Nada, pero al menos pudo ver que las Thunderhawks estaban todavía en el aire. Cambió de canal. Dentro de la base la red vox funcionaba aunque no muy

bien, no desde que hubieran comenzado las explosiones en el asentamiento. Apenas podía distinguir los informes de la muralla en el lado opuesto de la base. Por lo menos podía alcanzar a Erephren en el centro de mando con suficiente claridad. Lo hizo ahora, y le dijo lo que podía ver. -¿Ha detectado algún cambio? -preguntó.

-Sí -la palabra fue dicha por un guerrero en medio de duros combates. *-La interferencia ha disminuido. El enemigo ya no está atacando desde la disformidad.*

Una ola de fuego en la distancia. Darras maldijo entre dientes. -El enemigo está utilizando medios más directos -dijo.

-Hay más –le dijo Erephren. *-La anomalía se está volviendo mucho más poderosa.*

¿Qué significa?

-No estoy seguro, sargento. Una energía oscura está fluyendo hacia ella y siendo almacenada.

-¿Ha intentado leer la anomalía?

-Lo he... -se apagó, sonando incómoda y drenada.

-¿Y?

Ella susurró. *-Tuve que alejarme. Estaba a punto de ver todo.*

La señora del coro astropático no se rebajaba a la exageración. Darras le tomó la palabra. -¿Su evaluación?

-Tengo poco que ofrecer, sargento. Pero solo puedo pensar en una razón para almacenar energía.

-Para luego liberarla -dijo Darras.

-He observado algo más -dijo Erephren. -El nivel de energía está aumentando muy rápidamente. Se ha acelerado en los últimos minutos -su confesión era cuestión de hecho, desmintiendo el agotamiento y la batalla.

-Ya lo veo. Gracias, señora –Darras observó la masacre. Se acercaba. Los saurios y colonos estarían dentro del rango de los bólter en breve. Darras era renuente a derramar proyectiles preciosos en objetivos que estaban a punto de morir. Ya no

habría ningún tipo de línea de suministros. Si dejaba que las cosas siguieran su curso los mortales serían borrados dentro de un lapso de tiempo muy corto. Sin presas, los saurios se dispersarían.

Pero las palabras de Erephren le inquietaban. Algo estaba alimentando la anomalía.

-Hermano-sargento –dijo Catigernus, -están cantando.

Darras escuchó, buscando las voces de los colonos entre los rugidos de los saurios. El otro legionario tenía razón. Y los gritos se hacían más fuerte a cada momento que estaban de celebración. La razón de Darras rechazó un vínculo entre el derramamiento de sangre y la anomalía. Su instinto le decía lo contrario.

Sus opciones se desvanecieron. Por dientes, garras o bólter, los colonos iban a morir como pretendían. Ningún otro resultado era posible. Degustó de nuevo el sabor ácido de la derrota, demasiado familiar. -Alto el fuego -ordenó, con una furia que convirtió cada sílaba en una maldición. -Debemos conservar nuestras municiones. Lo peor está por venir.

Y así vino. Con cada latido de sus corazones, vino lo peor. El paisaje se lleno del alboroto de la muerte. El número de saurios ascendió más allá de toda lógica. Había más monstruos ahora que humanos y aun así llegaron, golpeando al otro lado de la tierra torturada. Darras vio los reptiles ahora como parte de un mecanismo gigantesco, un reloj que giraba y giraba hasta que estuviera listo, por fin, para llevar a cabo su gran obra.

Supo que las vueltas finales de la llave habían llegado.

Kanshell adoptó la visión de túnel. Era la única forma en que podía mantener la cordura el tiempo suficiente para hacer lo que debía. Estaba rodeado de monstruos aullando. Las líneas del Davinitas se habían derrumbado. Su prisa hasta el promontorio se había desintegrado en un guion sin orden ni concierto. La estrategia había desaparecido. Ni un solo miembro del culto llegaría a las puertas de la base, pero tal vez, pensó Kanshell, nunca había sido esa su meta. El muro estaba a sólo un centenar de metros de distancia. Los depredadores estaban por todas partes. La misión de los cultistas fue cumplida.

Visión de túnel. Si se permitía captar por completo la vorágine carnívora el miedo lo llevaría de nuevo y no haría nada más que encogerse y morir. Así que siguió a

Tanaura, y observó a Ske Vris. Trataba a las piernas masivas que golpeaban por todos lados como un bosque en una tormenta. Eran obstáculos, y él los miró sólo el tiempo suficiente para evitarlos. La sangre que caía sobre su rostro de las víctimas levantadas y desgarrada arriba era sólo lluvia cálida y salada. Si la muerte venía por él no lo sabría. Tanaura era la fe, Ske Vris era el deber, y nada más le era útil.

Tejió dentro y fuera de las masas trituradas en su persecución. La luz de la tarde fue atenuada por la presión de los cuerpos gigantes. El frenesí de alimentación fue escalando a medida que los depredadores se atacaron entre si cuando se les acabó la carne humana. El suelo era un lodazal de sangre y tierra. Kanshell resbaló y cayó. Se deslizó mientras trataba de levantarse. Un pie de tres dedos, casi tan largo como él, bajó a centímetros de su rostro. Se apartó, ahogándose en la tierra empapada de sangre y luego se pudo en marcha de nuevo. Todavía sostenía su rifle láser. Aún podía ver a Tanaura. Y aún podía ver a Ske Vris.

La estaba alcanzando.

Apretó el gatillo de nuevo. Su fuente de alimentación estaba cerca de agotarse, pero aun así había media docena de disparos restantes.

-*Detente* –gritó Tanaura, demasiado tarde.

Kanshell no podía apuntar y correr, y sus disparos fueron al tun-tun. Aun así no podía fallar y alcanzó a una bestia delante de él. Las heridas fueron suficientes para hacerla tambalearse. Sus defensas bajaron por un momento y fue atacado por otros dos. Las colas azotaron. Una terminaba en una nuez de hueso del tamaño de un puño de combate. Golpeó a Tanaura de refilón, que cayó al suelo. Kanshell se tambaleó hacia atrás y la maza de la cola sopló por su pecho. Si le hubiera golpeado habría aplastado sus costillas. Tanaura, aturdida, trató de levantarse. Kanshell se detuvo para ayudarla.

-Márchate –silbó Tanaura. Ske Vris estaba poniendo más distancia entre ellos.

Kanshell corrió a través de la picadora de carne. Ske Vris se movía como si participara en un baile, esquivando a los monstruos con gracia ritualista. Kanshell lo captó poco a poco y se dio cuenta de que Ske Vris estaba bailando. Había un propósito en cada movimiento. Ella estaba formando una frase que ninguna lengua podía hablar pero que oiría cada alma.

Y entonces, de alguna manera, hubo un claro, un ojo en la tormenta reptil. Ske Vris se detuvo. Se enfrentó a Kanshell. Estaba cubierta de la sangre de sus parientes y su sonrisa brillaba como nunca. Extendió su mano izquierda a Kanshell.

-Únete a la adoración, Jerune -dijo. -Observa la única verdad real. Canta las alabanzas del Caos.

Kanshell no respondió. Elevó el rifle láser en su lugar. Antes de que pudiera apretar el gatillo, Ske Vris arremetió con el bastón. Un rayo salió disparado de la punta de hoja adornada. Era una energía oscura, del profundo y podrido violeta del dolor. Tiró el fusil de las manos de Kanshell y lo lanzó de espaldas. Una mancha crepitante se extendió sobre sus extremidades. Por un momento sus brazos se olvidaron de su cuerpo. Querían cambiar a algo extraño. Entonces la energía se disipó. Ske Vris se puso sobre él. Alrededor de ellos, la guerra de los depredadores giraba. La sangre caía en chaparrones.

-¿Estás convencido? -preguntó la Davinita. -¿Puedes verlo?

Kanshell intentó levantarse. Sus brazos y piernas eran débiles. El terreno le ataba. Él vio el momento de su muerte, y la muerte de toda cordura, de toda esperanza, en Pythos. Pero no vio nada que adorar. Escupió flema con sangre.

Ske Vris se encogió de hombros. -Es una pena. No importa. Cumpliste tu propósito. -levantó el bastón.

Un disparo laser atravesó el hombro de la cultista. Le hizo dar la vuelta. Ske Vris gruñó, tropezando. Con el puño todavía cerrado en torno al bastón el brazo cayó al suelo. El impacto humeaba. La sangre corría por su flanco pero ella no cayó. Retrocedió con piernas torpes.

Tanaura entró en el claro. Le habían arañado. Tres enormes barras diagonales corrían desde el cuello hasta la cadera izquierda. Ella observó la lesión con desprecio. Su rostro estaba saturado con la furia justiciera de los fieles se enfrentan el hereje.

Ske Vris se hundió pero sonrió. –Sí -se quedó sin aliento. -Sí, lo entiendes. Podrás apreciar...

Hizo una pausa. El mundo se detuvo. La guerra sauria quedó inmóvil en el borde de un gran precipicio. Ske Vris miró la sangre golpeando el suelo. -¿Puede ser así? -susurró, llena de asombro. -¿Soy tan bendecida? -se puso de rodillas. Se volvió hacia Tanaura. –Sí -dijo ella, beatífica. –La Ofrenda se ha completado. Comienza la comunión.

Hubo un auge enorme, como si el planeta fuera un yunque golpeado por un martillo. Entonces más latidos, más pequeños pero ominosos porque no se detuvieron, se acercaban.

El día cayó en oscuridad.

DIECINUEVE

El Pozo

Inflexible

Ahora

Los primeros sonidos de la batalla no alcanzaron a Atticus hasta que los Manos de Hierro llegaron a su destino. Pero vio la obra de un enemigo mucho antes de eso. A medida que la compañía se internó más en la tierra miró la arquitectura xenos bajo una nueva luz. Su perspectiva se debía a algo más que la revelación de una nueva región de la estructura. Esta creación había destruido su nave. Galba tenía razón: era una máquina, y había atacado.

El pozo era más claramente un arma que el resto de las ruinas. Se sentía como si estuviera moviéndose por un cañón de ánima rayada. La rampa era parte del relieve del arma, pero también lo eran las runas. Ellas también eran parte de la fuente de alimentación. Aceptó el hecho como algo evidente. Era consciente de su efecto. Incluso cuando cerró el ojo humano y miraba el mundo exclusivamente a través del filtro de la biónica todavía se retorcían en la periferia de su visión, todavía susurraban obscenidades antinaturales. Las oía ahora, en forma de niebla cambiante de imágenes de pesadilla ante el ojo de su mente.

Sabía algo ahora de a lo que Galba se había enfrentado. Todavía rechazó la idea de que las fuerzas actuando no pudieran ser combatidas por la aplicación estratégica

de la fuerza física. Fueran cuales fueran las armas usadas podrían ser destruidas por ellos también. Si las runas eran una fuente de energía entonces él derrumbaría las paredes del pozo. Pero también reconoció que había otros tipos de fuerza. Rhydia Erephren utilizaba una, con tal vez aún más agresividad de lo que admitiría. Galba no era un psíquico, como aceptaba Atticus, pero el sargento estaba más en sintonía con estas energías que él, más abierto a un pensamiento oblicuo. Era por eso que Galba quería tratar con los colonos y su adoración. No podía imaginar cómo habían jugado un papel en la muerte de la *Veritas Ferrum*. Pero lo tenían. Galba tenía mejores probabilidades de atravesar ese velo.

El pensamiento que cruzó por la mente de Atticus podría haber explicado por qué encomendó a Galba con este aspecto de la misión. Lo procesó con consideración, reconoció su verdad, y luego lo desechó.

A mitad de camino, le preguntó a Camnus, -¿Alguna idea, tecnomarine?

-¿Capitán?

-Esto debe ser algo más que un cañón fijo.

-Estoy de acuerdo. No puedo adivinar su función –su servo brazo saludó a las runas serpentinas. -El resplandor me preocupa -dijo.

-Lo hemos visto antes.

-La intensidad es mayor. Se concentra claramente en las runas.

-¿Qué concluyes?

-No hay nada definido.

"Extrapolar, entonces.

-Que nuestra salva malograda no fue solo reflejada...

-Lo vi por mí mismo –espetó Atticus.

-Quiero decir que parece haber sido absorbido también.

-Una locura –se opuso Atticus. El rayo que había derribado la nave había sido mucho más concentrado que el fuego de lanza.

-De acuerdo -dijo Camnus. -No obstante creo que es verdad. Debemos prepararnos para lo peor.

Atticus maldijo la disformidad, maldijo la raza que había encontrado la manera de aprovechar sus propiedades en el ámbito físico, maldijo a esta manifestación de arquitectura y máquina.

Abajo, abajo, en la torsión de piedra. La luz sucia de día de Pythos no alcanzaba tal profundidad. Fue sustituida por la luz lenta y palpitante de las runas. Lo que había en el fondo del pozo quedó a la vista. Un ojo legañoso se abrió. Bajo el eje yacía una forma circular del mismo diámetro. Se caracterizaba por una sola runa, la más larga y compleja de todo el sistema. El ritmo de la luz era el pulso de este signo. Atticus volvió su mirada. –Eso -anunció a la compañía, -es lo que hemos venido a destruir.

La Guardia del Cuervo había sumido en adelante. Esperaron en lo que parecía ser la última estribación de la rampa. -*Capitán Atticus* -transmitió Ptero, -*¿Desea que comencemos a colocar las cargas?*

Cuán político, pensó Atticus. Sin embargo, aceptó el gesto de respeto. –Por una vez, legionario -dijo. -Quiero darle las gracias.

Entonces, rebotando por el hueco llegaron los ecos de las armas de fuego. Atticus intentó contactar con Galba. No encontró nada salvo ruido blanco. -Completemos la misión -dijo a sus guerreros. -Nuestros hermanos saben lo que hacen -y abrió el camino hacia abajo.

El signo gigante no marcaba el final de la bajada. El eje abierto en una vasta caverna semiesférica, casi completamente cubierta por una cúpula de la roca. Esta construcción era lo que los llevó a los túneles, su superficie curvada sus callejones sin salida. La rampa en espiral se dividía a medida que dejaba el eje. Se convirtió en un estante que corría alrededor de toda la circunferencia de la caverna, abrazando la pared cóncava. Empinadas escaleras en zigzag salían de ella a intervalos regulares. Las escaleras se detenían cada tres metros en un rellano. Una mirada le dijo a Atticus la naturaleza de la función de las escaleras: eran lo que había permitido a los arquitectos xenos tallar las runas en la pared de la caverna. La cúpula en sí apareció sin rasgos aparte de su única gran runa en su apogeo. El resto era de piedra negra lisa. No tenía uniones que Atticus pudiera detectar. Era como si una inmensa

burbuja de magma se hubiera enfriado en una formación tan negra como la obsidiana y más suave que el hielo.

-No hemos podido dañar la base de esta cosa –señaló Camnus.

-Entonces vamos a intentarlo con su techo –contestó Atticus. *Todo tiene una debilidad*, pensó. *Y apuesto a que es el ojo.*

Los legionarios saltaron desde la rampa, aterrizando con golpes sordos en el techo de la cúpula. Comenzaron a colocar las cargas vinculadas. El trabajo apenas había comenzado cuando los sonidos de la guerra allá arriba cambiaron. Hubo un momento de calma. A continuación, una mayor furia, que creció en oleadas de ecos sobre la base de ecos.

Y entonces la luz. Acercándose cada vez más.

El brazo izquierdo de Khi'dem desapareció por debajo del codo. El shock de la realidad elástica regresando a una forma estable interrumpió cada impulso eléctrico de su servoarmadura y cada sinapsis de su sistema nervioso. Durante varios segundos, sus pulmones se olvidaron de cómo respirar y sus corazones se quedaron inmóviles. Su mente tartamudeaba, su propia identidad arrancada de su envase. Respiración, pulso y pensamiento regresaron juntos. Parpadeó, tratando de dar sentido a las runas que parpadeaban carmesíes ante sus ojos cuando su servoarmadura reinició los sistemas que aún funcionaban. Las células Larraman de su sangre estaban formando tejido cicatricial sobre el muñón antes de que tuviera pleno conocimiento de su mutilación.

En estos primeros momentos de su vuelta a la realidad sólo conocía un impulso: *moverse*. Lo hizo. Salió de la ruta del demonio a zancadas. Metió las rodillas bajo su pecho, se empujó contra el suelo con el brazo derecho y se puso de pie. Estaba rodeado por las piezas desmembradas de legionarios. Vio al apotecario Vektus reducido a una cabeza y torso retorciéndose, gruñendo sus maldiciones finales antes de su caída en el silencio. Entonces Khi'dem escuchó la llegada de una tormenta más allá del parche de noche que flotaba sobre Madail. Se las arregló para poner un poco de distancia entre él y el demonio antes de que los misiles Hellfury impactasen. La fuerza de las explosiones lo tiró de lado. Se tambaleó, pero se mantuvo en pies.

Madail se situó en el centro de las explosiones, bañado en fuego. Los ojos de su pecho estaban cerrados. Su cabeza estaba hacia arriba, sus fauces de par en par en éxtasis escalofriante. Pinchó su lanza hacia arriba. La bola de fuego invierte se contrajo con un trueno de aire desplazado y fue absorbido por las hojas de la lanza. Entonces las llamas fueron devueltas en una corriente de energía concentrada. Fue disparada a través del escudo de la oscuridad. Khi'dem escuchó el chillido de metal desgarrado y a continuación una nueva explosión. *Inflexible* cayó de la oscuridad. Vomitando humo, con un ala menos y sus motores en llamas, surcó el cielo como un cometa. Pasó sobre Khi'dem. Tocó tierra una vez, se levantó como si se negara su destino y luego se estrelló, cavando un surco masivo, desintegrándose en pedazos y rugiendo hacia el centro de la meseta.

-No -susurró Khi'dem al darse cuenta de lo que se cernía. Detrás de él, el demonio se rio. Los cañones Demoledores de los Vindicadores estallaron, y el demonio se rio.

La nariz de *Inflexible* fue aplastada por el impacto. La velocidad de la cañonera fue absorbida por el impacto. Su impulso duró algo más de tiempo y comenzó una lenta y agonizante voltereta. El fuego abrazó el resto del casco cuando se desataron explosiones secundarias. Se había convertido en una antorcha imponente cuando cayó en el gran pozo.

Fuego y metal rugieron hacia los Manos de Hierro. Atticus levantó la vista de donde estaba parado con vistas al signo. Vio la cañonera en llamas y supo que era el heraldo de la catástrofe. No hacía falta ninguna orden y él no la dio. Los Marines Espaciales corrieron a cubrirse. Atticus miró lo que precipitó en su camino, tomando un segundo completo para arruinar la suerte con su odio y luego él también se puso a cubierto. Se tiró a la derecha, golpeando la plataforma perimetral detrás de sus tropas. Los legionarios de la cúpula saltaron a los estantes inferiores. La compañía se trasladó rápido.

El golpe llegó más rápido. *Inflexible* golpeó la parte superior de la cúpula con la fuerza de la fatalidad. Su estructura se compactó como el puño de un dios. El sistema de propulsión de la nave detonó. La explosión llenó la caverna con luz asesina. Detrás del flash vinieron las llamas. Lavaron la cúpula. Corrieron por la caverna. No había refugio. Sólo había distancia de la explosión inmediata. Allí estaba la fortaleza del metal y la fuerza de las servoarmaduras. Y había suerte.

Muy poca de ella.

Los restos de la nave aplastaron a los legionarios. La ira de la explosión redujo a otros a cenizas. Los auto-sentidos de Atticus se cerraron, bloqueando el flash. En el momento de la ceguera, dejó de correr. Se agachó, tumbándose en la cornisa, apoyado contra la pared. Las llamas y el viento se estrellaron contra él. La temperatura de su servoarmadura se disparó a niveles críticos. La mano de un gigante buscaba desgajarlo de su posición y lanzarlo a la tormenta. Él se mantuvo firme, y después del primer momento del asalto tomó la medida de la tormenta de fuego. Se levantó en rebeldía.

-*¡No vamos a caer!* -gritó. Estaba rodeado por un ciclón de fuego. El aullido de los vientos era tal que apenas podía oír su voz dentro de su casco. El vox fue atrapado en su propia tormenta, y no sabía si alguno de sus hermanos recibiría sus palabras. Nada de esto importaba. Se puso de pie, y siempre y cuando uno de los Manos de Hierro vivera para luchar la Legión también lo haría.

Se dio la vuelta, rechazando el calor que llegaba a través de las huellas de lo humano que aún quedaban y le recordaban la realidad del dolor. Levantó un pie, desafiando el viento en su peor momento y dio un paso pesado hacia adelante, en el vendaval de fuego. Las lecturas sobre sus lentes parpadeaban, erráticas. No tenía conocimiento seguro de que él no fuera el único superviviente. No importa. La batalla estaba aquí. Él estaba en la guerra, y no habría más retiradas para la X Legión. Ni un paso más. Y así entró en el fuego.

Un cuerpo se tambaleó por delante de él, propulsado hacia el borde de la plataforma. Atticus estiró un brazo y cogió al legionario por la muñeca cuando empezó a caer en picado. Atticus se dejó caer sobre una rodilla y se mantuvo firme. El otro guerrero colgaba, y luego consiguió agarrarse a la repisa con la otra mano y alzarse.

-Quiero darle las gracias, hermano-capitán -dijo. Era Achaicus, de la escuadra de Asalto comandada por Lacertus.

Atticus le oyó claramente por el vox. La tormenta fue amainando. -Dame tus gracias en fuerza de las armas, hermano -dijo Atticus. Por el canal de la compañía transmitió, -Informad, Manos de Hierro, y reagrupaos. La retribución os llama.

El fuego se extinguió solo. Nada quedaba de *Inflexible* excepto fragmentos humeantes y retorcidos. Mirando hacia abajo desde la plataforma, Atticus vio restos esparcidos alrededor de la base de la cúpula. No se parecían a los huesos de una cañonera de combate. Eran detritus arrugado. Eran otra vergüenza, otra humillación que Atticus tallaría de la piel del enemigo.

La compañía se sacudió los efectos de la explosión. Los Manos de Hierro reconocieron las órdenes de Atticus. Hubo lagunas en el conteo. Catorce hermanos de batalla más habían muerto en la destrucción. Atticus podía oír el latido sordo del combate procedente de la superficie. Grandes cañones disparando. Los Vindicadores. Maldijo su suerte. Corrió de vuelta al pozo y miró hacia arriba. La caída de la Thunderhawk había roto secciones enteras de la rampa. Los Guardia del Cuervo y el escuadrón de Asalto de los Manos de Hierro podrían regresar. No así el resto de la compañía. Atticus gruñó. Miró a la cúpula. Ni un roce. El impacto y la explosión ni siquiera rayaron el signo. Sus puños se apretaron.

Llamó a Lacertus y la Guardia del Cuervo a él. Miró el pozo y no tuvo que explicar. -Volved a la superficie -les dijo. -Proporcionad apoyo.

-¿Qué pasa con el resto de la sociedad? -preguntó Lacertus.

-Encontraremos una manera.

-¿Cómo?

-Perforaremos asideros en los lados del eje si tenemos que hacerlo. Todo lo que pido es que deje algunos de los enemigos para nosotros.

Brazos cruzados y guanteletes se estrellaron contra los pechos cuando los escuadrones hicieron la señal de la aquila. Atticus se alejó cuando cabalgaron sobre el fuego de sus retrorreactores hacia la salida del pozo.

-¿Capitán? -era Camnus.

-Te ordeno que me das una buena noticia, hermano.

-Pude haber encontrado un camino a seguir.

-¿Dónde estás?

-En el suelo de la caverna.

Atticus ordenó una carrera a la posición de Camnus, para luego abrirse camino hacia abajo, saltando de un piso a otro de la escalera más cercana. Llegó a la base de la cúpula en menos de un minuto. Parte de sus legionarios llegaron primero, algunos claramente afectados por la explosión. Vio servoarmaduras dañadas. También vio un par de víctimas.

Corriendo desde la base de la cúpula y hacia el cuerpo principal de las ruinas, precisamente espaciados a lo largo de los puntos cardinales de una brújula, había tubos rocosos de cerca de cuatro metros de altura. Camnus había tomado posición al lado de la más cercana. -Estos son los túneles -dijo.

Atticus asintió. -¿Y?

-No están hechos de la misma roca como la cúpula.

Tenía razón, comprobó Atticus. El enladrillado del tubo utilizaba la roca natural de la meseta. No era el profundo y brillante negro del hemisferio. -¿Crees que podemos romperlo? -dijo.

-Sí. Y luego hacer el camino de vuelta a través de las ruinas.

Atticus asintió. -Hazlo.

-Como ordene.

Entonces, mientras el tecnomarine comenzó a dirigir la colocación de las cargas, llegó el gran golpe. No tenía ninguna fuente, pero toda la cámara resonó. Algo totalmente vital cambió. Por un momento se pensó que el mundo había cambiado bajo sus pies. Entonces se dio cuenta de que había sentido el principio de un desgarro.

Y luego la luz. La luz de la peor de las tinieblas.

Motor de Furia y *Fuerza Medusana* dispararon al unísono. Las ojivas colosales aterrizaron con precisión letal a los pies de Madail. El suelo entró en erupción. Cantos rodados y polvo fueron lanzados decenas de metros por los aires. Seguían lloviendo cuando llegó la próxima andanada. Durante casi un minuto Khi'dem no pudo ver nada del demonio. Sólo vio la meseta transformada en un volcán.

Madail reapareció. Con los ojos del pecho aún cerrados y la cabeza todavía inclinada hacia atrás en éxtasis, el demonio salió a grandes zancadas de los géiseres de tierra. Tras de dos pasos abrió sus ojos y corrió a la izquierda del Khi'dem, en dirección a *Fuerza Medusana*. El Vindicador aceleró para enfrentarse con él. El cañón Demoledor rugió de nuevo. El demonio pareció expresar una mueca de dolor en anticipación al momento del impacto. El proyectil alcanzó a la abominación en el pecho. Enorme como era Madail, incluso su tamaño no podría sobrevivir a tal golpe. Cualquier masa que perteneciera al Materium se habría desintegrado.

El demonio se rio. Allí estaba el gran destello de la explosión. Allí estaba el gran trueno. Y allí estaba la risa. Khi'dem parpadeó. La explosión fue extrañamente desinfectada, ya que no había escombros. El golpe hizo retroceder a Madail varios pasos. El demonio se rio de nuevo a medida que dio una voltereta, recuperando su impulso con la gracia de un bailarín. Su deleite con la experiencia era manifiesto. Cargó contra *Fuerza Medusana* de nuevo. Detrás de él *Motor de Furia* se acercaba. Lo hizo un arco, manteniéndose fuera del camino del fuego del otro Vindicador y manteniendo su propio cañón en silencio por temor a golpear su hermano. Con su motor aullando se apresuró a espachurrar el monstruo sobre el paisaje con su escudo de asedio.

Fuerza Medusana disparó una vez más. Justo cuando lo hizo Madail saltó. El demonio se perdió por encima del tiro y cayó en la parte superior del tanque. Aterrizó con fuerza suficiente para hundir las orugas del Vindicador en el suelo. *Fuerza Medusana* se encabritó como un animal enfurecido. El legionario montado en la escotilla disparó hacia arriba con su combi-bólter. Madail hundió la punta de su arma hacia abajo, alanceando al Marine Espacial. El demonio empujó con más fuerza, y las cuchillas apuñalaron todo el chasis y se incrustaron en el suelo. Por un momento surrealista, Khi'dem vio el tanque de clavado como un insecto a un tablero.

Madail silbó con placentera anticipación, y la lanza brillaba con un rojo incandescente. El calor era salvaje. Khi'dem vio la armadura cerca de la lanza fundirse. Líneas de combustible rotas y municiones encendieron. El tanque se sacudió con una reacción en cadena de explosiones internas. Luego voló en pedazos. Madail se regocijó en el centro de la luz y metal torturado.

Arriba, la oscuridad se dispersaba, como si a medida que el demonio camina sobre la tierra más aún se extendiera la mancha de su existencia.

Motor de Furia alcanzó a Madail. El escudo de asedio masivo golpeó la parte trasera del demonio. Madail no se movió. El Vindicador se detuvo repentinamente. La imponente figura saltó por encima del tanque cuando su cañón disparó. Madail se inclinó y extendió sus enormes brazos. Abrazó a la parte trasera del vehículo. Se rio cuando las orugas convirtieron la tierra en barro, luchando en vano por liberarse de su agarre.

El demonio esperó. Khi'dem oyó el gruñido de la otra Thunderhawk acercarse. No podía ver a través de la oscuridad.

Madail si.

Un aluvión constante de la cañonera *Martillazo* masticó la superficie de la meseta, tallando zanjas profundas hacia el demonio. A medida que los disparos abrieron heridas y Khi'dem miraba con horrorizado asombro, Madail arrojó *Motor de Furia* por los aires. El tanque voló como un misil. Pasó a través de la oscuridad y Khi'dem oyó el escalofriante crujido de cuerpos masivos en colisión. *Martillazo* se precipitó, encerrado en un abrazo mortal con el Vindicador. Las dos máquinas se estrellaron contra el suelo, sacudiendo la meseta.

Hubo un momento de relativa calma. Los sonidos del fuego crepitante y explosiones secundarias eran los ecos de la batalla, el alboroto desvaneciéndose de una guerra perdida. Khi'dem miró a su alrededor. Era el único legionario de pie. Pero la Thunderhawk y el tanque no estaban totalmente destruidos. Tal vez había supervivientes. Khi'dem tropezó hacia los restos. Estaba a mitad de camino cuando las explosiones llegaron, derribándolo, robándole a los últimos hermanos.

Madail cabalgó por el campo de batalla, disfrutando en la gloria de sus buenas obras. **-Un baile muy bonito** -gritó. En su burla, su voz se convirtió en musical, pero era la música de sueños harapientos, los acordes de la esperanza estrangulada. **-¿No hay nadie más?** -se preguntó.

Alzándose una vez más, Khi'dem no podía imaginar que el demonio le estaba hablando. Él estaba, en este momento, sin previo aviso. Pero se preguntó por qué habló el demonio en Gótico. Había algo dirigido, personal sobre el destino que se estaba desarrollando, como si estos terribles momentos, esta tragedia de los

guerreros de la *Veritas Ferrum*, hubiera sido decretado desde el amanecer de la galaxia.

-Ahhhhh -dijo Madail, alisando el aire con deleite hambriento. **-Bienvenido.**

Khi'dem vio legionarios de asalto elevarse desde el pozo central. Comenzaron a disparar contra el demonio. No tuvo en cuenta sus tiros.

-Bienvenidos –dijo de nuevo Madail. **-Testigos. Los testigos de la gran comunión** -avanzó hasta el borde del pozo. Vio más allá de la meseta. Señaló con su lanza. **-Siervos del Dios Juguete** -proclamó, **-mirad lo que me habéis traído. He aquí lo que habéis forjado.**

Khi'dem miró. La necesidad de hacer frente a lo peor no le permitió ninguna otra opción. Él sabía a lo que los Manos de Hierro y Guardia del Cuervo estaban mirando también.

Hacia el este, con el inmenso y retumbante agrietado de un terremoto, algo estaba subiendo. Brillaba con una luz malévola, del naranja intenso de la sangre quemada. Bobinas de energía, como protuberancias solares, se encendieron y bailaron alrededor del objeto. La imposibilidad de la visión confundió al principio a Khi'dem. No sabía lo que estaba viendo. Entonces se dio cuenta que era el pilar de piedra, la anomalía que había sido el nexo de todas las luchas en Pythos.

El monolito subió hacia el cielo y su verdadera naturaleza fue revelada. La columna no era más que la punta de una estructura ciclópea que no era una columna en absoluto. Otras columnas más bajas aparecieron ahora, surgiendo en paralelo. A continuación las bases de las columnas, curvándose hacia dentro unas hacia otras, uniéndose. Para su horror, Khi'dem vio una réplica gigantesca de la lanza de Madail. Era un símbolo y un arma. Era un monumento de eones de antigüedad que había sido creado no como una conmemoración, pero en previsión de este momento. La Apoteosis había llegado. La piedra de hoja rosa ahora arañaba el cielo. Subió y subió, un centenar de metros, doscientos, trescientos, y aún más. Era una torre tan cargada de significado que amenazaba con destruir todo sentido. Subió hasta que se cernió sobre el paisaje Pythos. Ningún árbol o colina durante cientos de kilómetros a la redonda podía igualarle.

La torre multifoliada alcanzó mayor altura aún, y en ese instante llegó un nuevo sonido. Al roce de piedras se le añadió un gran golpeteo rítmico. Detrás de la

mirada de la energía infernal del monumento, Khi'dem vio sombras descomunales cambiando. Colinas, trataban de decirle sus ojos. Colinas que se alzaron y cayeron por el ritmo masivo.

Olas, interpretó su mente. Olas de cien metros de altura. El océano se había unido a la celebración oscura, rindiendo homenaje al evento terminal. Se lanzó a sí misma una y otra vez, subiendo y bajando al ritmo del funeral de la cordura, una oscuridad masiva bajo el cielo gris, su superficie reflejando el fuego apocalíptico del monumento. Khi'dem creyó ver cosas divirtiéndose en las olas. Los monstruos de las profundidades, forzados por instinto a celebrar como el planeta cumplía su destino.

Los sonidos se hicieron cada vez más ensordecedores, una sinfonía de locura profunda, la interminable trituración de piedra marcada por el *boom*, retirada, *boom*, retirada del océano. Y debajo, se estaba preparando otro acontecimiento. Se estaba acercando, latido a latido, momento a momento, condenación por condenación. Cuando llegó, sería un único sonido. Lo tragaría todo. Lo aplastaría todo.

Lo sería todo.

Madail trasladó al borde del pozo. Levantó sus brazos, sosteniendo la lanza hacia su modelo gigantesco. La luz del monumento era tan intenso que atenuó el día. Palpitaba aún más brillante cuando Khi'dem la observaba. La energía estaba siendo alimentada por algo. Hebras como vitae ectoplásmico fluían a través del aire, ecos de la violencia distante viniendo a añadir sus muertes a la suma.

El momento se acercaba. La torre alzada a su altura máxima. La energía alcanzando el punto crítico. Madail se quedó en éxtasis ante las vistas, un sacerdote con los poderes de un dios.

-Ahora –gritó el demonio, como orden y oración.

Ahora.

VEINTE

El final de los días

Cuerno de la abundancia

Toques de tambor

En respuesta al demonio, el sonido que había estado creciendo bajo la tierra y el mar llegó. Fue un solo latido, tan profundo que arrancó la realidad en pedazos. El golpe vino del monumento. El sonido era una onda que aceleró a partir de ese centro para abrazar el mundo. En ese mismo momento, la energía se liberó. Tomó la forma de luz directa y cancerosa. Se disparó desde las puntas de las cuchillas de piedra negra, haces individuales que se unieron en uno que descendió en el pozo.

El gran golpe sacudió el mundo con tanta fuerza que lanzó por los aires a los Manos de Hierro y Guardia del Cuervo. Acababan de levantarse cuando el rayo les golpeó. Ptero cayó al suelo. Se dio la vuelta y se puso de pie en un instante. Su hermano, Judex, y uno de los Manos de Hierro fueron menos afortunados. Fueron seccionados por el haz. Eso fue suficiente. Allí dónde fueron tocados su servoarmadura y cuerpo dejaron de existir en el sentido material. Una explosión de ser irreal los alcanzó. Locura dada forma fue disparada y se extendió por sus heridas. Los ojos y colmillos y extremidades terminadas en garras se multiplicaron. Los dos legionarios estaban muertos antes de aterrizar con golpes húmedos y repugnantes. Sus cadáveres se devoraron a sí mismos hasta que no fueron más que una masa sin sentido de vísceras retorciéndose y quejidos de huesos gimiendo y rompiéndose en fragmentos.

La energía del monumento se derramó en el pozo, y Ptero sintió esa terrible brecha ampliarse. El desgarro era, se dio cuenta, más que un cambio en la naturaleza de todas las cosas. Tenía una ubicación específica. Había una plaga a punto de desatarse, y tenía un origen, un punto en la realidad que había sido corrompido tanto que ahora iba a estallar y vomitar abominación.

La enfermedad ya se propagaba. La mancha de la noche que se cernía sobre el demonio estableció su dominio. Zarcillos que parecían vapor pero que se movían con la velocidad de un rayo ascendieron a la cubierta de nubes. Alteraron las nubes.

El negro se propagó como aceite sobre agua. El día de Pythos, siempre nada más que un insulto amargo, murió en agonía.

Algo peor que la noche robó el firmamento. El negro era absoluto y profundo. No era un velo que bloqueaba la luz, mantenía más allá la cordura de la galaxia. La robaba. El cielo se había ido. Las estrellas se habían ido. Sobre Pythos ahora no había nada, pues un vacío hizo terrible la ausencia de todo lo que debía ser y aún más terrible por el sentido de posibilidades espantosas, de la inminencia. Algo podría llenar el vacío. Algo que no debía ser.

Y desde el fondo del pozo llegó un ruido, un alboroto, la creciente cacofonía de un gran horror desatado.

La luz golpeó el signo de la cúpula. De pie en la base, Atticus no pudo ver la runa reaccionar al contacto, pero podía escuchar el resultado. Podía *sentirlo*. Oyó la enorme abertura de la puerta, una puerta que era de piedra y hierro y carne. Sintió la cúpula llenarse con la energía podrida. La piedra negra pulsó con una luz abisal. La brecha continuó su apertura, y Atticus supo en ese instante que su peor escenario estaba ocurriendo dentro de la cúpula.

-Metámonos en este túnel -ordenó a Camnus. -Hazlo *ahora*.

-Estamos listos, hermano-capitán –respondió el Tecnomarine.

La compañía retrocedió. Camnus detonó las cargas. La explosión sonó ahogada, disminuida por el zumbido del haz de energía. Pero el poder de la explosión fue más que suficiente. Perforó la pared del tubo de piedra, creando una apertura de la anchura de tres legionarios. La demolición del Tecnomarine era precisa: las cargas eran lo suficientemente fuertes como para pulverizar la pared, por lo que habría poco residuo en el interior del túnel, pero no tan indiscriminada que debilitara el techo y los enterrara. El camino al interior estaba despejado.

Atticus entró primero. Sus guerreros tenían una carrera abierta para volver a la superficie, donde sabían que la guerra les esperaba. Pero se detuvo. Estaba seguro de que lo que estaba sucediendo en el interior de la cúpula infranqueable era crítico. Miró de nuevo al callejón sin salida. ¿Cuál, se preguntó, era el sentido de estos túneles, si todo lo que hacían era correr hacia una pared? Si la creación xenos - la arquitectura, el mecanismo, o ambos - era perverso, sus funciones eran opacas. Pero él estaba aprendiendo que no había nada inútil acerca de cualquiera de sus

elementos. Los túneles tenían un propósito. Si existían, era para traer algo a la cúpula, o para liberar algo de ella. A medida que la compañía se reunió en el túnel, Atticus examinó la pared del domo una vez más.

-Algo está cambiando -dijo. El pulso era mucho más rápido aquí que en el resto del hemisferio. Era doloroso observarlo. Era una negrura estroboscópica, una energía separada de cualquier configuración conocida del espectro electromagnético. Era el gemelo enfermo de la luz. La intensidad de la perturbación se elevaba aún cuando habló Atticus, y cuando lo hizo cruzó un umbral.

Atticus parpadeó. Cada uno de sus ojos estaba recibiendo datos radicalmente diferentes y la división era perjudicial, agredía su mente con una fusión de migraña y retroalimentación digital. Cerró un ojo y luego el otro. El ojo humano vio el pulso como una imposibilidad perversa. El biónico registrado algo mucho más profundo. Vio un parpadeo. El muro se retiraba paulatinamente dentro y fuera de la existencia a la velocidad del aleteo de un insecto. Atticus cogió un trozo de escombros y lo arrojó contra la pared. La piedra fue atomizada.

Camnus se unió a él. –Eso –dijo el Tecnomarine, -es una puerta.

Atticus asintió. -Y se está abriendo.

El ritmo del parpadeo aumentó. Un repiqueteo vibratorio llenó el túnel, sacudiendo el polvo suelto de su techo. El negro se hizo tan intenso que casi era cegador.

-Manos de Hierro –llamó Atticus. -Armas listas -una certeza ansiosa se apoderó de él. -Estamos a punto de encontrar a nuestro enemigo.

El repiqueteo desembocó en un gemido desgarrador. La naturaleza del parpadeo cambió una vez más. Por momentos la puerta en el reino material se redujo, luego se acortó luego se volvió irregular. Ganando la guerra ocurrieron las fracciones de tiempo en las que la barrera fue sólo una ilusión, un recuerdo de una pared.

El recuerdo se desvaneció. Con un golpe seco de energía disipada la puerta se desvaneció. El acceso a la cúpula estaba abierto.

Como la salida.

Atticus no esperó a que el enemigo se declarara. Se había visto obligado a luchar en una guerra reactiva desde el retorno del ataque en Hamartia. No más. Entró en la cúpula con el dedo ya oprimiendo el gatillo de su bólter.

El espacio estaba impregnado con un resplandor sucio. Era la forma diluida del rayo que golpeó el signo. El suelo era liso y sin rasgos distintivos, a excepción de lo que parecía un estrado, de cincuenta metros de diámetro, en el centro. Las paredes interiores estaban decoradas con runas más grandes y complejas de la que estaban en la pared de la cámara exterior. Ellas eran la fuente de la luz, pero se desvanecía cuando la cosa en el centro de la cúpula se manifestó. Comenzó como una línea delgada en el aire que se extendió desde el vértice de la bóveda al estrado. La línea se retorció y tiró como un relámpago capturado. Con cada movimiento dejó una copia de sí mismo detrás. A los pocos segundos, una red negra de sacudidas ocupó la planta central. Se extendió más, multiplicándose en segmentos más cortos, conectando, una formación cada vez más irregular.

Atticus escaneó rápidamente, viendo que no había cobertura. Las servoarmaduras de los Manos de Hierro tendrían que bastar. -Formad un arco -ordenó. -Mantened la puerta en el centro. Es nuestra. Que nada pase. Preparaos para concentrar el fuego en lo que surja delante de nosotros.

El patrón se congeló. Cuando lo hizo, Atticus se dio cuenta que no estaba mirando a una red, sino a un panel de grietas, a la realidad destrozada. Hubo la explosión de un cuerno, largo y profundo al principio, luego subiendo de tono desde el horror triste hasta el deleite desgarrador. El panel roto cayó en pedazos, cuyos fragmentos afilados cortaron más trozos del Materium al caer. Detrás de la capa frágil de la realidad yacían las grandes profundidades de la locura.

Y desde esas profundidades llegó un ejército.

Bramando, rebuznando, riendo, gruñendo, cantando, maldiciendo, farfullando, las hordas se vertieron en la cúpula. Eran una cascada de monstruosidad, una inundación de lo perverso: carne, cuernos, pezuñas, mandíbulas, garras, alas, colas, tenazas. Brazos que eran espadas, hojas que tenían ojos, armas y armaduras y la vida hechos indistinguibles. Ocultando el carmesí de la ira, el rosa de bebés horribles, el verde de la enfermedad, el blanco de la corrupción. La formación de enjambre retorciéndose de los gusanos no era nada comparado con este ataque. Los

gusanos habían sido un mero esbozo, el planeta ensayando una idea terrible ahora en su florecimiento.

Atticus tenía sus enemigos, y ellos eran demonios. Tal vez, a un nivel que no reconocía como existente, siempre había sabido que esta iba a ser su pelea. O tal vez simplemente se alegró de tener algo que matar. No sabía lo que era la verdad, y no le importaba. Se ajustó a la realidad de lo imposible sin una pausa, y eso fue todo lo que importó.

-Matadlo todo -dijo. Alzó la voz a través de la multitud vociferante que corrió hacia la compañía. Se convirtió en la máquina. -¡No escatiméis carne! -gruñó como las rondas de rastrillado en las primeras filas de los monstruos. -¡Esto no es sino la infinita escoria de la debilidad! Hemos abandonado la carne, y no nos arrastrará a su pantano. ¡Exterminadlos! ¡Arrasad el planeta de vida inferior!

Los proyectiles explosivos desintegraron a sus objetivos. Algunos de los demonios cayeron, asesinados con tanta facilidad como cualquier otra forma sensible. Otros absorbieron el daño sin disminuir la velocidad. Y otros fueron sometidos a una transformación, retorciéndose y gritando, sus músculos, piel y el hueso rasgados y agrietados hasta que hubo dos monstruos donde había habido uno solo. Desde el agujero roto en lo real los monstruos siguieron llegando. El abismo de la disformidad estaba lleno de vida distorsionada y carroñera, y sus filas eran incontable.

Legiones estaban descendiendo sobre la solitaria compañía.

El borde de ataque de la plaga demonio estaba casi encima de los Manos de Hierro. Los monstruos *caían*, despulpados y desgarrados sin posibilidad de reparación por el fuego letal. Cuando morían perdían su forma, una carne que revelaba su defecto esencial a medida que se disolvía. El suelo de la cúpula se volvió resbaladizo por los cuerpos licuados. El avance no se detuvo. En su centro, dándole forma, una fuerza ordenada de bestias carmesíes, nervudas, cornudas, armados con palas casi tan largas como un hombre. Estaban rodeados por una plaga de monstruos como una explosión de espuma en la cresta de una gran ola. Había tantos demonios que estaban trepando unos sobre otros para llegar a los Marines Espaciales. Las formas eran tan variadas como la locura. Algunos tenían lo suficiente de humano para que la distorsión de la forma fuera más perversa. Otros eran vagamente canino, pero cornudos, blindados, masivos. Y aún más de ninguna derivación reconocible en

absoluto. Eran caos hecho carne, un cáncer de mandíbulas y tentáculos angustiados.

Atticus pudo ver la verdad: el ejército de la condenación era infinito.

Tanto mejor.

-*¡Acabad con ellos!* -rugió.

Tal y como lo ordenó, los Manos de Hierro no se enfrentaron a la ola a la defensiva. La ofensiva era lo único que les quedaba y lo hicieron. Atacaron. Un ariete de metal subió para chocar contra la multitud demoníaca. Los bólters fueron anclados. Las armas eran espadas-sierra, puños de combate y llamas.

Atticus balanceó su espada-sierra en los rostros retorcidos ante él. Sintió el impacto de su golpe hasta el mango del arma, enviando una vibración satisfactoria a sus brazos. Tal vez la carne que destruía era una mentira, pero la arrancó y mató como cualquier verdad. El Icor le roció. Un demonio levantó su espada sobre su cabeza, a dos manos, y la dejó caer en la cara de Atticus. Cogió la hoja con un puño enguantado y lo partió por la mitad. Con la otra mano, balanceó la espada-sierra y decapitó al demonio por su descaro. La cabeza le gruñó mientas describió un arco lejos de ser pisoteado por el cuerpo a cuerpo. El cuerpo se sacudió ante Atticus durante varios segundos más antes de que se derrumbara. Fue aplastado hasta pulpa antes de que incluso tuviera la oportunidad de comenzar a disolverse de nuevo por la falta de forma de la disformidad.

Los Manos de Hierro eran implacables. Atticus estaba rodeado por una hermandad de destrucción. Él y sus legionarios se enfrentaban a la verdad desnuda de la carne. Era una mancha en la galaxia, en la realidad misma, y ahora era el momento de que los Manos de Hierro la destrozaran, trituraran, quemaran. Aniquilarla.

La carne forcejeó con Atticus. Una cosa se alzó por encima de él. Era como una babosa monstruosa, una excrecencia de músculos y dientes. Su piel ondulada. Las pústulas rezumaban y goteaban. Era la putrefacción, era la enfermedad, y le consumiría. Cuando se dejó caer sobre él, levantó la espada-sierra. La hundió en el centro de masa de la criatura. Separó suciedad elástica. Atticus forzó el arma hacia arriba, dividiendo en dos al demonio. Aulló de dolor inconsciente. Su sangre, si era sangre, brotó en un torrente que era espeso, viscoso, translúcido y veteado de verde. Era la enfermedad en forma líquida. Atticus se sintió arrastrado sus botas. Su

servoarmadura estaba resbaladiza por las emanaciones de monstruos derribados. Era una insignia de honor. Levantó la espada sierra hasta el final. Cuando la liberó, el demonio dejó de gritar y cayó a sus flancos.

Sobre su cadáver espasmódico vinieron más horrores, siempre más, ríos sobre las inundaciones del enemigo. Atticus se volvió y dio un puñetazo, giró y pateó. Mató y se estrelló. Con cada movimiento, con cada paso, envió otro demonio fuera del reino físico. Comandaba una astilla de lo que había sido la X Legión, pero incluso un guerrero de las Legiones Astartes podría destruir ejércitos. Los Manos de Hierro empujaron con fuerza contra la oleada de demonios. Detuvieron su avance. El enemigo no pasaría. No llegaría a la superficie con ayuda de los Marines Espaciales.

Era una victoria sin sentido. Sus fuerzas sólo estaban bloqueando una salida. Había otras tres y las puertas estaban abiertas. A través de una brecha momentánea en la pared de monstruosidades, Atticus vio los arroyos de la horda en estampida a través de las otras aberturas con furioso abandono. En el techo de la cúpula, donde el singo había estado, había una gran apertura, y las criaturas con alas estaban surgiendo a través de ella y al pozo.

-*Capitán* -la voz de Camnus apareció en el vox. Atticus estaba rodeado de nuevo por el horda de zarpazos y garras y no podía ver al Tecnomarine. No podía ver a ninguno de sus hermanos.

-Sí, hermano.

Un gruñido de esfuerzo en el vox y a continuación una gran grieta húmeda a la derecha de Atticus. Camnus estaba cerca, matando bien.

-*¿Cuál es nuestro objetivo?*

Y allí, con la cuestión ante él, Atticus no tuvo respuesta al principio. Había estado tan centrado en localizar al enemigo que no había pensado en las consecuencias ahora que lo tenía. No habría victoria aquí. La compañía podría luchar hasta lo inevitable y no sería nada más que otro tipo de futilidad.

¿Cuál es nuestro objetivo?

Detener esta máquina alimentada por la disformidad. Y si eso no fuera posible, utilizar de alguna manera su poder en contra de sí mismo. *Leímos la disformidad a través de él antes*, pensó. *Es vulnerable a nosotros. Encontraremos una debilidad.* Y para ello, Rhydia Erephren era la clave.

-Subiremos a la superficie –dijo Atticus a la compañía. Se dio la vuelta con el hacha, cortando a través de un tentáculo enorme que se había envuelto a su alrededor como una serpiente pitón. –Volveremos a la base.

No estarían retrocediendo. Y juró que aún podría arrancarle una victoria a la garganta de este monstruoso planeta.

La condenación marchó en un latido pesado e intenso, el grito de los volcanes forzados a un ritmo regular. Era un espectáculo igual al de la música oscura. Darras observó el alzamiento del monumento. Incluso a esta distancia era claramente superior al promontorio, y cambió el tono del día. Ese fue el primer latido. Y luego el gran *boom*, el mayor ritmo, cuando la luz golpeó la tierra y Darras supo que algo fatal había sido destruido.

Lo sabía porque ahora veía la muerte tomar el día. El negro más allá de la noche, el negro del fin, expandiéndose desde el establecimiento. Trepó por las nubes y se las tragó. Onduló hacia afuera, devorando el cielo y dejando a la gran e interminable nada detrás.

Pero entonces, cuando la cúpula de negro estuvo completa, algo apareció en la bóveda vacía. El vacío puro se retiró para revelar un sol. Situado en el cielo directamente sobre el monumento. Estaba en la posición donde la estrella Pandorax estaría si alguna vez hubiera sido visible a través de la capa de nubes. No había duda de que era un sol.

Pero era de piedra.

Darras sintió las bases de toda certeza se desmoronarse lejos bajo él. El cuerpo celeste parecía lo suficientemente cerca como para tocar los detalles de su superficie rugosa, un agrietado tan claro como si se tratara de un planetoide de no más de unos pocos cientos de kilómetros de diámetro. Sin embargo, era una estrella. Llenaba un tercio del cielo. Irradiaba una luz fría y gris. Colgaba sobre Pythos como una pesada masa con el juicio infernal. No tenía significado, ni lógica. No tenía sentido, y por esa misma razón era terrible en su significado. Era una locura

dada una forma inmensa, implacable. Era una piedra contra la que cualquier apariencia de la realidad y la cordura se haría añicos.

Aun así los golpes vinieron. Aun así llegó el *doom, doom, doom* de la catástrofe. Estos nuevos latidos eran más suaves. No golpes planetarios como el desencadenamiento de la energía del monumento. Eran menos metafísicos. Eran concretos, un sonido verdadero. Algo en la distancia golpeaba el suelo una y otra vez con regularidad lenta e implacable.

Acercándose.

Los sonidos provenían del norte y el sur. Darras supo que el promontorio estaba atrapado en un movimiento de pinza antes de ver lo que se acercaba. Entonces, bañado en la luz marchita del sol de piedra, las amenazas aparecieron en el horizonte.

Darras escuchó a los siervos en la muralla gemir de terror. No tenía paciencia para su debilidad, pero se habría sorprendido si ellos respondieran lo contrario. Los mortales eran débiles. Tenían límites frágiles a su coraje. Lo que había sido convocado rompía esos límites. La cosa en el cielo era un terror, pero también era distante. No era una amenaza inmediata.

Los animales que avanzaron pesadamente hacia la base lo eran.

Pythos había frenado el peor de sus horrores hasta ahora. Tal vez, pensó Darras, estos monstruos no aparecen hasta que haya una concentración suficiente de presas. Necesitarían cantidades inimaginables de carne para vivir. Recordó la negativa de Ptero a aceptar como natural la ecología carnívora del planeta.

-Estás vindicado, Guardia del Cuervo –murmuró Darras. No había nada de natural en este planeta. Los Manos de Hierro, de todas las Legiones, deberían haber reconocido la tecnología cuando se encontraban con ella. Todo, desde la vegetación pasando a la vida animal hasta los artefactos monstruosos se había creado con un propósito, y ese propósito por fin se cumplía.

Las criaturas que ahora se acercaban eran inmensas. Eran del tamaño de Titanes. Tenían por lo menos cincuenta metros de altura, tal vez más. Sus cabezas eran largas, de cocodrilo, con colmillos apuntados hacia fuera de sus mandíbulas. Picos cónicos de la altura de misiles alineaban sus espinas y se agrupaban al final de la

cola, formando mayales que aplastarían un tanque. Caminaba por sus patas traseras, pero sus patas delanteras eran enormes, llegando casi hasta el suelo desde hombros tan anchos como plataformas de armas. De vez en cuando ellos se inclinaban hacia adelante y utilizaban sus brazos para impulsarse un poco más rápido a través de la selva. Los árboles se astillaron y cayeron ante su avance. Luego estaban cruzando la tierra quemada, retumbando sobre ella, tan grandes como colinas, tan terribles como mitos.

Catigernus dijo: -Derribarán la muralla.

-No tendrán que hacerlo –le dijo Darras. -Van a pasar por encima de ella. Dudo que incluso la noten.

Las grandes bestias descendieron sobre la fiesta. Sus hermanos más pequeños seguían devorando a los colonos. Había suficientes mortales aún para mantener el aire lleno de gritos y canciones. Los gigantes cayeron con sus garras colosales y recogieron puñados de presas forcejeando. Sus mandíbulas masticaron drásticamente seres humanos y saurios por igual. El aire se llenó con el sonido del crujir de huesos. Los monstruos avanzaron a un ritmo de terremotos. Estaba a sólo unos pasos de la base. Ellos se alzaban en la noche vacía, recibiendo la luz del sol de piedra sobre sus escamas, transformándolos en gárgolas mayores que catedrales. Devoraron toda la vida de la tierra y pronto apuntarían su hambre en el emplazamiento de la Legión.

-Aquí está el por qué conservamos nuestras municiones –transmitió Darras a las fuerzas de la base. –Abrid fuego.

Una tormenta estalló de las murallas. Fue un viento huracanado de destrucción de reactivos de masa, relámpagos fuego láser y el trueno de los lanzacohetes. La tormenta se estrelló contra el gigante más cercano. Su flanco fue iluminado por las llamas y pequeños géiseres de sangre. Se volvió lentamente, como si apenas consciente del ataque, para hacer frente a la cabeza en la base. Gruñó en ira creciente. La noche se estremeció con el estruendo de su amenaza.

-¡Ojos! –ordenó Darras.

La bestia agachó su cabeza hacia adelante, abriendo una mandíbula que se tragaría a sus atacantes enteritos. *Cuán cooperativo*, pensó Darras. Sus proyectiles alcanzaron el ojo izquierdo del monstruo. El saurio chilló cuando una explosión gelatinosa

entró en erupción sobre su cara. El otro ojo estalló un momento después. El monstruo goleó, barriendo con sus brazos en grandes arcos.

-¡Garganta! –gritó Darras.

Apuntar era difícil. El objetivo era lo suficientemente grande, pero el animal estaba convulsionado de dolor y rabia. Sus movimientos se apartaron de la majestuosidad para volverse frenética. Pero un misil golpeó en la garganta. La explosión destrozó la carne y desató un torrente de sangre. Los aullidos se volvieron gorjeos de asfixia. La bestia trató de retirarse. Dio la espalda a la pared, pero cayó de rodillas. Cuando lo hizo su cola se arrastró por encima del parapeto. El plastiacero crujió, se dobló e hizo añicos. Los siervos fueron reducidos a manchas sangrientas. Tres de hermanos de batalla de Darras murieron con sus cajas torácicas aplastadas y corazones perforados a medida que fueron golpeados por un espolón de pinchos del tamaño de un Land Raider. Darras se arrojó a tierra. El flagelo se estrelló en el parapeto a pocos metros de él, creando una enorme brecha en la pared, luego rebotó, volando un poco más de ella para volver a bajar un brazo más adelante. Catigernus tuvo que saltar al suelo para evitar ser despanzurrado. Darras recuperó la verticalidad cuando la bestia se derrumbó. La tierra tembló con su muerte.

Los otros miraron a su pariente caído. Dos de ellos comenzaron a darse un festín con su cuerpo. Los otros avanzaron hacia la fuente de la amenaza.

-*Sargento Darras* –transmitió Erephren.

-¿Es algo urgente? –preguntó Darras mientras comenzó a disparar de nuevo. Tal vez derribaran a una bestia más antes de que el resto de ellos marcharan sobre la base. Tal vez.

-*Creo que puedo usar la anomalía* -dijo Erephren.

-Entonces hazlo ahora –le dijo Darras. -Nuestro tiempo es breve -su visión del sol sin vida fue borrada por los monstruos acercándose. El fuego de los Manos de Hierro no había disminuido, pero los objetivos estaban en guardia y atacando al unísono. Estaban disparando a una cadena montañosa.

Brazos más largos que los árboles se levantaron y atacaron la muralla. Mandíbulas como puertas de hangares se abrieron. No había nada débil en esta carne. Las montañas caminaron con hombros bajos y las defensas de la base se derrumbaron

como cáscaras de huevo. Una pierna cayó ante Darras y lo envió volando. Aterrizó una docena de metros de donde estuvo el muro. Ahora no quedaba nada salvo la ruina y el salvajismo. Muy pocos de los siervos seguían vivos, pero siguieron luchando, cuya lealtad al deber y a la Legión ganaban al instinto de luchar inútilmente.

Los Manos de Hierro habían sido esparcidos por los golpes. Se defendieron, dando ejemplo de la disciplina inalterable de la máquina y la coordinación de su fuego incluso ahora. Pero los monstruos habían roto la formación y ya no era posible concentrar todos los tiros en un solo objetivo. Un pie con garras descendió y aplastó los cuarteles de siervos. Venerable Atrax vertió toda la ira de sus bólters pesados gemelos ligados en el tobillo monstruoso. Desintegró masa ósea y muscular y el saurio cayó. La inmensa forma se derrumbó sobre el campamento, nivelando aún más estructuras. El centro de mando se libró de la avalancha por poco. Atrax había previsto la trayectoria de la caída, y tenía un tiro claro del cráneo. Antes de que el animal pudiera arremeter el Dreadnought lo martilló con una corriente de proyectiles perforantes de tamaño de un puño. Destruyó el cerebro de la criatura. El cuerpo se estremeció y se retorció, extendiendo más ruina, después calló.

Dos muertos. El fin retrasado por unos segundos más. Quizás Erephren tendría tiempo para hacer lo que tenía en mente.

En medio de los rugidos ensordecedores, a través del golpeteo incesante de fuego bólter, Darras se dio cuenta de que la astrópata le estaba hablando. *–Sargento* -dijo. *–Lo he intentado. No puedo actuar aquí.*

-¿Qué? -cambió de cargador y reanudó el tiroteo con apenas una pausa en el ritmo. Siguió moviéndose. Garras casi tan grandes como él barrían surcos en la tierra donde habían estado un momento antes.

-La conexión debe ser total -hubo una calma en su voz que hablaba de una terrible decisión. Incluso a través de la devastación del combate su voz era escalofriante. -*Debo estar en contacto físico con la fuente de la anomalía.*

Darras gruñó, tambaleándose hacia atrás cuando un coloso le alcanzó; su muerte mirándole desde sus ojos. Ametralló un dedo de la mano, lo que le obligó un momento de retroceso. -¿Entiende nuestra situación? ¿Y en lo que se ha convertido

la anomalía? -preguntó por si su ceguera estaba protegiéndola de todo el alcance de su destino.

-Mejor aún que usted, sargento -contestó ella. No había esperanza en sus palabras. Sólo la determinación de la guerra.

-Entonces espéreme -dijo Darras. La carrera era imposible. También era imperativa.

-Nos encontraremos en la nave -contestó ella.

-¿Qué? –dijo incrédulo, pero entonces la vio. Ella ya estaba a medio camino entre el centro de mando de la plataforma de aterrizaje. Se movía con la misma seguridad decidida como siempre, pero con mayor rapidez de lo que había visto en su vida. Sostenía su bastón como si fuera un portaestandarte. Apenas tocaba el suelo. No corrió, pero evitó las gigantescas huellas de los monstruos con facilidad, cambiando de dirección previendo cada movimiento. La segunda nave de los Salamandras, *Cindara*, había sido aplastada, pero *Amante de Hierro* seguía intacta. Erephren estaba yendo en una línea tan directa como la danza de destrucción permitiría.

Darras corrió tras ella. -A todo aquel a mi alcance -transmitió. –Reuníos conmigo en la *Amante de Hierro*. Hermano Catigernus, necesitamos un piloto.

-Le piso los talones, hermano sargento.

-Hermano Atrax... –comenzó Darras.

-Entendido –respondió el Dreadnought. -*Os daré el tiempo que necesitáis.*

Darras rodó por debajo de la oscilación de una cola. Esta se estrelló contra la pared del centro de mando. -Gracias, hermano venerable. Será recordado.

Un ruido emitió el vox, una risa casi tan divorciada de lo humano como Atticus. -*Ninguno de nosotros será recordado. Pero júrame que castigaréis al enemigo.*

-Lo juro.

Atrax caminó pesadamente hacia el centro de la base. Disparó sus bólters en un patrón circular, golpeando a los tres saurios en la base y a uno que seguía su festín con las víctimas más allá de la muralla. Ellos se giraron hacia la pequeña criatura

que tuvo la osadía de dañarles. Los Manos de Hierro que estaban demasiado lejos de *Amante de Hierro* convergieron en Atrax y añadieron su fuego. Un manto oscuro se unió a la vorágine de la base. Los legionarios reducidos al tamaño de hormigas junto a las bestias rascacielos ejecutaron maniobras evasivas. Los dioses carnívoros se centraron en ellos e ignoraron a los pocos que abordaron la Thunderhawk. Los monstruos no miraron cuando los motores se encendieron con un rugido.

En la cabina, Darras estaba detrás de un Catigernus sentado y observó la caída final de la muralla de la base. Los saurios se abalanzaron. Era obsceno que monstruosidades tan gigantescas pudieran moverse con tal velocidad viciosa, y sin embargo lo hicieron. La batalla terminó en cuestión de segundos, y hasta ese margen de tiempo fue un testimonio de la fuerza del asalto de los Manos de Hierro. Mayor gloria llegó cuando otra de las criaturas cayó. Se estrelló en la parte superior de la armería, detonando con el impacto suficientes toneladas de munición para desencadenar una reacción en cadena. El torso de la bestia fue consumido en una bola de fuego que se extendió a más de la mitad de la base.

Una criatura alzó la vista cuando las llamas le lavaron hasta la mitad hasta la espalda. Los otros no hicieron caso, consumidos por la destrucción de los Manos de Hierro. Trituraron a los legionarios bajo sus pies, los recogieron y los desmembraron. Mientras *Amante de Hierro* despegaba de la pista de aterrizaje uno de los saurios se retorció y estrelló su cola contra Atrax. El golpe aplastó el Dreadnought. En el interior del chasis, el arco-reactor entró en fase crítica. El fallo catastrófico fue inevitable. Por un momento todo desapareció de la vista de Darras en un destello ardiente. Cuando la luz se desvaneció, Atrax se había desintegrado y la explosión del reactor había hecho pedazos la mitad inferior del saurio. El monstruo vivió un momento más, incluso cuando su vísceras se hundieron en el suelo. Rugió sin pensar, todavía tratando de devorar a su presa. Entonces se derrumbó.

Fue una victoria en cierta medida. Pero entonces el saurio restante fue acompañado por su hermano desde más allá de la muralla y aún más en el promontorio. Para los Manos de Hierro en la base, los segundos robados acabaron. La batalla terminó. La esperanza desapareció bajo garras y dientes.

Catigernus maniobró la cañonera en una subida escarpada. Puso al máximo los motores. Disparó todas las armas que miraban hacia adelante al mismo tiempo.

Bólters gemelos en el fuselaje, cañones láser en las alas y el masivo cañón dorsal abrieron fuego. El monstruo que se abalanzó sobre ellos, deseoso de abrazar la nueva presa, se desvaneció en una tremenda erupción de fuego y sangre. *Amante de Hierro* se elevó a través de la espesa nube de vitae. Entonces estaba claro, acelerando más, volando más rápido.

No lo suficientemente alto. No lo suficientemente rápido.

Un coloso alzó los dos brazos y les golpeó.

VEINTIUNO

El mensaje

Diversión

Juggernaut

Cuando el día cayó en una tumba y la el sol de piedra llegó para empapar la tierra en el frío del mármol muerto, Kanshell miró a Tanaura. Ella no respondió, tan paralizada como él. Pero entonces los pasos de los grandes saurios se hicieron sentir y la isla de calma se desvaneció. El frenesí se reanudó. Tanaura vaciló, mirando primero hacia la muralla y luego por la pendiente. Kanshell sintió el pánico de la indecisión. No había ningún camino claro, un deber claro, y en momentos serían pisoteados o devorados.

Los nuevos monstruos llegados, criaturas tan enormes que Kanshell sintió el contacto de lo sublime, una vez más, y lloró porque pudieran tomar formas tan terribles.

-Atrás –decidió Tanaura, y corrió por la pendiente, por un breve espacio entre las bestias. La suerte, o el aura persistente de la etapa final del ritual, estaba con ellos. No fueron detectados por los reptiles. Las bestias se consumieron unas a las otras y la cada vez menor cantidad de sacrificios voluntarios.

-¿Por qué? –gritó Kanshell mientras corría para mantenerse al día.

-La batalla aquí ha terminado. Puede que no en el asentamiento.

No hubo más discursos. Como antes solo hubo la carrera de incio-parada-reinicio-sprint-ocultarse a través de las piernas y las últimas mandíbulas chasqueando. Sin embargo hubo una diferencia. Antes, la ira había corrido por la sangre de Kanshell. Estuvo la necesidad de devolver el golpe a Ske Vris. Tuvo un objetivo sobre el que se centrarse y bloquear los horrores que le rodeaban. No había tal objetivo ahora. Sólo había horror y la necesidad de escapar de sus dientes durante un latido más. Siguió a Tanaura, pero para sostenerlo tenía una cosa: su fe en el Emperador.

Fue suficiente.

No desesperó. Sabía que cada paso que daba en el servicio de la lucha contra el enemigo profano del emperador era un acto de justicia. Si él moría al segundo siguiente, moriría como uno de los fieles. Tal vez incluso como un mártir, aunque no se imaginó que alguien alguna vez oiría hablar de lo que había ocurrido en Pythos. Detrás de ellos llegó el sonido de la destrucción y la guerra cuando los dioses-bestias atacaron la base.

Estaban bien avanzado por la pendiente cuando oyeron el aullido familiar del motor de una Thunderhawk. El corazón de Kanshell se disparó. La derrota no era completa. La compañía todavía tenía los medios para golpear duro. Oyó la rabia a pleno pulmón de las armas de Amante de Hierro. Esperaba que el castigo fuera liberado a lo largo de la colina, poniendo fin a la terrible vida que le rodeaba. No le importaría morir en tal conflagración. Esperaba la dignidad de la muerte por arma al desgarramiento por dientes.

Se oyó el ruido de un gran impacto, y la voz de los motores convertidos en un grito tartamudo. Los cañones callaron. La nave pasó por encima. Echaba fuego, cayendo a plomo. Kanshell pescó sólo un atisbo de ello mientras él y Tanaura huyeron de la masacre de reptiles por todos lados. Entonces, por delante, el brillo y sonido de un accidente. La noche fue iluminada por el resplandor más brillante, más caliente, de otro desastre. Tanaura viró la carrera en esa dirección. Kanshell hizo lo mismo. Ya no la seguía. Ambos corrían hacia una nueva meta. La caída de *Amante de Hierro* era el lugar de su campo de batalla. El deber los llamaba.

Hubo un cambio en la corriente de ferocidad. Algunas de las bestias se movían en la misma dirección. Ellos también estaban siendo convocados, pero por la llamada de presas grandes y desamparadas.

Darras dio patadas a la puerta abollada que daba al compartimento de la tropa hasta que cedió. Junto a él, Catigernus luchaba por liberarse de los controles destrozados. El brazo derecho del legionario colgaba inútilmente a su lado. Amante de Hierro había golpeado con el morro por delante, con fuerza suficiente para arrugar el fuselaje delantero y aplastar su servoarmadura en un lado.

Darras se detuvo en el mamparo. -¿Necesita ayuda, hermano? -preguntó.

-Puedo manejarlo. Ve a ver a los demás.

Ve a la astrópata, era lo que quería decir. Sus hermanos de batalla podían resistir choques peores que este. Incluso con los controles de vuelo reducidos a una farsa, Catigernus había logrado llevar la Thunderhawk en un ángulo relativamente poco profundo. La mayor parte de la nave se encontraba todavía de una sola pieza.

Pero Darras olió a humo.

Entró en el compartimento de la tropa. Los Manos de Hierro se habían quitado sus arneses gravíticos y fueron tomando posiciones en la puerta lateral. Parecía como si todavía pudieran abrirla sin luchar. Erephren estaba sentada. No se movía. Darras fue hacia ella, maldiciendo.

Ella le sorprendió al hablar. -Estoy bien, sargento -sus labios apenas se movieron, pero su frente estaba llena de esfuerzo. Darras vio que estaba encerrada en algún combate mental invisible. -¿Cuán cerca estamos? -preguntó.

-Tal vez a mitad del camino. ¿Su conexión es más fuerte?

Ella asintió con la cabeza, el gesto leve y tenso. Pero cuando hablaba parecía que el esfuerzo para interactuar con la realidad inmediata le ayudó a anclarse. -Quiere que me pierda en la contemplación de las vistas de la disformidad. Su tirón es fuerte.

-No veo entonces cómo el aumento de la proximidad nos va a ayudar.

-Tengo mi propia fuerza -ella se quedó en silencio por un momento, un nadador luchando con una corriente de resaca súbita. Luego continuó: -Como astrópatas,

nuestra formación se limita a los usos permitidos de nuestras capacidades. Creo que puedo hacer algo más. Pero no puedo actuar a distancia. Si puedo tocar el objeto, puedo interactuar con ella en mis condiciones.

Ella estaba hablando de asuntos que no concordaban con el papel de un psíquico obediente y sancionado. Darras encontró que no le importaba. El puritanismo que había abrazado hasta ahora, que había abierto una brecha entre Galba y él mismo, ya no tenía un papel útil que desempeñar en esta guerra. Desechar cualquier posible arma contra las fuerzas que podían robar el cielo sería abrazar la derrota.

Entonces Catigernus se pudo a su lado. El otro legionario se movía bien y rápidamente, haciendo poco caso a la pérdida de su brazo. -¿De dónde viene este humo? –le preguntó Darras.

-De una serie de pequeños incendios. Tenemos a los que podemos llegar bajo control. -Catigernus miró y asintió con la cabeza hacia el humo negro saliendo de un respiradero. -Un montón humo sale de los sistemas internos. Nada que se pueda hacer al respecto.

-¿Los motores?

-Inutilizados, pero no creo que el daño sea crítico.

Darras hizo un gesto a las llamas visibles fuera de los bloques de visualización. -¿Qué estoy viendo allí?'

-Solté los misiles y tanques de combustible auxiliares antes de estrellarnos.

Darras fue a la puerta y la abrió. Un enorme rastro de llamas, el resultado de la destrucción de municiones y combustible explosivo, ascendía por la ladera. Los saurios fueron trotando por la colina, pero estaban siendo frenados por el fuego. A lo lejos, los grandes monstruos estaban empezando a centrar su atención en el lugar del accidente. -No tenemos mucho tiempo -dijo.

-¿Podemos continuar a pie? -preguntó Erephren.

-Demasiado lejos –le dijo Darras. Los reptiles estarían sobre ellos antes de que hubieran avanzado cincuenta metros. Con el tamaño de un escuadrón, los Manos de Hierro podía contener las bestias a raya durante algún tiempo, pero había miles

de saurios en el exterior. La posibilidad de que Erephren fuera asesinada por un ataque afortunado era demasiado grande. Ahora su misión era ver como ella sobrevivía el tiempo suficiente para completar la suya.

-No podemos quedarnos aquí -protestó ella.

-Podemos aguantar más -dijo. Podrían, pensó, hasta que los dioses-bestias llegaran.

-¿Y luego?

Se volvió hacia ella. -Necesitamos refuerzos si queremos alcanzar la anomalía. Necesitamos contactar con el capitán Atticus. Necesita saber lo que espera hacer. Y el vox todavía no puede atravesar la interferencia -hizo una pausa, dejando que las consecuencias cayeran por su propio peso. En el exterior las llamas ya estaban empezando a morir. La muerte de la *Veritas Ferrum* había consumido todo en el suelo que podría quemar. Los gruñidos de los saurios se acercaron. -Los dos sabemos lo que está causando la interferencia -dijo.

-¿Crees que puedo romperla?

-Sé que usted es la única persona que tiene aún la oportunidad de hacerlo. Usted es una astrópata. El envío de mensajes a través de la disformidad es su vocación.

-El capitán no tiene a nadie con quien me pudiera oír.

-Tal vez no. Pero si reduce la interferencia puedo usar el vox. Entiendo que no se puede derrotar a la anomalía, señora. Pero luche contra ella. Luche contra ella lo suficiente.

Ella asintió con la cabeza, y se lanzó a la lucha. Se alzó tan quieta que no parecía estar respirando. Las arrugas en su frente se profundizaron. Su piel palideció hasta que tuvo el mismo tono del sol de Piedra. Estrechos senderos de rica sangre oscura gotearon de nuevo desde las comisuras de sus ojos.

En el exterior, el lento ritmo de batería de la aniquilación aproximándose comenzó una vez más. Lo hizo acompañado por un sonido nuevo, procedente de la dirección del asentamiento. Los ojos de Darras se agrandaron.

Podía oír su risa.

Al llegar a la superficie fue como levantarse de un océano. Un océano de sangre. Un océano de carne y cuernos monstruosos. Atticus ya ni siquiera piensa en términos de destinos. Dos veces se había abierto camino desde las profundidades. En ambas ocasiones el enemigo llegó en un enjambre y combatir efectivamente significó nadar, un ejercicio de espada-sierra y tallado de músculos.

No había espacio para moverse. La única manera de ascender era a través de carne disforme. Pero los gusanos carecían de sentido. El nuevo enemigo era sensible, con voluntad, armado. Demasiado ansiosos, demasiado numerosos, los demonios no podían dar rienda suelta a lo peor por la mera aglomeración frenética. Estaban demasiado hambrientos de la sangre de los Manos de Hierro. Ese fue su error, por el que derramaron la suya, vertiendo su vitae pervertida sobre los guerreros que avanzaban a través de ellos, paso a paso, nunca en retirada, cuerpo eviscerado tras otrp, siempre hacia adelante, siempre hacia arriba.

Siempre matando.

Y entonces la superficie. Atticus se permitió un momento de satisfacción por haber alcanzado el primer objetivo. Podía pensar en el futuro de nuevo. Hizo un balance del nuevo campo de batalla.

Vio el monumento, la burla brillante de la razón a cientos de metros de altura.

Vio la presencia de piedra en el vacío infinito.

Vio el aire lleno de demonios voladores. Algunos de ellos estaban en combate con la escuadra de Lacertus y la Guardia del Cuervo. La batalla tenía el ritmo de un mar en tempestad mientras los guerreros de ambos lados se levantaban de la tierra, caían, volvían a subir. La mayoría de los monstruos alados volaban lejos del asentamiento, retozando y gritando de alegría mientras algún triunfo que no podía imaginar.

Vio a los muertos mutilados. Los Manos de Hierro habían salido de la sima que se abrió en la base del montículo donde estuvo la principal casa comunal. Los cuerpos de los colonos y los Marines Espaciales estaban por todas partes. Y había un insulto especial. En el centro de lo que había sido el suelo de la casa comunal había sido plantado el metal desgarrado de los Vindicadores. Su configuración imitaba la de la torre. El cuerpo de un legionario fue cubierto y empalado sobre el marco, como un espantapájaros sangriento y desgarrado. Era Galba. Atticus se enfrentó a la cabeza

cortada de su sargento. Sintió rabia por la profanación del cuerpo del guerrero. Agregó la atrocidad a la cuenta de los crímenes del enemigo.

En los bajos fondos de su identidad algo se agitó. Era algo que había matado de hambre hasta la atrofia. Se las había arreglado para cortar la mayor parte ello. Fue una respuesta humana, un impulso nacido de la generosidad y la empatía. Cuando luchó para saltar de nuevo a la vida, se convirtió en su forma más definida. Culpa. Pesar.

Era inútil. Era un lujo inadmisible en combate. Y era débil. Atticus lo apagó.

Luego se volvió a contemplar su verdadero enemigo, la sombra que había estado cazando desde Hamartia. Lo vio ahorcajadas a través de la meseta, a través de las llamas y ruinas humeantes de yurtas y vehículos. Oyó su nombre coreado por miles de gargantas retorcidas.

¡MADAIL! ¡MADAIL! ¡MADAIL!

Madail mantuvo su lanza alta, riendo con deleite a medida que ejecutaba la sinfonía infernal. Con cada barrido de sus brazos, una gran corriente de demonios se precipitó hacia delante a lo largo del arco de sus gestos. Madail conducía sus tropas de tierra en la misma dirección que los demonios aéreos. Se detuvo, deteniendo al rebaño más allá de sus piernas. Se giró. Desde su posición cerca de la puerta, los ojos fijos en su pecho miraron a Atticus. La boca del demonio se abrió al máximo. Dejó escapar un suspiro de horrible placer. **-Ahhhhhhhhhhtticus. Por fin. Eres bienvenido a la juerga. ¿Quieres unirte a nosotros? La fiesta no estará completa a menos que seas testigo de ello.**

El demonio hizo un gesto con una mano y formaciones de sus parientes menores se separaron de la corriente principal y se lanzaron a las Manos de Hierro.

-Lucha duro –amonestó Madail. **-Lucha bien. Gánate el premio de mi arte** -se dio la vuelta y reanudó la procesión desde el liquidación.

Entonces se detuvo de nuevo, ladeando su cabeza con perplejidad. La luz del monumento parpadeó, un corte leve pero distintivo que interrumpió su radiación enfermiza. Y a través de esa fisura en el caos llegó la voz de Darras por el vox. El mensaje del sargento fue rápido, claro y la confirmación de la determinación anterior de Atticus. Rhydia Erephren *era* la clave. *Tenía* la llave. La conducción de

la guerra se convirtió en algo sencillo. Atticus dudaba que él oyera la voz de la esperanza. Sabía que había sido silenciado desde hace mucho tiempo, y que nunca más se oirán por la 111ª Clan-Compañía. Pero tenía algo más tangible: una misión.

-¡Hacia delante, legionarios! -gritó. -¡Cortad al enemigo! ¡El medio para castigarlo está a nuestro alcance, y el agarre de los Manos de Hierro es irrompible!

Cargaron. Habían perdido a muchos hermanos en el largo ascenso a la superficie. Todos ellos estaban maltratados, sus servoarmaduras rasgadas por hojas y ácido, manchadas con sangre sucia. Solo quedaban unas pocas docenas de guerreros de una compañía que otrora tuvo mil hombres. Llevaban todas estas heridas y sin embargo atacaron con una ferocidad aún mayor que la que tuvieron en el interior de la cúpula. Eran una máquina a la que se había dado un objetivo preciso, y eso hizo de ellos un Juggernaut.

Los demonios que se apresuraron hacia delante a su encuentro fueron serpentinos e insectoides, humanos y bovinos. Sus cuerpos eran largos o delgados hasta el punto de que parecían no ser más que una cola con cabeza, extremidades y aguijón. Sus piernas eran largas, articuladas como un insecto, elegantes como un ser humano. Sus movimientos tenían una gracia horrible. En los días previos a la locura, cuando los Manos de Hierro se aventuraron a bordo de los buques de los Hijos del Emperador como hermanos, Atticus, por cortesía, contempló algunas de las actuaciones de los rememoradores tan queridos de la III Legión. Vio un eco ahora de esos ballets. Los demonios danzaron con su propia técnica, volaron sobre el suelo con la velocidad de estoques. Y cantaban los unos contra los otros, tejiendo un canto de sirena de melodía y disonancia, de belleza y corrupción. Era una complejidad que cortaba lo real. Convocaba a las mentes a la danza y distorsionaba el cuerpo. Atticus sentía que la canción intentaba llegar a su forma. Quería que sus huesos fueran agua. Quería que su carne fuese de vidrio.

Su carne.

Ese fue el error de los demonios. Ellos cantaban para seres mucho más cercanos a los humanos que las armas que cargaban hacia ellos. Atticus nunca había conocido lo sublime en el arte, y como él había viajado más y más por el camino artificial su percepción de la música se había convertido en la fría mirada de un anatomista. Rechazó la canción y todas sus obras. Su cuerpo no cedió un ápice.

Se estrelló contra los demonios, balanceando su espada-sierra en un amplio arco horizontal. En un solo gesto le cortó cuatro extremidades, a ambos lados y delante de él. Arruinó la danza. Mató la canción con los gritos indignados de sus objetivos. El resto de la compañía siguió adelante, un motor de aniquilación que atacó salvajemente a los demonios. Ninguno de hermanos de batalla de Atticus estaba tan transformado como él, pero si había sido heridos por la canción no mostraron ningún signo. El avance no se detuvo. Cortaron a los monstruos, pisotearon las obscenidades bajo sus botas. Atticus escuchó el aullido de los demonios cesar. Dio paso al crujido de los huesos.

¿Lo veis? quería gritar a Madail. *¿Veis lo que pasa? Este es el destino que le espera a vuestra clase. Si no en este planeta, en algún otro, por las manos de nuestros hermanos. No vais a ganar.*

Mientras luchaba vio formas caen en alas rotas. Lacertus, Ptero y los otros legionarios de asalto llevaban el vuelo contra los demonios voladores. Otras formas volaron para reunirse con el enjambre principal.

Las Manos de Hierro irrumpieron en el borde de la meseta. Madail no envió otros contingentes contra ellos. Los demonios seguían llegando en un flujo interminable de los abismos antes las ruinas de la casa de campo. Las corrientes bordearon alos Manos de Hierro, corriendo a la promesa promulgada en el paisaje Pythos. Por el momento, los demonios perdieron el interés en los legionarios.

Atticus se detuvo. Ante él se extendía una vista de carnaval enloquecido y guerra absurda. Los demonios y los saurios luchaban. Eran dos oleadas de monstruosidad chocando en una tormenta de destrucción perfecta. Los reptiles rugieron su desafío al nuevo enemigo. Sus mandíbulas se abrieron a la espera de nuevas e ilimitadas presas. Los demonios se reían. Lucharon contra los saurios y bailaron con ellos. Atticus vio el choque de carne monstruosa, de reptiles y nacidos de la disformidad, del instinto salvaje y el perverso refinamiento. La tierra era casi invisible. Un nuevo bosque había aparecido para cubrirlo. Era un bosque retorciéndose, cortando, sangrando, eviscerado, de monstruos que competían por la supremacía.

Más saurios fueron llegando desde todos los flancos de la meseta. Más demonios corrieron desde las profundidades a su encuentro. Y a lo lejos, desde la dirección de la base, Atticus vio a los gigantes llegando. Los demonios voladores ya estaban cayendo en picado alrededor de los colosos. Los monstruos lanzaron manotazos

como si fueran insectos. Otros, demonios más descomunales, se movían para lidiar con los gigantes. Estaban todavía más pequeño, pero había muchos de ellos.

-Y estas son nuestras obras -dijo una voz al lado de Atticus.

El capitán se volvió y encontró a Khi'dem junto a él. El hijo de Vulkan había perdido un brazo, pero parecía no menos constante, no menos arrastrado del propio lecho de roca, de lo que Atticus le había visto nunca. -¿Qué quieres decir? -preguntó.

Khi'dem asintió ante el espectáculo. -Hemos sido manipulados en cada paso del camino, capitán Atticus. Todos nosotros. Pero todos actuamos de acuerdo con nuestras creencias. No sé si podríamos haber hecho algo diferente. Este resultado era inevitable, dado lo que somos. Y a pesar de que fuimos engañados hemos hecho esto. Abrimos el camino.

-Entonces tenemos que expiarnos –le dijo Atticus.

Khi'dem asintió de nuevo.

Atticus señaló a los canalones de fuego alrededor de un kilómetro de distancia. –Nos esperan allí -le dijo a la compañía. Miró a Khi'dem. Ya no sentía ninguna animosidad hacia el Salamandra, aunque no sintió ningún parentesco tampoco. No había nada en su mundo, excepto la batalla por delante y el odio por todo lo que iba a matar. Le preguntó: -¿Luchará junto a nosotros?

-Hasta el final.

-No creo que tengas que esperar mucho tiempo –le dijo Atticus.

Las Manos de Hierro descendieron la pendiente de la meseta, ganando velocidad a medida que se sumergieron en el infierno en expansión.

Cuando Kanshell vio que la Thunderhawk seguía en gran parte intacto se sorprendió. Le sorprendió también que él y Tanaura hubieran sobrevivido a su viaje hasta aquí. Su sorpresa dio paso a un temor enfermizo cuando vio por qué los saurios habían ignorado a los insectos corriendo bajo sus pies.

Una marea de demonios se dirigía a ellos. Saltando, caminando, volteando, volando, las abominaciones vinieron con un coro de alegría asesina. El sol de piedra

no menospreciaba al ejército de sus hijos y la luz era la bendición de la muerte. Cada fragmento del infierno que había perseguido a Kanshell durante las noches de tormento se había convertido en una manifestación monstruosa. El grito final de la esperanza y la vida estaba aquí. Todo a lo que la realidad divina del Emperador se enfrentaba había aparecido. Él se acobardó y agarró al hilo de su fe con todas sus fuerzas. Su instinto fue cerrar los ojos y esperar en oración aterrorizada por su perdición. Pero Tanaura todavía estaba en movimiento, corriendo a la puerta lateral de la cañonera. Él se unió a ella. Llegaron y golpearon.

Darras tiró de la puerta. Se acobardó por un momento, y luego, para sorpresa de Kanshell, se rio. -Si ustedes dos son la respuesta a mi llamada -dijo el sargento, entonces los Manos de Hierro han llegado a un triste fin, sin duda -se volvió sombrío. –Entrad -dijo, cuando saurios y demonios se reunieron.

Kanshell y Tanaura entraron a bordo. Darras cerró de golpe la puerta. Tanaura volvió al puerto de visualización y miró a la guerra enloquecida. La tierra temblaba con los golpes de monstruos y aún más con los auges más profundos y lentos de los gigantes que se acercan. -¿Luchamos? -preguntó. Parecía ansiosa. Sus heridas sangraban libremente, pero sus ojos brillaban con la misión de su fe. La falta de acción era una herejía.

-Lo haremos –le dijo Darras, -si tenemos que hacerlo. Y golpearemos cuando tengamos un propósito. Hasta entonces, dejaré que nuestros enemigos luchen voluntariamente entre sí. No tengo ningún respeto por suicidio disfrazado de valentía.

Tanaura le miró, su rostro sonrojado de indignación, pero tenía la sensación de morder su réplica. Kanshell sintió una oleada de ira empática. Darras no entendía la naturaleza de la fe. La lucha a la que se dedicaban a iba mucho más allá del mundo material. Kanshell no quería morir, pero lo correcto era cargar hasta ellos y desgarrar a los monstruos con sus propias manos entonces él prometió que haría precisamente eso. Morir con la alabanza del Emperador en sus labios no era un suicidio. Era el martirio.

Darras se trasladó a Erephren. La astrópata parecía horrible. La sangre fluía en una corriente constante desde las órbitas vacías de sus ojos. Su piel se había reducido y apretado sobre su cráneo. Su respiración se hizo temblorosa. Era una escultura funeraria a la que le quedaba un susurro seco de vida. Pero la voluntad que animaba

al espectro era tan feroz que quemaba. Kanshell seguía pensando que veía un aura en su visión periférica, una corona de puntas negras de determinación chisporroteante.

-¿Hay Alguna posibilidad de despejar el camino otra vez? -preguntó Darras.

Una pequeña sacudida de la cabeza. -Tengo la fuerza para una última batalla con la anomalía, sargento -dijo Erephren. -No puedo desperdiciarla.

-Así sea.

Kanshell se aclaró la garganta. Cuando el casco de Darras se volvió hacia ella se atrevió a preguntar: -¿Has hablado con el capitán Atticus?

-Lo he hecho. Trae el resto de nuestras fuerzas. Y entonces -asintió a Tanaura, -usted será parte de una gran carga -hizo una pausa. El compartimento se llenó de los sonidos de la juerga. Habló de nuevo, y se dirigió a sus compañeros legionarios. -Esta acción será digna de una canción, aunque esas canciones nunca serán escritas. Pero hermanos, *sabremos* la plena medida de nuestro valor. ¿Y no podríamos pedir mejor recompensa en nuestros últimos momentos? No lo creo.

Al unísono, los demás Manos de Hierro chocaron sus armas en sus petos, de acuerdo en la acción que era más elocuente que cualquier juramento.

Y en el instante siguiente, la nave fue sacudida por un golpe gigantesco. Kanshell fue derribado. El golpe vino de nuevo. Algo enorme golpeaba a la cañonera. Darras comprobó el puerto de visualización. El cristal blindado había sido arrancado del marco, y el aire fétido de Pythos estaba entrando, llenando el compartimiento con el hedor de demasiada vida.

-¡Agarraos! –gritó Darras, y la nave se sacudió de nuevo. Un cuerno casi tan alto como Kanshell atravesó el fuselaje. Se retiró, luego golpeó de nuevo, rasgando el flanco de la cañonera. Un golpe más y hubo un agujero lo suficientemente grande para que el monstruo metiera la cabeza en el interior del compartimiento.

Parecía un saurio, pero estaba cubierto de placas de metal de color carmesí. Kanshell no podía decir si llevaba armadura, o si el metal era la piel del demonio. Su mandíbula con bisagras se abrió muy mucho y del mismo surgió un rugido como el girado de inmensos engranaje. Sacudió su cabeza hacia atrás y hacia

adelante, ampliando el agujero aún más, apartando el grueso blindaje de *Amante de Hierro* por su avidez para llegar a sus víctimas. En su parte trasera montaba uno de los horrores, espada en mano, con cuernos. El demonio más pequeño rio e instó a su montura a una mayor violencia.

Darras y los otros Manos de Hierro tomaron represalias, pero el demonio restó importancia a sus proyectiles. Kanshell retrocedió tan lejos como pudo del demonio. Disparó su rifle láser, sabiendo que el acto era inútil, aferrándose a la pizca de sentido en el hecho del mero gesto. Trató de golpear el ojo del monstruo. No era un objetivo pequeño, pero estaba demasiado verde y los movimientos del demonio era demasiado violentos. Este metió su cabeza aún más. Estaba tratando de forzarlo en la nave. Sus mandíbulas se abrieron en dirección de Erephren. El monstruo había venido a neutralizar una amenaza.

Catigernus se abalanzó hacia delante con una granada Krak en la mano. Cuando las fauces del demonio se abrieron lanzó la granada por la garganta del monstruo. En lugar de retroceso, le espetó y cortó su brazo en el codo. Al caer, la granada estalló en el interior del demonio. Hubo una detonación sorda y la garganta del demonio se apagó. De alguna manera el demonio todavía tenía voz y su grito fue tan alto que subió más allá de lo audible. Luego se cortó cuando un icor nocivo, un guiso de sangre, petróleo y el veneno, se vertió sobre la cubierta.

El demonio se convulsionó con tal violencia que su jinete cayó. Cuando se levantó, tratando de meterse en el agujero más allá de su agónica montura, Darras voló su cabeza con proyectiles bólter. El monstruo se negaba a morir. Su dolor y su furia quedaron en silencio, pero la violencia de sus acciones fue elocuente. Sacudió su cabeza hacia atrás y hacia adelante, rasgando con su cuerno la nave en dos. Su mandíbula se abrió como una aleta rota y uno de sus ojos estalló, pero sólo había sido frenado por un momento y cargó, ignorando el fuego de las armas. Su ojo restante estaba fijo en el espectro astropático. Ella volvió su mirada con una mirada ciega que era casi igual de inhumana.

Un misil Krak pasó por *Amante de Hierro* y se estrelló contra el costado del demonio. Sus patas traseras se doblaron y deslizaron de la Thunderhawk. Se volvió hacia sus nuevos atacantes. Fue golpeado por un segundo cohete que redujo la carne blindada en su hombro derecho a escoria. La corriente asesina de un cañón de asalto golpeó su pecho y la cabeza. Por un momento, el demonio se inclinó hacia la salva. Después su forma se desintegró en metralla húmeda y dentada.

Kanshell parpadeó ante la brecha donde antes estuvo el demonio. A cierta distancia de la cañonera los engendros de disformidad y los saurios luchaban. Pero nada más estaba atacando la nave en este momento. Luego aparecieron las siluetas masivas. Eran la guerra dada forma guerra del Imperio. Atticus había llegado.

El capitán se acercó a la nave. Apretó los antebrazos con Darras en señal de saludo. Atticus era aún más temible que cuando Kanshell lo vio por última vez. Estaba empapado en icor. Su servoarmadura estaba llena de cicatrices y mordeduras. Kanshell podía oír sus servomotores zumbando a un volumen más fuerte de lo saludable, y de vez en cuando había un ronquido tartamudo. El daño no estaba deteniendo a Atticus sino despojándole aún más de su vestigial humanidad. Era un arma autónoma, haciendo una pausa sólo para encontrar un nuevo objetivo.

Se posó ante Erephren. El ser de metal y el ser de visión. Ninguno de ellos tenía ningún uso para las tristes limitaciones de la carne. Kanshell se estremeció, sintiendo su condición endeble reducida a la insignificancia patética en un universo donde sólo los seres como Atticus y Erephren importaban. Se aferró a la divinidad del Emperador. Esa era una verdad más allá de cualquier otra e importaba más que la inhumanidad majestuosa y aterradora ante él.

El Marine Espacial habló al astrópata. -Tenemos un gran trabajo por delante.

-Entonces empecemos –respondió Erephren.

Afuera, el sonido de la batalla frenética y huellas masivas se acercaba. El tiempo de las últimas acciones llegó.

VEINTIDÓS

Resurrección

Hacia la Torre

Testigo

Atticus se sorprendió al ver cualquiera de los siervos de la Legión aún vivos. No hubiera pensado que cualquier mortal pudiera sobrevivir más de unos pocos

segundos ante la nueva cara de Pythos. Él asintió con la cabeza a Tanaura cuando los elementos avanzados de la compañía formaron con Erephren en su centro. -Lo has hecho bien -dijo a su siervo.

-El Emperador protege -respondió ella.

Atticus no dijo nada. Su burla descarada de la Verdad Imperial no le provocó tanto ira como decepción. Miró a Kanshell y vio el fervor de sus ojos. La superstición le estaba dando a ambos la fuerza para luchar. Se dio la vuelta, disgustado por su debilidad, y disgustado porque su muleta sirviera tan bien.

Atticus tomó la cabeza de la formación. Los restos de *Amante de Hierro* todavía estaban rodeados por un oasis de calma disminuyendo. Los demonios y los saurios no habían terminado su danza, aunque el respiro casi había terminado. Los gigantes estaban a un puñado de pasos de distancia, frenados por sus conflictos con los demonios mayores. Las impresiones de Atticus de esos monstruos de disformidad eran fragmentarios. Salieron del pozo mientras los Manos de Hierro todavía se abrían camino a través de las ruinas y permanecieron como enormes sombras en la distancia. Había algo diferente en esta variante de monstruosidad, algo más que su gran tamaño. Sus movimientos sugerían lo mecánica junto con la perversidad de la no-vida de la disformidad. Atticus sintió el toque de un parentesco que rechazó incluso cuando lo reconoció.

Optó por no mirar más de cerca a esas formas. No había conocimiento útil esperándole allí. Lo único que importaba era la destrucción de todo lo que se interponía en el camino de este avance final.

-¡Marchamos! -gritó.

Los Manos de Hierro avanzaron. Dejaron *Amante de Hierro* atrás. Se dirigieron de vuelta a la meseta, en línea recta hacia una maraña de monstruos en guerra. Aunque el ritmo era más lento que la sangrienta carrera para la cañonera de combate, Erephren encontró la fuerza para caminar en alguna reserva oculta. Caminó como el susurro de la muerte sobre la tierra maldita, con pasos precisos. Ciega, no se inmutó por la fantasmagoría rodeándoles. Avistada en un sentido más horrible, su rostro se puso en contra de las visiones que Atticus no podía imaginar.

Los dos siervos corrieron paralelos a la formación. No tenían ninguna protección por los guerreros de su Legión, ni tampoco la esperaron. Pero Khi'dem caminó con

ellos, el último de la 139ª Compañía de los Salamandras fiel a la preocupación equivocada de su Legión de preservar lo que no era lo suficientemente fuerte como para preservarse a sí mismo.

Mientras cruzaban la última docena de metros de terreno abierto una luz desde el norte llamó la atención de Atticus. Era un resplandor magullado, sombras profundas de violeta, azul y rojo mezclándose y tiznándose. Era la luz de la putrefacción. Se estaba haciendo más brillante. Donde brillaba, los demonios habían puesto fin a su guerra de celebración con los saurios. Estaban construyendo algo. Enorme. Estaba siendo construido de innumerables fragmentos.

No, descubrió Atticus, no se estaba construyendo. Estaba siendo *convocado* a la existencia por los poderes combinados de miles de demonios. Vio trozos irregulares de metal colocándose en su lugar, piezas de un rompecabezas gigantesco. Estos llegaban desde el suelo en kilómetros a la redonda. Los fragmentos fueron sólo uno de los elementos del conjunto. También estaban los huesos y la carne irregular de saurios y humanos. Y los propios demonios. Ellos se lanzaron a la creación, convirtiéndose en un mortero horrible y retorcido que cimentó los fragmentos, los hizo un conjunto y dieron definición a la forma.

La forma era el mayor horror. La visión de Atticus nadó con una rabia que amenazó con devorar a su razón, sin dejar nada atrás salvo un motor aullante de destrucción. Conocía esta forma. Él fue testigo de una resurrección. La *Veritas Ferrum*, vuelta a la vida. Pero las líneas orgullosas del crucero de ataque ahora eran cosas hechas de carroña, distorsionadas, burbujeantes. Formando sobre su proa una figura decorativa de cientos de metros de largo. Era una cosa de cuernos y una boca abierta llena de dientes afilados, y se movía. Vivía. Tenía unos ojos que brillaban con el blanco de la locura y se echó a reír. La nave era un cadáver y él su carroñero, listo para darse un festín de sí mismo como con cualquier cosa incorrupta que se cruzara en su camino.

Tendría un camino, supo Atticus. La nave atravesaría el vacío una vez más. Era el medio por el cual las legiones demoníacas dejarían Pythos y difundirían su maldición a través de la galaxia. Asqueado, vio cómo los Manos de Hierro habían bailado completamente al son de Madail. Cada uno de sus actos desde que llegaron al Sistema Pandorax había estado al servicio de este momento. Hasta su llegada tuvo poco de casual. Habían sido atraídos y luego se les había hecho a retozar para diversión del titiritero demoníaco.

Como en respuesta a su furia desesperada, el monstruo llegó. Madail viajaba en un alto montículo de huesos que se movían sobre el paisaje como una ola. Los restos fueron blanqueados de toda carne, pero brillaban con rastros de sangre y la clara mancha de la agonía. El curso del demonio se detuvo a decenas de metros de los Manos de Hierro. Madail hizo un gesto expansivo hacia la nave reformada. **-He aquí el arte** -dijo el monstruo.

Desde detrás de la compañía llegó el *boom* de los saurios gigantes acercándose otro paso más. Atticus siguió moviéndose. Los Manos de Hierro no se detuvieron. La colina de cuerpos de Madail se movió en paralelo con ellos.

Los ojos de Madail estaban muy abiertos por el hambre incontenible. **-La máquina y el espíritu** -dijo. **-Esa es vuestra meta, aunque creo que traicionaréis esas palabras. Sí, sí, creo que sí** -la lengua azotó el aire, degustando el propio discurso del demonio. **–Venid pues. Reuníos con vuestra nave. Sed la plena expresión de su ser. Convertíos en los recipientes indivisibles del Caos.**

-No -dijo Atticus. Hablaba en voz baja, más a sí mismo que a Madail. Había acabado con la danza. Su razón entró por la niebla de la rabia y llegó al destino que el demonio le estaba tentando a abrazar. La seducción de las palabras de Madail era una mentira. El demonio no creía que los Manos de Hierro se pudieran corromper tan rápidamente. No esperaba su rendición. Esperaba que su furia. Esperaba su ataque inútil. Si la compañía cargaba no sólo se enfrentaría al poderío de Madail, sino a la de un ejército de miles de demonios y la obscenidad ya consciente de la *Veritas Ferrum*. Aniquilación sería cierto.

No, entonces. *No*.

Y si Madail deseaba tanto el ataque, tal vez temía la alternativa en la misma magnitud.

-¡Confundid a los enemigos! –gritó Atticus. *-¡Hacia adelante, a nuestra victoria!* -probó su propio afán de explotar el error del demonio mientras aumentó la velocidad de la marcha. Miró hacia atrás, viendo que Erephren seguía resistiendo. Ella iba a zancadas como si estuviera poseída por la energía de la muerte misma. Tenía una cita con su destino y no era en este lugar.

Atticus encabezó la marcha hacia adelante, en el curso original, hacia la meseta y, más allá de ella, hacia la torre, cuyo poder sería arrebatado a su enemigo.

-Deteneos –anunció Madail.

Atticus no le hizo caso. Una pared de demonios esperaba justo delante, pero era una pared más delgada. Demasiadas abominaciones aún luchaban contra los saurios o eran consumidos por la resurrección de la *Veritas*.

La pared era demasiado delgada. Los Manos de Hierro golpearon, enviando fuego bólter por delante de su avance para luego estrellarse contra el enemigo. Eran un ariete, imparable, y este era su verdadera identidad. Eso eran, no la presentación de la pureza de la máquina contra la corrupción de la disformidad. Con espadas-sierras y puños destrozaron a los demonios. Incluso los siervos lucharon sin miedo. Sus armas eran débiles, pero la acumulación de golpes tuvo su efecto y se movían con sorprendente agilidad, cuya desesperación les mantenía fuera de las garras de sus enemigos y fuera del filo de sus cuchillas.

-¡Alto! –gritó Madail, y por primera vez, Atticus oyó algo parecido a la tensión en la voz del demonio.

Los legionarios sobrepasaron la línea y marcharon más rápido. La ruta por delante estaba despejada.

-¡Detenedlos! –rugió Madail. Olas de demonios se desprendieron de la llamada de la nave. El contraataque corrió impulsada por los vientos de locura.

-Hermanos –dijo Khi'dem, -habéis sacrificado tanto por los restos de mi Legión. Tenéis mi agradecimiento -dejó su posición al lado de los siervos y corrió a lo largo de la columna.

-¿Qué estás haciendo? –exigió Atticus.

-Ganaros tiempo -Khi'dem detuvo junto a Ecdurus y tomó lanzacohetes del legionario. Lo inclinó lejos de la compañía, dirigiéndose directamente hacia Madail, cuya lanza alzada brillaba con un resplandor tembloroso y creciente.

Una locura, pensó Atticus, pero los demonios de vanguardia estaban sobre ellos. Los horrores carmesíes cuchilla en mano luchaban al frente de la línea contra grotescas agraciadas que unían la ilusión de la feminidad humana con garras y fauces salvajes.

-En los fuegos de la batalla –entonó Khi'dem al llegar a la base de la colina en movimiento. Sostenía el lanzador de cohetes sobre su hombro con una mano. Disparó. El misil veteado pasó sobre el demonio. Madail rio, ignorando al único marine espacial, desatando la energía acumulada de su lanza. Cuando la parte posterior de la columna de los Manos de Hierro fue consumida por un fuego violeta que derritió a los guerreros en escoria, el cohete explotó contra su objetivo.

Khi'dem no había fallad. Había golpeado a un coloso por el rabillo del ojo. -Hasta el yunque de la guerra -susurró por el vox.

El saurio gruñó y se volvió para encontrar a su atacante. En su línea de visión estaba el demonio gigante. Con un tirón, el reptil lanzó sus oponentes a un lado y trajo su inmensa rabia sobre Madail. Un pie más grande que un tanque aplastó la colina de fragmentos. Borró Khi'dem y aplastó a Madail bajo cientos de toneladas de masa.

Los demonios aullaron, lanzándose al monstruo que había cometido un sacrilegio. Una marea de formas obscenas trepó por las piernas del saurio. Sus hermanos llegaron rugiendo en su ayuda. El asalto a los Manos de Hierro vaciló.

Atticus tenía su tiempo. Lo utilizó. La marcha comió más terreno. Los Manos de Hierro llegaron a la meseta antes de que más oleadas de demonios los fijaran. La compañía les rechazó. Los demonios atacaron una y otra vez, incontables. Su líder no había regresado, tal vez destruido, y las tácticas de los demonios fueron víctima de su propio caos. Su ira se hizo imprudente. Lucharon entre sí por la supremacía. Y no pudieron detener el avance.

Pero sus números hicieron inevitable el resultado. Erosionaron la formación. La disciplina conservó la cohesión de los Manos de Hierro, pero la unidad se hizo más pequeña con cada metro de suelo. Entonces llegaron los demonios alados. Los escuadrones de Ptero y Lacertus estaban diezmados pero tenían fuerzas infinitas de sobra. Se lanzaron sobre la compañía con gritos tan penetrantes que Atticus vio las heridas abiertas en los rostros de los siervos. Los demonios volaron como nadar a través del aire, y de hecho se parecían a criaturas del mar. Uno ejecutó un elegante buceo y decapitó a Tanaura. Su cuerpo corrió durante unos pasos como apoyado por una fe que persistió más allá de la muerte. Se derrumbó delante de Kanshell.

-El Emperador... –jadeó Kanshell. -El Emperador protege -disparó hacia arriba, abrasando el vientre del demonio con fuego láser. Este chilló y voló hacia un lado, a una corriente de proyectiles bólter de Darras. Luego cayó al suelo, retorciéndose.

-El Emperador... –repitió Kanshell. Sus ojos estaban muy abiertos, sin pestañear. -El Emperador... El Emperador...

Atticus se dio cuenta de que estaba oyendo una oración, la única que Kanshell decía por la respiración o cuya capacidad mental le dejaba pronunciar. La religión del hombrecillo era lo que lo mantenía en la lucha. Su razón disgustó a Atticus. ¿Era esta la forma de fidelidad mortal al Emperador? ¿Un culto supersticioso que se burlaba de la verdad por la cual el Emperador y la Legiones Astartes habían sacrificado tanto? Si es así, ¿Qué sentido tenía nada?

Estaba el deber. Estaba la guerra. Allí estaba el hecho de ser fiel a lo que significaba ser un legionario de los Manos de Hierro. Si no quedaba nada más, eso era suficiente.

Sobre la meseta, pasado el pozo, a través de las ruinas del asentamiento, el avance continuó. Luego la compañía se movió por la pendiente final. El monumento esperaba a Atticus. Era sereno, elevándose tan alto que estaba por encima de cualquier pequeña preocupación en tierra. No importaba. Pulsaba con el resplandor de gran juerga del Caos.

Otra luz, un enorme destello de detrás, como si un verdadero amanecer hubiera llegado a Pythos por primera vez en su historia, un amanecer que no contenía vida, sólo la promesa de los crematorios. Atticus miró hacia atrás. La luz provenía de uno de los saurios gigantes. Seccionó al monstruo, después sopló aparte. Amaneciendo del centro de la explosión, montando un cometa oscuro, vino Madail.

Los restos de los escuadrones de Asalto y la Guardia del Cuervo se alzaron para enfrentarse con el demonio. Madail golpeó con indiferente impaciencia. Un rayo de la lanza capturó a Lacertus. Sus cenizas cayeron al suelo mientras el demonio interceptó al resto de su unidad.

Solo Ptero alcanzó al profeta de la disformidad. Aterrizó en el cuello de Madail y condujo sus cuchillas relámpago en el ojo derecho de la criatura, pero los ojos del pecho nunca perdieron su enfoque en los objetivos sobre el terreno. La única

reacción del demonio fue alcanzarlos con su mano derecha. Imitó el ataque de Ptero y condujo sus enormes garras a través de su pectoral. eL Guardia del Cuervo se estremeció, pero apuñaló de nuevo en el orbe pinchado. La mano de Madail se apretó en un puño. Tiró de los corazones del Marine Espacial y los hizo pulpa. Ptero cayó. Una fracción de segundo después de que su cuerpo golpeara el suelo Madail aterrizó, aplastando y quemándolo todo dentro de un radio de cinco metros. Camnus existió como una silueta mecánica por un momento y luego él desapareció.

El demonio extendió muerte, pero no alcanzó su objetivo. Erephren corrió, corrió, en el último momento antes del impacto. *Ella puede verte venir*, pensó Atticus. *No puedes sorprenderla.*

Y ahora el reconocimiento final. Habían llegado al monumento. Erephren pasó corriendo junto a Atticus. -Tiempo -murmuró. Sus movimientos eran extrañas sacudidas salvajes, y Atticus pensó de nuevo en los títeres. El cuerpo de Erephren, vio, se había convertido en un títere de su voluntad.

Los demonios cayeron sobre los últimos fragmentos de la 111ª Clan-Compañía.

Erephren tocó la torre.

La fuerza se la tragó con un hambre que dijo *te tengo*. Erephren lo dejó. Ella cayó en las profundidades infinitas. Las vistas de la locura absoluta la rodearon. Pero ella no era un simple pedazo de restos psíquicos flotante para ser absorbido. Su aspecto físico, aunque pequeño, era tan real como la torre. Utilizó su materialidad como un ancla. Formó su identidad en un núcleo de adamantium. Resistió los ataques. Desde el diluvio consumidor de la revelación ella se aferró a un fragmento de conocimiento: los cascos de naves muertas alrededor del punto Mandeville de Hamartia. Las minas habían hecho un buen trabajo. Hizo un arma de ese pequeño triunfo. Lo usó para forjar su canto de guerra.

Te hemos herido. Te haremos daño. Voy a hacerte daño. Se convirtió en un solo propósito.

Se convirtió en una voz. Un mensaje. Un grito de advertencia.

La disformidad era infinita. También era cero. No había espacio entre Pythos y Terra.

Acumuló su voluntad, a partir de las chispas finales de su vida. Usó la claridad perfecta, loca de la anomalía. Se preparó para enviar a su grito a través del cero.

El pulso de la estructura ciclópea tartamudeó. Madail aulló maldiciones cuya forma quebró los huesos del aire. Se abalanzó sobre Erephren. Atticus se lanzó hacia el demonio. Él estaba escalando una avalancha de carne disforme. Darras estaba con él y los dos se alzaron ante el gran demonio. Darras balanceó su espada en el pecho de Madail. Los ojos parpadearon y se cerraron. La hoja se hizo añicos. Madail gruñó y empaló a Darras con la lanza. El arma atravesó el cuerpo del marine espacial y golpeó a los demonios que se retorcían a continuación. Madail luchó para liberarlo. Atticus hizo un último salto, lanzándose, espada-sierra en alto, a la cabeza monstruosa.

La cabeza se movió hacia adelante y los lados. Las mandíbulas atraparon a Atticus alrededor del torso. Apretaron, aplastando. Las alarmas de daños brillaron ante su visión. Él no les hizo caso. No sentía dolor.

Tenía tan poca carne restante.

Y había visto los reflejos defensivos del demonio. Lo protegía era lo que él debía golpear.

Hizo como si pivotara el hacha por última vez en el ojo izquierdo en blanco del demonio. Los ojos del pecho lo miraron con diversión. Atticus cogió su momento. Invirtió la espada-sierra y la bajó con una terrible velocidad a la verdadera visión del demonio. Su sorpresa fue total. La espada-sierra se enterrño profundamente en los ojos. Jalea ácida cayó del torso de Madail.

El demonio gritó, liberando a Atticus. Cayó sobre una alfombra de abominaciones luchando. Trató de levantarse. Su servoarmadura no respondió. Era un ataúd que encerraba el metal inerte de su cuerpo. Muy dentro de su caparazón, se produjo un movimiento de natación horrible donde no debería haberlo.

Pero Madail se tambaleó demasiado, por unos segundos preciosos. Y luego el resplandor detuvo su parpadeo. Se convirtió en un solo haz magnífico, constante, que se disparó y, por un momento, perforó a través de la nada, abriendo una ventana a las estrellas.

Sólo por un momento. Entonces la luz reanudó su pulso maligno y la ausencia consolidó su dominio en todo el planeta. Atticus logró girar la cabeza. Vio a Erephren liberarse de la torre y colapsar. Se acostó a su lado, con el rostro hacia el suyo. Sus ojos eran la terrible ausencia que siempre había sido, pero él sintió su verdadera mirada en él. Ella asintió con la cabeza y luego se quedó inmóvil.

Atticus le devolvió la mirada a Madail. El demonio se había dominado a sí mismo. Sus ojos no lesionados lo miraron con una rabia perfecta. -No has ganado –gruñó Atticus entre dientes.

Madail avanzó.

Sintiendo todo lo que quedaba de él perforado y sangrado, Atticus desarraigó lo último de su humanidad de su conciencia. La máquina se puso en pie para una última vez. Atacó al demonio. -¡La carne es débil! -rugió, y se encontró con la oscuridad.

Kanshell lo vio todo. Vio a su pesadilla herido. Vio la luz de la torre. Y vio la pesadilla matando a su capitán.

Los demonios lo ignoraron. Lo dejaron vivir. Ellos corrían a su alrededor, un océano de locura, a medida que se regalaban con los cuerpos de los Manos de Hierro.

Lo dejaron ver. Lo dejaron ver que el sol de piedra no se puso. Lo dejaron ver el lento ascenso de la renacida, demoniaca *Veritas Ferrum*. Lo dejaron ver el momento de la próxima fase de su éxodo oscuro.

Se agarró al único momento de esperanza a su corazón. *La advertencia fue enviada*, pensó. *El emperador lo sabrá. El Emperador protege. El Emperador protege.*

Su estribillo vaciló sólo cuando Madail se cernió sobre él y un torso vil repleto de pústulas con cuernos debían estar sus ojos atrapó su brazo.

-Pequeña criatura de fe –dijo Madail, **-¿Me mostrarás la fuerza de tu creencia? ¿Darás testimonio?**

Los largos gritos largos de Kanshell comenzaron cuando fue llevado hacia la nave impía.

EPÍLOGO

La astrópata Emil Jeddah se puso rígida por el shock. Su boca se abrió de par en par, con el rostro desencajado. Mehya Vogt, su escriba, veía esa mirada innumerables veces cada día, y siempre hizo una mueca de dolor empático. ¿Cómo no iba a hacerlo, cuando sabía el daño que estaba sufriendo con cada mensaje que recibía? Éste, al parecer, había atravesado su corteza como un estilete de hielo. Se propagó a través de su sistema nervioso, secuestrando a todo su ser durante el tiempo de su recepción. Sus ojos ciegos se dieron la vuelta. Su mandíbula funcionó, y comenzó a cantar. Vogt cogió su lápiz y trató de iniciar la transcripción. El sonido que salió de la garganta de Jeddah era lastimero, urgente, agonizante, un canto atonal lleno del humo de una guerra lejana.

También era en gran parte ininteligible.

La canción terminó. Vogt miró lo que había escrito en su tableta.

Jeddah utilizó un paño para limpiar la sangre de la nariz. -¿Cuál... -empezó, pero se detuvo. Se frotó la sien. Lo intentó de nuevo. -¿Cuál es el mensaje?'

Vogt vaciló. -Es de prioridad extremis -dijo ella.

-Soy consciente de su urgencia -se pasó una mano por el cuero cabelludo, secándose el hedor a dolor. -Lo sentí -lo que quería decir, sabía Vogt, era que lo había *sufrido*. Medía la urgencia por la gravedad de la herida psíquica que el mensaje causaba. -¿Pero cuál es el contenido? -cuando Vogt no respondió de inmediato, Jeddah continuó: -No podría decirlo por mí mismo. Había demasiada distorsión.

-Yo... Creo que el mensaje era inquietante -dijo Vogt al final. -Sólo había una palabra que pude captar, pero no tiene sentido, y...

-Léemela.

Ella lo hizo. La palabra estaba mal. No tenía lugar en el Imperio. Cuando les dio forma, las sílabas no sólo eran extranjeras en su boca. Las sentían inmundas.

Jeddah se quedó muy quieta. Su piel, blanca como el mármol, adquirió un tinte gris. Cuando se levantó, lo hizo con cautela, como si la realidad se hubiera convertido en una cuerda floja. -Llévame al Maestro Galeen -dijo. -Lleva la transcripción.

Vogt tomó el brazo de Jeddah y le condujo desde su celda. Caminaron por los pasillos cuya luz tenue apenas era lo suficientemente fuerte como para iluminar el camino para los escribas. Mosaicos cubrían las paredes por todas partes, pero sus diseños se perdían en la oscuridad. A pesar de que tenía el uso de sus ojos, Vogt sentía que era ella y no Jeddah quien estaba ciega en este mundo crepuscular. Ella transcribía los mensajes que se esforzaba por comprender, y lo trasladaba a través de interminables sombra en misiones cuya importación ella nunca supo. Tampoco entendía la naturaleza de éste-

Pero sintió la preocupación de Jeddah.

Llegaron a la cámara de tratamiento, en lo profundo de la Ciudad de la Visión. Era un gran espacio, mejor iluminado, pero las bujías de globos estaban tan altos en el techo en forma de cúpula que sus rayos se sentían débiles y delgados para cuando llegaban a la tierra. Dominando el centro de la cámara era el repositorio de mensajes. Decenas de miles de misivas se amontonaban aquí en cientos de pilas de cinco y diez y veinte metros de altura. Galerías balconadas rodeaban la sala y de cada una múltiples plataformas retráctiles. Escribas, administradores y sirvientes solían tener acceso al repositorio. A veces, un mensaje se eliminaba de las pilas, pero en cualquier momento se añadirían decenas más. Trozos de vitela caían desde los niveles superiores de la cámara, cayendo como copos de nieve.

En línea recta, en la base del depósito, Helmar Galeen, jorobado de cara estrecha y carcomida con permanente desaprobación se sentaba en su escritorio masivo, examinando un mensaje tras otro, pasando algunos a servidores para agregar a las pilas, lanzando los demás por un tobogán que llevaba a un incinerador.

-¿Qué sucede Jeddah? -preguntó sin levantar la vista.

-Un mensaje del sistema Pandorax. Pensé que deberías verlo.

Galeen suspiró, dejó el lápiz, y le tendió una mano. Vogt le dio la transcripción. El administrador la leyó, y luego volvió su mirada fría primero a Vogt, luego a Jeddah. -¿Qué se supone que debo hacer con esto? -preguntó.

-Pensé –comenzó Jeddah.

-¿En molestarme con una palabra arcaica? –interrumpió Galeen.

-Puede ser que sea más relevante… que eso.

-¿Así que debo anunciar el colapso de los principios racionales de la Verdad Imperial debido a este único mensaje?

Vogt estaba a punto de replicar, pero Jeddah debió sentir la tensión a través de su brazo; le puso una mano de advertencia sobre el hombro. Galeen no toleraba que los escribas que no se encogieran ante él. -Esa transmisión es de prioridad extremis -dijo Jeddah con voz tranquila.

Galeen soltó una breve carcajada. -Por Supuesto que sí. Estamos en guerra. Cada mensaje es de *prioridad extremis* -agitó una mano cansada en las pilas antes de él. -La mayoría de ellos contienen comunicaciones reales, o al menos imágenes completas. No hablan de mitos.

Un sirviente se acercó y Galeen le entregó el mensaje. -Llevad esto a las pilas -dijo.

Se volvió hacia Jeddah. -La calificación de prioridad es la única razón por la que no estoy dejando caer esa tontería a las llamas. Ahora regresa a tus funciones.

Jeddah se inclinó. Se retiraron.

Vogt se detuvo y miró hacia atrás cuando llegaron a la salida de la cámara. Se preguntó por qué le importaba, por qué su corazón se había encogido en su pecho como si hubiera perdido algo o alguien vital. El mensaje era sólo una sola palabra. ¿Qué diferencia podría hacer?

-¿Todavía puedes verlo? -susurró Jeddah.

-No.

Pero antes de seguir caminando ella miró hacia atrás una vez más. Trató de detectar al sirviente. Trató de seguir el mensaje a medida que caía en las pilas. Falló. Era sólo otro copo de nieve, un copo de nieve cayendo cobre otro, posándose, enterrado. Había salido de la noche y ahora regresaba a ella, ahogado en el continuo *shhh-shhh shhh* de mensajes que se cubrían unos a otros en el olvido de ruido blanco.

EPÍLOGO DEL AUTOR

Monstruos. Siempre los he amado. Son, para mí, no pequeña parte de alegría que escribir historias de Warhammer 40,000 y de la Herejía de Horus que este universo de ficción está lleno de monstruos, humanos e inhumanos. Así que cuando me enteré por Nick Kyme y Laurie Goulding de que me darían la oportunidad de contar la historia de Pythos sería un eufemismo decir que estaba emocionado. Allí estaban todos los monstruos que mi corazón pudiera desear y un escenario en el que tuviera que enfrentarlos en toda su variedad.

Entonces, ¿Qué tipo de monstruos hay aquí? Obviamente están la flora y la fauna del propia Pythos y los demonios de la Oculta Condenación. Pero los Manos de Hierro son monstruos a su manera, intencionalmente, y yo quería explorar esta idea, sobre todo en el personaje del Capitán Durun Atticus.

A diferencia de mis queridos Dragones Negros, los Manos de Hierro no son monstruos de carne. De hecho todo lo contrario: su rechazo a la carne y su debilidad percibida les está presionando cada vez más lejos de su humanidad restante, para su desgracia. Uno de los (muchas) aspectos que más me gustan de Fulgrim de Graham McNeill es la implicación de que Ferrus Manus tenía serias dudas sobre el camino al que su Legión se dirigía, pero encontró su destino en Isstvan V antes de que pudiera hacer nada para revertir ese curso. La tragedia de lo que ocurrió con los Manos de Hierro en la Masacre de Desembarco es compleja. No sólo la X Legión quedó destrozada, sino que las propias creencias de sus fragmentos supervivientes se aferraron a lo que era contrario a lo que su primarca hubiera deseado.

En Atticus imaginé a un guerrero que ha recorrido un largo trecho por ese camino. Su rechazo de la carne es casi total, por lo que la misma cosa que hacía de él una realización extrema de la ética de su Legión lo convertía también en un símbolo de su tragedia. Esa tragedia personal que, por cierto, fue algo que yo también toqué en el audiodrama corto *Veritas Ferrum*, que abrió el camino a la escritura de esta novela, mientras trabajaba como estos Manos de Hierro supervivientes que viajaron desde Isstvan V al Sistema Pandorax.

Otra de las cosas maravillosas sobre el universo de la Herejía de Horus es que las oposiciones son complejas. Si los Manos de Hierro eligieron una forma de inhumanidad así lo hicieron los Hijos del Emperador, sólo que abrazando el exceso de la carne. ¿No es de extrañar, entonces, que Atticus se sintiera aún más justificado en sus creencias? Los actos monstruosos de los Hijos del Emperador eran claramente juzgables pero ¿Significa que lo que Atticus optó por hacer es lo correcto?

Mi esperanza era hace que parte de esta oposición tan compleja se extendiera a la situación en Pythos. Atticus está en un extremo, con su disgusto a la carne disminuyendo su capacidad de misericordia y otras características humanas fundamentales. Galba, ni de lejos tan transformado, es mucho más humano, y los salamandras lo son aún más, por supuesto. Sin embargo, la pregunta que me quería preguntar, fue: ¿Quién tiene razón? Acaso ninguno? La misericordia de la que abominan los Manos de Hierro tiene consecuencias catastróficas. ¿Pero es mejor la alternativa que Atticus representa? ¿Tiene que convertirse en un monstruo de hierro y cálculo frío, algo apenas reconocible (en su caso) como humano con el fin de ser capaz de luchar con otros monstruos? Si es así, ¿Entonces qué?

Creo que esta es una de las grandes preguntas que la Herejía de Horus pregunta: dado lo que está en juego, dada la terrible naturaleza de la amenaza representada por el Caos, ¿Qué extremos son justificables en respuesta? No creo que haya una respuesta fácil aquí. Pienso que las preguntas difíciles son en sí mismas tan interesantes como importantes. Al menos, eso era lo que yo esperaba sugerir en estas páginas.

Esto no significa que los personajes no buscan respuestas a sí mismos, y esas respuestas llegan a menudo en forma de una fe de un tipo u otro, tanto si los personajes reconocen esto o no. Y por lo tanto había algo más que quería explorar en el libro. La Herejía de Horus es un patio de recreo que invita a tales en este sentido, pues somos testigos de forma simultánea a un choque de titanes mitológico, haciéndose eco de todo, pasando por la Guerra en el Cielo o Ragnarok, así como el nacimiento de una fe muy específica: lo que será el Credo Imperial.

Atticus tenía su fe, aunque ciertamente no religiosa. Madail también, basada en el triunfo final de los Poderes Ruinosos. Pero luego están los desafortunados mortales barridos en las guerras de los dioses. Los siervos a bordo de la *Veritas Ferrum* no tenían ninguna decisión sobre su carne. Ellos son lo que son. Entonces, ¿A dónde

pueden acudir para mayor resistencia cuando se enfrentan no sólo a una catástrofe militar desmoralizadora y un mundo que quiere devorarlo, pero también los ataques de fuerzas más allá de su comprensión, si no a la creencia que promete la salvación de esas fuerzas?

Y hablar de esas fuerzas me lleva a la propia Oculta Condenación y el privilegio que es para mí liberarlos. La magnitud de la fuerza demoníaca desatada y cuál sería el resultado final de ese desencadenamiento eran una invitación y un desafío digno de merecer la pena de esta horda oscura. Sentí que una vez que los demonios comenzaran a mostras su material, si quería hacerles justicia, tenía que escribir un libro que tratara tanto sobre el miedo como de la guerra. Si después de leer este libro está tentado, aunque sea un poco, a mantener las luces encendidas un poco más de tiempo, seré un escritor feliz.

Aunque, a decir verdad, ya soy un escritor feliz por haber tenido la oportunidad de jugar en este mundo de monstruos.

David Annandale,

Febrero de 2014

FIN DEL RELATO